Armand Coppens

Memorias de un librero pornógrafo

Lectulandia

Este librero de ocasión pasa de la página al acto, de la biblioteca a la alcoba, del libro a la cama con el desenfado y el tacto de un erudito y de un disoluto. Entre lo que la lectura de ciertos libros suscita en la fantasía sexual de un librero bibliófilo y los actos que su fantasía le conducen irresistiblemente a llevar a cabo, median apenas sutiles fronteras que ningún ser humano sería capaz de delimitar y menos aún de juzgar…

Lectulandia

Armand Coppens

Memorias de un librero pornógrafo

La sonrisa vertical 70

ePub r1.0
ugesan64 09.07.14

Título original: *Mémoirs d’un libraire pornographe*
Armand Coppens, 1970
Traducción: Ana Torrent

Editor digital: ugesan64
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Charles, cuyas exhortaciones tranquilas,
aunque obstinadas, me llevaron a escribir este libro.
Y, en fin, para Clémentine, cuyo sentido
del humor, paciencia e inteligencia
me han permitido llevar a cabo esta obra.

Capítulo I

Es muy conocida la paradoja según la cual hombres de virilidad indudable están dispuestos a pagar sumas elevadas por obras eróticas y pornográficas, aun cuando la mayoría de ellos tiene bajo su techo, y sin necesidad de soltar un céntimo, una mujer de carne y hueso. Se han expuesto muchas teorías para explicar esta contradicción y todas ellas contienen más o menos cierta parte de verdad.

En otro tiempo, la fascinación que ejercía el erotismo se explicaba por la relativa timidez de las mujeres en el plano sexual con respecto a las exigencias de su pareja. Pero ha llegado la hora de la emancipación dentro y fuera de la alcoba. Al igual que en la época de Catalina la Grande o de Mesalina, los deseos de la mujer han alcanzado en la actualidad tales cotas que superan los recursos sexuales masculinos, que son limitados por naturaleza. Este hecho aumenta el misterio en vez de explicar esta persistente búsqueda de erotismo. Efectivamente, podríamos preguntarnos por qué el hombre, que por un lado no alcanza la talla a la hora de afrontar las realidades, disfruta, sin embargo, con los excesos puramente imaginarios de la pornografía.

Un psiquiatra podría muy bien responder que el mayor atractivo de cualquier obra erótica reside en que muestra la perfección absoluta del acto sexual. Sobre el papel, basta con pensar el acto para que esté ya plenamente realizado. En esta clase de obras, las mujeres siempre son deseables y, sobre todo, tienen el poder de hacer de la cópula una obra de arte. La decepción que acompaña al placer poscoital del hombre no tiene cabida en este universo imaginario. Y, tal como debe ser, cualquier desviación, por muy extraña que sea, se acepta y se satisface sin vacilación.

Es un hecho que la literatura erótica carece de los límites y obstáculos propios del mundo real. Aunque se sucedan varios hombres para poseerla por todos los orificios posibles, la heroína de la novela erótica permanece pura, deseable y todavía disponible. Ciertamente, se da aquí una situación perfecta. Hay, claro está, otro importante factor: gran parte de la literatura erótica está dedicada a perversiones muy determinadas, indispensables para satisfacer a los individuos que, muy a menudo, no pueden encontrar una pareja que comparta sus gustos o esté dispuesta a someterse. Sin embargo, no debe olvidarse que, en la actualidad, la gran mayoría de las mujeres se dan perfecta cuenta de que su emancipación va más allá del propio placer. Aunque no aprecien especialmente las exigencias particulares de su amante, sí comprenden perfectamente que tienen el deber de hacer ese esfuerzo.

Como vemos, la respuesta del psiquiatra es incompleta; pero quizá podamos acercarnos más a la verdad planteando una segunda paradoja: las limitadas capacidades sexuales del hombre comparadas con sus deseos ilimitados. Generalmente, el psiquiatra no señala la importancia de estos deseos, y sin embargo en nuestros días se han convertido en el *leit-motiv* de las obras eróticas y pornográficas.

La mujer, por sencillas razones fisiológicas, puede tener múltiples orgasmos, lo que no es el caso del hombre. En lo que a él respecta, el deseo sexual es, con mucho, superior al acto en sí. La mayoría de los hombres están decepcionados en relación a sus expectativas, y pienso que esta frustración explica la constante popularidad de la literatura erótica. Al menos en ella el héroe hace honor a su nombre, ya que jamás sufre un fracaso. En las últimas páginas de la novela, nunca deja de lanzar una mirada de desprecio hacia los cuerpos mancillados de sus víctimas femeninas que, agotadas, piden piedad. Nunca dejará de sorprenderme que estas desgraciadas criaturas sean todavía capaces de andar.

El hombre, inmediatamente después de haber alcanzado el orgasmo, se encuentra completamente desengañado, y todos los testimonios recogidos tienden a demostrar que trata de olvidar ese malestar identificándose con los héroes de las novelas eróticas. Quizá también la emancipación de la mujer haya contribuido a reprimir el instinto agresivo del hombre. Al leer una obra erótica, el hombre puede dejar de ser una persona tranquila y ordenada para convertirse en lo que fue y en lo que sueña con volver a ser: una bestia brutal y egoísta, completamente entregada a sus instintos sexuales. No llegaré a afirmar que la pornografía puede hacer viril a un hombre, pero pienso sinceramente que los autores y editores de obras eróticas cubren una función social esencial, y es lógico reconocérsela. Hay un sentimiento muy extendido entre los compradores de libros eróticos que siempre me ha llamado la atención: la mayoría de ellos considera que el hombre que se halla en la tienda y que satisface sus gustos, el librero, forma parte de un mundo insólito y clandestino en el que reina el vicio. Está claro que esta opinión es sólo producto de su imaginación. He tratado con libreros durante veinte años y puedo afirmar que, entre los cientos de vendedores que he conocido, sólo unos pocos eran tan depravados como pensaban sus clientes.

En 1948, durante mi segundo viaje a París, tuve la oportunidad de conocer a un miembro de esa minoría culpable, y de forma casual viví una aventura muy divertida.

Como muchos jóvenes, sentía la necesidad de mejorar mi vida, y creía haber encontrado el camino en el ejemplo de santa Teresa de Ávila, más concretamente en su libro *Camino de perfección*. Santa Teresa perteneció a la orden de las carmelitas, que tiene sus principales conventos en Francia. Decidí acercarme allí para que las carmelitas me ayudaran a profundizar en sus enseñanzas.

Al llegar a París, tenía muy poco dinero y me puse a buscar un hotel barato.

Acabé en una esquina del Boulevard Sebastopol, en una de esas calles estrechas donde las mujeres ejercen la profesión más antigua del mundo. La habitación no era cara, la comida excelente y a un precio asequible. No se me había ocurrido que también pudiera ser el lugar de cita habitual de las chicas que había entrevisto en la callejuela. En realidad, el único inconveniente de mi alojamiento era que compartía la entrada con la habitación vecina, y el único modo de acceder a esta última era cruzando la mía. Pero mi vecina era una atractiva negra de La Martinica, y ese inconveniente dejó rápidamente de serlo. Acepté de buena gana que pasara por mi habitación con sus clientes, y siempre que lo hacía me saludaba con un «Buenos días» o «Buenas noches, Monsieur», según la hora.

Una noche, sin embargo, su cliente estaba tan borracho que literalmente tuvo que arrastrarlo hasta su habitación.

—Lo siento, Monsieur —murmuró de forma educada—, a veces no es sencillo —añadió.

Refunfuñé algo, me di una vuelta en la cama y volví a dormirme. Medio en sueños oí que la puerta se abría despacio. Una mano fría me tocó suavemente la mejilla y me levantó la manta.

—¿Le molesto? —murmuró con voz ronca la martiniquesa.

—En absoluto —le contesté, e incluso ahora, a decir verdad, no se me ocurriría una respuesta más adecuada.

—¿Sabe? —dijo ella—, mi cliente me ha cogido para toda la noche, pero está tan borracho que no creo que se despierte hasta mañana. —Para colmo de desgracias, el hombre roncaba tan fuerte que la pobre chica no hubiera podido dormir en toda la noche—. ¿De verdad que no le molesto? —insistió.

No me molestaba en absoluto, sino todo lo contrario, y aunque no tenía mucha conversación, su técnica amorosa era extremadamente rica y muy imaginativa. Tenía unos gestos lánguidos y, como ocurre con la mayoría de las negras, se enroscaba y ondulaba al igual que una serpiente. Este encuentro tan imprevisto me dejó anonadado, pero también muy satisfecho.

A la mañana siguiente, cuando estaba desayunando, me fijé en un rótulo que había al otro lado de la calle con la inscripción «Librería-Ediciones», así como el nombre de una persona que ciertamente merece figurar entre los pocos vendedores de libros eróticos cuya vida es una ilustración concreta de las obras que venden. Dado que sigue estando vivo y ejerce aún la profesión, le llamaré simplemente Leclerc. Nada más acabar el chocolate y los *croissants* me dirigí a la tienda. Aunque en aquella época no era todavía librero de profesión, yo tenía ya el vicio del coleccionismo metido en el cuerpo. Pertenecía a esa clase de hombres que no se pueden resistir al ver una librería y que siempre entran corriendo, con la esperanza de encontrar la maravilla que el destino les ha reservado para su único disfrute.

La tienda estaba vacía y llamé para anunciar mi presencia. Acudió el propio Leclerc. En aquella época era un hombre de unos cuarenta y cinco años. Me preguntó de forma educada en qué podía servirme.

—Buenos días, Monsieur —le contesté—. Estoy buscando libros antiguos y modernos, con o sin ilustraciones, que traten de temas eróticos.

El hombre se lo pensó y luego, sin dudar, me contestó en un flamenco muy puro.

—Seguro que es usted holandés o belga. Sólo un holandés o un belga hablaría un francés tan malo.

Me eché a reír y le confesé que efectivamente era belga.

—Bonito país —añadió—. Ha dado con lo que buscaba. Entre.

Le seguí hasta un amplio despacho situado en la trastienda. En un rincón, un chico de unos quince años hacía paquetes con una pila de libros amontonados en una enorme mesa.

—Este es mi ayudante —dijo Leclerc, siempre en flamenco—. No se preocupe. Sólo habla francés. Temo que haya llegado en un mal momento, pues tengo que solucionar un asunto muy importante dentro de un cuarto de hora. Pero primero quiero enseñarle algo.

Me mostró dos maletas, una de las cuales contenía libros antiguos. Enseguida vi la fantástica edición que Liseux hizo del *Manuel d'erotologie* de Forberg, con unas extraordinarias ilustraciones obscenas a lo Giulio Romano mostrando todas las posiciones imaginables de la fornicación y de los juegos amorosos.

—Un libro muy útil —señaló Leclerc—. Lo apartaré un momento.

Mientras él miraba los otros libros que había en la maleta, empecé a pensar en mi situación financiera. ¿Me harían pagar las carmelitas la estancia en el convento? Para mí eso era un problema muy importante. Entre tanto, Leclerc abrió la segunda maleta y sacó numerosas fotos pornográficas y diapositivas.

—Prefiero el libro —le dije, señalándole el libro de Forberg.

—En este mundo hay que hacer de todo —replicó, y luego, soltando la segunda maleta, prosiguió—: Sin embargo, este es el resultado. ¡Dios mío!, si tuviera que depender de clientes como usted para vivir, me hubiera muerto de hambre hace ya tiempo. Pero, en fin, ya que es un compatriota, le haré un precio especial. Se lo dejo por diez mil francos.

No podía dar crédito a lo que oía. Se trataba, en efecto, de una única edición por la que se hubiera llegado a pagar hasta setenta mil francos en una subasta. Pero se daba la circunstancia de que, en aquel momento, esos diez mil francos eran para mí una suma muy importante.

Disimulaba mirando los otros libros, y así darme tiempo para tomar una decisión, cuando la puerta se abrió repentinamente y entró una diminuta vietnamita.

—Hola, cariño —le dijo Leclerc—. Has llegado tarde, ahora sólo tenemos hora y

media. —Luego, volviéndose hacia mí—: Monsieur…

—Coppens —añadí.

—Monsieur Coppens, uno de mis clientes belgas. O, al menos, espero que lo sea. ¿Desea seguir mirando esos libros, señor?

Leclerc se había dado cuenta enseguida del tipo de cliente que yo era. Uno de esos que se fija en una pieza de colección, va captando poco a poco la belleza del objeto, calcula su precio, se da cuenta del valor por el hecho de ser único, y llega al punto en que le resulta imposible separarse de él.

Llegué a la conclusión de que las carmelitas, por decencia, no podían hacerme pagar el hospedaje, y de repente volví a la realidad cuando oí a Leclerc:

—Permítame. Sólo es un momento —y me quitó de las manos el Forberg.

—Pero si iba a comprarlo… —protesté.

—No faltaba más, ¿quién no lo compraría a este precio? Sólo quiero que me lo deje unos minutos. —Luego se volvió hacia el joven y le dijo en francés—: Despeja un poco la mesa, Henri. La necesito un momento.

El joven obedeció entre suspiros y empezó a retirar libros. Después de haber despejado dos tercios de la mesa, volvió a sus ocupaciones.

Entretanto, Leclerc enseñaba a la joven vietnamita algunas de las posturas descritas en el Forberg. Una de ellas parecía interesarle especialmente; era la de un hombre que penetraba por detrás a una niña que estaba de rodillas en un sofá, mientras, al fondo, una joven mujer desnuda observaba la escena con una botella de vino en la mano.

—Empezaremos con esta postura —dijo Leclerc a la niña. Luego, volviéndose hacia mí, añadió—: Espero que no le importe, pero es que tenemos mucha prisa. Tengo que entregar hoy este pedido, y su libro es una buena fuente de inspiración. Siga admirando el resto de la colección mientras le cojo el libro.

A continuación sacó algunas lámparas que colocó en diferentes lugares de la habitación. Mientras tanto, la niña aprovechó para desvestirse; temblaba ligeramente. Leclerc le aseguró que volvería a entrar en calor rápidamente con los focos y ordenó a Henri que hiciera un poco más de sitio en la mesa.

El chico, enfadado, suspiró de nuevo, quitó algunos libros y volvió a sus paquetes. Leclerc parecía estar por fin satisfecho con los preparativos y se puso a explicar a la niña lo que tenía que hacer.

—Súbete a la mesa y ponte a cuatro patas. Eso es. Ahora levanta un poco el culo. Ahí, muy bien, abre un poco los muslos. ¡Así! Estás echando tripa, cariño… Tienes que reducir un poco el consumo de Pernod.

La niña protestó indignada:

—Cualquier persona sacaría tripa en esta postura. De pie, la tengo completamente plana. En cualquier caso, no me gusta nada estar así. Me entra complejo de vaca.

—No sabes lo que dices —replicó Leclerc—. ¿No es, en tu país, la vaca un animal sagrado?

Esta fue la única ocasión en que el atareado Henri se permitió interrumpir la sesión:

—¿Los paquetes para Alemania tienen que ir certificados, Monsieur?

—¿Cómo diablos quieres que lo sepa? —gritó Leclerc—. ¿Quieres dejar de interrumpir? Este caballero —dijo señalándome con el dedo— parece ser el único en comprender que necesito tranquilidad y concentración.

Se desnudó en silencio y se subió a la mesa.

—Bien, en cuanto la penetre y nos pongamos en movimiento, haz las fotos —le ordenó a Henri.

—No es necesario que nos movamos —apuntó secamente la niña—. Eso no se apreciará en las fotos. Con simular, basta.

Este comentario hirió en lo más hondo el sentido artístico de Leclerc, que no tardó en preguntar:

—Y ¿qué va a pasar entonces con las expresiones de nuestros rostros? ¿Cómo quieres que parezcamos unos amantes lascivamente acoplados si no lo hacemos de verdad? ¿Te crees que somos actores de la Comédie Française? Ni hablar, o lo hacemos de verdad o nada.

Antes de acabar sis discurso había ya penetrado a la niña y empezó a excitarla apasionadamente. Me pareció tan fascinante el espectáculo que me olvide de las carmelitas y de la maleta de libros. En cuanto a Henri, seguía con sus paquetes.

—Date prisa, Henri —gritó bruscamente Leclerc—. Tenemos que hacer más fotos.

A Henri no parecía conmoverle en absoluto aquella escena, por lo que no parecía mostrar el mínimo interés. Es más, daba la impresión de estar harto de que le interrumpieran en su trabajo. Nada más hacer una foto, Leclerc cogió una silla y la puso encima de la mesa. Se sentó y puso a la niña sobre sus rodillas de forma que la tuviera de frente.

—Esto es lo que se llama un estudio romántico —explicó—. Debemos dar a la vez un aire lúdico y sereno. Nuestras caricias tienen que transmitir ternura.

Mientras hablaba, Leclerc acariciaba con sus dedos los senos de la niña, y sus mejillas rozaban las de ella. Realmente, aquella escena era de lo más tierna.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Me había olvidado por completo de la iluminación!

—Tengo algunas ideas al respecto —dije—. Permítame que me ocupe de ello.

Leclerc aceptó:

—¡Fantástico! Está claro que los belgas tienen un gran sentido práctico. Sólo hay que ver los estropicios que hacen los franceses en Indochina, mientras El Congo, a pesar de ser mucho más grande, goza de absoluta tranquilidad y sin problemas.

—No empieces con tus batallitas, cariño —dijo la niña—. Me resulta imposible fingir ternura si empiezas a hablar de atrocidades.

Leclerc no tardó en replicarle que no tendría que fingir en esta escena. De hecho, creo que esta sesión le estaba produciendo a la niña más placer del que quería admitir.

—Todo listo —anuncié.

—¡Henri! —gritó Leclerc.

Al oír el grito no me pude contener la risa. Me recordaba mucho a Pavlov con sus perros. Estaba realmente dispuesto a apretar el botón y a hacer la foto yo mismo. Pero este tipo de sesión tenía sus ritos, y Leclerc no hubiera admitido que la operación se llevara a término sin la colaboración tan poco entusiasta de Henri. Este último acabó apretando el disparador a la vez que refunfuñaba en voz baja.

—¡Cerdos! —murmuró—. Es imposible hacer nada en este asqueroso lugar. Estos libros ya están pagados y tenemos que enviarlos sin falta esta noche. Pero este viejo repugnante no llega a excitarse si no se le hacen un puñado de fotos, y tenemos que parar todo. Y ahora va y desaparece la cuerda. ¡Vaya, lo que faltaba!

A pesar de las recriminaciones de Henri, la sesión continuó, y, si mal no recuerdo, hicieron dieciocho fotos más. Henri no abandonó en ningún momento su aire de indiferencia teñida de irritación. En cuanto a mí, creía haber aterrizado en otro planeta. Estoy seguro de que Leclerc y la niña tuvieron más de un orgasmo. Pero Leclerc cambiaba tanto de posturas y accesorios, a la vez que consultaba sin cesar las ilustraciones de Romano y controlaba la iluminación, que no lo podría asegurar. Sin embargo, había una cosa cierta: se hallaba en un estado de erección permanente y el rostro resplandeciente de la vietnamita era una clara muestra del placer que le daba. Al cabo de una hora y media, tal como Leclerc había dicho, la sesión acabó. Cuando terminaron de vestirse, por fin pude pagar y recuperar mi Forberg.

—Siento mucho haberle hecho esperar tanto tiempo —me dijo Leclerc—, pero las circunstancias eran realmente excepcionales.

—No se preocupe —le contesté.

A decir verdad, estaba pensando en otra cosa, y me preguntaba una vez más si las carmelitas me harían pagar.

De repente la niña pegó tal grito que nos sobresaltó a todos.

—¡Mi perro! ¿Cómo he podido olvidarme de él?

Salimos corriendo detrás de ella al cuartito donde, profundamente dormido sobre una silla, se encontraba un caniche enano completamente blanco. Nada más verlo, el librero se dio cuenta de la ocasión que acababa de perder.

—¡Qué pena! —se lamentó—. Podríamos haberlo utilizado también.

Al oír estas palabras, la niña le espetó:

—Sólo es un animal. En cambio, tú eres una bestia.

Dicho esto, dio media vuelta y salió de la tienda.

—Reacción muy femenina —comentó Leclerc con gran desprecio—. Las mujeres carecen por completo de imaginación. Cuando pienso en lo que hubiera podido hacer, en las posturas que hubiera podido adoptar… La piel oscura de la niña y la piel blanca del animal… Toda una serie de combinaciones posibles… En fin, ¡no pensemos más en eso! Mejor será que vayamos a tomar cerveza.

Fuimos después a mi hotel, donde Leclerc fue inmediatamente recibido como un viejo amigo. Le daba palmadas en los hombros a la propietaria, pellizcaba el culo de las chicas al pasar. Nos sentamos y mantuvimos una acalorada discusión sobre su profesión. Hablábamos en flamenco, pero Leclerc tenía una vitalidad tal que la contagiaba a toda la sala, y muy pronto todo el mundo empezó a sentirse de excelente humor. En mi opinión, Leclerc responde sin duda alguna a la idea que nos hacemos habitualmente de un vendedor de libros eróticos, con la diferencia de que él era consciente del papel que desempeñaba. Estaba completamente convencido de que su éxito se debía a su entrega total. No podía entender que se pudiera escribir y vender mercancía erótica sin compartir el placer del cliente. Hay que admitir que, en su caso, el concepto que tenía de la profesión le otorgaba grandes beneficios.

Curiosamente, unos años después conocí a un joven que se parecía muchísimo a Henri, el ayudante de Leclerc. Por desgracia para el primero, este parecido se limitaba a la apariencia física. De hecho, sus reacciones sexuales eran diametralmente opuestas a la total indiferencia que había manifestado Henri durante esta famosa sesión de fotos.

Conocí a aquel chico al poco tiempo de instalarme. Me había especializado en literatura general y obras llamadas «galantes». Me interesaban particularmente las ediciones originales y de tirada limitada, y en poco tiempo conseguí una clientela fija. Me llamó especialmente la atención aquel joven rubio de ojos azules por su parecido con Henri. Tenía poco menos de veinte años; sin embargo, venía unas dos veces por semana a la tienda y a menudo se quejaba de no poder adquirir los libros de su agrado. Solíamos discutir sobre los autores y sus obras; la seguridad y lógica de sus comentarios siempre me sorprendieron. Pero, con el tiempo, me di cuenta de que su brillante inteligencia a menudo se veía ensombrecida por cambios de humor. A veces entraba en la tienda y sin decir una sola palabra se ponía a hojear con aire ausente los libros que le gustaban, para luego salir cabizbajo, casi furtivamente. A veces llegué a pensar que me robaba los libros que le gustaban y que no podía permitirse el lujo de pagar. Lo comprobé en el almacén, pero no faltaba ninguna obra. Su actitud me intrigó y me propuse resolver el misterio de estos repentinos y extraños cambios de humor. Comencé a investigar de forma discreta entre sus compañeros de facultad y así me enteré de que su irregular humor era algo conocido y aceptado por todos. La mayoría de sus compañeros pensaba que su carácter era así por naturaleza, y nadie

pudo darme la menor explicación sobre aquellos bruscos cambios de actitud.

Empecé a ver claro el día en que vino por primera vez a mi domicilio particular. Era una bonita mañana de primavera. Yo me hallaba ausente y mi mujer, aprovechando un rato libre, estaba haciéndose un vestido. Como había extendido por el suelo todos los trastos de costura, se excusó por el desorden y le invitó a entrar. El muchacho parecía estar de un humor francamente taciturno. Aceptó una copa de jerez y se dejó caer en una butaca mascullando de una forma incomprensible.

Como no parecía dispuesto a charlar, mi mujer siguió cosiendo. El roce de las tijeras con la tela debió de poner nervioso al chico, que de repente empezó a enumerar a mi mujer las diferentes maneras en que podría matarla. Por suerte, ella no pierde los estribos con facilidad. Al darse cuenta rápidamente de la situación, le habló con voz muy suave, tal como hubiera hecho con un niño nervioso. Agarrando con fuerza las tijeras para defenderse en caso de necesitarlo, le condujo lentamente hacia la puerta de entrada y, con un suspiro de alivio, la cerró bruscamente dejándole fuera.

Se bebió una copa de ginebra para reponerse y se quedó pensando en lo ocurrido. Decidió entonces llamar a un amigo psiquiatra, Choisseneur. Le contó la historia y, de forma accidental, mencionó el nombre del chico.

—¡Dios mío! —gritó Choisseneur—. ¡Pero si es uno de mis pacientes!

Le explicó que hacía poco que le habían recomendado a este chico y que todavía estaba en la primera fase del análisis. De momento había visto que sufría una especie de depresión, pero todavía no había descubierto la causa de la enfermedad. Lo que le contó mi mujer le resultó muy útil, y le precisó que consideraba al chico un loco peligroso en potencia. Su estado no mejoró y, con el consentimiento de la familia, decidieron ingresarlo en un hospital psiquiátrico, donde podría estar mejor atendido. Antes de internarse, vino a decirme que deseaba vender su biblioteca.

—De ahora en adelante ya no voy a necesitar libros; me gustaría vendérselos a alguien.

A la mañana siguiente, fui a su casa a ver la colección. Aunque se quejaba a menudo de no tener dinero, sin embargo me dio la sensación de que su posición era desahogada, pues vivía en una zona residencial. Su apartamento constaba de dos habitaciones, las paredes eran completamente blancas, sin ningún tipo de adorno. Este ambiente tan austero resaltaba aún más por el hecho de que parecía vivir en una esquina, donde estaban arrinconados una cama, una silla y un enorme piano. El resto del apartamento estaba completamente vacío, y no se veía ni el más mínimo rastro de un libro. Me senté en una silla y esperé.

Ante su silencio, acabé por preguntarle:

—¿Dónde están los libros que desea vender?

Me señaló un armario pintado de negro que se hallaba detrás del piano.

—¿Ahí dentro? —le pregunté—. ¿Cómo diablos se las arregla para abrirlo?

Me miró con sentimiento de culpabilidad.

—Nunca utilizo un libro más de una sola vez —dijo—. Si realmente me gusta, compro otro ejemplar. Por eso compraba a veces varios ejemplares de un mismo libro.

—Bueno, si los quiere vender, ¿podría enseñármelos, por favor?

Empezó a empujar el piano para abrir la puerta del armario. Hizo toda la fuerza que pudo para moverlo. A continuación levantó el colchón y cogió dos llaves de color rojo chillón que tenía allí escondidas. Luego abrió el armario y descubrí una colección de unos seiscientos libros.

—Ahí están. Ya puede verlos —me dijo con cara de desagrado.

Me acerqué y cogí un libro al azar. Era una maravillosa edición de *Las amistades peligrosas* de Laclos con unas fantásticas ilustraciones pintadas a mano. Efectivamente, me acordé de que le había vendido ese libro. Lo abrí, impaciente por encontrar los maravillosos grabados. Lo que entonces vi me causó estupor. Los anchos márgenes blancos que bordeaban todas las páginas habían sido recortados. Me volví hacia el chico. Ahora estaba tranquilo, pero todavía mostraba aquel mismo gesto de terror que le desfiguraba la cara. En silencio, cogí otro volumen y le faltaban también los márgenes.

—Antes de proseguir, ¿podría decirme si todos han sufrido la misma mutilación? —le pregunté.

—¡Sí, sí! —gritó—. Todos han sido mutilados, todos, ¿me oye?, todas estas maravillosas ediciones. No queda un solo margen.

Le temblaban las palabras, sólo interrumpidas por los estallidos salvajes de una risa incontrolada. Fue calmándose poco a poco y me explicó con seriedad:

—Me gustaban estos libros y los he estropeado. He mutilado seiscientos cuarenta volúmenes maravillosos, y todos eran ediciones originales. Ya no los quiero. Puede usted llevárselos.

—Ya no tienen ningún valor comercial —le dije, francamente enfadado al constatar semejante destrozo.

—Quítemelos de encima. Ya no me sirven para nada —me suplicó.

Se lo prometí. Cuando me iba, le vi hundirse en una silla y lloriquear silenciosamente. Al llegar a casa le conté a mi mujer lo que había ocurrido. Se quedó pensando un momento y me dio la clave de esta extraña historia.

—¡Dios mío! ¡Qué forma tan intelectual de deshacerse de su obsesión de *vagina dentata*!

Pensar que había descubierto la clave del desequilibrio de este chico me sirvió de consuelo por la pérdida de esas obras insustituibles. Finalmente, conté esta extraña aventura, y las conclusiones que había sacado, a mi amigo Choisseneur.

Capítulo II

Las obras eróticas están prohibidas, son caras y no se encuentran con facilidad. Y, sin embargo, casi todos los libreros les dirán que, dentro de este género, las obras más valiosas están intactas y por estrenar. Por el contrario, los *grimoires* tienen normalmente páginas en tan mal estado que parece que se van a romper en mil pedazos. Los *grimoires* son libros de magia negra destinados a favorecer la invocación de los poderes infernales, atraerlos y apropiarse de ellos. Se encuentran con facilidad, su venta está permitida y son baratos. Son más o menos como los libros de bolsillo. Pero ¿por qué están tan solicitados?

Encontré respuesta a esta pregunta hace unos años, cuando un día entró en mi tienda un chico que quería asegurarse de la eficacia de uno de los tres famosos libros mágicos que existen todavía en nuestros días: el *grimoire* del papa Honorio, obra que, se supone, debió de publicarse en Roma en 1629. El joven había hojeado el libro y había dado con un párrafo que revelaba que sólo con pronunciar unas fórmulas se podía apagar un fuego. Como muchos chicos de su edad, estaba dispuesto a creer en lo imposible; sin embargo, al pertenecer a esa generación de «jóvenes rebeldes», se mostraba escéptico e insistía en experimentar él mismo lo que en principio le parecía imposible.

Salió a un pequeño patio que había detrás de mi tienda y empezó a aprender las fórmulas de memoria. Mientras tanto, una mujer arrugó unas cuantas hojas de periódico y, en cuanto el chico estuvo preparado, nos cobijamos los tres en un rincón del patio. Prendió fuego al papel y pronunció las palabras incomprensibles que acababa de leer en el libro mágico. Las palabras resultaban extrañas y fuera de lugar dentro de aquel ambiente tan tranquilo, vulgar y racional. Sin embargo, el fuego fue consumiéndose lentamente hasta desaparecer. Nos quedamos anonadados. Al poco rato, repetimos la operación. De nuevo, el joven profirió las extrañas palabras, y una vez más el fuego se extinguió. En su rostro se reflejaba una curiosa mezcla de miedo y orgullo. El joven mago salió de la tienda; aquello fue una clara muestra de que la fe puede vencer a la razón.

Me imagino que es el tipo de aventura que mejor responde a la cuestión de por qué a la gente le interesan tanto los *grimoires*. Esto también explica por qué de otro famoso *grimoire*, *Los libros sexto y séptimo de Moisés*, se llegó a hacer una tirada de cien mil ejemplares y todos se vendieron. En mi opinión, los libros de magia dan a

los hombres una esperanza, la que les permite traspasar las fronteras de lo racional. Tal vez sea bueno que el hombre se rebele siempre contra los límites que se le imponen, y es completamente natural que trate de traspasarlos. Al fin y al cabo, poco importa que los medios de evasión se le ofrezcan a través de un librito carente de valor, pura superchería, ya que semejantes esfuerzos engendran la fe, y la fe, ya lo hemos visto, puede mover montañas. Pero esto no es válido para todo el mundo.

Más o menos en la misma época, recibí la visita de uno de los pocos alquimistas que quedan en Bélgica. Desde hacía tiempo, nos unía una estrecha amistad, y un día en que estábamos charlando, me regaló un amuleto de madera por si alguna vez necesitaba la ayuda de fuerzas sobrenaturales. Me explicó cómo había que utilizar el objeto. Tendría que ponerme el amuleto y concentrarme en el problema que tuviera que resolver, alejando de mi mente cualquier otro pensamiento o emoción. A continuación, tendría que cerrar los ojos, apretar el amuleto contra la frente y pedir ayuda. En cualquier caso, tengo que confesar que no compartía la confianza de mi viejo amigo en cuanto a la eficacia de aquel objeto. Se dio cuenta de mi escepticismo y se ofreció a ayudarme, pero sólo una vez, ya que decía que sólo el propietario del amuleto podría hacer uso del mismo. Con suavidad, me apretó en los tímpanos mientras me concentraba en el problema. Me sometí a todas las exigencias del rito y rápidamente alcancé el momento de pedir ayuda. Con gran estupor, creí oír el ruido de unos pasos que avanzaban lentamente y me pareció ver un ejército de soldados que se acercaban, vestidos con unas cortas túnicas blancas y armados con unas pequeñas porras. En filas apretadas, desfilaban por mi mente. Debí de sobresaltarme o debía de vérseme particularmente sorprendido, ya que el anciano me dijo tranquilamente, pero sin disimular su satisfacción:

—¡Ahora ya le conocen! Vendrán siempre que les llame.

Está claro que a partir de entonces he necesitado más de una vez su ayuda, pero nunca más he conseguido ponerme en contacto con aquellos ángeles de la guarda.

De todas formas, sigo conservando el amuleto, y ya no me da ninguna vergüenza confesarlo desde que, hace poco, conocí al ministro de Asuntos Exteriores de una república de Sudáfrica: este alto dignatario lleva siempre encima un amuleto para proteger la virilidad. El objeto está hecho con la piel del pene de su difunto padre y un poco de vello del pubis de su madre. Ella vive todavía y seguramente estará profundamente convencida de la eficacia del amuleto; en caso contrario, no hubiera consentido hacer semejante donación. Para los europeos, semejantes prácticas pueden resultar un tanto heterodoxas. El amuleto había sido purificado en una hoguera de zarzas y había recibido la bendición del curandero de la tribu del ministro. Me confesó que nunca le había fallado, aunque al ver a un hombre tan viril, podría pensarse que nunca había tenido que recurrir al mismo. Sea como fuere, desde entonces me siento mucho más seguro y, quién sabe, puede que algún día el ejército

angelical venga a socorrerme.

Capítulo III

Hay que reconocer que, a pesar de la dudosa reputación que en parte justifican personajes como Leclerc, el vendedor de obras eróticas es por lo general un típico hombre de negocios muy ocupado. Lo único que le diferencia del librero habitual es que no tiene prejuicios morales en cuanto al contenido de los libros que vende, lo que le convierte en un oportunista que no se esconde. Un vendedor de libros eróticos con experiencia nunca fija por adelantado el precio de las obras. Tiene que fiarse de su intuición para captar la personalidad del cliente, hacerse una idea de los medios que dispone y sólo después de haber llevado a cabo este breve examen psicológico puede determinar el valor de un artículo en un momento dado.

Está claro que hay excepciones. Ciertas obras tienen un valor intrínseco, conferido por la notoriedad del autor, o la belleza de las ilustraciones, la naturaleza y el estado de la encuadernación, o, sencillamente, la antigüedad y rareza del volumen. La primera edición de *Hic-et-Hec* del conde de Mirabeau o *L'Elève des RR. PP. jésuites d'Avignon*, de 1798, que contiene cinco magníficos grabados, pero particularmente obscenos, podrían estar valorados perfectamente en setecientos francos, mientras que una reedición del siglo XIX del mismo libro sólo costaría alrededor de cien. Este singular mercado no depende de las diferencias psicológicas y económicas del cliente, sino que se rige por la ley de la oferta y la demanda. En la actualidad, el número de libreros especializados en este tipo de obras raras y valiosas ha disminuido considerablemente. De hecho, ocurre lo mismo con los libreros especializados en libros antiguos. Por desgracia, el competente y arrogante vendedor de estos libros se ha visto sustituido por una serie de jóvenes oportunistas y astutos. Existe, además, una tercera categoría: la del librero no especializado que se dedica a vender todo tipo de libros. Puede dar, por casualidad, con una obra erótica valiosa y entonces aprovechará para obtener un importante beneficio. Estas librerías son el lugar soñado de los coleccionistas de libros de ocasión y en particular de aquellos que no pueden permitirse el lujo de comprar ediciones únicas. Precisamente en una tienda de este tipo decidí convertirme en librero.

En aquella época yo era sólo un coleccionista aficionado, aunque apasionado, y buscaba *La ingenua libertina* de Colette. Me hallaba fisgoneando un montón de libros carentes de interés, cuando de pronto me llamó la atención la cubierta de uno de ellos. Representaba a una bonita joven que blandía un látigo. El estilo del grabado estaba a

todas luces pasado de moda, pero no por ello dejaba de ejercer sobre mí una extraña fascinación. Abrí el libro y descubrí una decena de ilustraciones que mostraban siempre al mismo hombre en distintas posturas de sumisión; en la mayoría, la pareja aparecía sólo en parte desnuda, y estos dibujos producían una excitación de lo más extraña. Curiosamente, no tenían la menor connotación sexual. Y, sin embargo, me atraían irresistiblemente. Seguí hojeando el libro y me sentí sobrecogido. Estaba completamente desarmado, sin defensas ante algo que, aunque relacionado en parte con el instinto sexual, no tenía nada que ver con el acto sexual propiamente dicho. Me había olvidado por completo de *La ingenua libertina*. Busqué al librero para preguntarle el precio de aquel descubrimiento.

—¿Dónde demonios ha encontrado esto? —preguntó, francamente sorprendido.

—En el montón de libros franceses —contesté.

El hombre se había quedado realmente atónito.

—Es una suerte que no lo haya visto la policía.

Debí de parecerle un tanto desconcertado, puesto que empezó a explicarme que la policía hubiera clasificado el libro como obra pornográfica aunque no contuviera ninguna alusión directa al acto sexual.

—¿Por qué quiere comprarlo? —dijo para concluir.

—Está claro que porque me gusta —le contesté.

—Me parece muy joven para este tipo de literatura —observó, y dejó de mirarme para seguir examinando el libro—. Bueno, se lo vendo por dos libras.

—¡Cómo! —exclamé—, pero si lo he encontrado en el montón de libros de ocasión a tres chelines…

El hombre se echó a reír.

—Una de dos, o es usted un excelente actor, o un novato. Podría venderlo por mucho más. Este es uno de los libros especiales que escondo aquí —dijo sacando de debajo del mostrador una maleta, que abrió.

Estaba llena de obras pornográficas, muchas de ellas sobre la flagelación. En aquella época, poco podía yo imaginar que unos años después nombres como D’Aléra, E. D. Flogger, Van Rod y Villiot me resultarían tan familiares y que sus libros serían tan buscados por mis clientes aficionados a obras sobre la flagelación.

Aquellos tesoros de la maleta me tenían tan fascinado que no me di cuenta de que el librero me estaba observando con insistencia. Levanté la vista y le pregunté:

—¿Son realmente tan raros estos libros?

Me contestó con gran sinceridad, cosa nada habitual teniendo en cuenta que yo era un cliente.

—No lo creo. El elevado precio se debe a que está prohibida su venta, y nosotros, los libreros, tenemos que cubrir los riesgos que asumimos. Hay, además, una gran demanda de este género. Las personas que gustan de estas obras están muy

obsesionadas y son capaces de pagar sumas astronómicas. La mayoría de los clientes son hombres maduros cuya cuenta bancada está en relación con el precio que les pedimos.

Fue entonces cuando comprendí que tenía que convertirme en librero. Sólo así podría acceder a los libros que me apetecieran, ya que el precio que me pedían como cliente superaba con creces el presupuesto de un estudiante de matemáticas.

—Está bien —dije—, me llevo estos tres.

Además de mi «descubrimiento» había elegido un volumen con el prometedor título de *Lady Buttock,* escrito supuestamente por un tal Jim Black. La tercera obra, *L'Education d'un chérubin,* tenía doce ilustraciones que representaban a un niño castigando a una severa pero muy seductora gobernanta.

—No está nada mal para un principiante —me dijo el vendedor mientras se metía el dinero en el bolsillo—. Dígame la verdad, ¿es la primera vez que ve este tipo de libros?

Le aseguré que sí mientras, en mi fuero interno, pensaba que no sería la última. Además, estaba decidido a no volver a pagar los precios astronómicos que este librero pedía. Decididamente, sólo tenía una solución: dedicarme a la profesión. En aquella época estaba lejos de imaginar las extraordinarias aventuras que me depararía esta decisión.

Pagué doce libras por los tres volúmenes. Ahora valdrían cerca de treinta y seis. Seguí estudiando matemáticas, pero dedicaba todo mi tiempo libre a patearme las librerías de libros antiguos. Descubrí rápidamente lo fácil que era revender lo que compraba, obteniendo así importantes beneficios. Pagaba tres libras por un volumen en una tienda y lo vendía sin problemas por seis libras el mismo día. Como muy bien decía mi amante: «Tu educación empieza a dar sus beneficios».

Conseguía, en efecto, importantes cantidades de dinero que me ayudaban a pasar el mes, y a la vez me iba haciendo con una pequeña colección de libros extraordinarios. Pero, al ser sólo un intermediario, no tenía una clientela fija.

Mis compañeros de oficio fueron al principio muy amables y serviciales conmigo, pero pronto se extendió el rumor de que yo coleccionaba obras sobre desviaciones sexuales, y entonces cambiaron radicalmente de actitud. A este tipo de coleccionistas se les considera por lo general unos personajes siniestros y sospechosos. Los demás libreros me veían como una presa fácil y estaban dispuestos a explotarme, sin que por ello dejaran de mostrar con respecto a mí un desagrado instintivo por el hecho de que yo era «diferente». El interés por el erotismo es algo en apariencia aceptable. Pero mostrar un entusiasmo desmesurado por todo aquello que tiene que ver con el sexo y en particular con sus aberraciones, eso es superar los límites razonables que se ha impuesto la sociedad y es algo, además, que se nota. Lo que me parece aún más

sorprendente es la cantidad de libreros, con muchos años de oficio, que trataron de salvarme. Yo era la oveja descarriada que había que reconducir al recto camino de la pornografía «normal», lo cual les permitiría tranquilizar sus conciencias y llenarse los bolsillos.

En aquel entonces, dos ancianos regentaban una de las mejores librerías de Bruselas especializada en obras antiguas. Yo acudía allí regularmente para venderles libros «normales» que había comprado en otro lugar. A menudo empleaba el beneficio sacado de la transacción en la adquisición de alguna obra «especial». Uno de los dos ancianos era un judío polaco muy amable. Un día me preguntó:

—¿Por qué diablos se interesa tanto por el masoquismo y la flagelación? No debe de tener más de veintiún años y, si sigue por este camino, no quiero ni pensar cómo estará a los cuarenta años. Acabará en la consulta de un psiquiatra o en un manicomio.

—No me entusiasma demasiado la pornografía común —le contesté.

El anciano suspiró.

—Escuche, si piensa usted seguir con este tipo de aberraciones, ¿por qué no elige algo menos peligroso, un poco más agradable? Acabará con su salud, se volverá loco.

Me eché a reír y traté al anciano de idealista romántico.

—No, en absoluto —repuso—. Sencillamente, soy más viejo que usted y más sensato. He visto los efectos de esta clase de obsesión en mis clientes. Se empieza por curiosidad y se acaba verdaderamente poseído. Esta pasión invade todo el ser. Y, además, es una locura de lo más cara. Si se limita a la literatura normal, podrá hartarse de sensaciones por menos de una libra. Lo que más me inquieta de las perversiones sexuales es que acortan la vida; por el contrario, la literatura pornográfica normal la enriquece, la embellece. El masoquismo reduce el campo de actividad mental y sexual, y acaba esclavizándole a uno por completo.

—Quizá sea cierto para algunas personas —le sugerí—, pero, en lo que a mí respecta, no soy un fanático. Lo encuentro excitante, eso es todo.

—¿Y dice que usted no es un fanático? —contestó—. Vamos, no pretenderá que me lo crea ¿no? Le he estado observando cuando compraba: si yo le hubiera pedido el triple, usted lo habría aceptado. No, no, está completamente viciado. Hágame caso, sea razonable. Déjelo ahora que aún está a tiempo. Si no, más tarde lo lamentará.

Los consejos de aquel hombre eran realmente sinceros. Dos años después vi una nueva prueba de su gentileza y su natural confianza en la naturaleza humana. Al morir, su viuda descubrió que aunque él había sido copropietario de la tienda, había aceptado un sueldo mensual y no se había preocupado de exigir a su socio una escritura de tal copropiedad. A partir de entonces la viuda tuvo que conformarse con una pensión que le pasaba el antiguo compañero de su marido. Era delicado y amable, sin duda; pero no era un hombre de negocios. Siempre le recordaré con

mucho afecto. Su intento de conversión fue, con mucho, el más sutil y delicado de todos cuantos he tenido que soportar desde entonces.

Continué ejerciendo este oficio y pronto descubrí que mi comportamiento debía de tener algo de extraño y depravado para mis colegas. Ninguno de ellos compartía mi entusiasmo por la mercancía que vendían. Es más, estoy convencido de que con frecuencia ni siquiera sabían de qué trataban las obras. Las relaciones que mantenían con los clientes tenían como único fin la venta.

El ejemplo más llamativo de este falso interés por los gustos de la clientela se me ofreció el día en que un profesor de universidad me puso en contacto con un librero que trabajaba en su domicilio particular. El profesor era un homosexual inveterado al que le producía especial placer que le masturbaran jóvenes estudiantes con guantes de terciopelo y vestidos con el traje del Eton College. Los libreros de obras eróticas conocían ya al profesor, pues sus gustos eran tan extraños y personales que les resultaba muy difícil satisfacer unas exigencias tan poco comunes. De hecho, en la época en que le conocí, prácticamente había renunciado a la esperanza de encontrar un día un libro que contuviera todos los elementos capaces de procurarle un placer total. La homosexualidad del profesor era sabida de todos, y seguramente esta reputación hizo que el librero en cuestión dedujera lo que sigue.

Cuando fui a visitarle, recomendado por el profesor, se apresuró a mostrarme obras exclusivamente sobre erotismo homosexual. Como yo rehusara una tras otra, el hombre parecía cada vez más violento. Se acercó, me pasó el brazo por el hombro y me dijo, en voz baja y en tono meloso:

—¿Por qué es usted tan difícil? ¿Acaso no tenemos los mismos gustos? Si va despreciándolos todos nunca conseguirá nada; quiero decir, ¿no podríamos sernos útiles el uno al otro?

No pude dejar de admirar la audacia y destreza de aquel hombre. Desde allí se oía roncar a su mujer, y no era un secreto para nadie que tenía la costumbre de acostarse en cualquier sitio con sus secretarias.

—Siento resultarle difícil —le dije—. Pero que el profesor Cauz me haya recomendado a usted no quiere decir que yo también sea de la otra acera.

La reacción fue inmediata. Retiró el brazo automáticamente y adoptó una actitud comercial, mucho menos familiar.

—Le ruego me disculpe —exclamó—. Qué deducción más estúpida. ¿Qué desea ver? Decididamente, la edad empieza a hacer estragos en ese viejo niño. Nunca me dijo que usted no compartía sus gustos.

Claramente deseoso de reparar el error que acababa de cometer, me ofreció una copa de jerez y me enseñó unos volúmenes que compré a un precio razonable. De hecho se arrepintió enseguida de habérmelos vendido tan baratos y se esforzó mucho

en justificar su actitud, dándome a entender de pasada que mis intereses no eran la «especialidad de la casa».

Esta práctica mencionada anteriormente, y tan común entre los libreros especializados en erotismo, la de no poner el precio en los libros, constituye, en mi opinión, otro ejemplo que ilustra perfectamente la falta de consideración del vendedor hacia el cliente. Así me lo confesó cínicamente un día uno de ellos:

—¡El precio de un libro depende del temblor que recorre las manos del cliente que lo consulta!

Esta forma arbitraria, pero tan remuneradora, de poner un precio a las obras obliga al librero a guardar las distancias^ a conservar la lucidez, para captar hasta la más mínima muestra de interés manifestada por el cliente. Con frecuencia, esta clase de comerciantes carecen de escrúpulos, y la facilidad con que mutilan ediciones raras y muy bellas, sólo para sacar un provecho inmediato de las mismas, lo considero el rasgo más odioso de su carácter.

Hace poco menos de tres años, tuve ocasión de dar con uno de estos vándalos en Londres. Tenía la mercancía en una pequeña habitación en la trastienda y me dejó echar un vistazo por las estanterías. Localicé rápidamente una edición, de 1780, de la obra de Pierre d'Hancarville titulada *Vie privée des douze Césars, après une suite de pierres gravées sous leur règne à Caprée*, y la edición de 1784 que le seguía: *Monument du culte secret des dames romaines*.

Deseaba comprar las dos obras porque, por un lado, eran raras, y, por otro, las ilustraciones estaban tan finamente grabadas sobre camafeos que hacía falta una lupa para apreciar todos los detalles. Además, los dibujos eran de una belleza fuera de lo común. Generalmente, los libros franceses estaban a muy buen precio en Inglaterra debido a la dificultad de la lengua. Me pareció que cincuenta libras por aquellos dos volúmenes era un buen precio, y aún más teniendo en cuenta que los grabados no eran particularmente obscenos. Para mi sorpresa, el librero me pidió quinientas.

—¿Cómo se atreve a pedir semejante cantidad? —le dije indignado.

—Lo considero un precio justo, amigo, y usted lo sabe perfectamente. Están intactos, pues aún no he tenido tiempo de recortar algunos grabados. Hay unos cien, y los podría vender a cinco libras cada uno sin problemas.

Me lo imaginé arrancando aquellos maravillosos dibujos, y el solo hecho de pensarlo me ponía malo.

—¡Pero si son ediciones originales! —protesté.

—¡A quién diablos le importa eso! —exclamó el librero—. Lo que mis clientes quieren es pornografía y no arte.

Hice todo lo que pude por evitar la masacre. Aumenté el precio que había ofrecido inicialmente. Pero el librero se mantenía inflexible; no sólo rechazo mi

oferta, sino que incluso se quedó convencido de que yo estaba tratando de engañarle.

—¡Qué se ha creído! —se enfureció—. A mí no me toma el pelo con sus historias de originales. En cuanto llegue a su casa se pondrá como yo a recortar las ilustraciones.

Y sin darme tiempo a que le diera una respuesta, sacó un cuchillo y se puso a arrancar los grabados del libro. Fue así como asistí a la destrucción de dos libros únicos y excelentes.

Para aquellos que, como yo, aprecian de verdad los libros antiguos, resulta particularmente doloroso constatar con qué rapidez desaparecen, mutilados al antojo del cada vez mayor número de libreros. La avaricia de la mayoría de estas personas, animada por el valor que el esnobismo confiere a todo lo que es antiguo, contribuye a reducir en proporciones alarmantes la reserva ya limitada de piezas de colección. Como consecuencia de ello, corremos el riesgo de perder un elemento precioso de nuestra herencia cultural.

Por suerte, el procedimiento que consiste en colorear, respetando el estilo original de los antiguos grabados en blanco y negro, alcanza tal grado de perfección que resulta casi imposible distinguir los auténticos de los falsos. Quizá sea este el único medio de evitar el desastre, ya que ese tratamiento permite salvar obras como el célebre *Orthelius Atlas*, que está ilustrado con unos magníficos grabados de época en color. Este atlas, aparecido en 1584, contiene ciento doce mapas de un colorido extraordinario y cuesta por lo menos doscientas libras. Si al precio de los grabados sumamos los gastos de enmarcado, es evidente que estas operaciones no son tan lucrativas como parecen en un principio. Además, existen en el mercado tantas ilustraciones en blanco y negro que el peligro de que desaparezcan de la circulación es mínimo.

El éxito de este tipo de falsificación es tal que el coleccionista aficionado nunca se da cuenta de que ha sido engañado. Está sencillamente feliz de poder decorar sus paredes con mapas «antiguos» que «sólo» le han costado quince libras. Teniendo en cuenta que se tarda sólo media hora en hacer con una máquina lo que en otros tiempos a mano se tardaba un día, estas ilustraciones en color tan baratas permiten a los comerciantes triplicar e incluso cuadruplicar sus beneficios.

Este interés desmedido por lo antiguo ha dado lugar a una situación completamente anormal.

La demanda supera a la oferta, y con mucho. He llegado incluso a oír que actualmente se están haciendo nuevas tiradas de esos antiguos grabados en blanco y negro y que a continuación se colorean. De hecho, este fenómeno ha alcanzado proporciones tan desmedidas que según uno de mis colegas, que es un experto en la materia, dentro de doscientos años ya no podremos distinguir lo auténtico de lo falso.

Un día, este mismo compañero intentó vender a otro librero una de estas nuevas

tiradas. El hombre se dio cuenta rápidamente del fraude. Pues bien, por muy increíble que pueda parecer, mi amigo tuvo el atrevimiento de señalar a su cliente que, ya que se trataba de la primera edición de las nuevas tiradas, estaba realmente ante un original. Le confesó que la segunda impresión era tan mala que incluso un profano hubiera notado que era falsa; además, aquellos grabados eran al fin y al cabo mucho más baratos.

Sin embargo, tengo que admitir que, llegado el caso, la ignorancia de un librero en materia de obras eróticas puede ser de gran interés para un coleccionista especializado como yo. Hace dos años, precisamente en Viena, tuve la ocasión de constatarlo. Era enero y nevaba desde hacía una semana. Bajo aquel manto de nieve, la ciudad tenía un cierto aire de villa medieval no carente de grandeza. Apenas había circulación y un silencio absoluto reinaba en las calles. A través de la espesa capa de nieve habían trazado unos senderos en las aceras, y cuando uno paseaba por la ciudad, la inmovilidad del decorado, la nieve y el silencio, que sólo rompía el repique lejano de unas vísperas, parecían unirse para recrear en honor de uno la atmósfera serena de la ciudad de hace cuatrocientos años. Pensé de repente lo hermosa que había tenido que ser Viena antes de que la primera guerra mundial la transformara definitivamente. Ahora era una ciudad ruidosa, que conservaba las huellas de los bombardeos, dedicada al comercio y ávida de sensacionalismos como otras muchas ciudades en la posguerra. La destrucción del imperio austríaco parecía haber robado a los vieneses aquella *Gemütlichkeit*[1] por la que se les conocía hasta entonces.

Con estos pensamientos, entré en una librería con la esperanza de encontrar algún volumen interesante. Como se da a menudo en Austria, en una pequeña habitación apenas caldeada de la trastienda, había un fichero en el que se hallaban registrados todos los volúmenes de la librería. El libre acceso a los libros estaba prohibido y sólo se enseñaban aquellos que se habían elegido con la ayuda del registro. Con los dedos entumecidos, empecé a hojear rápidamente las fichas. Conocía la mayoría de las obras y no me detenía mucho en la descripción que se hacía de ellas. Tenía frío y me puse a calcular, como de costumbre, las posibilidades que tenía de hacer un buen negocio. Nótese otra característica muy curiosa de este comercio en Austria: los precios de los ejemplares únicos están todavía marcados según la moneda que estaba en vigor hasta 1914; por ello, el cliente nunca sabe qué precio se le va a pedir. Tuve la feliz idea de revisar las fichas incluidas en la sección francesa. Es sorprendente constatar la riqueza de la mayoría de los libreros austríacos en literatura francesa del siglo XIX. De ello se deduce que los coleccionistas de antes de la guerra tenían muy buen gusto, y no es raro descubrir en estas tiendas magníficas ediciones cosidas a mano. Sin embargo, esta vez no parecía que hubiera gran cosa; además, estaba paralizado por el frío. Justo cuando iba a despedirme de mi compañero, vi la palabra «Aphrodites». Ello no quería decir gran cosa, ¡es una palabra que aparece tantas

veces en títulos de obras eróticas!, pero ese día había dado con una pieza excepcional. La descripción que de él daba la ficha correspondía exactamente a la obra más conocida de Nerciat, *Aphrodites, ou Fragments thalipriapiques pour servir à l'histoire du plaisir*.

Estaba muy excitado por el descubrimiento, y vi intrigado que en la última página del volumen se indicaba que era una edición rara y limitada, y constaté según la ficha que el librero había pasado por alto aquella valiosa información. Rápidamente comprendí que tenía que ser muy prudente si quería llevarme el libro al precio que yo estaba dispuesto a pagar.

—No me entusiasma demasiado —dije—, a no ser que la encuadernación sea realmente excepcional.

El hombre miró la ficha.

—Hay que ver el libro. Pero me parece que no va a haber suerte; si lo fuera, estaría indicado en el fichero.

Desapareció en el interior de la tienda y volvió poco después con tres volúmenes en doceavo, encuadernados en papel vitela y con algunas manchas.

—Como verá —dijo—, no están en muy buen estado, así que le haré un precio especial. De todas formas, estoy contento de deshacerme de todos estos viejos libros franceses.

Me llevé todos por tan sólo el precio de uno.

Al poco tiempo los vendí obteniendo un beneficio nada despreciable, pero cinco años después no pude evitar sentir una pequeña irritación cuando en una subasta de un coleccionista particularmente refinado de obras eróticas pertenecientes al señor Tage Bull, antiguo ministro plenipotenciario de Dinamarca, una edición bastante mediocre de esa misma obra llegó a alcanzar un valor de 36 libras. Sin embargo, aquel día me consolé, ya que compré por poco menos de cinco chelines un ejemplar de un libro muy raro, el *Manual de urbanidad para jovencitas* de Pierre Louÿs, y ello sencillamente porque lo habían incluido por error en un lote de libros pedagógicos vendidos a muy bajo precio. Pero me alegré aún más al adquirir, en de aquel mismo lote, un facsímil del manuscrito, escrito enteramente de la mano de Louÿs, de *Las tres hijas y su madre*.

En mi opinión, las obras de Louÿs y de Nerciat son una prueba de que el talento, el buen gusto y la inteligencia son condiciones indispensables para escribir tanto obras eróticas como literarias en general. Una obra que tiene como tema el acto sexual, y todas las situaciones o perversiones eróticas que puede acarrear, exige de su autor tantas, si no más, aptitudes artísticas como una gran novela.

Por desgracia, algunos afirmarán que un buen libro, por el solo hecho de ser erótico, es menos válido que cualquier novela de literatura menos especializada. En lo que a mí respecta, considero que, cualquiera que sea el interés otorgado a

semejante tema, debe reconocerse al menos el valor literario de la obra. Una obra de arte, digna de este nombre, es sin duda la expresión de una necesidad personal y, ¿quién se puede permitir enjuiciar las necesidades de los demás? Es una pena que la mayoría tenga fuerza de ley. Este factor numérico, y el sentimiento de superioridad que este confiere, son las únicas razones con las que cuentan estos despiadados censores.

Pero, volviendo a los libreros, muchos de mis compañeros comparten la opinión de la mayoría en lo que se refiere a las obras eróticas. Hay, como ya he dicho, excepciones, pero la mayoría sólo son unos asquerosos burgueses. Sin embargo, tengo que confesar que esta estrechez mental se manifiesta a veces de una forma de lo más extraña.

En una ocasión me hallaba en viaje de negocios en Gouda, una pequeña ciudad de los Países Bajos, cuando uno de mis antiguos colegas me llamó por teléfono al hotel para invitarme a una «extraña fiesta» que Brongel daba en su casa. Al oír el nombre de Brongel, acepté con mucho gusto la invitación.

Había oído hablar a menudo de las hazañas de este hombre, pero siempre me habían parecido un tanto exageradas. Brongel había empezado a estudiar teología, pero tuvo que interrumpir los estudios al principio de la guerra y se hizo anticuario especializado en la venta de libros antiguos. Sin embargo, siguió siendo un protestante ortodoxo y austero, y su aversión hacia la literatura erótica era bien conocida dentro del gremio.

Nos citamos a las diez de la noche y cogimos un taxi para ir a casa de Brongel. Vivía en un bonito edificio en el centro de la ciudad. A primera vista, parecía que la casa sólo tenía pequeñas habitaciones con las paredes blancas y escaleras estrechas. A pesar del aspecto de clínica que le daban aquellas paredes blancas y unos muebles macizos y sencillos, el ambiente que reinaba era acogedor. A continuación descubrí que en gran parte se debía a que en cada habitación había una de esas estufas abultadas que desprenden un calor suave y confortable.

En cuanto a Brongel, se parecía a las caricaturas de pastores protestantes que se ven en los dibujos humorísticos. Llevaba un traje negro, de corte anticuado, y se mantenía tieso y estirado. Por su aspecto, parecía el típico representante de Dios en la tierra, humilde a la par que autoritario. Si alguna vez yo llegara a adorar a un dios, sin duda sería el del placer, porque la ropa negra de este hombre, la expresión de su rostro austero y sin alegría, la impresión de severidad y de castidad que se desprendía de toda su persona me resultaban difícilmente soportables. Sentí de inmediato una profunda antipatía hacia él.

Además de mi amigo y de mí, había allí otros diez libreros entre los que me sorprendió un poco reconocer a varios de nuestros compañeros especializados en obras eróticas. Nos hallábamos todos reunidos en una habitación del primer piso.

Brongel estaba al lado de la estufa, frente a una gran mesa donde puso unos ocho libros. Con una solemnidad estudiada, abrió la sesión.

—Mi invitación, al menos a la mayoría de ustedes, no les habrá cogido de sorpresa, y menos aún la razón de la misma. —Lentamente, recorrió con la mirada a los asistentes. Había en sus ojos, curiosamente mezcladas, la amabilidad del anfitrión y la amenaza del pastor—. Pero es la primera vez —prosiguió— que Monsieur Coppens viene a mi casa y quizás esté sorprendido.

—Por lo menos, intrigado —contesté tratando de ser lo más amable posible.

—¡No me interrumpa! —gritó—. Ahora deben escuchar. Escuchar a alguien que ha oído la voz del Señor y se ha impregnado en su sabiduría, a alguien que les ayudará, con su valioso saber, a salvar sus almas condenadas.

Le interrumpí de nuevo.

—¡Me resulta difícil creer que nuestra alma, hecha a imagen y semejanza de Dios, esté condenada! —La actitud de aquel hombre me resultaba francamente insoportable.

—¡Sofisma! —gritó—. Me sorprende, Monsieur, que se atreva a proferir semejante blasfemia. —Después, señalando con el dedo el montón de libros de la mesa, continuó dirigiéndose a mí—. Sé que usted vende esas marranadas. Y que es un discípulo de Satán. Pero aquí tiene a un hombre que ha consagrado su vida a luchar contra su amo. Míreme bien. Mi ejemplo quizá le convenza de la inmoralidad de su comercio. Le ofrezco ahora la oportunidad de iniciar una nueva vida.

De pronto me pareció ver claramente su auténtica personalidad, y me empezó a divertir. En efecto, en pocas ocasiones uno tiene la oportunidad de ser testigo de tanto fanatismo.

—¡Acérquense todos! —dijo, indicándonos con un gesto que nos aproximáramos a la mesa.

Con expresión de asco, como si temiera mancharse los dedos, abrió un libro con una encuadernación magnífica.

—*Josefine Mutzenbacher, oder Jugend-Geschichte einer wienerischen Dirne* —leyó en voz alta. Luego, pasando a otro volumen—: *Die Memoiren einer russischen Tänzerin*. —Y luego—: *Les jupes troussées et les trésors trouvés*. ¡El francés; qué idioma tan detestable! —murmuró en voz baja. Luego se detuvo un momento y nos fue mirando fijamente de uno en uno—. Y así podríamos seguir. ¡Sólo basuras, escritos diabólicos, obras infernales! Disfrutan con estos horrores, cuando en cada uno de ustedes podría crecer un amor maravilloso, el amor que glorifica el *Cantar de los cantares*. Pero el Señor siempre ofrece una segunda oportunidad incluso al pecador más corrupto y extraviado. Y ahora les pido que me imiten. Quemen sus horribles libros, y también los diabólicos pensamientos que ensucian sus almas.

Brongel, histérico, se había puesto ahora a soltar un sermón francamente

virulento. Sus palabras me martilleaban la cabeza, y al poco tiempo la monotonía y el sectarismo de aquel hombre me hartaron hasta lo insoportable. Se me encogía el corazón sólo de pensar en el destino que les esperaba a aquellos maravillosos libros. Su destrucción era inminente. Lamenté la pérdida a causa de su valor como obras pornográficas únicas, pero también me resultaba terrible ver desaparecer encuadernaciones e ilustraciones pintadas a mano, cuya belleza y refinamiento eran impresionantes. De súbito me pareció hallarme en la Edad Media, y me dio un escalofrío sólo de pensar en la influencia que semejante hombre hubiera podido ejercer en aquella oscura época.

Concentré entonces mi atención en Brongel. Abrió la puerta de la estufa y echó, de uno en uno, todos los libros a las llamas. Una vez destruido el último volumen, se volvió hacia nosotros sonriendo casi con amabilidad.

—Espero, señores, que se hayan dado cuenta de que, al quemar estas obras, acabo de ofrecer unos cincuenta libros al Señor. Cincuenta. El Señor se acordará; me recompensará por ello. Y, si quieren imitarme, el día del Juicio Final se sentirán mejor.

La sesión había terminado. Tenía náuseas. Abandoné la habitación con los demás, que parecían menos afectados que yo. Uno de ellos me palmeó en el hombro riendo.

—¡Vamos, Coppens, sonría! Tampoco es para tanto. Piense que hace quinientos años le hubiera quemado también a usted.

—Pero ¿por qué diantres acude usted a semejantes espectáculos? —le pregunté.

—Es muy sencillo. Si no venimos aquí, alguien chivará a la policía la clase de libros que vendemos. No nos engañemos, al fin y al cabo él sabe perfectamente qué libros vendemos todos. Y, además, da la casualidad de que incluso Brongel también tiene sus chifladuras. De vez en cuando le gusta creerse que es Dios y nos paga por venir a aplaudirle.

No pude dormir en toda la noche. Aquella reunión en casa de Brongel me había dejado impresionado. Su hipócrita actuación era aún más detestable que las indulgencias papales que la Iglesia católica vendía en la Edad Media. Me vino a la cabeza que los autos de fe se adaptaban perfectamente al temperamento holandés. Incluso llegué a pensar que el Concilio de la Sangre que tuvo lugar en el siglo XVI, durante la ocupación española, probablemente había sido el equivalente al calvinismo implacable e intolerante de los Países Bajos. Al fin y al cabo, el propio Calvino, ¿no había quemado a los infieles en la plaza del mercado de Ginebra, en nombre de la cruzada contra el pecado?

Todavía hube de asistir en mi vida a otro auto de fe. Y también en los Países Bajos, esta vez en Amsterdam. En esta ocasión el juicio fue un poco diferente, en gran parte, creo yo, porque la experiencia fue a todas luces mucho menos desagradable que la de Brongel. El marco era maravilloso, a orillas del canal de

Singel, cerca del mercado de flores de Amsterdam. Había allí una tienda de antigüedades, regentada por un anciano excéntrico, a la par que encantador, llamado Boerema.

Boerema era intérprete oficial de la Corte para los idiomas noruego, sueco, finés y ruso; su tienda era en cierto sentido una distracción para él. Colocaba la mercancía en cualquier lugar del almacén, y de forma bastante original. Por ejemplo, sobre unas mesitas bamboleantes depositaba unas tabaqueras de escaso valor y unos budas de pacotilla, junto a valiosas cajas de caoba y peones de ajedrez antiguos. Pero, «el plato fuerte» se encontraba, sin duda alguna, en un rincón de la ventana. Allí había una vieja pelota de tenis con la siguiente inscripción: «2 chelines, regálesela a su perro». La pelota se apoyaba en un microscopio donde había un pequeño cartel: «Objeto fabricado por Anthony van Leeuwenhoek, inventor del microscopio, o que le perteneció, 260 libras».

Cuando alguien entraba en la tienda, Boerema nunca hacía el mínimo esfuerzo por venderle algo. En cuanto veía lo que le podía interesar, disfrutaba hablando de ello durante horas; y cuando se ponía de acuerdo con el comprador, o al menos aceptaba su propuesta, iba a buscar el objeto en cuestión y empezaba a analizarlo. Sólo una vez cumplidos todos estos trámites, el cliente tenía el honor y el privilegio de pagar.

Era una forma muy pesada de comprar y sus parrafadas eran a menudo demasiado largas, pero Boerema era un ser tan delicioso y sus discursos tan instructivos que yo personalmente nunca lo lamenté. Su filosofía era una extraña mezcla entre el vadismo e ideas de la Iglesia ortodoxa rusa.

Yo descubría a veces en las estanterías algún libro sobre ocultismo o misticismo, temas que, después del erotismo, constituyen mis centros de interés. Comprar libros a Boerema significaba siempre largas conversaciones sin orden ni concierto sobre ciencias ocultas o prácticas masónicas.

Un día le hablé de mi afición a las obras eróticas. Se quedó francamente sorprendido.

—¿Cómo es posible —exclamó consternado— que un hombre tan sensible y con una educación como la suya pueda interesarse por semejantes horrores? ¿Sabe usted, hijo mío, que el sexo impide al hombre alcanzar su objetivo último?

—Para la mayoría de los hombres el sexo es su objetivo último, y, francamente, no veo por qué siempre tiene que relacionarse el acto sexual con algo sucio. Al fin y al cabo, y usted será el primero en reconocerlo, Dios quiso la procreación y no creo que lo hubiera deseado si hubiera sido algo malo.

—Lo que usted colecciona o vende —me dijo el anciano muy seriamente— no tiene nada que ver con el amor. El amor es ese sentimiento indescriptible que permite aunar en el hombre la ternura con la concupiscencia. Dios quiso la procreación

porque es infinito y también porque la vida tiene que tener continuidad. El objeto de nuestra discusión no es el sexo ni la procreación, sino más bien la pornografía. La pornografía sólo tiene una finalidad: fomentar los más bajos instintos del hombre, lo cual le impide ver el elemento trascendental del acto sexual. Se quedó callado un momento, y luego prosiguió en el mismo tono suave. Le voy a cantar algo. Es una canción rusa; no entenderá lo que dice, pero sin duda captará el mensaje. La melodía es tan misteriosa que le fascinará. La compuso en el siglo XIV un monje que conocía el secreto de la vida.

Boerema se dirigió hacia un órgano que se encontraba en un oscuro rincón de la tienda, y se puso a tocar. Lo que había dicho era verdad. La melodía, un tanto nostálgica, me fascinó enseguida. Mientras le escuchaba pensé que el hombre tenía razón. Podemos admitir el acto sexual como un acto de procreación consciente, pero hay que ir más allá, ya que la verdadera finalidad de la vida no consiste en saciar los deseos carnales, sino en alcanzar la perfección espiritual. La música francamente me había fascinado. Cuando acabó, hice un gran esfuerzo por retener los últimos acordes, que aún resonaban en mi cabeza. En medio del silencio, oí la voz del anciano.

—¿Entiende ahora lo que le quería decir?

Asentí con la cabeza. Por muy estúpido que pueda parecer, en aquel momento Boerema me había convencido por completo. La vida conlleva dos elementos irreconciliables, la concupiscencia y el amor. El uno limita el espíritu, transforma al hombre en animal, que sólo vive el momento y como esclavo de sus sentimientos. El otro, en cambio, exalta el espíritu, le permite escapar de las vicisitudes cotidianas y le hace vislumbrar la eternidad.

Cuando aún me encontraba bajo el hechizo de la música que acababa de oír y ensimismado en mis pensamientos, el anciano me cogió del brazo y salimos de la tienda. Nos detuvimos ante un puesto de flores y Boerema compró un gran ramo. Yo llevaba dos libros eróticos que había comprado antes de ir a su tienda.

—Lea los títulos en voz alta —me dijo seriamente—: *La foutromanie, poème lubrique, En Sardonópolis, 1755*, y *Flossie, a Venus of Fifteen by One who Knew the Charming Goddess and Worshipped at Her Shrine*, editado en Carnópolis. Una basura —continuó—, pero no es esta la razón por la que vamos a tirarlos al agua, sino porque es un insulto para nuestro creador y para nosotros mismos, ya que somos sus representantes en la Tierra. —Me cogió los libros y los cubrió con las flores—. El Agua —dijo—, *Pantei rei*, uno de los cuatro elementos; y las flores que, según san Francisco, son los pensamientos del Señor. Lo que vamos a hacer no es destruir libros pornográficos, sino cambiar uno de los elementos negativos de la vida por el más positivo, por no decir el esencial: *la pureza*.

Con estas palabras, lanzó al canal el paquete cubierto de flores. Lo vi flotar unos momentos y luego fue desapareciendo lentamente. Los floristas ni siquiera levantaron

la vista. Debían de estar ya acostumbrados a los ritos y las ceremonias del anciano.

—¿Estará usted todavía en la ciudad mañana por la mañana? —me preguntó Boerema.

Le dije que sí.

—Entonces venga a verme a la tienda. Mañana hablaremos de libros de masonería. Ahora no es el momento.

Nos estrechamos las manos con gravedad y cada uno se fue por su lado. Aún ahora pienso que el hombre tenía razón. La pornografía no satisface al hombre, le deja en un estado de profunda frustración que siempre le conduce a buscar nuevas experiencias sexuales. El resultado de ello es una especie de locura, un círculo infernal del que es imposible salir.

Esta es la enseñanza que saqué de aquel segundo auto de fe. Esta lección estaba teñida de tanta delicadeza y elegancia que no puedo, bajo ningún concepto, compararla con las repugnantes exageraciones que había soltado Brongel.

Capítulo IV

A Boerema también le interesaban mucho los temas religiosos. Me comentó que en los Países Bajos existía la gama más curiosa de minorías religiosas de toda Europa, y creía que me resultaría muy instructivo conocer al dirigente de una de las más sorprendentes y pequeñas de estas sectas. La descripción que me hizo de P*** fue la de un estafador que se hacía pasar con éxito por un hombre honrado. De hecho, Boerema pensaba que era el único en su género, dadas sus excentricidades religiosas y eróticas.

En otro de los viajes que hice a los Países Bajos, Boerema se las arregló para que conociera a P***. Cuando acudí a la cita, reconocí con sorpresa que aquel individuo grande y rubio que se acercaba para recibirme era un hombre con el que me había cruzado con frecuencia a lo largo de los años. Mis relaciones con él se habían limitado a encuentros fortuitos en librerías especializadas, y sólo sabía que era un insaciable coleccionista de obras eróticas sobre homosexualidad. Por aquel entonces descubrí que compartíamos el mismo apasionado interés por el misticismo y, al filo del tiempo, llegamos a pasar alguna velada juntos. Tras largas conversaciones pude reconstruir la sorprendente vida de P***. Sin duda se trata de una historia excepcional y creo que deja claro los recursos excepcionales del personaje.

P*** siempre había vivido aprovechándose de las situaciones. Era inigualable en el arte de sacar el mayor partido a cualquier situación. Antes de la guerra vivía en Alkmaar, donde llevaba una existencia precaria, dando conferencias sobre ciencias ocultas y más concretamente sobre astrología. En cualquier caso, sus ingresos eran tan reducidos que cada vez tenía más dificultades para pagar el alquiler. Así pues, se trasladó a un pequeño hotel regentado por un enorme y obeso homosexual. Aquel gigante vivía con un anciano marinero de gran belleza, y los dos aceptaban en su hotel sólo a clientes de sexo masculino. En aquel lugar, el servicio era excepcional. Los dos hombres prestaban a sus huéspedes una atención casi maternal, llevándoles a la cama el desayuno y ocupándose de su ropa con gran esmero. Sin embargo, y en ello insistían mucho, sus clientes debían permanecer en el hotel estancias prolongadas. Entre hoteleros y huéspedes se establecían unas relaciones tan estrechas que, a finales de mes, cuando uno de estos últimos se encontraba en la imposibilidad de pagar la factura y tenía que abandonar el hotel, el gigante y su amante derramaban ríos de lágrimas a la hora de la despedida.

—Es más —me comentó mi amigo P***—, era extraño que trataran de seducir al cliente, salvo durante el carnaval, claro está. El carnaval era un pretexto para hacer fiestas en el hotel, donde la amable dirección repartía entre la clientela espléndidos disfraces. Luego, cada cual era libre de divertirse como quisiera. Pero ¿quién podría censurarles por ello? Al fin y al cabo, ¿qué otro sentido tiene el carnaval?

El disfraz que propusieron a P*** para el primer carnaval que pasó bajo su techo no fue de su agrado. Así que salió a la calle para recorrer las tiendas de ropa de segunda mano con la esperanza de encontrar un traje que le gustara más. De repente se encontró frente a una tienda en cuyo escaparate se exhibía una sotana. La prenda le dejó fascinado y entró inmediatamente en la tienda. Nada más hacerlo, se dio cuenta de que no estaba en una tienda de ropa de segunda mano, sino en una sastrería con todas las de la ley.

La sotana le iba como anillo al dedo. Le dijeron que podía alquilar y arreglar la prenda, y quedársela durante dos días. Salió de la tienda como un niño con zapatos nuevos, y, con un enorme paquete bajo el brazo, regresó al hotel.

—Me vestí el hábito religioso sin nada debajo, pues estábamos en carnaval, y me convertí a partir de aquel momento en un hombre nuevo. No podía contener mis ganas de pavonearme de un lado a otro de la habitación mientras me observaba en el espejo. Adoptada actitudes diferentes y posaba mirándome con admiración, lo que no tiene nada de sorprendente ya que había sido educado en la religión católica. Y, ¿sabe usted, Coppens? —continuó P***—, desde el momento en que me vestí el hábito religioso, todo sentimiento de concupiscencia, todas las ilusiones que me hacía con respecto a las orgías de la noche desaparecieron como por arte de magia. El hábito había hecho al monje. Por otro lado, estoy convencido de que nada de esto hubiera ocurrido si no hubiera llevado el hábito de la Iglesia rusa. Desde mi más tierna infancia me había sentido atraído por la Iglesia ortodoxa. Su clero tenía mucha más dignidad que cualquier otro. Los popes tienen un algo de grandeza que les hace francamente irresistibles para un temperamento homosexual. Tengo que reconocer que aquella noche no seguí el juego hasta el final; llegué a sentir bajo los faldones una mano descarada y juguetona, pero la gente estaba tan impresionada con el disfraz y la manera en que lo llevaba que me mantuve casto durante toda la fiesta.

Cuando finalizó el carnaval, P*** se dio cuenta de que nunca más podría separarse de la sotana; formaba parte de su personalidad. Era como si de repente hubiera descubierto por fin su lugar en la vida. Tuvo que decirle al sastre que se le había quemado el hábito durante las fiestas y este aceptó que le pagara una cantidad al mes. Un día me confesó:

—Es una de las pocas facturas que ha pagado en mi vida, y sin duda por razones religiosas.

A partir de entonces, P*** se convirtió en el padre P***. Era un hombre instruido

y no le costó mucho esfuerzo adquirir unas nociones básicas de ruso. Aprendió a salmodiar oraciones en esta lengua y se inició en los dogmas de la Iglesia ortodoxa. Para completar su transformación, se dejó crecer una larga barba. Como es evidente, la gente se sorprendía de aquel brusco cambio, pero él eludía a sus preguntas y decía que había sido ordenado por la rama bizantina de la Iglesia gnóstica rusa de Turquía. Por suerte, nadie se atrevía a hacerle preguntas más concretas.

El gigante y su amante estaban encantados con la transformación de P***. Les parecía que daba un aire solemne y respetable a su establecimiento y le suplicaron que permaneciera allí gratuitamente. Haciendo aprecio de su amabilidad, P*** aceptó quedarse, tras lo cual insinuó que conocía un lugar en el que vendían, a un precio de risa, una auténtica cruz griega y un bastón con pomo de plata que representaba la cabeza dé Cristo. Conmovidos a la par que encantados, los hoteleros le proporcionaron ambos objetos y desde entonces podía verse al padre P*** con la brillante cruz de plata sobre el pecho y el maravilloso bastón balanceándose suavemente en su brazo. También cogió la costumbre de llevar un paquetito insignificante y decía con ironía que encerraba el espíritu del Señor. Y así fue como el padre P*** de la iglesia gnóstica ruso-bizantina se lanzó al mundo sin temor.

La experiencia me ha enseñado que un loco con imaginación arrastra siempre adeptos, y P*** no fue una excepción a la regla.

Su reputación creció con rapidez y reunió en torno a él a un pequeño grupo de discípulos. El dinero llegó con los fieles y enseguida tuvo el suficiente para construir una hermosa capilla donde empezó a celebrar misa. Sin embargo, no había abandonado sus prácticas homosexuales, y las autoridades sin duda habrían terminado por descubrir el fraude. Pero la suerte, si así puede decirse, estaba de su lado. P*** es realmente un personaje único, y la ocupación alemana de Holanda durante la segunda guerra mundial le favoreció en todos los sentidos.

—El segundo día de la invasión alemana —me contaba P***—, tenía que ir a La Haya para dar una conferencia sobre la incompatibilidad entre el Bien y el Mal, dos principios que emanan del mismo Dios eterno y perfecto. Este es sin duda uno de los problemas más espinosos de toda la teología. Imagínese cuánta fue mi angustia durante el viaje en tren, que, impresionado ante el espectáculo de los aviones derribados a ambos lados de la vía, me fue literalmente imposible conceder al tema la atención necesaria. Al llegar a La Haya, estaba de un humor de perros que en absoluto mejoró cuando me arrestaron. A unos cien metros de la llegada, en efecto, unos soldados holandeses, sin darme siquiera una explicación, me metieron en un furgón y me llevaron a la comisaría más próxima. ¡Sospechaban que yo era un espía alemán! Les expliqué que ya sabía que se habían enviado al país espías alemanes disfrazados de sacerdote, pero que ello no quería decir que yo formara parte de aquella expedición. Fue inútil. De todos modos, los rumores que circulaban entre la

población, según los cuales todo el país estaba invadido por espías alemanes disfrazados de sacerdote y de enfermera, me parecían un tanto exagerados. Al final me metieron en una celda; allí permanecí durante cuatro horas, hasta que recibí la visita de un sacerdote, que se presentó como el padre Dominique, dirigente de la Iglesia católica rusa de los Países Bajos. Su atuendo era una réplica exacta del mío. Pensé que, tal como se estaban desarrollando los acontecimientos, más valía tomar la delantera. Así pues, antes de darle tiempo de decir una palabra, ataqué: «Si ha venido a poner en duda mi calidad de sacerdote, hermano, le pido que se vaya ahora mismo. La rama bizantina por la cual he sido ordenado no reconoce su autoridad».

»"Vaya, vaya, así que todavía existen estos bizantinos", dijo sonriendo el padre Dominique; "creía que habían sido exterminados en la campaña de Armenia durante la primera guerra mundial". Luego, me dio la espalda y continuó: "Este no es el momento de discusiones religiosas, hermano. Ya las tendremos en un momento más idóneo. Lo importante es decirle ahora al oficial de servicio que es usted sacerdote".

»Me arrodillé y susurré una de esas oraciones rusas que había aprendido de memoria; luego, lentamente, hice la señal de la cruz y seguí al padre Dominique camino de la libertad.

»Tres días después mi país capitulaba, lo cual no cambió en nada la tranquila vida que llevaba. Mi estatuto de sacerdote era ahora reconocido por todos. De hecho, el día en que la policía hizo una redada en el hotel, esperando encontrar allí toda una serie de pruebas de que se practicaban actos inmorales, me bastó con afirmar que eso era totalmente falso para que se me creyera al pie de la letra. Tuve que reconocer, claro está, que la clientela y el personal eran homosexuales, pero me hice responsable del buen comportamiento y respetabilidad del lugar. A partir de aquel día, el gigante y su amante insistieron en llamarme "padre". Luego me confesaron que, hablando con la policía, había dado una imagen tan noble y digna que les había conmovido, al menos en aquel momento.

Pero todos aquellos momentos de gloria no eran nada comparados con el golpe maestro que P*** daría más adelante. En cuanto los alemanes declararon la guerra a Rusia, aprovechó para ir a La Haya y conseguir una entrevista con las autoridades alemanas. Allí explicó que, al haberse interrumpido las relaciones con Rusia, ya no estaba bajo las órdenes de sus superiores y no podía ya contar con su ayuda espiritual. Para colmo de desgracias, añadió, le habían suspendido su asignación mensual y no sabía cómo podría atender ahora las necesidades de la comunidad. Los alemanes estaban en aquella época muy a favor de una cooperación más estrecha con los países bálticos y con Ucrania, convencidos de que las simpatías de sus habitantes se decantaban hacia los enemigos del comunismo. Y la Iglesia, con toda evidencia, podría convertirse fácilmente en el estandarte de la lucha contra los soviéticos. Que P*** representara a la propia Iglesia gnóstica rusa no hizo sino reforzar, a los ojos de

los alemanes, la evidente utilidad de su persona. Tras aquella entrevista le concedieron una asignación mensual para mantener y ampliar su comunidad gnóstica.

P*** nunca se excedió ni abusó de la ocasión. Sus ingresos eran más que suficientes, y de vez en cuando iba a pedir consejo a los alemanes sobre problemas insignificantes con el fin de dar a su fraude un aire de verdad. Y estos últimos le ofrecían a cambio donaciones para adornar la capilla.

—Enseguida se convirtió en una preciosa capilla —recordó—. Pero no tardaron en surgir, como era de esperar, toda una serie de problemas.

—¿Qué problemas? —le interrumpí.

—Bueno, por ejemplo, al durar tanto la guerra, la comida, el tabaco y el alcohol se convirtieron en algo tan caro como escaso. El dueño del hotel me había explicado un día cómo se destila el alcohol. Luego había añadido que, de hecho, se podía cambiar el alcohol por cualquier otro producto. Reflexioné seriamente en todo lo que me había dicho. ¿Por qué no convertirme en destilador? ¿Acaso mi pequeña capilla no podría albergar un alambique? Además, enseguida caí en la cuenta de que a la policía nunca se le ocurriría hacer una redada en una iglesia; eso me daba claramente una extraordinaria ventaja sobre los demás destiladores clandestinos. Y si por alguna desgraciada casualidad, me llegaran a descubrir el invento, siempre podría decir que el alcohol me era indispensable. En aquella época, era prácticamente imposible conseguir vino de misa. ¿Qué otra solución más lógica que la de sustituir el vino por alcohol? Al fin y al cabo, era sacerdote, ¿no es cierto?, y tenía unos deberes para con mis fieles. Pero, como enseguida pude constatar, este tipo de negocio se convierte rápidamente en algo imposible de controlar. Antes de darme cuenta de ello, ya estaba a la cabeza de un negocio floreciente y en plena expansión. Sin embargo, no obtenía muchos beneficios. La mayor parte de la producción de alcohol la cambiaba por comida, tabaco y ropa, y casi toda la distribuía entre los pobres de la parroquia. Pero empezaron a correr rumores sobre mis actividades y los individuos más dudosos, los encargados de bares, los proxenetas, prostitutas, e incluso los dueños de los prostíbulos, todos ellos interesados por lo que producía, no tardaron en venir a comprar. No me atrevía a rechazar ningún pedido, por temor a una denuncia anónima. Semejantes prácticas lamentables eran por desgracia moneda corriente bajo la ocupación, y traté de satisfacer a todo el mundo, pero era plenamente consciente de que eso sólo me ocasionaría pérdidas. Así pues no me sentí particularmente sorprendido cuando, un día, la policía hizo una redada en la capilla.

»Los policías se quedaron anonadados al descubrir una destilería detrás del altar mayor. No podían dar crédito a sus ojos. Enseguida me di cuenta de que la historia que había preparado para salir del paso en caso de que ocurriera alguna eventualidad no les engañaría por mucho tiempo. Decidí cambiar de táctica; eludí en la medida de lo posible sus preguntas, a la vez que daba a entender con toda tranquilidad que los

alemanes eran mis mejores clientes. A fin de poner en evidencia el carácter cordial de mis relaciones con las autoridades alemanes de La Haya, precisé que mi producción de «detrás del altar» era muy apreciada por aquellos señores. Poco antes, además, había tomado la precaución de colocar en una de las paredes de la capilla un mapa enorme de la Europa del Este en el que iba marcando minuciosamente los avances alemanes. Gracias a ello, los policías actuaron con tacto, contentándose con confiscar el alambique y la reserva de alcohol. Por otro lado, aceptaron con gran amabilidad devolverme las pocas botellas de vino de misa que habían confiscado con todo lo demás. Se lo agradecí en el alma. Pero, sea como fuere, sabía que a partir de ahora estaba fichado y que acabarían pillándome.

»Ahora bien, Coppens, como usted sabe, yo soy, por naturaleza, homosexual. Sin embargo, desde que me inicié en la vida religiosa, aquellas inclinaciones quedaron en parte adormecidas. No obstante, está claro que no se puede luchar contra la naturaleza. Y los instintos afloran cuando menos se lo espera uno; aquello fue lo que me ocurrió.

»Los acólitos que me ayudaban en la celebración de la misa eran generalmente hombres de edad, pues nuestra Iglesia no atraía en absoluto a los jóvenes. Uno de mis ayudantes tenía un hijo. Este chico, de unos trece años cuando su padre se unió a nuestra comunidad, tenía ya dieciocho años hacia el final de la guerra. Se había hecho muy atractivo y le pregunté un día a su padre si aceptaría que su hijo viniera también a ayudarme. Aún recuerdo lo honrado que se sintió el hombre ante mi proposición. Casi se le saltaban las lágrimas. Dado que el chico venía a confesarse con frecuencia, yo tenía ya un profundo conocimiento de su personalidad; eso me permitió maniobrar con delicadeza y sin correr riesgo alguno. En resumen, se convirtió a la vez en mi ayudante y en mi amante. Por desgracia, fue el primer error que cometí, y además de importancia. Quería mostrarme seguro frente a él, ya que era plenamente consciente de la diferencia de edad que había entre los dos, y necesitaba a toda costa que aquel chico se sintiese impresionado. En un arranque de vanidad insensato, le hablé de la destilería que la policía me había confiscado. Rápidamente, aquel chico tan lanzado me propuso que volviera a destilar. Está caro que me negué, e incluso evité seguir hablando de ello, lo cual le puso de muy mal humor. Ni siquiera estaba seguro, me dijo, de quererme todavía. Evidentemente, yo sabía que estaba haciendo teatro. Es un truco tan viejo como el mundo. Pero no tenía fuerzas para resistirme y caí en la trampa que me tendía. Como si se tratara de mi primer gran amor, cedí. Fabricamos pues un nuevo alambique, y en poco tiempo nuestra producción se hizo importante. Mi amante era tan codicioso como bello. La producción de alcohol iba en aumento. Había mucho movimiento de dinero. Me olía la catástrofe, pero no podía hacer nada para evitarla. Si renunciaba, perdería en el acto al amante que tanto apreciaba. Y era una decisión que me sentía incapaz de tomar —añadió bajando tristemente la cabeza.

—Debió de llevar una vida maravillosa en aquella época —señalé.

—No sé, no sé —repitió pensativo—. La incertidumbre que tenía con respecto a los sentimientos de mi amante me ponía nervioso y me agotaba. Las cosas estaban ya tan complicadas antes de que entrara en mi vida que su presencia no la arregló en nada, sino todo lo contrario. Voy a tratar de explicárselo; pero, como no sabe nada de nuestras condiciones de vida durante la segunda mitad de la guerra, le costará entender la situación.

»Durante los últimos meses del conflicto, los habitantes de Alkmaar no sólo se morían de hambre, sino que además tenían que sobrevivir sin gas ni electricidad. Los hospitales, los colaboradores y las autoridades locales eran los únicos que disfrutaban de gas y electricidad, e incluso ellos sufrían severos racionamientos. En cuanto al carbón, era completamente imposible conseguir. En la capilla, claro está, no teníamos ni calefacción ni luz. Había que encontrar a toda costa una solución. Tras mucho reflexionar, me dije que la situación era lo bastante grave para que me arriesgara a viajar de nuevo a La Haya. Solicité una entrevista con las autoridades alemanas, que me fue concedida. Les expliqué que el dinero que tan generosamente me habían otorgado era insuficiente para cubrir los gastos. Por otra parte, los fieles, la mayoría de avanzada edad, no pudiendo soportar el frío glacial que hacía allí, acudían cada vez con menos frecuencia. También les dije que la comunidad vivía con el temor de la llegada de los «rojos», y les aterrorizaba la idea de que la capilla fuera pronto arrasada por aquellos invasores. Señalé igualmente que mis fieles siempre habían esperado y creído en la victoria de Alemania, y, si queríamos conservar intacta esta fe, era necesario que pudieran volver a la capilla.

»Quiero que me entienda bien. No solicité ningún trato especial para mí, ni ningún privilegio para mis parroquianos. Sólo, si fuera posible, un poco más de electricidad. Debí de convencerles, ya que me concedieron un permiso para que me suministraran electricidad, durante dos horas, todos los viernes y sábados por la noche, así como tres horas el domingo por la mañana. Las autoridades de Alkmaar se quedaron anonadadas cuando les presenté la autorización. Por un momento creí que al funcionario encargado de mi asunto iba a darle algo cuando leyó el último párrafo, por el cual se me asignaban veinticinco velas todas las semanas.

Le interrumpí para preguntarle:

—Pero ¿en serio que había pedido velas?

—Naturalmente. Creo que no ha terminado de entender mi plan —contestó, mirándome a los ojos—. Mire, en realidad, mi capilla no necesitaba calefacción. Los parroquianos traían algunos trozos de carbón y, como la capilla era muy pequeña, resultaba más que suficiente para calentarla rápidamente. Había montado toda aquella historia con la única finalidad de obtener la electricidad necesaria para la destilería. Y como el alambique consumía toda la electricidad que me concedían, necesitaba velas

para iluminar la capilla. Así, pues, había resuelto la cuestión más delicada, pero todavía me faltaba comprobar si podía destilar de una forma eficaz en sólo siete horas. Y necesitaba, en segundo lugar, encontrar un modo de realizar paralelamente las ceremonias religiosas y la destilación de ginebra en la sacristía sin que la asistencia sospechara nada.

»Expuse el primer problema a mis amigos los hoteleros, que me confirmaron que ello era posible. Pero el segundo era, desde luego, más difícil de resolver. El proceso de la destilación puede hacer mucho ruido y, aunque la misa se celebre en medio de una gran algarabía, durante las horas de confesión reina un silencio absoluto a fin de que los parroquianos hagan con tranquilidad su examen de conciencia.

»Adopté la siguiente táctica. Dada mi confianza total en el amigo del hotelero, le hice mi ayudante de forma provisional. Preparé luego, especialmente para las horas de la confesión, una ceremonia de devoción. Mis dos acólitos se dirigían a los asistentes recitando oraciones y ellos les respondían en el mismo tono. Era una especie de preparación religiosa antes de la confesión propiamente dicha, y tengo que decir que mis parroquianos entraron en el juego con mucha convicción. Aquello les entretenía mientras esperaban su turno para confesarse, y ya no tenían que torturarse el alma tratando de recordar sus pecados.

»Al principio todo fue sobre ruedas, aunque, la verdad sea dicha, estuve a punto de volverme loco. Imagínese por un momento a esos dos pillos chapurreando una jerga seudorrusa sin sentido y entonando la voz al ritmo de los distintos ruidos, gluglús y gorgoteos del alambique. Tan pronto mascullaban sin parar como gritaban hasta desgañitarse para amortiguar el estrépito. Mientras, detrás del altar, el gigante trabajaba lo más deprisa posible para obtener la máxima cantidad de ginebra, teniendo en cuenta el poco tiempo de que disponíamos. En realidad, cuando más sufría era durante la celebración de la misa. El marino llegó a pasar detrás del altar mientras yo oficiaba la misa. Y entonces se les podía oír, al hotelero y a él, contarse historias verdes o entregarse a fantasías sexuales. Un día, nunca lo olvidaré aunque viva cien años, hubo una explosión impresionante. Dejé al otro acólito que literalmente vociferaba sus oraciones y me precipité detrás del altar para encontrarme a los dos amantes muertos de risa. Le explicaré lo que ocurrió. El gigante, en un momento de gran excitación, se había bajado los pantalones, mientras le hacía una mamada a su amiguito en ese momento. Una de las retortas del alambique había explotado, y la ginebra hirviente le había salpicado las nalgas desnudas e incluso partes todavía más íntimas de su anatomía. Aquella era la causa de su risa loca, entrecortada por gemidos y juramentos, mientras trataba de calmar el dolor de las quemaduras. En cuanto a la sacristía, querido Coppens, apestaba tanto a ginebra que aquello parecía una bodega.

»En una época normal, yo también hubiera apreciado el lado cómico de la escena.

Pero, en aquel momento, estaba fuera de mis casillas. Todos tratábamos de sacar adelante un pequeño negocio en medio de grandes dificultades que, bien que mal, había conseguido superar, y sólo nos faltaba que esos dos imbéciles (que sin embargo, recuerde, tenían un hotel entero para ellos solos) hicieran peligrar el asunto por querer satisfacer sus deseos sexuales en el momento más inoportuno y en el lugar más incómodo. El gigante se mereció su castigo, pues debió haber sido un poco menos descuidado. En un momento pudo haber echado abajo el trabajo de varios meses. Volví a toda velocidad adonde se encontraban los fieles y agité frenéticamente el incensario para intentar mitigar el olor a ginebra. A pesar del visible malestar de algunos parroquianos, me esforcé en recrear el ambiente de piedad que corresponde a una capilla.

»Nos habíamos librado de una buena. Después de esta aventura, sin embargo, al menor ruido durante la misa me entraba tal terror que no podía controlarme. Por suerte, mis amigos aprendieron la lección y se dieron cuenta de que tenían que ser prudentes. A partir de entonces, seguimos destilando sin demasiados problemas.

»Y luego todo volvió a empezar. Como en la primera ocasión, comenzamos a tener demasiados clientes, y yo sabía que esta afluencia sería nuestra perdición. Ya no desconfiaba de aquellos que se dedicaban al mercado negro en los bares y en los burdeles. Sabía que les interesaba tanto como a mí guardar el secreto. Sin embargo, desconfiaba de algunos artistas e intelectuales, a quienes no les atraía tanto la ginebra como la asociación insólita de mis ocupaciones. Porque, como bien se podrá imaginar, los comentarios iban en aumento.

»Como ya le he dicho, Coppens, yo era consciente del peligro, pero no podía hacer nada para prevenirlo. Un domingo por la mañana, antes de la misa, mi amante y yo vigilábamos la destilación y, aprovechando el tiempo que nos quedaba antes de que acabara la operación, hacíamos el amor, cuando llegó la policía. En esta ocasión, el cargo que se nos imputaba era doble: corrupción de un menor y destilación ilícita de alcohol. Pero, una vez más, la suerte me acompañó. Aquel chico a quien tan a menudo había despreciado, aunque le amara locamente, dio muestras de una gran lealtad e inteligencia. No hizo ninguna alusión al papel que el gigante y su amante desempeñaban en el negocio y, por iniciativa propia, reconoció sinceramente que se acostaba conmigo porque me quería. En cuanto a su padre, este luchó con todas sus fuerzas para defender, no sólo la reputación de su hijo, sino también, de paso, la de la parroquia y la mía. En realidad, sabía positivamente que su celo con respecto a mí no era desinteresado. Como puede usted comprender, se trataba de la reputación de la comunidad, y cualquier acusación contra ella le hubiera afectado de rebote, y en cualquier caso yo cumplía correctamente con mis funciones de sacerdote. El chico dijo a la policía que él me había obligado mediante chantaje a volver al asunto de la destilación, amenazándome con no concederme sus favores. Lo que, de hecho, era la

pura realidad.

»Como al fin y al cabo era la primera vez que se me acusaba de inmoralidad, y todos, incluido el propio padre del chico, culpaban a este último más que a mí, la policía abandonó una vez más sus persecuciones. Claro está que me pusieron una multa por fabricación ilegal de alcohol, pero, pásmese, la parroquia se encargó de pagarla. Conmovedor, ¿no? Por otro lado, se cerró la capilla durante tres meses. Ahora bien, y esto le parecerá increíble, cuando volví a abrirla, todos los fieles, con el chico y su padre a la cabeza, estaban allí. Recibí tal cantidad de donativos que pude comprar un segundo altar, que consagré, con toda la intención, a la redención de los pecados.

»Poco tiempo después se acabó la guerra y me encontré una vez más sin un céntimo. ¡Oh!, desde luego que recibía pequeñas cantidades de dinero de mis parroquianos, pero necesitaba mucho más para llevar el tren de vida a que estaba acostumbrado. No podía soportar la idea de volver a la astrología para ganarme la vida. Al embutirme en este hábito, alquilado para una noche loca de carnaval, me había acostumbrado a un estilo de vida más espiritual. Dicho de otro modo, había sido un estafador, pero me había convertido en un hombre respetable y de total confianza.

»¿Qué otra salida me quedaba salvo volver a La Haya? —continuaba P***—. Esta vez fui al Ministerio de Cultura y expuse una vez más mi situación. El clima era favorable. Las autoridades comprendían que la liberación debía ir acompañada de una tolerancia y de un espíritu de comprensión mutuos. Los privilegios que a nadie se le hubiera ocurrido reclamar antes de la guerra eran ahora concedidos como algo usual y a las personas más increíbles. Sabía que esta vena de generosidad no duraría mucho, y tenía que aprovechar la ocasión. El funcionario que me recibió se desternillaba cuando le conté mi insignificante contratiempo con el padre Dominique y me preguntó si no habíamos tenido desde entonces la ocasión de confrontar nuestros puntos de vista en materia teológica. Le contesté con gran aplomo que, a no ser que recibiera la autorización de mis superiores, me estaba prohibido entablar cualquier discusión de carácter teológico con el mencionado padre, y le pedí su comprensión y su respeto hacia esta costumbre.

»El funcionario, no obstante, volvió a ponerse serio al escuchar la continuación de la historia, pero cuando llegué al episodio del mapa de la Europa del Este que había puesto en la pared de la capilla, se le alegró la cara. Le expliqué que aunque una cara del mapa indicaba el avance alemán, en el dorso había una relación detallada de las posiciones de los aliados, que conocíamos gracias a que captábamos las ondas de la radio inglesa. Aquí estuve ingenioso, ya que luego supe que el hombre sospechaba que había aceptado dinero de las fuerzas de ocupación. Naturalmente, comprendió mi punto de vista, y admitió que era preferible la supervivencia de una

comunidad, aun costeada por el enemigo, que su desaparición. Tras informarse sobre algunas cuestiones de la Iglesia gnóstica ruso-bizantina, nos despedimos y regresé a Alkmaar. Dos semanas después, recibí una carta del Ministerio por la que se me informaba de que me seguirían concediendo una asignación mensual, tras haber corroborado que mi comunidad contribuía decididamente al bienestar intelectual y moral de la sociedad. Como en la investigación el ministro había tenido dificultades para remontarse hasta los orígenes de la Iglesia gnóstica ruso-bizantina, me pedían un resumen de su historia y de sus dogmas. Por suerte, con la carta adjuntaban el primer cheque…

»Fue entonces, querido Coppens, cuando cometí el error más grande de mi vida; un error tan grave que me costó los ingresos, la capilla, la función y los placeres carnales a los que accedía tan fácilmente gracias a mi posición.

—Pero ¿cómo? —le pregunté—. Más bien parecía que su porvenir estaba más asegurado que nunca. Si el Ministerio le envió un cheque, eso significaba que reconocía teórica y prácticamente la existencia de la Iglesia gnóstica ruso-bizantina.

—Estoy completamente de acuerdo con usted —me contestó—. De hecho, pienso que si todo empezó a ir mal se debió al horror que me producen las complicaciones. Los últimos altercados con la policía, y más concretamente el asunto relacionado con las buenas costumbres, me habían hundido realmente. Comprendí que tenía que acabar con las prácticas homosexuales. Naturalmente, no ignoraba que las relaciones entre adultos elegidas libremente no constituían un ultraje a las costumbres en los Países Bajos, pero aquello era un consuelo mínimo. Por un lado, los hombres mayores de edad me dejaban completamente indiferente. Y, por otro lado, ¿cómo probar que un chico que afirma tener veintiún años dice realmente la verdad? ¿Habría que pedirle su partida de nacimiento antes de meterse en la cama con él? Además, ya no me sentía relajado. Cada vez que hacía el amor con alguien sin conocer exactamente su edad, me quedaba impotente y temblaba de miedo. Sentía como si la mano de un policía estuviera a punto de caer sobre mí. Ya se lo he dicho, odio las complicaciones. Así que decidí renunciar a la homosexualidad de una vez por todas antes que quedarme definitivamente impotente o acabar en la cárcel.

—¿Ha lamentado alguna vez esta decisión? —inquirí.

—No —contestó, y de repente soltó una fuerte carcajada—. Pero aun así lo perdí todo tres años después. Ironías del destino, ¿no le parece? Podría haberme ahorrado este mal trago. En verdad, la vida no es sencilla.

Sinceramente, le di la razón, y él prosiguió:

—Entonces, pensé que podría sustituir las actividades homosexuales por una mayor dedicación a los deberes religiosos, y luego quise probar la flagelación. Mi idea se basaba en la propia naturaleza del oficio que había elegido. Me percaté de que la piedad, la pedagogía y la penitencia, factores intrínsecos al sacerdocio, favorecían

el paso de la homosexualidad a la flagelación, y más aún teniendo en cuenta que estas dos prácticas están relacionadas por igual con el culto a las nalgas. Me interesé primero por algunas jóvenes de la parroquia. Les hice preguntas cada vez más personales en el confesionario y me sorprendió muchísimo la franqueza con que aquellas criaturas me confesaban sus problemas y deseos más íntimos. Descubrí que la sexualidad no conlleva vergüenza ni inhibición en las mujeres y que es mucho más fácil seducir a una muchacha que al chico más atrevido. Incluso llegué a constatar que mis penitentes hallaban un perverso placer en desvelarle los secretos más íntimos sobre su vida sexual a un representante de Dios. Fui ampliando progresivamente mi influencia. A las mujeres que venían regularmente a confesar sus pecados carnales les advertí que la oración y el ayuno no eran suficientes como expiación, y que, si por ejemplo vivieran en España o en Sudamérica, habrían recibido una buena tanda de latigazos. De esta manera pude comprobar sus reacciones, y cuando dejaron de escandalizarse e indignarse ante mis comentarios, decidí tomar las riendas del asunto, tanto en el sentido propio como en el figurado.

»En este espíritu, cuando otra penitente vino a mí para confesar pecados de la carne (es más, aún hoy me pregunto si no se inventaban de cabo a rabo todas aquellas historias para nuestro mutuo deleite), le dije que volviera a la capilla el domingo por la noche. La recibí en la sacristía y le reproché severamente sus horribles pecados. Pareció sinceramente arrepentida; quizás estaba simplemente excitada, no sabría decirlo, pero cuando le ordené que se desvistiera, diciéndole que sus faltas eran tan abominables que debían ser sancionadas con la máxima severidad, obedeció sin rechistar. Poco después estaba desnuda ante mis ojos.

»Le ordené que se tendiera sobre una silla, cogí un látigo de cuero ligero que el marino había fabricado para mí, y le asesté veintiún latigazos en las nalgas. No empezó a retorcerse hasta el final del castigo, pero de su boca no salió un solo grito ni una protesta. Debo decir que tampoco le di con mucha fuerza. Ciertamente, le habían quedado marcas en las nalgas, pero estaba completamente seguro de que a la mañana siguiente no le quedaría la más mínima señal del castigo.

»No sé si mis parroquianas tenían una especial confianza entre ellas o si cotilleaban más de lo habitual, pero, a partir de aquella noche, todas estaban al corriente de la penitencia a base de latigazos y ninguna se mostraba en desacuerdo. Al poco tiempo me encontré en la misma situación que en el caso de la destilería: tenía demasiadas “clientas”. No tardé en sentirme más como un verdugo que como un sacerdote. Tampoco podía dejarlo, pues cada vez me daba más gusto. Naturalmente, había pechos y nalgas que no me atraían en absoluto, y trataba de persuadir a sus propietarias de que, en su caso, la oración y el ayuno eran más que suficientes. Con ello cometí un error de táctica, flagrante. Se lo tomaron muy a mal y me acusaron abiertamente de favoritismo.

»De esta manera, la flagelación se convirtió en parte integrante de los ritos de nuestra capilla. Y todos los intentos por exorcizar los demonios que yo mismo había invocado fueron vanos.

»Por supuesto, los amigos hoteleros me aconsejaron que delegara en ellos mis poderes. Rechacé su ofrecimiento con toda la delicadeza de que fui capaz. ¡La situación era ya bastante complicada sin ellos! Entonces un grupo de mujeres vino a verme para proponerme que se hicieran castigos colectivos ante el altar de la expiación. De entrada, la idea me gustó; me pareció la ocasión de evitar las rivalidades y las intrigas que amenazaban entonces a nuestra pequeña comunidad.

»Aunque viva cien años, nunca olvidaré aquella primera noche. La única iluminación de la capilla eran las velas. Mis dos encantadores acólitos rezaban en voz baja al lado del altar mientras yo pronunciaba un conmovedor sermón sobre el pecado original y la eficacia del castigo corporal para lavar los pecados. Debía de ser un espectáculo impresionante, ya que terminé mi perorata en medio de un silencio absoluto. En aquel preciso momento, el hotelero ejecutaba en el órgano los primeros acordes de un himno religioso. Sospechaba que se había instalado en el fondo de la capilla para no perderse nada de lo que ocurriera. Invité entonces a las mujeres a que avanzaran un paso y se desvistieran si estaban dispuestas a expiar sus faltas. Eran dieciocho, y todas, sin excepción, avanzaron y se desnudaron. Con el aliento entrecortado, los hombres seguían la escena mientras yo pasaba revista a la fila de mujeres desnudas, arrodilladas ante la balaustrada del altar. Luego, empecé a darles latigazos.

»Fue sin duda un espectáculo fascinante. Tengo que confesarle que sólo el hecho de pegarles me había puesto en estado de erección. Tuve cuidado con no dar latigazos demasiado fuertes a las mujeres de edad y me detuve en seco cuando uno de los traseros se puso a temblar. Aún desnudas, las mujeres volvieron a sus asientos. Entonces invité a los hombres a que dieran un paso al frente si querían expiar sus faltas. La mayoría de ellos lo hizo, y poco después me hallaba de nuevo con el látigo en la mano. Esta vez me sentí mucho más excitado y me di cuenta de que mis inclinaciones homosexuales estaban todavía muy despiertas. Mi excitación me dio audacia y, sin transición alguna y de forma brusca, di por finalizada la sesión. Entonces pedí a las mujeres que subieran al altar y golpearan con sus propias manos las nalgas de los hombres. A continuación, ordené invertir los papeles y, mientras los hombres golpeaban aquellos culos levantados, sentí que la tensión había alcanzado el punto máximo. Elegí a una de las mujeres más atractivas, aunque hubiera preferido mucho más a uno de mis acólitos, y me dispuse a follarla en el mismo suelo. Era la señal que todos esperaban y mis ejercicios de castigo colectivo acabaron en una auténtica orgía.

»Después de aquella noche memorable, las rivalidades y enemistades personales

cesaron por un tiempo. Durante aquel período conseguí recuperar el control de la parroquia. Pero, una vez agotado el atractivo de la novedad, los problemas surgieron de nuevo y volvieron a propagarse los rumores. Como le he dicho, me resultaba imposible satisfacer todas las demandas. Era demasiado para mí. El rebaño de fieles, en su fanatismo religioso, se dio cuenta enseguida de que participaba con poca convicción en las actividades de la capilla. La veneración que me profesaban se convirtió progresivamente en una irritación y un descontento abiertamente declarados. ¡Imagínese! Los había traicionado, o al menos eso era lo que pensaban. E intuía que la hora de la venganza estaba cerca. Reinaba una atmósfera de justicia inmanente, pero no trataba de sustraerme a ella. Era un fatalista y, sencillamente, seguía cumpliendo con mis obligaciones.

»Lo que más lamento, incluso ahora, es que el momento de la expiación transcurrió sin pena ni gloria. Fue vulgar, mezquino, un insulto a los momentos de éxtasis que mis parroquianos y yo habíamos compartido. Fíjese, Coppens, me cogieron en «flagrante delito»: estaba dando latigazos a dos mujeres en la sacristía. Me detuvieron bajo la doble acusación de coacción moral y de conducta inmoral. De todas maneras, para la policía era un caso difícil, ya que se trataba de tres adultos responsables de sus actos que, en un lugar privado, habían tenido una conducta reprensible. Dicho sea de paso, si la flagelación hubiera tenido lugar en la misma capilla, un lugar público, y no en la sacristía, el caso hubiera sido diferente. También la coacción moral era difícil de probar, ya que el desarrollo regular de orgías, en sí mismo de importancia secundaria, probaba que el elemento erótico de nuestras devociones había sido aceptado por los fíeles con total conocimiento de causa. Sugerí que la flagelación y las orgías eran un intento para sustraerse del mundo exterior y alcanzar así un estado de gracia. Al fin y al cabo, ¿de qué otra forma se podía explicar que adultos de ambos sexos hubieran aceptado, durante tres años y sin rechistar, semejantes ritos?

»No tengo la menor idea de lo que la policía pensó en realidad sobre el asunto, pero, por tercera vez, la acusación que me dirigieron no tuvo consecuencias; es más, tengo que reconocer que me benefició. De todas formas, se cerró definitivamente la capilla y desapareció la parroquia. No había que pensar en una nueva apertura. Ya se sabían demasiadas cosas sobre ella.

—Pero ¿y el Ministerio o la policía? ¿Nunca trataron de seguir la pista de la Iglesia gnóstica ruso-bizantina? —le pregunté.

—Pues no, Coppens. Probablemente, las autoridades debían de saber que todo el asunto no era sino un gran montaje. Si hubieran hecho investigaciones más profundas, hubieran sido el hazmerreír general, —comentó P*** con razón—. Me prohibieron ejercer las funciones religiosas —prosiguió—; sinceramente, me sorprendió que me autorizaran a conservar la sotana. Supongo que ello sería una

especie de arreglo amistoso entre personas educadas: mientras no perturbara el orden público, me toleraban el hábito religioso; pero si me hubieran pillado una sola vez, habría sido privado incluso de este derecho. De todas maneras, estaba acabado. Sin previo aviso, dejé de recibir los cheques provenientes de La Haya.

P*** volvió a dar conferencias sobre ocultismo y astrología y retornó a las prácticas homosexuales. Pero iba envejeciendo y le costaba cada vez más encontrar jóvenes que quisieran acostarse con él. Fue entonces cuando se aficionó a coleccionar fotografías de niños y chicos jóvenes, así como libros que trataban sobre estos mismos temas. Precisamente cuando tenía estos gustos le conocí en las librerías especializadas de Amsterdam y de Bruselas.

Como dije, después de aquella reunión, P*** y yo nos hicimos buenos amigos, y ahora nos vemos regularmente para charlar y tomar una copa. P*** sigue siendo un hombre de recursos, una persona agradable y animada, y las compensaciones que encuentra en las obras eróticas parecen satisfacerle. Comparte conmigo la aversión por los libreros que no aprueban a los que tienen gustos diferentes, y a la vez tratan de sacarles los cuartos. Esta aversión ha creado entre nosotros cierta complicidad, y me ha confirmado mis experiencias con sus propias aventuras.

Capítulo V

Uno de mis clientes me dijo un día que el célebre actor Jean Reynolds tenía intención de vender su colección de libros sobre indumentaria, trajes y uniformes. Mi cliente me comentó, con toda la razón, que semejantes temas a veces estaban relacionados con la sexología, y quizá pudiera descubrir en aquella colección algo susceptible de interés. Antes de marcharse, añadió:

—En cualquier caso, tenga cuidado. Es un hombre simpático, pero es muy amigo de hacer bromas.

Se fue sin darme tiempo a que le preguntara nada, y me quedé pensando qué era lo que empujaba a tantos clientes a dejarme siempre con comentarios tan enigmáticos en suspenso. En cualquier caso, llamé a Jean Reynolds y enseguida reconocí su bonita voz de bajo. Concertamos una cita para la tarde del día siguiente a fin de que yo pudiera ver la colección.

A la hora convenida, llamé a su puerta.

—Adelante, entre en mi humilde morada. Los dioses le esperan con impaciencia, Monsieur —me dijo con una voz cavernosa, supongo que citando alguna obra poco conocida.

Abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarme pasar. En aquel instante, recibí una auténtica ducha. Reynolds se moría de risa y me acordé de la advertencia de mi cliente.

«Dios mío, esperemos que no sea el típico bromista», deseé con toda mi alma, pero en vano. Era la típica persona que hace bromas pesadas. Me hizo sentarme en una silla que inevitablemente empezó a emitir unos ruidos inconvenientes. Las carcajadas de Reynolds aumentaron. Me ofreció una copa de jerez que no pude beber ya que el jerez era sólido. Empecé a sentir odio hacia aquel hombre y me propuse vengarme de él en el terreno económico cuando le hiciera las compras.

No quise levantarme de la silla y no acepté nada más de lo que me ofreció. Me sentí entonces más seguro. Bastó adoptar esta actitud para que Reynolds comprendiera que no me resultaba especialmente simpático. Me preguntó de forma inocente la razón de ello y le expliqué la poca gracia que me hacían los bromistas.

—¡Lástima! —dijo—. Ya sé que algunas personas los odian, pero ¡es tan divertido hacer bromas!

Empezó a contarme que era famoso por sus bromas, particularmente por las que

había hecho en escena. Si llegaba a ocurrir algo raro durante una representación, algo completamente imprevisto, sin duda le acusaban a él, afirmó.

—¡Hombre!, está claro que no siempre se aprecian mis bromas —dijo suspirando —, pero ¡las encuentro tan divertidas! Un día estábamos representando *Götz von Berlichingen*, esa obra sobre el caballero de la mano de hierro. Seguro que la conoce. Bueno, pues, hay una escena en que Götz tiene que dar un fuerte puñetazo en la mesa, de la que se desprende un gran trozo con el golpe. La mesa, claro, estaba trucada de antemano; habían aserrado una parte y luego habían vuelto a pegarla. El actor sabía el lugar exacto donde tenía que golpear para que se cayera el trozo. Una noche se hallaba el rey de Bélgica en la sala y decidí divertir a Su Majestad. Así que di la vuelta a la mesa justo antes de levantar el telón. Cuando Götz dio el golpe, no ocurrió nada; volvió a golpear de nuevo repetidas veces y cada vez más fuerte, y pasó lo que tenía que pasar: la parte que habían vuelto a pegar acabó por caer, pero en el extremo opuesto de la mesa.

—¿Le hizo gracia al rey? —pregunté secamente.

—No tengo ni idea; pero a mí, sí, —dijo lleno de regocijo—. Y otra vez, cuando estábamos representando un drama Victoriano, ¡oh, fue tan divertido! Había una escena en la que un hombre discute violentamente con su hijo, y el padre abandona orgullosamente la casa para no volver jamás. Parece ser que así se comportaban los padres en la época victoriana. En cualquier caso, antes de abandonar la habitación, coge su sombrero de copa alta de encima de la chimenea y se lo pone con mucha dignidad. Una noche, justo antes de la escena, deposité una bala de cañón en el sombrero. El padre se dispuso a hacer la tempestuosa salida y en el momento de coger el sombrero de copa alta, le resultó imposible levantarlo. El desgraciado tuvo que utilizar los dos brazos para cogerlo de la chimenea y, justo cuando lo consiguió, el fondo del sombrero cedió y la bala salió rodando por el escenario. En la sala, la gente se desternillaba de risa. Pero, por desgracia, a mis compañeros no les hizo mucha gracia. Lo recuerdo muy bien; aquella noche me rompieron uno o dos dientes —confesó tristemente.

Ello no le impidió seguir contándome otras historias. Parece ser que la broma que hizo a Sophia fue la que le hizo realmente famoso. Sophia era una actriz de gran talento que no gozaba de muchas simpatías entre sus compañeros de profesión; de hecho, esta antipatía era compartida por una gran parte del público. Pensaba que Dios le había dado unos dones especiales para el teatro; era muy engreída y tenía un carácter poco amistoso. Rechazaba cualquier tipo de relación con sus compañeros de oficio, exigía un camerino privado y, para completarlo, un cuarto de baño para ella sola, al que no tenía acceso el resto de la compañía.

—La idea de que tuviera un cuarto de baño privado me resultaba insoportable —prosiguió Reynolds—. Tenía que hacer algo. Así que, un día, compré alajú y, cuando

estuvo bien reblandecido y tostado, lo extendí con los dedos por las paredes del cuarto de baño de Sophia. Aquella noche, en el entreacto, Sophia entró en el baño. Se llegaron a oír sus gritos de horror por todo el teatro. Incluso creo que el público los oyó.

—¡Mierda! ¡Mierda! —gritaba—. ¡Mierda en mis paredes! Alguien ha utilizado mi cuarto de baño y ha dejado mierda en las paredes.

Todo el mundo se acercó corriendo al Cuarto de Baño Privado de la Señora para constatar el delito.

—¿Acaso no me creen? —gritaba—. ¡Compruébenlo ustedes mismos!

Pasé el dedo por la pared y lo chupé.

—Tiene usted razón —dije—, es mierda.

Entonces se desmayó y tardamos un cuarto de hora en lograr que recuperara el conocimiento. A partir de aquella noche, dejó de ser la misma.

Poco tiempo después, Sophia se retiró del teatro. Compró una mansión en el centro de la ciudad donde, rodeada de criados, vivió hasta su muerte. Nunca abandonó, sin embargo aquella actitud orgullosa y altiva.

Una mañana de invierno, contaba Reynolds, se asomó a la ventana del salón para ver la nieve caída durante la noche. Uno de los criados había pasado por allí y se distinguían claramente las huellas de sus pasos. Sophia, que era una gran amante de la naturaleza, observó aquellas marcas con espanto y se puso a gritar desgañitándose: «¿Quién se ha atrevido a violar mi nieve?».

—Pero ¡oh!, ¡Dios mío!, ya he vuelto a hablar de lo de siempre —dijo de repente Reynolds—, cuando en realidad usted había venido a ver los libros. Pasemos a los asuntos serios.

Asentí y, tras largas negociaciones, conseguí comprar la colección a un precio muy bajo, tal como me lo había propuesto.

Me levanté con ánimo de marcharme, pero Reynolds me pidió que le disculpara un momento. No me sorprendió en absoluto cuando le vi llegar con un ridículo disfraz de cerdo, de gigantescos pies con los dedos deformados por los callos y una enorme barriga. Partido de risa, me acompañó hasta la puerta. Estábamos en el umbral, cuando extendió los brazos y se puso a gritar:

—*Ave Caesar, morituri te salutant!*

«Que Dios te oiga», pensé furioso. «Y cuanto más pronto, mejor».

Capítulo VI

Hasta el momento, me he limitado a poner en evidencia la dualidad de los criterios morales con que se rigen, las más de las veces, los vendedores de libros eróticos. Un día tuve la oportunidad de ser testigo de esta forma particular de duplicidad. Fue en una fiesta de cumpleaños que dio Maurice, un amigo editor. Pero, antes que nada, por ser Maurice un anfitrión maravilloso a la par que un muy buen amigo, lo mínimo que puedo hacer es situar al personaje.

Durante la guerra, Maurice escribía novelas policíacas, gracias a lo cual se hizo un nombre y se ganó bien la vida. Sus libros se caracterizaban por un estilo sencillo y una intriga consistente, así como muchas alusiones a la actualidad. Rápidamente alcanzaron gran éxito de público y enriquecieron considerablemente al editor de Maurice. Pero, comparativamente, daban muy pocas ganancias al autor. Este nunca hubiera tomado conciencia de semejante injusticia si no hubiera aceptado ir con su mujer a pasar un fin de semana en la casa del editor en el campo.

Cuando llegaron a la estación del pueblo, un chófer con librea les esperaba para conducirles a la villa en un coche de lujo. Era una casa completamente blanca, de estilo morisco. A un lado, había una galería acristalada que hacía unas veces de invernadero y otras de galería de arte para exponer diversas esculturas que poseía el editor. La piscina estaba rodeada de un césped cuidado con esmero, y unos muebles de jardín de apariencia costosa esparcidos por allí. El vasto terreno estaba cercado y Maurice pensó que su editor podía realmente considerar aquel lugar como su paraíso particular.

En la casa, además de las habitaciones habituales, los cuartos de baño y la cocina, había dos inmensas salas escasamente amuebladas. En cambio, las paredes estaban completamente forradas de libros con maravillosas encuadernaciones. Maurice, que ya se sentía humillado por la opulencia y el buen gusto de aquel retiro campestre, quedó completamente subyugado por la biblioteca.

Hasta ese momento no había sentido envidia alguna. Sólo pensaba en lo que semejante paraíso podría costar. Hizo una estimación rápida, luego se preguntó de dónde podría venir el dinero. Y sólo entonces comprendió el valor comercial real de sus novelas.

Aquel fin de semana supuso un cambio decisivo en la vida de Maurice: decidió publicarse él mismo su próximo libro. Sacó dinero de donde pudo y registró su propia

firma. Con la primera publicación obtuvo unos beneficios de mil quinientos francos en vez de los ciento cincuenta habituales.

«Era tan sencillo», me confesó luego; «no podía creerlo. Me entraban ganas de abofetearme por no haberlo hecho antes».

Como era un escritor serio y metódico, escribía hasta unos doce manuscritos al año, de modo que su editorial fue cobrando una importancia creciente. Su mujer, que se ocupaba de los asuntos comerciales y administrativos, pronto se vio desbordada de trabajo. Durante todo aquel tiempo, el dinero entraba a raudales. Maurice y Karin, atónitos ante el éxito de su empresa, no sabían qué hacer con ese dinero, que nada significaba para ellos.

La vida de Maurice dio un segundo giro. Volvió a ver por casualidad a su antiguo editor; este le dijo que estaba pensando en retirarse debido a su avanzada edad. Desde que Maurice le había dejado, se había encontrado con muchas dificultades para dar con un éxito de ventas y, tras mucho reflexionar, decidió sacar a la luz nuevas ediciones de obras eróticas famosas: el *Decamerón*, de Boccacio, *Fanny Hill*, de Cleveland, y luego la *La filosofía en el tocador*, de Sade. En el plano financiero, los resultados no habían podido ser más satisfactorios. En cualquier caso, ahora que se retiraba, el anciano le ofrecía su negocio como recuerdo de los viejos tiempos. Hay que decir que Maurice se había convertido ahora en un interlocutor válido. Cuando supo que el editor quería vender también la casa de campo, Maurice no dudó un segundo en adquirir ambas propiedades. Pero la biblioteca planteó un problema: el anciano no tenía la mínima intención de separarse de ella. Ahora bien, por una oscura razón, sin biblioteca la casa no ofrecía ya ningún interés para Maurice. Su mujer, tras mucho reflexionar, encontró una solución al desacuerdo que amenazaba con hacer fracasar toda la operación: Maurice compraría la biblioteca, y el anciano tendría acceso a la misma siempre que quisiera. La propuesta satisfizo a ambas partes y la operación concluyó sin problemas. Aunque aquel arreglo ocasionaba algunas incomodidades a la pareja, no iba a durar mucho. Karin había observado que la salud del anciano era delicada y, efectivamente, murió poco después.

Conforme Maurice iba poniéndose al corriente de las nuevas actividades, cayó en sus manos la carta de un lector que se quejaba de la traducción francesa de *Fanny Hill*, asegurando que el texto había sido expurgado o retocado al menos unas doscientas cuarenta veces. En su respuesta, el editor sólo reconocía ochenta. Ciertamente, había suavizado algunos pasajes atrevidos y en consecuencia demasiado peligrosos, pero el resto, afirmaba, era obra del editor, pues este último lo había traducido. Se había privado al libro de parte de su atractivo, pero se habían vendido más de doscientos mil ejemplares. Maurice se percató en el acto de que había dado con una mina de oro. Llamó inmediatamente a la viuda del editor para verificar la autenticidad de la carta. Le confirmó que su difunto marido había pasado una mañana

leyendo la edición de *Fanny Hill* y luego había hecho su propia versión.

—¿Una mañana? —se extrañó Maurice.

—Sí, sólo una mañana. Se limitó a hojearla rápidamente, modificando los pasajes que le parecían susceptibles de llamar la atención en sentido negativo, y luego dejó el libro en manos de los impresores. Era un hombre demasiado prudente.

Maurice estaba completamente de acuerdo. Y, nada más colgar, decidió abandonar para siempre las novelas policíacas.

No perdía con el cambio. Necesitaba, más o menos, un mes de trabajo intenso y asiduo para escribir un libro, considerándose satisfecho si llegaba a vender cincuenta mil ejemplares. Ahora bien, era consciente de que al anciano le bastaba una mañana para cuadriplicar sus propias cifras.

—En comparación con él, yo era una fiera para el trabajo —se lamentaba—. Y era evidente que, si aquel anciano lo conseguía, yo sería capaz de hacerlo igual o incluso mejor. Era consciente de que, para encontrar libros eróticos, debía hacer un trabajo de investigación equivalente al necesario para escribir las escenas de violencia de mis novelas anteriores; pero, comparando las cifras de venta, no había ninguna duda al respecto.

Aquel comentario me llamó la atención.

—¿Violencia? No entiendo lo que quiere decir. Usted escribía novelas policíacas —le pregunté.

—¿Y por qué cree usted que se venden? —replicó con mucha seguridad.

—No tengo ni idea —le confesé.

—Querido Coppens, está claro. Si mis libros se venden es porque, al leerlos, el lector puede identificarse con el detective duro y agresivo. A través del protagonista, se ve envuelto en muchas situaciones dudosas o prohibidas por la ley. Se siente transportado a otro mundo, donde todo es posible y los valores son completamente diferentes.

—Esto es del todo lógico, pero ¿qué hace con los masoquistas? No en todos los hombres se esconde siempre un sádico.

—No, claro está. Los masoquistas se identifican con las víctimas. En realidad, sólo los intelectuales se preocupan de la intriga; a la mayoría de los lectores sólo les interesan los pasajes de tensión y de brutalidad. Gracias a los recursos de la novela policíaca, tanto los sádicos como los masoquistas pueden, a través de otra persona, experimentar sensaciones. Por esta razón este tipo de literatura tiene tanto éxito.

Pero ahora todo aquello era para Maurice agua pasada. Quería dedicarse al erotismo. Y la maravillosa biblioteca que había comprado al editor le fue de gran ayuda, ya que las estanterías estaban llenas de obras eróticas y de un gran número de volúmenes que trataban sobre diversos aspectos de la sexualidad. Maurice sospechaba que el anciano debía de haber sido una especie de Casanova «frustrado»;

en cualquier caso, había disfrutado mucho con la lectura de aquellos libros. Por otra parte, era una excelente inversión, pues, así como la moneda está sujeta a fluctuaciones, el valor de los libros raros siempre aumenta con el paso de los años.

La biblioteca y la investigación de temas eróticos hicieron rápidamente de Maurice un ferviente coleccionista de este tipo de obras. Además, la atmósfera de sensualidad que se desprendía de los libros llegó a dar a su vida un giro de lo más agradable. En la época en que escribía novelas policíacas, Maurice nunca había sentido deseo alguno de hallarse en el lugar del asesino, pero en este caso, descubría que el hecho de abandonarse a los diversos actos sexuales cuya descripción leía aumentaba de forma extraordinaria su placer. En aquella época, Karin y él debían de tener unos cuarenta y cinco años, y hay que reconocer que la vida conyugal había terminado por apagar el fuego de la primera pasión. Pero gracias a las investigaciones de Maurice, descubrieron un mundo de delicias eróticas inédito que dio un nuevo impulso a su vida sexual. Aquel tema acabó apasionándoles tanto que empezaron a comentar sus descubrimientos con sus amigos. Por supuesto, algunos se escandalizaron y dejaron de relacionarse con ellos; otros, por el contrario, se mostraron muy interesados, y ese fue el origen de las fiestas de Maurice, tan famosas en la actualidad.

El primer libro que publicó Maurice fue *Les Experíences et les Confessions*, de Edith Cadivec. *Eros, le sens de ma vie*, que es la continuación, salió poco después. Se trataba de una selección acertadísima, ya que guardaba cierta relación con los libros que Maurice había publicado hasta entonces. Las dos obras son autobiográficas y la ausencia de intriga convencional hace muy agradable su lectura. También encierran una fuerte dosis de violencia, lo cual fue la causa del éxito de las novelas policíacas de Maurice.

Por último, contrariamente a la mayor parte de la literatura puramente sádica, tienen un componente erótico; en efecto, su autor apreciaba tanto el acto sexual como la flagelación.

Rápidamente, Maurice se dio cuenta de que había estado lúcido a la hora de elegir la primera obra de la colección erótica. El estilo sencillo y directo de Edith Cadivec hacía que el problema de la identificación lector-autor resultara mucho más fácil de lo habitual. Su vida se convirtió realmente en la del lector. Los libros tuvieron un éxito inmediato y, a pesar de que el texto estaba en francés, recibió muchos pedidos de Alemania y de Austria. Por ello, Maurice hizo también una tirada en alemán.

Un día le vendí una fotografía de Cadivec firmada por la propia autora, que se utilizó para la portada de los libros. Maurice se los dedicó a «Edith Cadivec, muy a menudo incomprendida, pero adorada por miles de hombres y mujeres». Maurice admitía que aquel gesto podía interpretarse como un vulgar sentimentalismo; pero para él sólo significaba hacer justicia con una mujer que había sido encarcelada

durante meses y que, además, le había hecho ganar mucho dinero. También tenía permanentemente en su despacho un busto de ella que había encargado tomando como modelo la fotografía. Hasta que yo no lo oí de su propia boca siempre consideré aquello como un signo de la devoción que sentía por los intereses sexuales tan particulares de Cadivec.

—En absoluto —me dijo cuando se lo comenté—. No comparto sus perversiones sexuales. Simplemente admiro cómo esta mujer defendió su derecho por semejantes gustos… Es también un símbolo de mi rebelión contra la autoridad. El juez que, con toda honestidad, la condenó por fustigar y seducir a adolescentes, no tenía idea de sus móviles ni consideraba en su justa medida los deseos sexuales de las víctimas presuntamente inocentes. Odio a los hombres que imponen castigos apoyándose en un conjunto de leyes rígidas y tan alejadas de la vida como mi casa del Polo Sur.

Mientras escuchaba a Maurice, y a pesar de que compartía su aversión por una justicia social tan sistemática, consideraba que su estimación del valor comercial de Cadivec era más realista que la opinión que tenía de la mujer. En cualquier caso, el desprecio que él sentía hacia los baluartes de la ley era fundado, y aquel tema era una de sus obsesiones. Una de sus quejas preferidas se refería al trato que se le había dado cuando publicó el *Bréviaire de la prostitué*.

—Intenté explicar a los jueces —decía en un comprensible ataque de ira— que el *Bréviaire* era, como el Kama-Sutra, un manual o una guía para uso exclusivo de las personas interesadas en la técnica del asunto. Fundamentalmente, no es diferente del libro de Weck-Erlen, *Golden Book of Love: A manual of gymnastics for those who wish to practise the three hundred and thirty-three positions of copulation.* Asimismo les hice notar que el *Bréviaire* no contenía ninguna palabra malsonante ni la más mínima incitación al desenfreno. Muy al contrario, aconsejaba a los iniciados moderación en el lenguaje, en la alimentación y en la bebida, así como que no abusaran demasiado del placer sexual. Añadí que se trataba de una obra de un hombre de gran erudición que no sólo había sido muy considerado por sus contemporáneos, sino que también lo había tenido en una alta estima Sylvain Lévi, un hombre que era considerado una gran autoridad en la materia. Efectivamente, Lévi situaba al autor por encima de Varrón, Lucio, Plinio y Plutarco.

»Luego pedí al Tribunal que me explicara cómo podía encontrar obsceno un libro que, bajo la recomendación expresa de las autoridades espirituales y temporales, no había dejado de leerse durante más de nueve siglos. Al final, no fui absuelto gracias a la lógica y la verdad de mi argumentación, sino, sencillamente, a que el Tribunal no logró descubrir en todo el texto, a pesar de hacer un examen minucioso, una sola palabra “guarra”.

Las diligencias judiciales contra esta edición del *Bréviaire* tuvieron dos consecuencias importantes. Los resultados de la publicidad que se hizo del libro con

motivo del proceso fueron muy superiores a los de una campaña normal, lo que supuso para Maurice importantes ganancias. Ello le obligó también a revisar completamente su actitud con respecto al erotismo y a la sexualidad en general. Se percató de que sus asiduas lecturas le habían enseñado en este terreno muchas más cosas de lo que los jueces hubieran podido imaginar. Si esos jueces hubieran ejercido otra profesión, su incompetencia manifiesta les habría convertido en el hazmerreír de sus colegas. Es sólo el carácter sagrado de la Justicia lo que permite a los hombres de la ley cometer errores con total impunidad. No es un secreto para nadie que los estudiantes con facultades intelectuales limitadas se refugian, para nuestra desgracia, en el mundo de la Justicia y en el de la Iglesia. Maurice sostenía que, aunque tuvieran un gran conocimiento de las leyes, desconocían de hecho todos los temas sobre los que precisamente tenían que poner sus conocimientos en práctica. Esta aventura permitió a Maurice constatar la ignorancia de la gente en materia de sexualidad y lo dispuesta que está en este campo a aliarse ciegamente con la opinión de la mayoría. A consecuencia de eso empezó a organizar sus famosas fiestas. En aquel entonces, Maurice enloquecía sólo de pensar en todas las posibilidades que le ofrecía la sexualidad y, aunque su mujer y él habían ya practicado ciertos juegos con sus invitados del domingo, no habían hecho sino empezar. Para Maurice, su cumpleaños era un magno acontecimiento y organizó una fiesta.

Concretamente, aquel año organizó por primera vez una impresionante orgía. Además de mí, había invitado a otros tres compañeros del gremio, y a E. V. Butin; también a un maravilloso y depravado anciano que acudió con su amante, una mujer de unos setenta años; y un cónsul general, y el alcalde del pueblo, un hombre a la sazón soberbio.

Siempre recordaré aquella fiesta como una de las más sorprendentes dentro del género. Cuando me dirigía hacia allí, pensaba que, como siempre, me aburriría. Maurice solía celebrar su cumpleaños de una forma muy convencional. No se salía de los típicos brindis, discursos y canciones; todo se desarrollaba como si estuviera programado. Se diría que incluso el quehacer del servicio había sido cuidadosamente calculado y elaborado. Para Maurice, su cumpleaños era un auténtico rito. Lo oficiaba como un sacerdote, y todo el mundo sabía que el mínimo incumplimiento de las instrucciones que había dado para el desarrollo de la ceremonia sería muy mal visto. Maurice era del signo Virgo, lo que creo explicaba su exagerado cuidado por los detalles y su calculada preparación de hasta el más pequeño acontecimiento de la fiesta.

Por lo general, los nacidos en este signo no controlan sus emociones y necesitan adaptarse progresivamente a las circunstancias para poder dominar ese perpetuo sentimiento de inseguridad y timidez. El más mínimo cambio que se produzca en los planes que han establecido tan cuidadosamente puede hacer que se retraigan por

completo. Maurice no era una excepción. Incluso aquella noche que, hacia al final, se transformó en una auténtica orgía, no llegó a violar las normas. Como Karin comentó luego: «Cuando la primera mujer se quedó en bragas, no pude contener las ganas de mirar la hora y felicitar para mis adentros a Maurice por la precisión de sus cálculos. Las diez. La hora exacta».

Con la ayuda del alcohol, todos se hallaban dispuestos a abandonarse. Cuando llegué a la villa, había diez hombres para doce mujeres. La mayoría de los invitados se habían agrupado al pie de las estanterías de las dos habitaciones que tanto le habían gustado a Maurice en su primera visita. Algunos habían cogido libros y discutían animadamente sobre el interés de la pornografía. Los demás invitados estaban por la galería. Me fijé particularmente en un pintor que conversaba animadamente con un hombre que, según me enteré después, era cónsul de su país en una pequeña ciudad italiana. Ambos paseaban por entre las esculturas eróticas que había en el invernadero y que representaban distintos episodios amorosos de la Biblia. Me llamaron especialmente la atención dos de ellas. Una representaba a Lot seducido por sus dos hijas, y la otra a Tamar, con un velo como las prostitutas, entregándose a su padrastro Judas.

Sin embargo, mi interés por la literatura erótica me llevó rápidamente a la biblioteca. Los invitados seguían discutiendo apasionadamente sobre los libros de Maurice, y estaba claro que la velada había empezado bien, pues comenzaba a reinar un cierto ambiente de estupro. Nuestros anfitriones se movían con soltura, ofreciendo refrescos y canapés. Su aspecto era magnífico. Maurice iba vestido a lo César Borgia, con una chaqueta de terciopelo, calzones ajustados y escarpines dorados; y Karin estaba deslumbrante con una túnica de hilo con gran escote y unos pantalones dorados muy ajustados. La estaba observando detenidamente con admiración, cuando ella se acercó a mí y me cogió del brazo.

—Buenas noches, Armand. Qué tarde ha llegado… Venga, voy a presentarle a Madame Falcon.

Y me plantó delante de una mujer gorda y de avanzada edad que empezó a hablar de la moda en nuestros días.

—No sólo es injusto, Monsieur Coppens —dijo señalando a Karin—, que una mujer de mi edad no pueda rivalizar con tanta indecencia, pero el atuendo de nuestra anfitriona es la cosa menos romántica que me pueda echar a la cara. —Y siguió—: En mis tiempos, un hombre se desmayaba sólo con ver un tobillo y necesitaba mucha audacia para ver lo demás. Así, el amor se convertía en una exaltada caza del tesoro. Pero, ahora, ¿qué se puede cazar? Mire, la vida de una mujer podría compararse con la de un jugador de póker. ¿Conoce a algún jugador de póker que enseñe su jugada al empezar la partida?

Aunque Madame Falcon fuera, sin duda alguna, una vieja bruja, me interesaba

sobremanera. Aquel ser emanaba una cierta sensualidad. Su voz monocorde y altisonante era más excitante que los encantos que desplegaban las otras mujeres. En aquel momento, noté que alguien me estaba tocando el hombro. Me di la vuelta a la vez que me preguntaban: ¿Monsieur Coppens?

Asentí.

—Permítame que me presente. Mi nombre es Henry von A***, y, como puedo comprobar, ya ha conocido a mi amiga.

Al oír estas palabras, la amiguita setentona soltó una risita de desaprobación:

—No seas idiota, Henry. Te diré que Monsieur Coppens también es de nuestra opinión. Le seduce un tobillo bien hecho, e incluso prefiere esta reserva al vulgar impudor de las jóvenes de hoy en día.

Henry lo aprobó prudentemente:

—No puede usted imaginar, Monsieur Coppens, la repercusión que la decadencia de la realeza ha tenido en la moda femenina. En la actualidad, la manera de vestir de las mujeres ha perdido ese poder de fascinación. Poco queda de ese halo misterioso y prometedor que formaba parte de su encanto. Ahora lo enseñan todo. —Se quedó callado un momento y luego siguió—: O quizá sea lo contrario, que la decadencia de la moda haya conllevado la de la realeza. No soy sociólogo, y por tanto puedo decírselo. Pero es algo que me preocupa profundamente. Primero fue el misterio de la Vida: Dios. Luego el misterio de aquel que tenía que representar aquella Vida en la tierra: el Rey. Y, finalmente, fue el misterio de aquel que tenía que perpetuar aquella Vida: la Mujer. Es decir, el sexo. Espero que sea usted monárquico.

Antes de darme tiempo a decir una sola palabra, levantó la copa con solemnidad y dijo:

—¡Dios bendiga al Rey y a la Reina! ¡Para que siempre reinen en nuestro país y en nuestras colonias en Paz y en Concordia!

Se bebió la copa a pequeños sorbos, sin decir una palabra más, se dio media vuelta y se alejó. Yo no podía dar crédito a lo que acababa de ver.

—No le juzgue demasiado severamente, Monsieur Coppens —dijo con delicadeza Madame Falcon—. Desde que se quedó impotente, Dios y los soberanos se han convertido en su tema de conversación preferido. Creo que si restituyeran la Iglesia y la monarquía a su antiguo esplendor, recuperaría rápidamente su virilidad. De momento, el pobre hombre sólo dispone de su lengua para llevar a cabo sus caprichos sexuales.

La anciana pronunció estas últimas palabras con una maldad calculada. Por suerte, Maurice apareció justo en ese momento y me tomó del brazo.

—Monsieur Coppens, usted es una autoridad en el materia, ¡le necesito! —gritó a la vez que me separaba de la anciana y me conducía hacia una habitación donde un grupo de personas se hallaba reunido alrededor de una enorme mesa Imperio de

caoba, sobre ella habían desenrollado un pergamino.

—Dígales lo que es —me dijo Maurice señalando el objeto.

Vi enseguida que se trataba de un rarísimo pergamino de seda japonés, con unas acuarelas eróticas pintadas. En mi opinión, debía de ser del siglo XVII. Aquellos colores suaves y la sutil disposición de las ilustraciones me parecieron de una exquisitez extraordinaria.

—Bueno, Maurice, ¿qué quiere saber?

Encogió los hombros y se volvió hacia los invitados.

—No tengan miedo de hacerle preguntas. ¡Es un experto! Adelante.

Una joven, en la que reconocí a la bonita esposa de Butin, rompió el silencio:

—¿Es verdad que este rollo puede valer un millón?

—Y más aún —le contesté—. Los pergaminos del siglo XIX son relativamente corrientes incluso en el mercado europeo; y aunque desde el punto de vista artístico son notablemente inferiores a los más antiguos, pueden alcanzar un valor de seiscientos a setecientos francos en una venta. De todas formas, esta pieza es en concreto del siglo XVII y los pocos ejemplares que han sobrevivido al paso del tiempo pertenecen casi todos a familias japonesas. Dudo mucho que puedan encontrarse más de tres en toda Europa. —Miré de reojo a Maurice, que no cabía en sí de satisfacción —. Si tuviera la suerte de poseer uno de ellos, pediría al menos un millón y medio.

Mi respuesta les dejó pensativos. Poco después, un hombrecillo, con un espeso bigote y el pecho lleno de condecoraciones, se acercó a mí. Era el alcalde.

—No querrá usted que le creamos cuando afirma que estos pergaminos pueden comprarse en establecimientos públicos —dijo francamente indignado—. Le aseguro que jamás toleraría que semejante objeto se exhibiera en mi ciudad. Tiene sin duda un gran valor artístico, pero creo que es una de esas cosas que hay que conservar discretamente en casa. El sexo, que yo sepa, no es algo de dominio público.

—Lo que usted dice podría ser verdad en la actualidad —le contesté de forma prudente con el fin de evitar un escándalo bajo el techo de Maurice—, pero no siempre ha sido así. No tiene más que pensar en Atenas, donde las chicas tenían por costumbre mostrar sus nalgas desnudas en público para que la asistencia pudiera elegir las más bonitas. Y ¿qué me dice de las famosas coronaciones de los reyes de Francia, en que centenares de mujeres y chicas jóvenes posaban para los frescos alegóricos, mostrando su desnudez sin ningún tipo de vacilación ni de vergüenza? ¡Incluso se peleaban para participar!

—Todo eso está muy bien, Monsieur Coppens —me interrumpió con impaciencia —, pero aquello eran concursos de belleza de una época pasada. Este pergamino muestra a personas haciendo el amor y le aseguro que mi mujer…

—Incluso su mujer, caballero —le respondí al ataque—, fornicaría en público si las circunstancias lo exigieran o se prestaran a ello. Nadie puede resistirse ante un

delirio colectivo. Desde el momento en que en un grupo se desarrolla un estado de ánimo, sea ira, violencia o sexualidad, el individuo no es ya libre de sus actos. Pero esto no tiene nada que ver con lo que estábamos hablando. Esos pergaminos no estaban destinados a ser expuestos públicamente. Su función primera era la educación sexual de las jóvenes. De esta forma, muchos padres de familia, que querían conseguir un matrimonio satisfactorio para su hija, encargaban uno de estos rollos para educarla. De esta manera podían garantizar al futuro esposo una total satisfacción sexual.

Cogí el pergamino y lo desarrollé con el fin de mostrar a los invitados uno de los primeros dibujos, en el que una joven jugaba tiernamente con los testículos de su marido. Esta deliciosa acuarela carecía completamente de ese matiz jocoso que se introdujo más tarde en este tipo de arte. Era fina, delicada, elegante. Pero al mismo tiempo era tan sugestiva, tan erótica, que físicamente me sentí excitado.

—Cierren un poco los ojos y concéntrense en el dibujo —pedí a los asistentes que había en torno a la mesa—. Admiren la delicadeza y la finura con las que esta mujer acaricia las partes de su marido. Ahora imagínense que están realizando los mismos gestos o sintiéndolos. Díganme ahora qué hombre de los aquí presentes no se halla en estado de erección.

Una enorme carcajada invadió la sala. Pero el pequeño alcalde me increpó:

—Está traspasando los límites de la decencia, Monsieur Coppens.

—No se trata de eso, Jean —replicó Karin—, sino del poder de persuasión de la acuarela. Apuesto a que estaba tan excitado como Maurice. Es más, mírelo. ¡Aún lo está!

Todas las miradas se clavaron inmediatamente en Maurice, cuya excitación resultaba perfectamente visible bajo su atuendo.

En medio del jaleo que provocó esta escena, desenrollé más el pergamino para ofrecer otra estampa ante la mirada de los invitados. En esta ocasión una joven mujer estaba chupando con pasión a su compañero. Un escalofrío de excitación se extendió entre la asistencia. Les señalé que se fijaran en el tercer grabado, que representaba a una muchacha bailando algo parecido a la danza del vientre bajo la mirada de un hombre visiblemente excitado. El silencio era total. Estaban todos fascinados. Pero Madame Falcon rompió bruscamente el encanto:

—Esto me recuerda a una gira que hice por Rusia con una compañía de ballet. Todas las noches, después de la representación, príncipes, duques y generales nos invitaban a cenar. Durante aquellas comidas, algunas de nosotras, subiéndonos a la mesa, entre botellas, platos y fuentes bailábamos la danza del vientre. Una pequeña indonesia, en particular, movía el vientre y las nalgas con tal lascivia que ningún hombre podía controlarse ante el espectáculo. Se desprendían del uniforme y nos perseguían por la habitación. Era divertidísimo y, además, nos daba mucho dinero —

concluyó con cierta pena.

—¡Madame Falcon, que sorprendente memoria! —soltó con mala idea una de las jóvenes.

—La verdad es que nunca me he podido quejar, cariño —le contestó Madame Falcon—. Al menos yo tengo recuerdos. Y dudo mucho que esto les llegue a ocurrir a mi edad.

La muchacha estaba prometida por entonces al hijo de Henry von A***. Madame Falcon señaló el anillo que la joven llevaba en el dedo.

—Dentro de dos años, probablemente ya tendrá hijos. La vida será tan gris, tan aburrida, que deseará perder la memoria. Mire, apuesto a que, incluso a mi edad, aún podría darle cien vueltas.

Una vez lanzado el desafío, la anciana se subió rápidamente a una silla y luego a la mesa.

—Empiece usted por la derecha, yo lo haré por la izquierda. Daremos una vuelta sobre la mesa bailando hasta que volvamos a encontrarnos en el punto de partida. —Al ver que la joven dudaba, añadió con voz melosa—: No tendrá miedo a que yo lo haga mejor que usted, ¿verdad? ¡Con la edad que tengo!

Su interlocutora seguía sin reaccionar. Estaba claro que no quería quedar en ridículo. Pero se encontraba en tal aprieto que, si no aceptaba el reto, se exponía a aguar la fiesta. Y Madame Falcon era consciente de ello. Terminó por subirse a la mesa y, resignada, le plantó cara a su adversaria.

Con mucha tranquilidad, Madame Falcon se desabrochó la blusa, dejó caer la falda a sus pies y lanzó la ropa al centro de la habitación. Resultaba difícil creer que aquella mujer pudiera tener setenta años. Su cuerpo, aunque un poco grueso, seguía estando robusto y prieto. Incluso la piel, particularmente vulnerable entre los senos y en la parte alta de los muslos, se conservaba sin arrugas.

—¿A qué espera, cariño? —dijo sarcásticamente—. ¿Acaso quiere que le aplaudan sin hacer ningún esfuerzo?

—¡Vamos, Mila! Ni que fueras tan tímida… —le espetó su prometido.

Herida en su orgullo, la joven empezó a bajarse rápidamente la cremallera del vestido, de un rojo llamativo, y se lo quitó. Luego lo lanzó, junto con la combinación, hacia su prometido.

—Vas a perder la exclusividad —previno a este mientras se desabrochaba el sujetador.

A continuación se quitó la ropa interior y, haciendo una ligera reverencia, se la ofreció al anciano Henry von A***.

—Guárdemelas un momento —dijo—. Temo que su hijo me las pierda. ¡Bueno!, ¿preparada, Madame Falcon?

—Desde luego, —contestó imperturbable la aludida—. Sólo quisiera pedir a estos

señores que manifiesten su aprobación, si hay lugar a ello, como se hacía antiguamente en Rusia. Cuando bailábamos durante aquellas cenas, los hombres sacaban los penes y los golpeaban contra la mesa para mostrar que les gustaba. A la chica que no conseguía agradar se le regaba con agua o champán. No me malinterpreten. Si les pido esto, no es para provocar sino, sencillamente, como recuerdo de aquellos viejos tiempos.

Mientras hablaba, Madame Falcon se había desnudado por completo. La mesa estaba ahora rodeada de un grupo de hombres agitados y sobreexcitados. Nunca olvidaré el espectáculo que dio Karin a costa del viejo Henry, tratando en vano de ponerle a la altura de las circunstancias.

—Un pequeño esfuerzo, Henry —le animó ella con una risita nerviosa—. Esos diez centímetros no impresionan en absoluto. Y no es muy atento para con su invitada.

Estirada frente a él en una actitud provocativa, se quitó la túnica. Con el pecho al aire y enfundada en aquel pantalón dorado, estaba impresionante. Pero perdía su tiempo con Henry. Al darse cuenta de ello, le dijo:

—Lo siento. Tengo que ir a poner música. Pero no pierda la esperanza. Todo llega tarde o temprano.

Karin estaba muerta de risa cuando me la encontré al lado del tocadiscos.

—¿Qué me sugiere? —me preguntó—. ¿Qué tal si ponemos un bolero?

—Por el amor de Dios, no. Es demasiado lento —le contesté.

—Tenga en cuenta que ya no es una jovencita —dijo Karin.

—Es posible. Pero apuesto a que va a ganar.

—¿En verdad lo cree así?

—Me cortaría la cabeza. Ahora dese prisa. El público está impaciente. Si es posible, ponga una rumba muy movida.

Karin cogió un disco y lo puso en el plato. La música empezó a sonar en la habitación. Le pasé el brazo alrededor de la cintura a Karin y volvimos a la mesa en la que Mila y Madame Falcon bailaban ya. Estaba claro que Mila perdería, y por mucho. Sus contorsiones no eran nada prometedoras. Y, lo que era aún peor, le faltaba agilidad: se paseaba por la mesa con el cuerpo tieso como una estaca.

En cambio, Madame Falcon estaba ofreciendo un espectáculo extraordinario. Contorneándose hasta el punto de rozar con el pelo el borde de la mesa, mostraba su vientre liso ante las miradas del público. Cuando se erguía, contraía el ombligo con arte, lo hacía ondular, vibrar, luego daba vueltas y más vueltas con gracia, provocando a los asistentes con un lascivo movimiento de caderas. Los hombres parecían apreciar esta exhibición y golpeaban sobre la mesa tal como se les había dicho, dejándose llevar por la lujuria como una tribu de salvajes. Segura de su éxito, Madame Falcon se acercó contorneándose hasta Mila y se puso a bailar a su

alrededor. Parecía movida por el ritmo obsesivo de la música. Sin duda alguna, trataba de vengarse de lo que había dicho Mila, pero en su danza no había mala idea. Al poco rato la chica parecía una autómata, una de esas jóvenes inexpresivas de los cabarets. Una vez más, Madame Falcon recorrió la mesa, ahora con la cabeza inclinada hacia el público. Sus manos revoloteaban lentamente, planeaban y a veces acariciaban los sexos que habían servido para aplaudirle.

En cuanto se acabó la música hubo una explosión de delirio. La anciana fue arrancada de la mesa por una maraña de admiradores entusiastas que luchaban por abrazarla y besarla. El alcalde, que se había alzado tan violentamente un poco antes contra la práctica pública de cierto tipo de actos, exclamaba:

—Es escandaloso, escandaloso, pero prodigioso. Este espectáculo merece una recompensa.

Y, tras quitarse una de las condecoraciones del esmoquin con un gesto de absurda galantería, la colocó en el monte de Venus de Madame Falcon.

—Señora, a partir de ahora le nombro miembro de la Orden de Santa Brígida —proclamó—, y sin duda es la primera vez en la historia que esta cinta se coloca en su lugar más idóneo. Ha estado usted genial.

Pero, antes de que aquel curioso personaje terminara de felicitarla, una mujer gritó:

—¡Miren! ¿Qué nos está preparando ahora Henry?

El anciano, haciendo equilibrios sobre una silla, estaba colocando ramas de muérdago en la lámpara de araña que iluminaba la habitación. Tras colgar la última rama, se bajó de las alturas y estrechó entre sus brazos al nuevo admirador de Madame Falcon.

—Caballero, no tengo palabras para expresar lo mucho que aprecio su gesto. ¡Es tan difícil en nuestros tiempos encontrar a un auténtico caballero! Le estaría muy agradecido si abriera el baile con Madame Falcon —y haciendo una reverencia a Karin añadió—: Estoy seguro de que nuestra encantadora anfitriona me perdonará el que haya usurpado de esta manera sus prerrogativas. Y a usted, caballero, no le está prohibido abrazar a mi compañera. Con esa intención he colgado estas ramas de muérdago. —Luego, volviéndose hacia Maurice, el anciano concluyó—: Creo que se impone un vals.

Y cuando empezaron a sonar los primeros acordes, condujo a Madame Falcon y a Jean hasta un espacio libre en el centro de la sala, se inclinó y volvió a mi lado.

—¿No es maravilloso, Coppens? —suspiró feliz.

—Maravilloso —aprobé.

—No quiero mirarles. Podría molestar —añadió.

El anciano Henry era un personaje francamente curioso. Su vocabulario, tan selecto, el énfasis y la afectación de su comportamiento contrastaban extrañamente

con aquel rostro congestionado de viejo depravado y destrozado por el alcohol y el paso del tiempo y aquel miembro fláccido que tenía fuera de la bragueta. Tenía el aspecto de lo que era, un pobre hombre al final de una vida disoluta, pero tenía algo de natural y auténtico. Y yo no podía dejar de sentir una cierta simpatía hacia él. Conseguía revivir de tal forma el pasado que se podía aceptar de forma natural aquel anacronismo viviente, de la misma manera en que se perdona a las *prima donna* sus gestos desmesurados.

El pintor en el que me había fijado al llegar se nos acercó. Tras felicitar entre risas a Henry, me preguntó:

—¿Podría echarme una mano?

—No le entiendo, ¿a qué quiere que le ayude?

—Mire. Hemos reunido a un grupo en la galería. Me gustaría pintarles en acción, pero las posturas que han adoptado son deprimentes. En realidad, ninguno de los participantes parece tener ni la más remota idea de lo que es una pose. Allí sólo hay una masa informe de brazos y piernas que se mueven desordenadamente. Y así no puedo hacer nada. Le agradecería que pusiera un poco de orden en ese cuadro, me haría un gran favor.

—¿Qué pasa? —nos interrumpió Henry muy interesado.

—Ya se lo explicaré después —contestó el pintor—. Ahora tenemos mucha prisa. ¿Por qué no se acerca a la cocina para ver lo que está haciendo Mila?

—¿A la cocina? —preguntó Henry intrigado.

—Sí, está ayudando a la única muchacha estrecha de la fiesta a preparar sandwiches.

—¿Una puritana? ¿Aquí? —chilló Henry, cuya mirada se iluminó.

—Sí, alguien ha conseguido convencerla para que se desvistiera, pero no creo que acepte ir más lejos —prosiguió el pintor.

—Eso ya lo veremos —dijo Henry saliendo disparado hacia la cocina.

—¿Qué estará tramando? —murmuró el pintor.

—Creo, sencillamente, que el viejo Henry tiene ante una mujer inocente las mismas reacciones que un toro ante una tela roja. En cualquier caso, estoy prácticamente seguro de que conseguirá lo que se propone. Hay algo en su trasnochada forma de piropear que excita a cierto tipo de mujeres.

—De cualquier modo, ese hombre es impotente y sin solución —concluyó el pintor con cierto aire de superioridad.

Madame Falcon, que sin duda había oído estas últimas palabras, decidió que era el momento de intervenir en la conversación.

—Yo, en su lugar, no me atrevería a decir tanto —le previno. Y después de darle un beso en la mejilla prosiguió—: Para que te enteres, adorable idiota, existen múltiples maneras de arreglárselas. Pero ¿adónde se ha ido Henry?

—A la cocina —le contestó el pintor, molesto por el comentario.

—En fin, les ruego que me perdonen. Voy a darles una lección a esa pequeña calamidad de Mila y a la otra hipócrita cursilona.

Se dio media vuelta y, con paso decidido, fue hacia la cocina.

—¡Qué bruja! —dijo el pintor inclinando pensativamente la cabeza.

—Sé de alguien que va a pasar un mal rato —dije—. No me gustaría estar en el pellejo de Henry.

Alegrándose ante esta idea, el pintor añadió:

—Algo me dice que la mujer del diplomático va a tener que revisar rápidamente sus ideas sobre la sexualidad. La Falcon puede ser terriblemente mordaz si se lo propone.

—¿Por qué no la llama por su nombre? —dije.

—Porque se llama Beatriz. Para un viejo romántico como Henry, pase, pero a mí me suena casi como una incongruencia. Para mí, ella es el símbolo de la mujer que va a la caza, viciosa y hambrienta. No, decididamente prefiero llamarle Falcon. Es un nombre que le va a la perfección. ¡Dios mío! —exclamó—, ¡mi grupo!

—Por la hora que es, ya deben de haber terminado —pronostiqué.

De todos modos, quisimos asegurarnos y nos abrimos camino entre los invitados que bailaban y se besaban. En la galería, donde unos curiosos se habían agolpado, ocho invitados, entre los cuales estaba el alcalde, formaban todavía, bajo las instrucciones de Maurice, el cuadro viviente del que me había hablado el pintor. Entre gritos y risas, trataban de adoptar las poses ideales con las que soñaba Maurice. De repente, una mujer soltó un grito:

—Eres un estúpido, Maurice. La próxima vez será mejor que te busques a un grupo de acróbatas.

El pintor había abierto el cuaderno de dibujo y, de forma enfebrecida, dibujaba a grandes trazos.

—Maravilloso —murmuraba—, al fin surgen las ideas. Al final va a estar más conseguido que el dibujo del pergamino —y levantando la vista hacia los actores, rugió—: No tan deprisa, pedazo de idiotas, vais a fastidiar vuestro placer y mi trabajo.

Una mujer se había acercado y, para no perderse nada del espectáculo, se había arrodillado al lado del pintor.

—Parece usted un tanto egocéntrico —le dijo ella con voz melosa.

—Todos los artistas lo son —replicó el pintor de forma seca.

—Pero usted no es un artista —respondió ella inmediatamente en los mismos términos.

—¡Ah! ¿No? Llevo pintando cuarenta años.

—No lo dudo —prosiguió la joven mujer—. Pero un artista de verdad hace

abstracción de sus pasiones, al menos mientras trabaja. En cambio, usted —avanzó la mano para tocar su miembro endurecido— se deja llevar por las emociones. Todo lo que conseguirá hacer, si lo hace, será sólo un reflejo trivial de la realidad. Estoy segura de que no tendrá ninguna profundidad, estará carente de inspiración.

—Déjeme tranquilo —le dijo furioso.

—¡Pero si no le estoy molestando! No parece que le moleste mi presencia en absoluto —replicó ella fríamente—. Además, ¿por qué se ha parado?

Mientras hablaba, la joven mujer acariciaba suavemente al pintor.

—¿Cómo quiere que trabaje mientras me masturba? —gruñó él.

—No es difícil. Vaya a sentarse al otro lado del grupo. Le prometo que no le seguiré. Me encuentro muy bien aquí. Pero haría bien en darse prisa, no creo que dure mucho.

En aquel momento, la pirámide humana se desmoronó.

—¿Lo ve? —añadió la joven mujer con voz melosa—, ya le había dicho que no es un artista de verdad.

El pintor había terminado corriéndose y, con tristeza, se quedó mirando el dibujo inacabado.

—¿Por qué me ha hecho esto, cariño? ¿Está segura de que no me odia?

La joven mujer se lo pensó un momento y respondió:

—No, no le odio, se lo aseguro. Pero no puedo soportar a los *voyeurs*. Si no hubiera mostrado tanto interés por este espectáculo, seguramente no habría reaccionado así. Sencillamente, he demostrado que es usted un *voyeur*. Y no creo que la reproducción de una orgía como la que acabamos de presenciar tenga valor artístico alguno. Sólo es una pálida copia. Podría haber hecho una fotografía. Semejantes prácticas son un insulto para la pintura. —Se calló, encendió un cigarrillo y luego se levantó—. Si quiere, podemos seguir discutiendo más tarde. Tengo ganas de beber algo.

Pensé que era una buena idea, y que una copa no haría daño a nadie.

El derrumbamiento de la pirámide había marcado el final de la orgía. Maurice y Karin tendrían que cuidar ahora de que la velada finalizara tranquilamente, sin las complicaciones y los remordimientos que originan a menudo semejantes excesos.

Muy oportunamente, las tres mujeres salieron de la cocina con montones de sandwiches. Henry iba detrás, con una bandeja cargada de humeantes tazas de café. Tenían todavía las mejillas sonrosadas, sobre todo la mujer del cónsul general, pero parecían tan felices y contentas que su llegada relajó el ambiente. Al pasar al lado de una *chaise longue* en la que una pareja se abrazaba apasionadamente, Henry golpeó ligeramente el hombro del hombre y dejó dos tazas de café en el suelo. Luego, acercándose a Mila, cogió del plato dos sandwiches y, de forma maternal, los puso con toda delicadeza al lado del café. Era admirable. Aquel anciano tenía una

personalidad francamente muy atractiva.

—Daría lo que fuera por saber vuestros pensamientos —oí que me decían.

Me di la vuelta y vi a Maurice con una gran sonrisa.

—Qué, Maurice, ¿contento con la fiesta?

—Completamente satisfecho. Y, sobre todo, estoy muy contento de ver que el viejo Henry le inspira simpatía, ya que la mayoría de la gente le odia. Estoy feliz de que se hayan conocido. Por cierto, no deje de visitar su biblioteca. Es una maravilla. Aunque nunca pudo consagrarle mucho dinero, consiguió reuniría con mucho gusto y sabiduría. El resultado es sorprendente. Pero, aparte de todo esto, ¿qué opina de la fiesta?

—Muy lograda. Sin embargo, no puedo contener mis ganas de preguntarle por Jean.

—¿Se refiere al alcalde? ¿El que ha plantado la bandera en la vieja montaña? —me preguntó sonriendo.

—Sí, me estaba preguntando qué es lo que pensará mañana por la mañana.

—No sea ridículo, Coppens. Ese tipo de hombres no piensan. No son capaces de ello. De otro modo, no tendría el oficio que tiene.

La opinión de Maurice era demasiado brutal y me llamó la atención.

—El único que dice tonterías es usted, Maurice. Personas como el alcalde y el cónsul general tenían, hasta hoy, ideas muy firmes sobre la sexualidad. Ahora bien, a partir de las diez de esta noche, la mujer del cónsul ha tenido una nueva experiencia amorosa, el alcalde ha hecho el amor delante de todo el mundo, y, si no exagero, su propia mujer le ha eclipsado a usted. Después de todos estos acontecimientos, es natural preguntarse cómo reaccionarán cuando se despierten.

Antes de que Maurice pudiera responder, la joven que había desenmascarado al pintor intervino con voz melosa:

—Estas personas tienen la cabeza muy dura y no creo que el pequeño temblor sísmico propiciado por Maurice les haga cambiar sus principios morales. En unos días lo habrán asimilado. Está claro que pensarán en ello con nostalgia, pero volverán rápidamente a sus costumbres. Así se sentirán seguros y harán todo lo posible para que no vuelva a ocurrir. Les quedará un sentimiento de humillación, pero se lo quitarán de encima transformándolo en indignación o en hostilidad. Probablemente estén ahora mismo recuperando el dominio sobre sí mismos. Esta noche han mostrado su punto débil, y eso les resulta inconcebible. Las personas de esta clase no son realmente seres de carne y hueso. Y, sin embargo, ¿no es terrible que personas como ellos gobiernen el mundo? Pero, por otro lado, Armand, ¿qué sería de una sociedad dirigida por Maurice, usted mismo y yo? No duraría una semana.

Maurice le dijo que se callara haciendo un gesto con la mano.

—Se lo ruego. Estamos en una fiesta de cumpleaños y no en una ceremonia

oficial. Pero ¿qué le pasa esta noche?

—Lo siento, Maurice —le contestó la joven mujer—. No quería resultar desagradable. Estoy un poco triste, sólo es eso.

—¿Triste?

—Sí. Dada mi inclinación por el erotismo, tan conocida, usted creía que disfrutaría mucho en esta fiesta, ¿no es cierto? Pues bien, no, incluso durante una orgía me gusta tener libertad a la hora de elegir compañero; ahora bien, sé perfectamente que eso es imposible. Una mujer desnuda es una agradable diversión para cualquier hombre, pero yo no puedo soportar que cualquiera me acaricie.

—Entonces, ¿a qué ha venido? —interrumpió Maurice.

—¡Qué pregunta! Estaba realmente dispuesta a participar en una de vuestras fiestecitas. De hecho, lo sigo estando. Y no me hubiera desagradado estar en el lugar de una de esas mujeres que, bajo los consejos de Henry y de Madame Falcon, se abandonaban a esos jueguecillos en la cocina. Pero tiemblo ante la idea de que un hombre para quien no significo nada, y que me resulta indiferente, pueda hacerme el amor por la sola y única razón de que en ese momento me encuentro a mano.

—Sobre este tema tiene usted no obstante, dos puntos de vista bastante contradictorios —le señalé.

—Y usted, Armand, ¿acaso no tiene también una actitud ambigua?

—Puede ser. Me gusta el erotismo tanto como a usted, pero, como una sola mujer no puede satisfacerme plenamente, vuelvo a caer irremisiblemente en este tipo de fiestas y ello con la única finalidad de abandonarme por completo al placer sexual. Mas, al contrario que usted, sé perfectamente que en semejantes circunstancias uno está obligado a renunciar a su personalidad. Además, una vez que la fiesta degenera en orgía, tengo que elegir entre, o bien irme para evitar que mi humor individualista no haga de mí un inútil estorbo, o bien sumergirme a cuerpo descubierto en el anonimato de una masa delirante. Uno quiere ambas cosas a la vez: conservar el propio carácter y abandonarse al desenfreno general. Pero las colectividades no reconocen a los individuos. Uno va al encuentro de amargas desilusiones. Creo que Maurice tiene razón; no tendría que acudir a orgías de este tipo.

—¿Realmente quiere decir —insistió ella— que si la amiga de Henry le hubiera pedido que le hiciera un *cunnilingus* hubiera accedido aunque le diera asco?

—Una vez más, no me ha entendido bien. Desde el momento en que decido abandonarme por completo, lo acepto todo. A partir de entonces ya no puedo elegir. Y usted tampoco. La base de su razonamiento es inaceptable. Por un lado quiere abandonarse y por otro conservar el libre arbitrio. La contradicción es flagrante, y, si no cambia, se encontrará en problemas mayores.

En aquel preciso instante, la Falcon irrumpió y, al oír mis últimas palabras, preguntó:

—¿Problemas? ¿Quién tiene problemas?

—¡Oh! Sólo Ellen —contestó Maurice con desenvoltura—. No consigue llegar a saber si debe preservar a toda costa su pequeña personalidad, o si puede renunciar a ella de vez en cuando.

Madame Falcon se quedó mirando a Ellen durante un momento.

—Tengo que confesar que no tiene pinta de hipócrita —le dijo.

Le corté de forma brutal:

—¡La hipocresía no tiene nada que ver con este asunto! Ellen es igual que un funambulista que se pusiera nervioso justo en medio de la cuerda. Si continúa, ¿llegará hasta el final o sufrirá una caída mortal? Está claro que hablando en términos morales. Y Ellen no puede tener preocupaciones. Quiere conservar a toda costa la libre elección de sus compañeros. Y esa exigencia, insisto, es imposible en este tipo de fiestas, ya que precisamente en el abandono total de cada uno de los participantes reside el misterio de la orgía. En resumen, sólo hará el amor si el compañero y las circunstancias le interesan.

—¿Tiene algo que decir la acusada en su defensa? —dijo irónicamente Maurice.

—La acusada sólo tiene una cosa que decir, y es que espera tener la suerte de hacer el amor con Armand lo más pronto posible, ya que tanto el compañero como el acto están muy lejos de desagradarle —contestó traviesamente, y añadió luego—: Y si nuestra amable anfitriona y su estrella bailarina desean asistir a nuestros retozos, a no ser que Armand se oponga, la acusada estará encantada de tener un público tan distinguido. Y ello, además, satisfará su gusto por el exhibicionismo.

Ellen y yo estábamos haciendo el amor cuando Maurice entró en la habitación.

—Siento interrumpirles —se excusó—, pero ¿no les importaría venir a despedir a algunos invitados que se van? No puedo soportar las despedidas furtivas. Estropea de alguna manera los momentos de placer y de ternura que hemos compartido. Al fin y al cabo, nadie ha venido anónimamente y no quiero que la gente se vaya de puntillas. ¿Están de acuerdo conmigo?

Se puso a reír ahogadamente. Nos separamos y seguimos a Maurice hasta la biblioteca. Llamaba la atención el contraste entre las personas preparadas para irse y nosotros, que estábamos completamente desnudos. El alcalde, que se había revelado como un hombre simpático y un amante muy aceptable, se había convertido, al volver a vestirse, en el individuo estúpido y suficiente que era al llegar. No se encontraba a gusto al lado de Karin, y trataba en vano de ignorar sus senos desnudos, que se balanceaban con gracia cada vez que hacía un gesto. Henry se acercó a él y le estrechó la mano.

—Encantado de haberle conocido, Monsieur —le dijo con su dignidad habitual —. Nunca olvidaré el momento en que ofreció esta condecoración a Madame Falcon. Estoy seguro de que la guardará como una joya. Y como tenemos más o menos la

misma edad, quiero felicitarle por el despliegue de fuerzas y artes amatorias que ha demostrado esta noche. ¡Cómo me gustaría estar en su lugar! Pero ¡qué le vamos a hacer! —concluyó tristemente señalando su bajo vientre de pasada—: *Témpora mutantur et nos mutamur cum illis*. —Se volvió luego hacia la mujer del alcalde e, inclinándose ligeramente, le dijo—: Madame, reciba también mis felicitaciones. Usted y su querido esposo forman una pareja maravillosa. Cuando las observaba me decía que, decididamente, tienen muchos puntos en común.

Al oír aquellas palabras, se quedó paralizada, pero, involuntariamente o no, Henry ni se inmutó.

—Voy a dejarles, tengo que ir a limpiar la cocina. —El rostro de ella se vio teñido de tal expresión de horror que el propio Henry se dio cuenta—. ¡Oh, no!, no es lo que usted piensa. Ahora debo dejarles.

Con un gesto caballeresco y un tanto ridículo, besó la mano de la mujer del alcalde, que se quedó completamente desconcertada. Luego, se acercó al marido y le susurró:

—¿Con su permiso…?

Y, bruscamente, acarició los senos de su mujer. Luego, murmurando: «Divino, divino», se fue rápidamente hacia la cocina.

Mudos de asombro, la pareja nos estrechó la mano y se dirigió hacia la salida, seguida del pintor, del cónsul general y de su mujer.

—Espero no haber interrumpido sus retozos —dijo el pintor a Ellen.

—Me atrevería incluso a decir que los ha prolongado —dijo ella—. Y si algún día Armand y yo nos encontramos con humor, le permitiremos que haga algunos esbozos. Está claro que a condición de que no se quite los pantalones.

Este último comentario de Ellen hizo reír ahogadamente a la mujer del cónsul.

—Ya basta —interrumpió secamente su marido.

Y, dignamente, la condujo hasta el coche. Poco después, oímos unos bocinazos de impaciencia. El pintor dio las gracias rápidamente a Karin y a Maurice por su «interesante» fiesta y salió corriendo detrás del cónsul.

—¿Dónde están tus compañeros? —pregunté a Maurice.

—Han desaparecido mientras discutíamos sobre los problemas de Ellen. Un gesto de mala educación por su parte —recalcó.

—Me sorprende mucho. Sobre todo de Butin. No me lo esperaba, y menos de él.

—Vamos a tomar otra taza de café —propuso Karin—. Creo que Henry nos está preparando ahora algo de cenar. ¡Qué horror ese pintor! «Fiesta interesante», ¡desde luego! A ese horrible viejo *voyeur* no lo quiero volver a ver aquí, Maurice.

—No seas ridícula, Karin —suspiró Maurice—. Una orgía con personas de gustos parecidos sería tan aburrida y trivial como una incineración. Todo el mundo haría los mismos gestos y a la vez. Eso no me interesa. Lo que yo quiero es que discurra con

alegría. Quizás el pintor, el alcalde y sus congéneres me odian, pero siempre les gustarán mis fiestas. Precisamente el hecho de que nuestras reacciones sean diferentes hace que las orgías nunca resulten monótonas. Incluso me atrevería a decir que son excepcionales.

»Tengo una gran amistad con Henry y la anciana Falcon, pero sobre todo les he invitado porque sabía que montarían un escándalo. No te enfades conmigo, Karin. No todos mis planes están fríamente calculados. Lo único que quiero es que todo el mundo esté contento a mi alrededor. Díganme francamente: ¿alguno de ustedes podría quedarse satisfecho con unas orgías triviales y prácticamente iguales? ¡No!

»Y ¿por qué? —prosiguió—. Porque una fiesta debe ir explotando por etapas. Por ello son indispensables tanto personas normales como desequilibradas. Si no hay escándalo, la orgía no tiene éxito. El caso es que a todo el mundo le gustan mucho nuestras fiestas. ¿Por qué preocuparse por esto o por lo otro cuando en conjunto ha resultado un éxito?

—De acuerdo —otorgó Karin—, me rindo. Has ganado.

—De eso nada —protestó Maurice—. No se trata de ganar o perder. Quiero que tú misma veas hasta qué punto lo que te digo es importante. Cuando Ellen se estaba ocupando del pintor…

—Te hubiera encantado estar en su lugar —le interrumpió Karin burlona.

—¿Cómo hubiera podido? —preguntó Maurice con indignación—. Estaba demasiado ocupado con mi grupo como para mirarles. En cualquier caso, considero que la técnica manual no presenta ni el más mínimo interés.

—¿Ah, sí? —dijo Ellen con toda tranquilidad. Las miradas de Maurice y de Karin se posaron a la vez sobre las finas manos que me acariciaban.

—¿Decía, Maurice?

—Está bien, Ellen. Me ocuparé de Maurice —dijo Karin riendo—. No les interrumpiremos una segunda vez.

Y finalmente Ellen y yo pudimos hacer el amor sin que nos molestaran.

Capítulo VII

A la mañana siguiente, Ellen y yo desayunamos juntos en la galería, ahora desierta.

—Maurice y tú —me dijo— sois tan distintos a los otros libreros que he conocido esta noche…

—Maurice no es librero, es editor —le interrumpí.

—No juegues con las palabras, Armand. El libro es vuestro centro de interés común, poco importa cómo os llaméis. Como decía, Maurice y tú sois distintos a los demás.

—No deberías emitir juicios precipitados sobre nuestra profesión. Podría citarte el nombre de al menos dos de mis compañeros de gremio que, aunque no se parecen en nada a nosotros, no por ello dejan de ser igualmente buenos en su género.

—Tú eres sólo un sucio pretencioso —explotó ella.

Me eché a reír.

—Lo admito, pero no decías lo mismo la noche pasada. En fin, dejémoslo. ¿Te dice algo el nombre de Toussaint?

—No, pedazo de granuja, pero sigue.

—Bueno, Jean-Baptiste Toussaint es uno de mis compañeros de oficio. Durante muchos años tuvo en Bruselas una librería de libros antiguos. Como se ocupaba muy poco de él, el negocio fue decayendo. Iba a verle a menudo con el pretexto de buscar libros que pudieran interesarme, pero sabía con toda certeza que nunca tenía nada bueno que ofrecerme. La simpatía que sentía por él era en realidad la única razón de mis visitas. Vivía al día y estaba siempre metido en unas historias increíbles.

»Volví a verle hace unos seis meses, y no podía dar crédito a mis ojos. Acababa de pintar la tienda. Una parte de la librería se había convertido en galería de arte y la otra en restaurante; en cuanto a las existencias de libros, eran considerables y las había renovado por completo. En medio de su nuevo dominio, Jean-Baptiste, subido en un taburete de bar, parecía soportar sobre los hombros toda la miseria del mundo. Después de saludarle, le pregunté:

»“¿Qué ha pasado? ¿Se ha casado con una rica heredera?”.

»“No”, contestó con aire abatido. “Siéntese, se lo contaré. ¿Quiere una taza de café?”.

»Se acercó a una rubia exuberante, y me la presentó, casi excusándose, como su

secretaria y le pidió que nos trajera un café. La chica me lanzó una mirada que parecía prometer bastante más que una taza de café y se alejó meneando las caderas. Entonces Jean-Baptiste empezó a contarme su historia.

»Tan inestable como siempre, un día se le ocurrió ir a Montecarlo para, según sus propias palabras, "probar en propia carne las posibilidades de desenfreno que ofrecía aquel lugar". Una vez allí, durante unos diez días no tuvo prácticamente tiempo de respirar, aunque las féminas del lugar no le impresionaron de forma particular.

»Luego, tan repentinamente como había decidido ir allí, quiso irse. Había fijado la partida a la mañana siguiente. Antes de partir, decidió pasar en el casino la última velada. Se había gastado mucho dinero durante aquellos diez días de juerga y ya no le quedaba un franco en el bolsillo. Dio con un lugar en una de las mesas y apostó al rojo toda su fortuna convertida en una ficha de veinte francos. Entonces se acordó de que había prometido llamar a una de sus conquistas. Pensó que no tardaría mucho, ya que simplemente se trataba de anular una cita que tenía para el día siguiente. Así que dejó la apuesta sobre el tapete, convencido de que estaría de vuelta antes del tradicional: "No va más, señores". Pero incluso los mejores planes… Desde el principio de la comunicación, el tono subió. ¿Por qué se tenía que ir?, y, ¿por qué no podía verla?, entre otros muchos reproches. Mientras tanto, había salido el rojo y los veinte francos se habían duplicado.

»Como Jean-Baptiste no estaba allí para retirar la apuesta, esta seguía sobre el rojo, que volvía a salir. Así que ahora tenía ochenta francos sobre la mesa. La chica seguía insultando a Jean-Baptiste, quien trataba en vano de calmarla, y, en la sala de juego, la bola no dejaba de pararse en números rojos. La suma iba doblándose: ciento sesenta, trescientos veinte, seiscientos cuarenta, mil doscientos ochenta… La muchedumbre de jugadores vio que estaba pasando algo en aquella mesa y se acercó corriendo, fascinada, alrededor del tapete verde donde el montón de fichas aumentaba de forma desmesurada. El *croupier* empezaba a ponerse nervioso. Pero, por más que daba cada vez con más fuerza a la ruleta, la bola acababa siempre parándose en el rojo.

»En la cabina de teléfonos, la conversación seguía siendo agitada. En su discusión con la chica, que estaba completamente desbocada, Jean-Baptiste había llegado a olvidar la existencia de los veinte francos. La chica se había puesto a llorar mientras, a unos pocos metros de allí, un acontecimiento extraordinario acababa de producirse bajo las miradas atónitas de los jugadores fascinados: el rojo había salido *catorce veces seguidas*. Los veinte francos se habían convertido en trescientos veintisiete mil seiscientos ochenta. ¿Quién hubiera podido imaginárselo? Jean-Baptiste eligió aquel momento para, furioso, colgar el receptor y volver a la ruleta. Al entrar en la sala de juego, vio que algo estaba pasando en su misma mesa. En medio de un silencio de muerte, todos los ojos estaban fijos en el *croupier* que, nervioso y sudoroso,

continuaba apilando fichas en el lugar en que Jean-Baptiste había depositado sus veinte francos. Se abrió paso entre la gente y, al comprender de golpe lo que había pasado, retiró rápidamente el montón de fichas, justo cuando el *croupier* se disponía a lanzar con voz desesperada un nuevo "no va más, señores". Por poco nuestro amigo pierde todo. En efecto, esta vez la bola se detuvo en el negro.

»Y así fue como Jean-Baptiste se hizo rico en unos minutos.

»A la mañana siguiente volvió a Bruselas y empezó a gastarse el dinero descontroladamente. Renovó su vestuario, se compró una casa, un coche y dos tiendas que volvió a decorar por completo. Hizo un viaje por toda Europa en busca de libros nuevos y de cuadros para la galería. En resumen, se convirtió en un hombre de negocios, y durante los primeros meses llevó una vida de lo más agitada. Pero aquello no duró mucho, y, como había hecho un buen lanzamiento del negocio, el dinero empezó a fluir de forma regular.

»"Tendría que estar muy contento y satisfecho de mí mismo, ¿no?", me dijo. "Sin embargo, no lo estoy. He llegado a tal punto que ya no tengo ni la más mínima libertad. Tengo que estar aquí todos los días para vigilar a los empleados. Me paso la vida sentado en una silla echando de menos aquellos viejos tiempos en que me limitaba a trabajar para asegurarme el pan de cada día. Está claro que podría contratar a un gerente, pero entonces ya no estaría tranquilo y me pasaría el día pensando en la marcha del negocio".

»Movió la cabeza con gesto de tristeza.

»Traté de levantarle el ánimo, pero los esfuerzos fueron vanos, y me fui sin mirar siquiera sus valiosos libros. No creo que vuelva a verlo. Era demasiado triste. Pobre viejo…

—Estoy completamente de acuerdo contigo —aseguró Ellen.

—Sin embargo, muchos libreros le envidian y estoy seguro de que algunos irán el año que viene a Montecarlo con la esperanza de tener la misma suerte. Curiosamente, la mayoría de las personas encuentra esta historia de lo más divertida.

—¿Divertida? ¿Cómo es posible? —preguntó Ellen que no lo entendía.

—A veces tenemos un sentido del humor de lo más extraño. Yo hay ocasiones en que no sé pararme. Por ejemplo, me acuerdo de una broma que John Weil, un compañero, y yo gastamos hace un tiempo a un tal Villiers. Todavía me sigue dando vergüenza cada vez que me acuerdo.

—Cuenta —dijo Ellen.

—Ahí va. Hace unos años asistí en París a una reunión de la Liga Internacional de Libreros y me encontré allí con un viejo amigo llamado John Weil. Como íbamos muchas veces a París de viaje de negocios, conocíamos perfectamente todos los sitios de moda; sin embargo, esta vez decidimos emplear el tiempo libre en actividades culturales. Habíamos planeado visitar todos los museos y acudir al teatro para ver

obras de vanguardia.

»Durante una reunión de trabajo, conocimos a un compañero del gremio que insistió en compartir nuestro programa. Se llamaba Villiers. Aquel hombre tímido y escuchimizado nos empezó a contar que había sido profesor durante treinta años y que le apasionaban los libros. Recientemente, en un pueblo cercano a Liège, donde había vivido toda su vida, había abierto una tienda en la que vendía desde antiguos libros clásicos a sellos y postales; había creado también una biblioteca de libros de préstamo. Era una persona de lo más sana. No bebía ni fumaba, "es malo para la salud", repetía, y se ruborizaba cada vez que pasábamos por delante de un escaparate donde hubiera sugestivas fotos de los cabarets de *strip-tease*. Iba siempre pegado a nosotros. Le aterrorizaba la idea de quedarse solo en esta metrópolis del vicio. Los dos primeros días nos dio pena y le llevamos de recorrido turístico por París. También le hicimos de guía en los museos, donde sus comentarios ingenuos y pueriles sobre pintura nos hicieron pasar unos ratos muy divertidos. Pero al tercer día, la víspera de irnos, hartos ya de su presencia, decidimos deshacernos de él y pasar una buena noche.

»Entonces pensamos en dejar tirado al pobre Villiers. Conocíamos un bar que tenía una entrada de servicio que daba a una callejuela. Nada más sobrepasar la entrada principal, empezamos a correr y, cruzando la sala a toda velocidad, volvimos a salir por la puerta pequeña. Para cuando Villiers entró en el bar, nosotros ya habíamos desaparecido.

»John y yo pasamos una noche fantástica y muy poco cultural. Al amanecer, de vuelta al hotel, caímos rotos en las camas.

»Hasta que no nos despertamos, ya desayunando, no nos dimos cuenta de que Villiers no estaba allí. Entonces nos encontramos con una amiga que nos dijo que efectivamente no había vuelto en toda la noche.

»"Me apuesto lo que quieras a que ha pasado la noche con una", me dijo John.

»Estaba seguro de que se equivocaba.

»"Hagamos una apuesta", insistió. "A las chicas les gustan este tipo de hombres enclenques. Juraría que está con una de esas enormes putas de corazón tierno que andan por Les Halles. Seguro que alguna se lo ha subido a la habitación como si fuera un trofeo".

»John no acababa de convencerme y, a decir verdad, nuestro buen amigo belga me tenía preocupado. Pero, mientras tomábamos un café en la terraza del hotel leyendo los periódicos, de repente vimos aparecer al final de la calle a nuestro maestrillo de escuela. Su rostro reflejaba claramente una mezcla de sentimientos de culpabilidad y de angustia. Entonces me di cuenta de que John estaba en lo cierto.

»"¿Quién tenía razón?", gritó jubilosamente John.

»Entonces decidimos divertirnos a su costa, insistiendo en voz alta y

repetidamente sobre los peligros que presentaban las putas de París. Y cuando Villiers llegó a la mesa, estábamos enfrascados en una discusión animada sobre la falta de higiene de las prostitutas de aquella ciudad.

»“Me preocupa que no seas consciente del peligro, John”, le dije lo más serio que podía. “Acuérdate de aquel artículo que contaba la historia de una puta sifilítica que había contagiado a ciento cuarenta y dos hombres, los cuales, a su vez, habían transmitido la enfermedad a sus confiadas esposas. Fue una catástrofe, un día de luto para la medicina francesa. Si mal no recuerdo, algunas mujeres murieron y bastantes maridos se volvieron locos”.

»“¡Ah! ¡Sí, ya me acuerdo!”, me contestó John igualmente serio. “Lo más triste de la historia es que generalmente suele ser un pobre tipo sin experiencia, y recién llegado de su pueblo, el que suele ser la víctima. Y ¿has leído ese artículo del *Paris-Soir* que cita la proporción de prostitutas con distintas enfermedades venéreas? Es tremendo. Sólo Dios sabe cuántos hombres las llevarán a sus hogares sin ni siquiera saberlo”.

»Villiers no había dicho ni una sola palabra. Se había limitado a escuchar boquiabierto. Al poco tiempo, aquel juego dejó de divertimos y cambiamos de conversación. Unas horas después, cuando nos íbamos al aeropuerto nos despedimos de Villiers. Me había olvidado de su existencia cuando, unos seis meses después, me llamó por teléfono.

»“No sé si se acordará de mí, Monsieur Coppens”, me dijo, “pero nos conocimos en París, durante el congreso de la Liga Internacional, y usted y su amigo tuvieron la amabilidad de hacerme de guías por los museos”.

»“Me acuerdo perfectamente” le contesté. “Usted es el maestrillo de escuela”.

»Este comentario me parece que no le hizo demasiada gracia. A continuación le pregunté si podía ayudarle en algo.

»“Sí, por favor. ¿Se acuerda de la conversación, el último día, con Monsieur Weil sobre las, ejem, prostitutas y sus enfermedades venéreas?”.

»Le contesté que, efectivamente, conservaba un lejano recuerdo.

»“Mire”, prosiguió, “dijo que un hombre que coge esos microbios sin saberlo tiene todas las posibilidades de transmitírselos a su mujer. ¿Se acuerda usted?”.

»Claro que me acordaba… Después de un silencio, prosiguió:

»“Desde aquella noche, en París, ya no he tenido más relaciones sexuales con mi mujer. Por precaución, simplemente. Ya se imaginará la causa. Ella lo lleva muy mal, claro. Piensa que ya no me atrae en absoluto y que me he quedado impotente. Esto ya no puede durar más. O nos divorciamos o nos volveremos locos. ¿Cree que ahora será prudente volverme a acostar con ella?”.

»Me entraron unas ganas locas de reír. Sin embargo, seguí conservando la serenidad y le pregunté:

»“Dígame, Monsieur Villiers, ¿cómo tiene las manos? ¿Se le han caído las uñas?”.

»“Pues… no, claro que no… Pero…”.

»“¿Y los dedos de los pies? ¿Ha notado algo anormal?”.

»“No, francamente no. Pero no le entiendo…”.

»“Bien, podemos decir que ha tenido suerte, Monsieur Villiers. Ha salido bien de esta. Ya puede, sin ningún riesgo, relacionarse con su mujer”.

»El pobre hombre se deshacía en agradecimientos. Aquello era algo increíble. ¡Ponerse enfermo de preocupación durante tanto tiempo! Yo, en cambio, estaba cargado de remordimientos…

»Nunca le hubiera gastado esta broma de mal gusto de haber llegado a sospechar el alcance de las consecuencias. Sobre todo, lo siento por su esposa. Seis meses sin relacionarse con un hombre, aunque fuera un insignificante y enclenque profesor, es muy duro para una mujer.

El final de aquella historia hizo sonreír a Ellen.

—No fue muy amable de tu parte gastar semejante broma de mal gusto a un hombrecillo tan tímido —dijo ella en tono de reproche—. Pero tengo que reconocer que no podíais imaginar que fuera tan estúpido como para creérsela.

Puse tal cara de culpabilidad que enternecí a Ellen.

Cambiando de tema, empezamos a hablar de nuevo de la noche anterior. Ellen no tardó ni un minuto en decirme:

—No me gusta demasiado Butin. Se cree el centro del mundo.

—No creo que estés en condiciones de emitir un juicio sobre él —le repliqué—. Reconozco que no se parece a Maurice ni a mí, pero no por ello hay que meterle en el mismo saco que a los demás libreros que viste la noche pasada.

—Y ¿por qué no?

—¿Estás libre mañana por la noche, Ellen? —le dije, haciendo caso omiso a su pregunta.

—Sí —contestó.

—Bueno, entonces te espero en mi casa. Te enseñaré una carta de un amigo que ahora vive en España. Este hombre trabajaba antes con Butin, y su carta es un auténtico «documento humano»; te informará ampliamente sobre Butin y su estilo de vida. Cuando la hayas leído, espero que cambies de opinión. De hecho, no me sorprendería en absoluto que te resultara incluso hasta simpático.

Capítulo VIII

Ellen llegó puntual a la cita. Aunque iba sencillamente vestida, con un pantalón de deporte y un chandal, estaba muy atractiva. Llevaba unas enormes gafas que acentuaban aún más el perfecto óvalo de su rostro. Su feminidad sorprendía aún más por el hecho de que era inteligente y delicada. Mientras yo servía el aperitivo, se acercó a la biblioteca.

—Me parece que tienes unos gustos un tanto especiales —me dijo cuando le acerqué la copa de ginebra—. Veo una cierta relación entre Huxley, san Juan de la Cruz y obras sobre magia, pero con franqueza, ¿qué pintan aquí todos esos libros de política?

—Si quieres clasificar mi biblioteca en categorías, tendrás que hacerlo de otra manera. Lo misterioso me fascina, pero los libros que tratan de ocultismo constituyen un sector claramente diferenciado de los demás en esta biblioteca. Estoy interesado en la influencia que las sociedades secretas ejercen en la evolución del pensamiento político, y por eso colecciono todas las obras sobre el tema.

—Pensaba que la masonería era un simple movimiento de ayuda mutua —me interrumpió—. Creía que se trataba de un pasatiempo con un ritual seudorreligioso, o, más sencillo todavía, un medio para mantener o adquirir un cierto rango social.

—En efecto, ha ido convirtiéndose poco a poco en eso. Pero no hay que olvidar que la masonería sólo es uno entre otros muchos grupos que han existido en todas las épocas. La masonería, por otro lado, ha desempeñado un papel importante en la historia. Por ejemplo, podemos decir que la Logia de las Nueve Hermanas tuvo una influencia decisiva en la Revolución Francesa. El filósofo Helvetius fue el primer historiador de esta logia, y entre sus miembros, figuran el astrónomo Lalande, Benjamín Franklin, el general Lafayette, Voltaire y el enciclopedista D'Alembert.

»No afirmaré, como Barruel o Robinson, que la logia fue la responsable de la Revolución Francesa, pero sí que su influencia fue incuestionable. Los masones influyeron decisivamente en la aparición de los nuevos valores éticos y sociales de la época.

Para llegar al tema que nos interesaba, proseguí:

—Pero no has venido aquí para que te dé lecciones de historia. Aquí tienes la carta del amigo de quien te hablé ayer.

La apartó de su mano y me dijo:

—Preferiría que me la leyeras.

—¿Por qué?

—Me gusta escuchar la voz de un hombre. Me ayudará a conocerte mejor. Si no soy sensible al timbre de tu voz, o incluso a tu dicción, entonces ya sé que no puede haber nada entre nosotros. Así evitaremos los dos la pérdida de tiempo y las complicaciones terribles y dolorosas que siempre origina una relación sin pasión.

—Buen razonamiento —le comenté.

Poco a poco me iba dejando envolver por sus razonamiento tranquilos y sutiles.

Sencillamente, me estaba enamorando de ella.

Una vez que se hubo instalado cómodamente en el diván empecé a leerla:

«Querido Coppens,

»Le agradezco profundamente la recopilación de panfletos contra Mussolini, las *Songs for Italy* de Aleister Crowley. La he recibido esta mañana. Me ha gustado mucho el epígrafe: *Parturiunt montes / mascitur ridiculus mus Solini*, que encuentro especialmente original y espiritual. Sin embargo, temo no poder aceptar el *Aequinox*, de Crowley, que me ofrece con tanta amabilidad».

—¿Quién es ese Crowley, y qué quiere decir esa palabra latina? —interrumpió Ellen.

—Cada cosa a su tiempo —contesté enfadado—. Primero deja que termine de leerla.

«Ocurre que Joan y yo no podemos permitirnos gastar doscientos mil francos en este momento. De hecho, estamos incluso obligados a contar el último céntimo para vivir, y es posible que tenga que venderle a usted la biblioteca por poco dinero. Este deterioro súbito de mi situación financiera se debe fundamentalmente a mis desavenencias con nuestro amigo Butin. Ciertamente, reconozco haber cometido un grave error al confiar mis escritos a un solo editor, pero, como siempre habíamos mantenido unas relaciones muy cordiales, nunca había pensado en ponerme en contacto con otras editoriales.

»Yo le mandaba los manuscritos y él me enviaba el dinero a vuelta de correo. Así de sencillo. Por cierto, le envió adjunto algunas páginas que relatan los distintos episodios de mis relaciones con Butin. He pensado que quizá pudieran interesarle para su revista».

Ellen volvió a interrumpirme.

—¿Qué revista publicas?

—Es una publicación que habla de distintos aspectos de la sexualidad y de los varios problemas que engendra —le respondí con bastante sequedad—. Ahora silencio, y déjame seguir.

«Este artículo puede dar tal vez a sus lectores una idea sobre las intrigas a menudo increíbles que acompañan a la producción de obras eróticas. Deseo, por supuesto, que cambie los nombres; no quisiera perjudicar a Butin bajo ningún concepto, ya que siempre se ha mostrado correcto conmigo. Si el artículo le interesa, envíeme, por favor, lo que tiene por costumbre pagar por un artículo semejante. Lo aceptaré con gusto. Nos violenta, tanto a Joan como a mí, echar mano de usted en estas circunstancias, que esperamos no vuelvan a repetirse.

»Suyo afectísimo, Dumast».

—Esta carta no me ha aclarado nada sobre Butin —dijo Ellen.

—No, lo interesante está en el artículo que adjunta a la carta —le repliqué—. Respecto a este, te diré que todos los personajes citados son reales. Lo he comprobado personalmente.

—¿De verdad?

—Sí. Y aun después de haber cambiado los nombres de las personas y lugares, temía que este texto perjudicara la reputación de Butin. Entonces enseñé a Butin el manuscrito y me confirmó la autenticidad del mismo.

—¿Cómo reaccionó? ¿Se enfadó con Dumast?

—Todo lo contrario. Estaba realmente afectado por la situación de Dumast e incluso añadió una pequeña cantidad al dinero que envié a Dumast. Y no puso ninguna objeción a la publicación del artículo. Creo que, en el fondo, se sentía secretamente orgulloso de habérselo inspirado.

Doblé la carta y empecé a leer el artículo:

«Un día, Butin me dijo: “Usted es un escritor, un intelectual. Por lo tanto tiene que saber cuántos tipos de perversiones sexuales hay”.

»El día anterior, Butin me había llamado por teléfono para concertar una cita. Decía que quería hacerme algunas preguntas. Sabía que tenía un negocio de caballitos y de autos de choque. Entonces pensé que quería renovar el catálogo publicitario y que había pensado en mí para escribir el texto. Esta fue la razón por la que, cuando empezó a hablarme del tema, me cogió por sorpresa.

»“Nunca me había puesto a pensar en serio sobre el tema”, le contesté de

forma prudente. Y añadí: “Quiero decir que no se trata de un campo que haya explorado de forma particular”.

»“No es eso lo que le pido”, insistió Butin. “Usted, un intelectual, seguro que está al corriente de todas esas cosas. Dígame, ¿cuántas perversiones sexuales hay? Piénselo bien”.

»“Me imagino que habrá una cantidad considerable. Vamos a ver: está el sadismo, el masoquismo, la homosexualidad, el fetichismo, la zoofilia…”.

»Me atajó:

»“¿Qué es la zoofilia? ¡Precise!”.

»“Antaño…”.

»“Eso no me interesa, lo que quiero saber es su significado actual”.

»“Son las relaciones sexuales entre seres humanos y animales”.

»“¡Qué horror!, siga. Estoy seguro de que tiene que haber otras”.

»“Bueno, vamos a ver. Está el *voyeurisme*, el travestismo, la zoofilia…”.

»“Ese ya lo ha dicho. Se está repitiendo”.

»“Lo siento” le dije estrujándome el cerebro para encontrar otra. “Está claro que el narcisismo es sin duda una perversión, y tampoco hay que olvidar la flagelación”.

»“Y la masturbación”, soltó Butin con voz de triunfo.

»“No, no se puede incluir”, le repliqué. “Según Kinsey, más del noventa por ciento de los hombres y las mujeres consultados se masturban. Es una práctica demasiado común como para que figure en una lista”.

»“¿Quién es ese Kinsey?”.

»“Un sexólogo norteamericano muy conocido”.

»“¿Conocido por quién?”.

»“Por lo demás sexólogos, me imagino”.

»“Muy bien. Supongo que sabrá lo que dice. Descartemos entonces la masturbación. Veamos cuántas tenemos ya”. Butin contó rápidamente con los dedos de la mano. “Nueve. Sólo nueve. No es mucho, ¿no?”.

»“Pero lo suficiente para tener ocupado a todo el cuerpo médico”.

»“Eso sin duda. ¿Se le ocurren otras?”.

»Me puse a observarle con detenimiento. Tendría unos cuarenta años y se le empezaba a caer el pelo. Siempre iba de punta en blanco; era bajo, pero corpulento, con unas manitas cuidadosamente arregladas. Le faltaba naturalidad en los gestos. Tenía una voz pausada, pero no podía parar quieto y no dejaba de alisarse un bigote cuidadosamente cortado. Francamente, no tenía aspecto de feriante en absoluto.

»“Haga un esfuerzo”, dijo de forma maliciosa. “Tiene que haber otras”.

»Hice un esfuerzo.

»“Podemos distinguir entre hombres homosexuales y mujeres homosexuales, que se llaman lesbianas”, dije rápidamente. “Por otro lado, hay homosexuales que sólo se interesan por muchachos. Son los pederastas. Y luego están los heterosexuales y homosexuales gerontófilos”.

»“¿Qué quiere decir *gerontófilos*?”.

»“Son los que sienten placer únicamente con ancianos”.

»“¡Increíble!”. El hombre no salía de su asombro. “Esto me hace pensar en los necrófilos”, proseguí; “a los necrófilos les gusta fornicar con los cadáveres, preferentemente en el ataúd”.

»Butin me hizo señas con la mano para que me detuviera.

»“¿Sabe que a mí no me desagradan los cementerios?”, me dijo muy seriamente. “¿No seré un necrófilo de manera inconsciente?”.

»Volví a mirar con detenimiento a aquel hombrecillo cuidadosamente vestido.

»“No lo creo”, le contesté. “Teniendo en cuenta cómo viste, se ve que le gusta demasiado la vida como para caer en semejante perversión”.

»Pareció aliviado de un gran peso.

»“Para acabar”, dije, “existen todas las variantes del fetichismo. Unos están obsesionados con las botas, otros con las medias. En Estados Unidos, en este momento, existe una gran pasión por todos los objetos de plástico”.

»“Estarnos en el buen camino”, intervino Butin visiblemente satisfecho. “¿Cree que conseguirá encontrar y hablar de unas veinte perversiones sexuales?”.

»Ahora parecía esperar mi respuesta con una cierta impaciencia.

»“Creo que sí”, le dije sin comprometerme demasiado. “Pero…”.

»Volvió a interrumpirme.

»“Bien, escríbame entonces veinte novelas cortas. Cada una de ellas tratará sobre una de las perversiones. Le daré ciento cincuenta mil francos por novela. Quiero la primera dentro de dos semanas, la segunda quince días después, y así sucesivamente. Ya me encargaré yo de publicarlas. ¿De acuerdo?”.

»Asentí. Sacó la cartera y me dio setenta mil francos.

»“Esto es un adelanto. De algo tendrá que vivir durante todo este tiempo”. Me miró con detenimiento. “¿Está seguro de que no habrá una vigésima primera perversión?”.

»“Sí”, me apresuré en contestarle, “el fetichismo del culo”.

»“¿En qué consiste eso?”.

»“Es un gusto exagerado por esa parte del cuerpo. Está tan extendido como la masturbación, pero los psiquiatras siguen considerándolo todavía

como una perversión sexual”.

»“Dígame”, preguntó Buttin, de nuevo inquieto, “¿usted diría que un hombre a quien le gusta tocar las nalgas de sus secretarias es un obseso?”.

»“En absoluto. Sólo es un maleducado. Pero ¿por qué me pregunta eso, Butin? ¿Acaso le gusta a usted eso?”.

»Parece que dio importancia a la pregunta, y se lo pensó mucho antes de contestarme.

»“Es difícil de decir. Sólo es un gesto mecánico del que ni siquiera me daría cuenta si las chicas no reaccionaran. Y, además, no me parece que les moleste demasiado. Al fin y al cabo, se les paga bien”.

»“En ese caso, no puedo contestarle inmediatamente. Le sugiero que se abstenga al menos durante un mes. Si realmente no consigue mantener las manos en los bolsillos, entonces tendrá la certeza de que es un obseso sexual. A no ser, está claro, que tenga una inclinación oculta por la sodomía”.

»“¿La qué?”.

»“La fornicación anal, si lo prefiere”, le expliqué.

»“Nunca lo he probado”, confesó.

»“¿Le desagrada la idea?”.

»“En absoluto”.

»“Entonces, ¿le pica la curiosidad?”.

»“No. Lo único que ocurre es que soy curioso por naturaleza, pero no siento la necesidad”. Me observó un momento y luego siguió: “Me gusta la franqueza, Dumast. Me alegra haberle conocido. Tenemos que comer juntos cuando me entregue la primera novela. Si es buena, será una ocasión para celebrar el acontecimiento. Si no, será la última comida que hagamos juntos. Nunca insisto. Adiós”.

»Butin se fue, y en aquel momento me di cuenta de que acababa de entrar en el mundo de la literatura pornográfica.

»Para Butin, esta nueva actividad no era más que una ocupación secundaria, y paralela al negocio de atracciones de feria. Precisamente por ello, había montado para los libros sólo una sencilla red de venta por correo. La demanda de mis libros fue en aumento y el negocio cobraba cada vez mayor importancia. Butin llegó incluso a no mencionar el nombre de la empresa cuando contestaba al teléfono. Se limitaba a contestar diciendo el número de teléfono al que habían llamado, ya que no podía saber si el interlocutor le pediría unos caballitos o un libro erótico.

»Durante las primeras semanas no tuve problemas a la hora de escribir. Pero, después del sexto libro, estaba ya harto de describir las inclinaciones enfermizas de los hombres. Era tal el universo poblado de personajes

anormales y lamentables con los que me codeaba día tras día que, poco a poco, me estaba volviendo loco. Pensé que debía tomar una decisión. Al darme cuenta de que no podía continuar, llamé a Butin para comunicárselo.

»"¡Hombre! ¡Hola, Dumast!", me dijo sin darme tiempo a decir ni una sola palabra. "¿Ya ha terminado la novela sobre el fetichismo de la ropa interior? ¡Es usted increíble!".

»"¡No! Y lo que es más, no tengo intención de terminarla".

»No reaccionó. Sólo me dijo:

»"Venga a verme esta tarde al despacho".

»"No merece la pena", contesté tratando de oponerme. "No pienso cambiar mi decisión".

»"Esto es absurdo", dijo rebatiendo todas mis objeciones. "Todos los artistas pasan días malos. Así que no se preocupe. Me ocuparé de todo". Y colgó.

»Tres horas después me hallaba sentado en su despacho contándole mis problemas. Butin no me interrumpió ni una sola vez. Luego, cuando terminé, me dijo tranquilamente.

»"Dumast, usted está bloqueado y, hablándole con franqueza, no me sorprende en absoluto. Ya lo había previsto e incluso me he preparado. ¿Le gustaría saber cómo tuve la intuición?". Ante mi silencio, prosiguió: "Lo sospeché ya en nuestra primera entrevista. Usted daba muestras de una gran sensibilidad. Las personas sensibles ponen siempre demasiado de sí mismas en lo que hacen. No es un defecto, sino todo lo contrario. Y a la mayoría le permite conseguir lo que se proponen, y mucho mejor que a los que se distancian. Pero también supone una seria desventaja. Efectivamente, cuando su trabajo ya no le apasiona, se desinteresa por completo y se aburre hasta el punto de resultarle insufrible, lo que puede traer desagradables consecuencias. Usted, por ejemplo, ha hecho su trabajo a la perfección. Le había encargado unos relatos en los que aparecieran continuamente las mismas intrigas carentes de originalidad, destinadas a lectores de una edad mental de catorce años. Todos los días tiene que sumergirse en un mundo lleno de personajes con anomalías sexuales y tiene que darles vida sin concederles un mínimo encanto ni calor. En estos libros, los desequilibrados no deben tener interés ni encanto algunos. No puede ser de otra manera. El lector se agarra a esta mediocridad, le da seguridad, y si usted creara unos personajes atractivos, acabaría rompiendo el hechizo en los lectores. Para hacer este trabajo hay que ser un maníaco o más frío que un témpano de hielo".

»"Menudo consuelo", refunfuñé.

»"Escuche, Dumast, ahora no podemos tirar todo por la borda. Para

sustituirle he descubierto un mirlo blanco: una maníaca. Puede relevarle y comercializar sus ideas. Dirá las tonterías en su lugar".

»"Pero ¿cuándo la ha encontrado?", le pregunté estupefacto.

»"Hace dos meses, más o menos. Le hablé de mis actividades y de los temores que tenía con respecto a usted. Le pedí que le sustituyera cuando llegara el momento. Ella sabía que no tendría que esperar mucho tiempo. En resumen, aceptó al instante mi proposición. Sí, y voy a llamarla enseguida para asegurarme de que sigue estando de acuerdo. En esta vida, toda precaución es poca", concluyó a la vez que descolgaba el teléfono.

»Estuvo hablando durante más o menos diez minutos con la sustituta y luego colgó. Me miró con simpatía.

»"Ya está hecho, todo está solucionado. Es estupendo", me dijo frotándose las manos con cara de satisfacción. "Bien, y, ahora, ¿qué tal si hablamos de dinero?", prosiguió. "Todavía quedan quince novelas por escribir, ¿no es cierto?".

»"Catorce", rectifiqué.

»"No, quince. ¿Acaso ha olvidado el fetichismo del ano?", exclamó. "Le daré treinta mil francos por cada una de sus ideas. ¿De acuerdo?".

»Estaba tan aturdido que me quedé boquiabierto; no podía pronunciar una sola palabra. Al final logré articular:

»"Es un detalle por su parte, Monsieur Butin".

»"Soy generoso por naturaleza, Dumast", dijo con una sonrisita. "También tengo que decirle que no soy partidario de la emancipación de las mujeres, y que he bajado un poco el salario de Monique, la sustituía. Pero eso es algo que a usted no le importa. ¿Quiere que le busque un trabajo?".

»"¿Por qué no?", le contesté.

»"Entonces, tómese unas vacaciones. Váyase con su mujer adonde quiera y descanse. Si al volver quiere seguir trabajando para mí, pégueme un telefonazo. Tengo en proyecto una colección de folletos y libros sobre educación sexual. En principio había pensado buscar a un médico, pero luego pensé confiárselo a usted. Al final de cada folleto incluiré un cuestionario relacionado con el contenido. Tendrán que devolverme las respuestas, y si son satisfactorias, el cliente recibirá de forma gratuita el segundo folleto. ¿No es una buena idea? Va a dar mucho que hablar. Cuento con la pasión que la gente tiene por los concursos, y ello, añadido al atractivo que ejerce la sexualidad…, lo convierte en un éxito seguro, ¿no le parece?". Inagotable, siguió con su discurso: "Tengo la intención de animar a los lectores a que nos escriban. Para que el proyecto tenga éxito, todas las cartas tendrán que leerse con detenimiento y recibir una respuesta adecuada. Como ambos somos unas

personas sensibles, creo que será una ocasión única para hacer una labor útil. Evidentemente, le pagaré menos que antes, ya que es un trabajo mucho más sencillo, pero…”.

»“Pero, a la larga, las cartas me plantearán los mismos problemas que las novelas”, le dije socarronamente.

»Se quedó un momento pensativo.

»“Sí, puede que tenga razón. Podría ocurrir. Usted se ocupará de los folletos y yo de la correspondencia, ¿qué le parece? ¿Está de acuerdo con cien mil francos al mes?”.

»Seguí los consejos de Butin y mi mujer y yo nos fuimos de vacaciones. Tres meses después, le llamé.

»“¡Ha tardado lo suyo!”, gritó. “Acérquese esta noche a mi nueva casa. Hay novedades”.

»Nada más llegar a su casa, me di cuenta de que efectivamente había ocurrido algo importante durante mi ausencia. Butin vivía ahora en una lujosa villa que había mandado construir sobre una colina artificial que dominaba todos los alrededores y eclipsaba las elegantes mansiones de sus vecinos.

»“¿No se lo puede creer, eh, Dumast?”, me dijo a la vez que me hacía el típico recorrido de cortesía por la casa. “Muy sencillo. El dinero atrae dinero. He heredado ciento cincuenta millones de francos”. Así que era eso. Había utilizado parte de su herencia en construir una casa y luego se había buscado una nueva mujer. “Estaba sinceramente enamorado de mi primera mujer”, me confesó. “Por desgracia, desentonaba en este nuevo ambiente. No era nada sofisticada. De hecho, llamó tremendamente la atención cuando subió por primera vez en el nuevo Alfa-Romeo. Se me encogió el corazón al verla tan fea en un coche con tanta clase. Tuve que enfrentarme con la realidad; no podíamos continuar así. El mayor favor que podía hacerme era marcharse. Pero no quería divorciarse. Por suerte, yo tenía guardadas unas fotos en las que aparecía completamente desnuda. Entonces le hice comprender que, si no se mostraba más razonable, me vería en la triste obligación de utilizar aquellas fotos en las invitaciones que enviaba a los clientes. No fue necesario insistir más: se fue”.

»A continuación Butin me enseñó un montón de fotos de desnudos que había comprado recientemente. Tenía la intención de utilizarlas como tarjetas de visita profesionales. Me explicó que las había conseguido poniendo un anuncio en una revista de fotografía. Se le había ocurrido organizar un concurso permanente de desnudos de ambos sexos, dotado con un premio de treinta mil francos, otorgado dos veces al año.

»“Está claro”, añadió, “que no dispongo de los medios suficientes para

convertirme en un filántropo. De hecho, enseguida me di cuenta de que este concurso significaba para los candidatos una especie de remedio contra su desequilibrio, y que cualquier psiquiatra les resultaría mucho más caro. La mayoría de las fotos no tenían ningún interés. Además, siempre he otorgado el premio a uno de mis empleados y así me han devuelto la mitad". Butin debió de darse cuenta de mi enfado, ya que prosiguió sin pausa: "No sea idiota, Dumast. Todas esas personas son exhibicionistas. Piense por un momento en el servicio que les hago dándoles la ocasión de abandonarse a su inclinación, con toda impunidad. Y como figuran, a partir del momento en que nos envían su foto, en los ficheros que hemos hecho, recibirán automáticamente el folleto. Así, se darán cuenta de que no están aislados. Descubrirán que existen miles de personas como ellos que pueden expresarse libremente en una revista hecha seriamente. Gracias a mí y a mis folletos, estos proscritos se convertirán en ciudadanos responsables y perfectamente integrados en nuestra sociedad".

»El discurso pretencioso de Butin no había hecho sino aumentar mi enfado. Pero este desapareció en cuanto me puse a mirar más detenidamente aquellas famosas fotos: eran horribles. Se veían mujeres de mediana edad, con el pecho fláccido y caído, los muslos ajados, lavando los platos. También mujeres maduras demacradas que posaban desnudas en su saloncito, y en el fondo, borrosa, una reproducción de la *Cena* de Leonardo da Vinci.

»Sin embargo, la fortuna no había resuelto todos los problemas de Butin. Me dijo que su nueva esposa le había prohibido las fotos de desnudos, tanto de ella como de modelos. Aquella seductora mujer, una anciana acróbata de circo, había prohibido a su marido incluso que hiciera esas fotos en un estudio.

»"Es un grave problema" suspiró. "Ni siquiera puedo hacer un álbum con las que recibo para el concurso. Mire, cuanto más lo pienso más me convenzo de que moralmente tengo derecho a utilizar las fotos de mi primera mujer desnuda".

»"Yo creía que se las había devuelto a su mujer a cambio de su libertad", exclamé.

»"Sí, eso hice. Pero puedo arreglarlo: hace unos años vendí un lote de esas fotografías a un negociante sudamericano que quería una modelo rubia. No creo que me pida mucho dinero si le propongo que me las venda de nuevo".

»En aquel momento, Butin se acordó de que hablaba bien el español y nos pasamos toda la noche redactando una carta a aquel negociante argentino. El fin de semana siguiente, volví a ver a Butin para hablar sobre la colección de folletos. Aquella fue la primera vez que vi a Helen. Era, al menos, diez años

más joven que él, y parecía terriblemente *sexy*. Pero también tengo que decir que era la persona más cabezota que he conocido en mi vida. A Butin le tenía fascinado el físico de su mujer, pero creo que era completamente insensible a sus encantos. De hecho, tampoco ella parecía ser muy consciente de ello y decía continuamente que la "cosa" le horrorizaba. Deduje, al igual que todos los empleados varones de Butin, que Helen era un claro ejemplo de persona narcisista que sólo tenía una vida sexual en su imaginación. Todos estábamos de acuerdo en que, si alguna vez llegaba a tener un orgasmo, sería un orgasmo clitórico. Tenía una mesa en el despacho de Butin, pero sólo la ocupaba para controlar descaradamente a su marido. Sólo salía a veces de su reserva cuando alguien traía un manuscrito o un artículo. Se ruboriza antes de echarle una hojeada, y luego cogía un lápiz dispuesta a corregir el texto. Que nosotros sepamos, nunca llegó a tocar una palabra. Sin embargo, se pasaba horas enteras balanceándose en la silla, buscando un párrafo particularmente picante. Todo en ella, desde el rostro maquillado hasta el cuerpo sobresaltado, indicaba claramente que le interesaban mucho aquellos textos.

»Monique, mi sustituía, pensaba que Helen tenía un orgasmo incluso antes de que su marido tuviera tiempo de firmar el cheque que hacía efectiva la compra del manuscrito. Sin embargo, Butin nunca se dio cuenta de nada, ya que estaba completamente fascinado por la suprema sofisticación de su mujer. La vida sexual de Butin tampoco carecía de problemas. Se había encaprichado de Monique, que seguía produciendo *best-sellers* con regularidad. Iba todos los meses al despacho para entregar las doscientas cuarenta páginas mecanografiadas de una novela que desarrollaba una de "mis" ideas. Me tenía impresionado que, en cada nueva entrega, pudiera renovarse y mantener en suspense al lector entre un libro y el siguiente. Ante aquella imaginación extraordinariamente fértil, habíamos llegado a pensar que Monique no creaba perversiones sexuales, sino que describía sus propias experiencias. Y Butin ya sólo pensaba en ella. Le había subido el sueldo y su único sueño era poder acostarse con ella un día. Es más, estaba seguro de que hubiera conseguido su propósito de no haber aparecido Marina, la amiga de Monique. Marina era una chica de diecinueve años, muy seductora, que realizaba las cubiertas de los libros editados por Butin e ilustraba las obras de Monique. Butin estaba convencido de que era un poco sádica, pues todos sus dibujos estaban llenos de látigos, cadenas y sangre. Nunca se le ocurrió pensar que lo único que hacía era seguir sus instrucciones.

»"Sólo existe un inconveniente para acostarme con Monique, y es que ahora tengo ganas de acostarme con ella y con Marina a la vez", me confesó un día. "Para conseguirlo, tengo que actuar con precaución y ser a la vez

decidido. No sé si Marina aceptará, pero algún día lo lograré".

»Tal era la obsesión de Butin, y hablaba sin cesar de ello. Los empleados no tardaron mucho en darse cuenta. Un día en que fui a verle al despacho para entregarle el texto del último folleto, me dijo convencido que su proyecto empezaba a tomar forma y que dentro de poco podría pasar a la acción.

»"Monique sabe ya perfectamente lo que me pasa por la cabeza. Estoy seguro de ello, Dumast. ¿Ha leído su último libro? Es la historia de un hombre que se acuesta a la vez con dos chicas".

»"Fantástico", le dije. "Sin duda, será un éxito".

»"¡Imbécil! Eso es lo que menos me importa", me gritó Butin. "Lo que me interesa es que el protagonista del libro es un editor, y una de las chicas, una artista. ¿Capta la alusión?".

»"Sí", le aseguré, "y ahora quiere usted *al hierro candente batir de repente*".

»"No se preocupe usted de eso. Tengo una cita con ellas esta noche. ¡En casa de Monique!". Echó una ojeada furtiva hacia su mujer, que *corregía* mi folleto. "¡Qué pena que mi mujer no pueda venir para sacar una fotos!", murmuró. "Pero no se puede tener todo en la vida".

»Le deseé buena suerte y me fui. Por desgracia, la suerte no estuvo de su lado. Cuando le vi, unas semanas después, estaba aún rabioso.

»"¡Dios mío! ¡Esta Monique! La había convertido en mi mejor autor. Estaba convencido de que lo sabía todo sobre la sexualidad. Sinceramente, le quería mucho. Y Marina… He criado a dos víboras bajo mi propio techo. ¡Qué decepción! ¡Es horrible! ¡Qué imbécil he sido! Y, sin embargo, hablaba de ello en su libro… De un editor que hace el amor a la vez con dos chicas…".

»"Pero ¿qué pasó?", le pregunté intrigado a Butin, que había dejado de gritar para recobrar aliento. "¿Le echaron de la casa?".

»Lentamente, lo negó con un gesto de la cabeza.

»"Lo hubiera preferido. Hubiese sido mejor cualquier otra cosa. Hubiera sido una decepción menor. Son lesbianas, Dumast, las dos. ¡Lesbianas!".

»"¿De veras?".

»"Sí. Viven juntas en el apartamento de Monique, como marido y mujer. Son la vergüenza de la editorial". Y me contó toda la historia. "Monique y Marina creían que íbamos a hablar de negocios. Así que habían hecho lo posible para crear un ambiente favorable a la conversación".

»Para Butin, claro está, todos aquellos detalles eran una prueba más de las buenas intenciones de ellas. Agradecido, había llevado una botella de Drambuie, comprada especialmente para la ocasión, sabiendo que era la

bebida favorita de Monique. Al poco rato estaban los tres completamente borrachos.

»Monique y Marina empezaron a acariciarse y a darse abrazos, y acabaron haciendo el amor en las narices de Butin, paralizado sobre una silla, a pocos pasos de ellas.

»“Creo que, de haberlo querido, podría haberme unido a ellas”, suspiró. “Pero tampoco sabía lo que esperaban de mí, así que me contenté con quedarme allí tal como estaba, enganchado a mi silla. Cuando reaccioné, quise participar de sus retozos, pero era como si yo no existiera. No tardé mucho en darme cuenta de que estaba de más”.

»“Y, entonces, ¿qué hizo?”, le pregunté, impaciente por saber la continuación.

»“Exigí una explicación y así me enteré de la verdad. Se adoraban; vivían juntas desde hacía tres años y ninguna de las dos había estado nunca con un hombre. ¿Se da cuenta? Todos los libros que han escrito e ilustrado no tienen ningún valor. ¡Fruslerías! ¡Aire! Ni una sola palabra de verdad. Me repugnó tanto aquella traición que me limité a coger la puerta y dejarlas con sus sórdidos jueguecitos”.

»Tuve que reconocer que la historia era algo increíble. En cualquier caso, la obsesión de Butin no desapareció, sino que tomó una nueva orientación. Le vi unos meses después. Estaba completamente hundido y quedé muy sorprendido de ver que aquella historia le afectara tanto.

»“Estoy pasando un mal momento, Dumast”, me confesó.

»“No me lo puedo creer”, le dije, “y menos de usted”.

»“Sin embargo, es verdad. Pero usted me ayudará a salir”. No le contesté, a la espera de una explicación. “Desde entonces estoy obsesionado con los amores de las lesbianas”, confesó. “Ya ni siquiera puedo trabajar”.

»“Pero ¡si siempre está trabajando!”, exclamé.

»“Dumast, voy a serle franco. Desde luego, sigo haciendo el trabajo rutinario de la oficina, aunque me reviente. Pero, en cuanto tengo que pensar en algo, ya está, se acabó. No puedo concentrarme en nada. En lo único en que puedo pensar es en lesbianas. Es como si estuviera hipnotizado”.

»“Pero ¿por qué?”.

»“Soy profundamente creyente. Soy teósofo desde hace mucho tiempo. Toda mi actitud hacia la humanidad, pongamos como ejemplo, nuestros libros, los folletos y el concurso de fotografía, se basa en la teosofía cuyas enseñanzas me dan fuerza para continuar por este camino. De hecho, esta doctrina influye en mí más de lo que pensaba. La teoría de la fraternidad universal y del amor a todos los seres humanos se ha convertido para mí en

una segunda naturaleza. Incluso ha llegado a formar parte de mi vida sexual. No creo en la fornicación en tanto que acto de procreación o de lujuria. Para mí, sólo tiene valor si conlleva la comunión de almas y llena el vacío que separa a los seres, pues precisamente ese vacío es el obstáculo para conseguir la fraternidad universal". Se levantó de la silla del despacho y añadió: "¿Y quiere saber a dónde me ha llevado todo esto, Dumast? Se lo diré. Lo único que deseo ahora es ver cómo dos enfermeras lesbianas de uniforme hacen el amor y también quiero, disfrazado de enfermero, compartir su placer. Y aun más, sueño con que sean hermanas de verdad, a poder ser mis propias hermanas. Por suerte, no tengo ninguna. Se lo ruego, Dumast, haga lo que sea antes de que me vuelva completamente loco".

»Lo único que me provocó aquella confesión fue una risa floja.

»"No le veo la gracia", dijo con resentimiento.

»"Lo siento. No puedo hacer otra cosa. Se empieza a parecer a los personajes de sus libros. Cada cual recoge lo que siembra… Supongo que la única manera de remediarlo sería publicando una novela que le librara de su obsesión y le devolviera el equilibrio. ¿Por qué no se la encarga a Monique?".

»Un tanto cansado y agobiado, Butin me contestó:

»"No se burle de mí, Dumast. Ya sé que busca la ocasión de vengarse, y eso no puedo reprochárselo. Pero el asunto es que la empresa tiene que seguir funcionando y es imprescindible que encuentre un medio para poder volver a trabajar. Dispondrá de todo el dinero y el tiempo que necesite para conseguirlo. Se lo ruego, Dumast, no deje que se hunda este buen samaritano".

»No hay duda de que sentía lo que decía. Había en sus palabras una curiosa mezcla de engaño y de generosidad, de fanatismo y de candor. En realidad, él tenía que dar rienda suelta a su imaginación, ya que esta era la expresión del orgasmo universal. Estaba claro que me sería imposible dar con dos hermanas lesbianas dispuestas, además, a hacer el amor delante de Butin. Me di cuenta de que tendría que organizar todo un montaje y ejecutarlo hasta el más mínimo detalle. Un fallo y sería mi ruina. Hablé largo y tendido con mi mujer sobre el asunto y me sugirió que se lo comentara a Gertrude. Según ella, era la única que podría satisfacer a Butin.

»Gertrude era una prostituta profesional. La trataba desde hacía mucho tiempo. La conocí en un bar un día en que intentaba en vano hacer callar a su marido que, completamente borracho, se empeñaba en contar sus aventuras de cuando era de las SS y luchaba en el frente ruso.

»"Por suerte", exclamaba él con una voz aguda "siempre llevaba encima el fusil. Pegué un tiro a aquel imbécil y… adivine lo que pasó".

»“Sonó el despertador y se encontró en la cama al lado de su dulce esposa”, bromeó alguien en el local.

»Esto no hizo ni pizca de gracia al marido de Gertrude, que se puso a imitar el ruido de una ametralladora y los alaridos de los rusos que caían. Acabó cansando a todo el mundo.

»“No le hagan ni caso. Nunca estuvo allí”.

»“¿Estuvo de verdad en las SS?”, le pregunté a Gertrude.

»“Pues claro que sí. Trabajaba de mecanógrafo en la oficina de reclutamiento que había justo al lado de donde vivíamos. Todas las mañanas yo le preparaba el bocadillo y volvía a las seis de la tarde. ¡Lástima que se acabara la guerra! Fue el único puesto de trabajo del que no le echaron”.

»“¿Qué hace ahora?”, le pregunté.

»“¡Ah!”, dijo Gertrude con tono de desprecio. “Es un artista fracasado, pero lleva una brillante carrera de alcohólico. Se dedica a pintar, aunque a nadie le gustan sus cuadros; creo que ni a él. Se pasa el día acuchillando y descuartizando los cuadros. Si le gustaran, no haría eso, ¿no?”.

»“Desde luego”, asentí.

»Mi respuesta animó a Gertrude a seguir contándome sus problemas conyugales. Era otra de esas increíbles historias de pareja.

»“Refunfuña sin cesar”, se lamentó. “Una vez, salimos de este mismo bar a punto ya de que cerraran; eran más o menos las dos de la mañana. En el camino de vuelta, no paró de buscar bronca: decía que yo le hacía desgraciado. ¿Por qué no le dejaba en paz? ¿Por qué no quería devolverle la libertad? Bruscamente, me puse furiosa, me explotaron los nervios. Cuando llegamos al canal, cerca del teatro municipal, le dije que quería acabar de una vez. Ya no podía soportarlo más.

»“‘Muy bien, adelante. Si quieres mátate, no te lo voy a impedir’, fue lo único que se le ocurrió decir a aquel imbécil. ‘¡Adelante! ¡A qué esperas! ¡Lánzate, si no te da demasiado miedo!’ ¡Ah! ¿Miedo yo? Ahora vería. En aquel momento le odiaba tanto que hubiera hecho cualquier cosa por deshacerme de él. Así que saqué fuerzas de flaqueza, corrí y salté justo al centro del canal. ¿Sabe lo que pasó?”.

»Hice un gesto de negación con la cabeza, esperando con impaciencia la continuación.

»“En aquel lugar se hacía pie. Aquello era increíble. Estaba en medio de la oscuridad, muerta de frío y rodeada de malos olores, con el agua hasta las rodillas. De repente me di cuenta de que no tenía ningunas ganas de morir. Pero no me podía mover. Probablemente había caído en el único punto poco profundo de aquel maldito canal. Había tenido suerte”.

»“¿Y, a todo esto, qué hacía su marido?”, le pregunté.

»“¿Él? Se echó a reír y me dijo que volviera a casa sin más tardar. Luego se fue, dejándome enmollecer durante un cuarto de hora en medio de aquel agua negra y helada, hasta que una persona que pasaba por allí me ayudó a salir”.

»“¡Qué aventura más horrible!”, le dije compasivo.

»“Ya lo puede decir. Pero no se preocupe, conseguí vengarme. Y no tardé ni dos días. En aquella época vivíamos en una buhardilla, en lo alto de un edificio en el que únicamente había dos despachos. Sólo se podía subir allí por una escalera recta y estrecha. Había una manguera de incendios completamente enrollada, colocada a lo largo de la pared. Aquella noche, volvió borracho como una cuba y buscando descaradamente jaleo. Me dio un ataque de rabia. Y ¿sabe lo que hice? Desenrollé el tubo, lo acoplé al grifo del lavabo y lo abrí a tope apuntando el chorro hacia la jeta de aquel imbécil, que bajó rodando por las escaleras. Se rompió una pierna. Creo que le sirvió de escarmiento. Al salir del hospital se mantuvo a raya durante dos semanas. Llegué incluso a pensar que quería reformarse. Decía que me amaba y que quería hacerme olvidar todos los malos ratos que me había hecho pasar. Hasta se levantaba en medio de la noche para ir a matar patos con un tirachinas al canal. Comimos pato durante días. Se puso a pintar en serio. Pero la buhardilla era más bien oscura y sólo podía pintar de día. Así que abrió un tragaluz en la pared. Por mucho que le dijera que seguramente aquello no le gustaría demasiado al propietario, era como si hablara con la pared. Al principio, colgaba un cuadrito para tapar el agujero. Pero el boquete se hacía cada vez más grande. Al poco tiempo ya no había un cuadro lo bastante grande para taparlo. Entonces empezó a pintar un fresco gigantesco y, justo cuando lo estaba acabando, se derrumbó toda la pared. Las personas que pasaban por la acera resultaron heridas y a la mañana siguiente nos pusieron de patitas en la calle. Y así es como acabó nuestra maravillosa reconciliación”.

»Al poco tiempo de hablar conmigo, Gertrude y su marido se divorciaron. Yo seguí viéndola de vez en cuando. Como no estaba preparada para ningún trabajo, sólo podía vivir de sus encantos. Gertrude se echó a la calle. Para ella era el trabajo ideal. A su manera, Gertrude era una maníaca sexual; se esmeraba a la hora de satisfacer a sus clientes y, en cuanto podía, empezaba a contarle a uno hasta los más mínimos detalles.

»“Me encantan estas maravillosas noches de verano”, decía extasiada. “Soy una amante de la naturaleza, Dumast. A mi pesar, durante el verano, no me puedo quedar esperando en la ventana, bajo esa lámpara roja, cuando las

noches son tan calurosas y la luna está tan alta en el firmamento. Sueño con grandes espacios, odio la ciudad y esa habitación asfixiante. Necesito moverme y salir a respirar".

»"Y, entonces, ¿qué hace?", le pregunté.

»"¡Está claro! Me voy a retozar al parque. No se puede imaginar la cantidad de hombres solos que, durante las noches de verano, recorren las avenidas con la esperanza de encontrarme. Todo lo que hace falta en un parque, en una pesada noche de verano, son dos o tres chicas como yo, y todo arreglado. ¿Conoce la estatua que hay justo en medio del parque?".

»Le dije que sí.

»"Pues precisamente ese es mi lugar de trabajo", dijo con evidente satisfacción. "Voy a buscar a los clientes a las avenidas, les llevo a la estatua y allí les hago pasar momentos inolvidables. ¿Sabe lo que me ocurrió hace unos días? Me fijé en un señor mayor que estaba sentado tranquilamente en un banco, abandonado a sus pensamientos. Sabía que me estaba esperando. Créame, tengo un olfato infalible para este tipo de cosas. Así que me fui directo hacia él. Estuvimos hablando un rato. Me preguntó cómo me llamaba. Le dije que me llamaba Gertrude y, poco después, nos acercamos a la estatua. Hice un trabajo tan bueno que casi pierde la razón. ¿Sabe lo que hizo? Justo cuando iba a tener el orgasmo se puso a cantar a voz en grito: '¡G-e-r-t-r-u-d-e! ¡Oh, G-e-r-t-r-u-d-e!'".

»"Toda la gente que estaba en el parque debió de enterarse de lo que ocurría. Allí todo el mundo conocía a la vieja Gertrude, tan servicial. Era maravilloso".

»Durante un momento, se quedó callada, pensativa, y luego añadió: "Parecía un reclamo publicitario, exclusivamente para mí, ¿se da cuenta?".

»Así que, cuando mi mujer nombró a Gertrude para tratar de resolver los problemas de Butin, tuve la certeza de que había sido un gran acierto. De modo que fui rápidamente a buscarla. Cuando llegué al lugar en que ella trabajaba, vi que las cortinas de la ventana estaban cerradas. Estaba ocupada. Unos minutos después, salieron dos hombres y Gertrude abrió las cortinas.

»"¡Dumast!", exclamó. "¡Qué sorpresa! Ahora mismo estoy ocupada, pero si quiere puede esperarme en la habitación que está al entrar, a mano derecha; le recibiré más o menos dentro de un cuarto de hora".

»Seguí sus indicaciones y entré en una enorme habitación donde unas doce prostitutas estaban viendo un programa de televisión infantil. Aparentemente, o no estaban de servicio, o esperaban sustituir a alguna chica que acabara la jornada. Cogí una silla y me puse también a ver la televisión. Entonces, una de ellas se levantó y se acercó a un armario. Abrió la puerta y

al instante, un enorme mono le saltó a la cabeza, que lucía un peinado muy sofisticado. En el acto, todas se pusieron a gritar y a correr por la habitación. La televisión cayó al suelo. Era el pánico general. El mono, que en todo momento se negó a soltar la peluca rubia de la chica, se escapó rápidamente con la presa. Entonces vimos aparecer a una vaporosa pelirroja que trataba en vano de recuperar su pertenencia. El mono seguía con la peluca en su poder y fue a colocarse de un salto en lo alto del armario. Desde allí, se lanzó para coger al vuelo un columpio sobre el que se balanceó, destrozando los vestidos de las chicas al pasar y mordiéndoles los hombros. Los chillidos continuaban, el mono les imitaba y la televisión emitía un pitido agudo. Los vasos, jarrones, ceniceros y demás adornos se tambaleaban y se venían al suelo con estrépito. Gertrude apareció en medio de aquel follón.

»“Una nueva gracia de Georges” me dijo después, sentados en un café. “El mono es suyo. Desde luego, este Georges es un bromista nato”.

»Georges era, al parecer, el chulo y el amante de muchas de aquellas chicas y, efectivamente, un bromista. Gertrude me explicó que una vez llevó al cine unas enormes mariposas nocturnas que soltó en mitad de la película. Las mariposas fueron directas al haz de luz que procedía de la cabina. Proyectaban sobre la pantalla unas sombras gigantescas e impedían al público ver la película. Cuando encendían las luces de la sala, desaparecían como por arte de magia; en cuanto volvían a poner la película, aparecían de nuevo y las inmensas alas tapaban por completo la pantalla.

»“El director tuvo que ir a la farmacia a comprar un insecticida que vaporizó por toda la sala”, prosiguió Gertrude. “El producto finalmente hizo su efecto, pero todos los espectadores tosían y estornudaban y dos mujeres se desmayaron. Al final, se suspendió la sesión. Georges habló de ello durante semanas. Creo que hace estas cosas para darse importancia o algo por el estilo”.

»Pedirnos otro café y, cuando me disponía a exponerle el problema de Butin, miró la hora y me dijo:

»“Lo siento, Dumast. Tengo que volver allí dentro de media hora. Me vienen los clientes del martes por la tarde, padre e hijo. No les gustan las otras chicas; sólo les gusto yo”.

»“¿Se puede saber qué hace con el padre y el hijo?”, le pregunté.

»“Creo que se trata de una especie de terapia. En realidad es una triste historia. El chico sólo tiene diecisiete años y…”.

»“¿Diecisiete años?”, le interrumpí incrédulo.

»“Sí, diecisiete años y es homosexual. Su padre trata de curarle trayéndomelo todos los martes”.

»“¿El chico se acuesta con vosotros?”.

»“Por supuesto, pero no le gusta en absoluto. Antes de que empecemos, el padre se sienta al lado de la cama y dirige a su hijo unas palabras de ánimo. Si no surte efecto, entonces amenaza al chico con cortarle los suministros, y eso siempre funciona”.

»“Y a continuación le toca al padre, supongo”, le dije.

»Gertrude se quedó un tanto sorprendida.

»“En absoluto. Le gusta que lo hagamos los tres juntos. Quiere que su chico sea perfectamente heterosexual. Como le decía, se trata de una terapia”.

»“Muy bien, doctor Gertrude”, proseguí. “Entonces, quizá pueda hacer algo por mí”.

»Le expliqué lo que quería Butin y le pregunté si no conocía por casualidad a unas enfermeras lesbianas. Su respuesta negativa no me sorprendió en absoluto.

»“Pero eso no es problema. Una de las chicas y yo podríamos hacer perfectamente el trabajo. No hace ni una semana, tuvimos un cliente que quería que le diera latigazos una menor mientras que yo me ocupaba de él. Evidentemente, no tenemos menores en la casa. Ya se imaginará que ello nos podría crear grandes problemas con la policía. Así que una de las chicas, que tiene treinta y dos años, se puso un vestido de adolescente y se hizo unas trenzas. Tenía realmente aspecto de cría y nuestro hombre se fue tan contento. No, no hay ningún problema. Podemos disfrazarnos y hacer el amor, si eso es lo que le gusta a su amigo. Llámeme el martes que viene. Le diré cuándo, dónde y cuánto, ¿de acuerdo?”. Luego, echándome una mirada sospechosa, me preguntó:

»“¿Sigue como siempre sin un cuarto?”.

»Saqué el dinero que me había dado Butin y se lo di, explicándole de dónde provenía.

»“O está muy desesperado, o es muy generoso”, comentó mirando el fajo de billetes, que se metió en el bolso.

»“Las dos cosas”, le contesté.

»“Muy bien. Entonces, recibirá un trato especial”.

»Dichas estas palabras, Gertrude me dejó para ir a la sesión de terapia semanal.

»Poco después llamé a Butin. Antes de que me diera tiempo a contarle las novedades me dijo:

»“Agárrese, Dumast. Ya sé de dónde viene mi obsesión”.

»En su excitación, gritaba tanto que tuve que apartar el auricular de mi oído para poder seguirle.

»“Creo que ya le he hablado de los teósofos, ¿se acuerda?”.

»“En efecto”.

»“Bueno, pues, decidí ir a verles para pedirles consejo. Tienen el cuartel general en la costa y ya sabe usted lo que pasa cuando se hacen trayectos largos, que uno acaba atontado con el ruido del motor. Y en ese estado de somnolencia atravesé una región de dunas y una serie de episodios olvidados se despertaron en mi memoria. Me apercibí de que el paisaje se parecía extrañamente a aquel en que, cuando era niño, pasé las vacaciones de verano en casa de mis tíos. Ellos también vivían cerca la costa. A medida que iba recordando esa época, me vi tumbado en la arena, masturbándome y contemplando las nubes, que me parecían unas nalgas bien torneadas (me imagino que la costumbre de dar palmadas en el culo a las secretarias viene de ahí), y rápidamente entendí de dónde provenía mi obsesión por las lesbianas. De repente todo se aclaró.

»”Me acuerdo del día en que, dando un paseo, me crucé por casualidad con dos enfermeras que debían de trabajar en el hospital psiquiátrico vecino. Estaban enfrascadas en sus retozos y ni siquiera me vieron. Así que me escondí detrás de unos matorrales para observar la escena. Estaba tan excitado por lo lascivo de sus abrazos que no me di cuenta de que me estaba masturbando hasta que no alcancé un orgasmo. Debí de manifestar de forma muy escandalosa ni entusiasmo, o debí de gritar de placer, pues levantaron la cabeza y se dieron cuenta de mi presencia.

»”En resumen, digamos que aquel día descubrí los misterios de la vida sexual. ¡Qué coincidencia más extraordinaria! Descubrí el acto sexual sólo a unos cinco kilómetros del lugar en que más tarde descubriría el misterio de mi vida. En cualquier caso, aquello debió de marcarme terriblemente; de otra manera no hubiera interiorizado aquel recuerdo en lo más profundo del inconsciente. ¿Qué opina usted de todo esto?”.

»“Es posible. Está ya libre de la obsesión que ha destrozado su vida durante estos seis últimos meses”.

»“De eso nada, sino todo lo contrario. Ya ni siquiera soy capaz de hacer el trabajo más sencillo de oficina. Necesito a las enfermeras”.

»“¿Sigue siendo necesario que sean hermanas?”, le pregunté.

»“Creo que sí”, dijo Butin con entusiasmo. “Me han dicho que tengo que considerar a todas las mujeres teósofas como mis propias hermanas, y sigo creyendo que cualquier mujer debería ser vista bajo este ángulo. Pero, bueno, ¿ha encontrado enfermeras?”.

»“Sí”, le respondí.

»“¿Qué?”.

»“Me ha oído bien. Tengo que llamarles el martes que viene. Están muy ocupadas esta semana y he pensado que estaría bien…”.

»“Por favor, Dumast. Dígame, ¿cree que estarán dispuestas a hacer el amor en las dunas?”.

»“¿En esta época del año? ¡Está loco!”.

»“Pero si acaba de empezar el otoño…”, suplicó.

»“Bueno, puedo preguntárselo. Pero no me diga que va a tener que ser en el mismo lugar”.

»“¿Por qué no?”, preguntó con ansiedad.

»“Por la sencilla razón de que hace veinticinco años que se han arreglado y cultivado esas dunas, y las pocas que quedan son el lugar preferido para pasear de los internos del hospital psiquiátrico… No podrían hacer gran cosa si les pillaran a los tres en flagrante delito”.

»“Su comentario es superfluo y está completamente fuera de lugar”, dijo secamente Butin.

»“No he caído en eso, pero hay que reconocer que está usted delirando ¿Acaso no se da cuenta de lo que me pide?”.

»“No pido nada extraordinario. Usted es artista y confiaba en que comprendiera mi preocupación por la perfección. Ahora dígame, ¿son hermanas?”.

»“Sí”, le mentí.

»“Maravilloso, Dumast, es usted genial. De hecho, eso es lo que le decía a mi mujer hace unos días. De todos modos, sea bueno, trate de arreglarlo para que sea en las dunas. Y lo más pronto posible. Me muero de impaciencia”.

»“Haré lo que pueda; le tendré al corriente. Adiós”.

»Cuando me puse de nuevo en contacto con Gertrude, su amiga y ella ya habían alquilado los uniformes de enfermera pero, tal como era de esperar, se negaron rotundamente a lo de las dunas.

»“El fin y al cabo”, protestó Gertrude, “somos unas profesionales y tenemos que cuidar nuestra salud. ¿Qué pasaría si nos cogemos un catarro? Nadie quiere acostarse con una chica que tiene la nariz roja y no deja de estornudar. Lo siento, Dumast, pero las sesiones al aire libre ya no se pueden hacer en esta época del año”.

»Cuando le conté a Butin que estaba solucionado todo salvo la historia de las dunas, se quedó muy decepcionado. Comprendí que tenía que actuar con tacto y darle una excusa válida.

»“Mire, esas chicas tienen un gran sentido de la profesionalidad y no pueden, dada la falta de personal sanitario, arriesgarse a coger un catarro que les impida trabajar”.

»Butin se consoló en el acto.

»“Ahora ya sé que son enfermeras de verdad. Ninguna otra mujer hubiera pensado en ello. Seguro que son delicadas y desenvueltas, Dumast”.

»“¿Acaso dudaba de mi palabra?”, le pregunté.

»“No tanto como eso”, me aseguró, “pero las personas hacen cosas tan extrañas para agradar a sus amigos… En cualquier caso, la razón que han dado hace que confíe definitivamente en usted. Estoy seguro de que por fin conoceré la verdadera felicidad”.

»Satisfecho, le informé de los detalles de la cita y luego colgué.

»Esperé un tiempo y luego, al cabo de dos semanas, deseoso de saber cómo había ido, llamé a Butin al despacho. Enseguida vi que no había obtenido el placer que buscaba.

»“No eran enfermeras de verdad y usted lo sabía”, dijo furioso. “Tengo que reconocer que hicieron muy bien el papel y que, al principio, su comedia me gustó mucho. Después de cenar, se desvistieron y empezaron a acariciarse y abrazarse. Luego hicieron el amor, y entonces me sentí el hombre más feliz del mundo. Casi me desmayo al ver sus ropas extendidas por el suelo. Acabé uniéndome a sus retozos. Tumbado de espaldas, en una posición que no voy a describirle, vi de repente en la pared un paisaje de dunas. Casi me muero de placer”.

»“La idea del decorado era mía”, le adelanté prudentemente.

»“Como podrá imaginar, ya lo pensé en aquel momento. En cualquier caso, después de aquel momento de éxtasis, me di cuenta de que las quería tanto que teníamos que volver a vernos sin falta. Empecé a hablarles. Está claro que una de las reglas de oro de la vida, si se quiere impresionar a alguien favorablemente, es dejarle expresar sus ideas sobre los temas que le interesan, hacerle preguntas sobre su trabajo y sus aficiones”.

»Imaginándome la continuación, le adelanté tímidamente:

»“Supongo que les empezó a hacer preguntas sobre su profesión”.

»“Exactamente” dijo Butin con resentimiento. “Y da la casualidad de que sé algo sobre la tensión arterial, narcóticos y su relación con el reumatismo de las articulaciones”.

»“¿Cómo reaccionaron?”, le pregunté.

»“Al principio mantuvieron una postura de prudente reserva. Y luego empezaron a reírse como dos idiotas. ¡Eso es lo que hicieron! ¡Menuda pareja de sinvergüenzas! Confesaron que no eran enfermeras ni hermanas, sino simplemente unas putas, y ni siquiera lesbianas; unas vulgares putas, eso es lo que eran”.

»“Creo que exagera”, protesté.

»“En absoluto, sé lo que me digo. Y lo más sórdido de la historia es que el alquiler de los uniformes no estaba incluido en el dinero que usted les había dado y me reclamaron un suplemento”.

»“¿Y les pagó?”.

»“¡Ni soñarlo!”, gritó Butin. “Ya que no eran enfermeras, no necesitaban para nada un uniforme”.

»Y me colgó el teléfono.

»Butin me despidió después de este desagradable asunto. Así que me sorprendió mucho cuando, dos meses después, vino a mi casa para decirme que por fin había dado con dos enfermeras.

»“Y esta vez”, añadió, “enfermeras de verdad. Una trabaja en una maternidad y la otra en un centro para la tercera edad”.

»“¿Son lesbianas?”, le pregunté.

»“Por supuesto. Y, además, hermanas”, me dijo con aire de triunfo.

»“¿Quiere decir que son hijas del mismo padre y de la misma madre?”.

»“Sí, Dumast”, Butin asintió con una sonrisa radiante. “Hermanas de sangre; con la cual sus amores son también incestuosos. ¡Dios mío, nunca hubiera pensado que aquello llegaría a excitarme tanto! Evidentemente, no soy su hermano, y eso estropea un poco mi placer; pero supongo que sería pedir demasiado. Sea como fuere, he empezado a estudiar enfermería”».

Ahí terminaba el artículo de Dumast. Ahora esperaba los comentarios de Ellen. Por fin habló:

—Sigo sin entender la simpatía que sientes por Butin. Aquella noche no me gustó, y después de oír esto, mucho menos. Estoy de acuerdo contigo en que no llega a ser demasiado desagradable, pero en general, es un rastrero y más frío que un témpano. Sus continuos lloriqueos son desesperantes.

—Sí, desde luego —le contesté—. Pero no puedo dejar de admirar su perpetua preocupación por la perfección.

—Pero ¿por qué admiras eso de él?

—Porque muy pocas personas muestran tanta constancia a la hora de perseguir un ideal.

—Es cierto. Pero su suficiencia y su infantilismo me exasperan. No entiendo cómo puedes ser tan paciente e indulgente con esos tarados. Estás perdiendo el tiempo, a no ser, claro, que te compense en cierta manera. ¿Son todos como él?

—En absoluto. Pero la verdad es que me viene de maravilla; así descanso de las personas anodinas y carentes de interés con que uno se encuentra habitualmente —fue mi contestación.

Llegados a este punto, la velada amenazaba con terminar mal, y hubiera sido una

pena. Así que decidimos dejarlo como estaba. Cuando Ellen se fue, me serví otra copa. No podía entender por qué no compartía mi interés por ese tipo de personas. Quizá tuviera razón, igual era una pérdida de tiempo. Sin embargo, su forma de vivir me fascinaba.

«Las mujeres», me dije, «no entienden las debilidades de los hombres. Sólo les gustan los héroes. Por lo menos, mis maníacos son más interesantes y divertidos que el hombre normal y corriente de la calle». Para acabar, no pude contener la risa al pensar en la impresión que le causarían a Ellen otros personajes que conozco.

Capítulo IX

La literatura surrealista y del período anterior a la guerra, así como los libros que tratan sobre temas de ocultismo y erotismo, figuran a veces en los catálogos de los libreros bajo la rúbrica general de «Rarezas del género humano». La verdad es que los clientes que compran este tipo de obras son a menudo bastante singulares.

Me acuerdo del día en que un hombre, al que nunca había visto, irrumpió en mi tienda con una gran bolsa en la mano. Me dijo que el cuarto libro empezando por la derecha de la segunda estantería de mi armario —que estaba cerrado— era *The Magus*, de Francis Barret, y que necesitaba leerlo urgentemente. Me explicó que le hubiera gustado venir a comprarlo antes, pero que tuvo que esperar el momento propicio para poder llevar a cabo los preparativos. Ahora estaba preparado y deseaba comprarlo, pero sólo con una condición: tenía que darle autorización para que echara el mal de mi tienda, y exorcizara a los demonios que se encontraban allí. Como es de suponer, yo no entendía demasiado bien lo que quería decir, pero el *Magus* costaba cuarenta y cinco libras y me dije que, por ese precio, merecía la pena ceder a los caprichos del cliente. Así, pues, di mi aprobación. Con un tono apremiante, me ordenó que me encerrara en mi despacho y que no me moviera de allí. Pasara lo que pasara, no debía intervenir bajo ningún pretexto, ya que ello podría resultar peligroso. La situación empezaba a tomar un cariz apasionante y decidí observar todos los actos y gestos de mi cliente. Dejé la puerta del despacho entreabierta para poder verle a mis anchas. El hombre, a pesar de la solemnidad con que actuaba, no dejó de parecerme un maníaco.

Sacó todo lo que tenía en la bolsa, se puso un traje de terciopelo de color violeta, y se encasquetó un extraño gorro adornado con símbolos astrológicos. A continuación se pintó unas cruces gamadas de color ocre en el rostro y la frente, echó un puñado de piedrecitas blancas por las cuatro esquinas de la habitación y, con unas tizas de colores vivos, trazó dos estrellas de cinco puntas en el estropeado suelo de madera de roble. En el centro de la estrella que estaba más cerca de mí, depositó una bola de cristal llena de un líquido rojo. Mientras efectuaba estas operaciones, mascullaba entre dientes:

—Verde envenenado para Aristo, escarlata para Oriens. Sangre, sangre de ratas horribles y voraces, sacrificadas a la hora propicia. —Luego, con un gesto de horror, finalizó el conjuro con los ojos brillantes de placer—. Y ahora un poco de jugo de

araña.

Finalmente colocó una espada y una cuerda de seda roja al lado de una de las estrellas y, justo en medio de cada uno de los montoncitos de piedras, un minúsculo perfumador, que encendió. Al poco rato un asqueroso olor a azufre invadió la habitación.

Entonces empezó a murmurar en tono agresivo:

—Esto para que se enteren de que les espero.

Luego se acercó a la otra estrella y depositó en su interior una copa con un líquido transparente, un cetro y un libro.

Lo que estaba viendo me tenía completamente fascinado e impresionado; no podía apartar la vista de aquel cliente, que ahora se disponía a marcar una línea de separación entre las dos estrellas de cinco puntas colocando cinco velas en el suelo. Al mismo tiempo que me extrañaba de que alguien fuera capaz de hacer semejante pantomima, me invadió una extraña sensación.

Nada más encender las velas, el hombre cogió un gran incensario y situó dentro de la estrella que tenía la bola roja. Empezó a dar vueltas lentamente, llamando cada vez más fuerte, medio invocando, medio provocando:

—¡Buriol, Rmison, Sarisel! ¡Venid, pero venid ya! ¡Galak, Pellipis, Raderaf, acercaos, venid todos!

Giraba cada vez más deprisa. El tono de aquella invocación iba haciéndose cada vez más agudo. Al acelerarse el movimiento de rotación, su silueta se hizo borrosa hasta parecer una auténtica peonza. Su voz se agudizó tanto que terminó pareciéndose al pitido de una máquina de vapor.

Entonces se produjo el fenómeno. De repente, venidas como de la nada, aparecieron unas nubes en la habitación. Poco a poco tomaron una forma vaga y de repente se transformaron en seres que se pusieron a bailar y remolinear, y se precipitaron de golpe contra el hombre de modo que me resultaba casi imposible verle. Él no dejaba de gritar aquella letanía, y recuerdo que luego me quedé mucho tiempo obsesionado con sus terribles gritos de:

—¡Sarisel! ¡Galak! ¡Venid de una vez!

Bruscamente, cogió la espada y la cuerda de seda, y empezó a darse golpes como un loco. Sus movimientos eran increíblemente rápidos; se golpeaba y pegaba puñetazos a la vez que vociferaba fórmulas mágicas y maldiciones. No sé por qué razón, ni en qué momento preciso, me di cuenta de que algo había cambiado, pero, en cualquier caso, aquellas formas se disiparon y desaparecieron. Cuando ya no quedó ninguna, el cliente cogió la bola de cristal y la tiró al suelo. La sangre se extendió por toda la tienda. Entonces soltó un grito agudo que me dejó impresionado, saltó por encima de la línea trazada por las velas encendidas, se arrodilló dentro de la segunda estrella, vació la copa, besó el libro y empezó a trazar círculos con el cetro. El

temblor de las llamas cesó y las velas empezaron a arder de nuevo dando gran cantidad de luz. La calma y la serenidad retornaron. Una suave claridad irradiaba del fondo de la copa.

Sigo sin entender por qué no interrumpí la sesión. La sangre hubiera podido salpicar y manchar mis valiosas obras. Pienso, y quizá sea la hipótesis más plausible, que debí de quedarme extrañamente pegado al suelo bajo el efecto de algún encanto hipnótico o del poder narcótico del incienso. Quizá por ambas cosas.

La sesión había terminado. Pasaron unos minutos y el mago vino a buscarme a mi despacho. Tenía un aspecto cansado, pero se le veía satisfecho.

—Ya he limpiado la tienda —me anunció, poniendo mucho énfasis.

—No la veo muy limpia —le contesté paseando una mirada consternada sobre el desastre que había dejado tras de sí.

En la habitación reinaba un desorden increíble y, por otro lado, había un penetrante olor a mierda.

—¡Oh!, esto no es nada comparado con lo que acabo de quitar. Bueno, ahora quisiera pagar el libro —dijo.

Aún hoy me pregunto cómo podía saber que el cuarto libro empezando por la derecha de la segunda balda de la estantería era el *Magus*.

No hace mucho, me acerqué a Cannes atendiendo a la solicitud de un cliente que deseaba vender su colección de obras eróticas. Vivía en una maravillosa casa en las afueras de la ciudad. Me quedé muy satisfecho con la compra y, una vez concluidas las negociaciones, con satisfacción por parte de ambos, me dispuse a irme. Mientras me acompañaba hacia la puerta, el cliente me preguntó de repente si tenía intención de quedarme en Cannes. Le contesté que sí, pues deseaba descansar uno o dos días antes de volver a París. Entonces me invitó a cenar con unos amigos, a quienes recibía aquella noche. Acepté encantado. Siempre me ha gustado conocer a gente nueva.

—Tengo incluso un maestro de ceremonias —me dijo.

Aquel comentario me dejó francamente intrigado, y me preguntaba qué utilidad podía tener un maestro de ceremonias en una cena.

Aquella misma noche, cuando llegué a la casa de mi cliente, habían llegado ya muchos invitados; eran de todas las edades y conversaban animadamente. Aunque no me agrade demasiado la cocina mediterránea, la cena y los vinos me parecieron excelentes, el servicio era discreto y eficaz, y las conversaciones agradables. Es posible que esa fuera la cena más lograda y refinada de las que he asistido en toda mi vida.

Nada más acabar la cena, noté un cambio en la gente. Todos parecían esperar algo. Entonces apareció el maestro de ceremonias: nos presentaron a Jean-Jacques e

inmediatamente dio la señal del comienzo de la velada más demencial de mi vida. Las damas y caballeros de una cierta edad que, sólo hacía un momento, llamaban la atención por su agradable conversación, se comportaron como unos auténticos locos. En cuanto a los jóvenes, todo eran correrías por las escaleras que conducían a las habitaciones.

En menos de media hora, la elegante cena se había convertido en una auténtica orgía. Jean-Jacques que, claramente, gozaba de una extraordinaria reputación, fue conducido por nuestro anfitrión a una especie de trono desde donde dirigía los retozos, inventando y aconsejando nuevas y atinadas variaciones sexuales. Concienzudamente, cumplían sus funciones con toda seriedad. Formaba grupos de tres o cuatro hombres y mujeres, a quienes explicaba con todo detalle lo que tenían que hacer. Un grupo que se negaba a desnudarse, se vio obligado a hacerlo rápidamente. Sus ideas eran tan extraordinarias que, sin duda alguna, era el alma de la fiesta.

Ya pasadas las doce de la noche, nuestro anfitrión interrumpió los juegos y tomó la palabra:

—Queridos amigos —empezó, con una copa de coñac en la mano mientras con el otro brazo abrazaba a una chica—, estoy seguro de que todos estarán de acuerdo conmigo en que le debemos mucho a nuestro amigo Jean-Jacques. El éxito de esta pequeña reunión se debe exclusivamente a él. Muchos de nosotros conocemos los impresionantes recursos físicos de este joven: para muchos han sido a menudo una fuente de alegría. Pero también sabemos que le gusta el dinero. Es más, estoy convencido de que le gusta el dinero más que a cualquiera de nosotros.

En aquel momento, se abrió una de las puertas y uno de los criados trajo un cerdito. El animal había sido cepillado, empolvado y perfumado, y llevaba un impresionante lazo rojo alrededor del cuello. Lo colocaron en una mesa de cara a los invitados y nuestro anfitrión puso dos mil francos nuevos junto al animal. Entonces hizo una señal a Jean-Jacques que, nada más ver el dinero, abandonó el trono y se acercó a la mesa.

—¿Le gustaría ganarse este dinero de la forma más sencilla del mundo, Jean-Jacques?

—Mucho. ¿Qué tengo que hacer?

—Quiero que se lo haga con este cochinillo —dijo el anfitrión sonriendo—. En nuestra presencia, claro está; si lo hace, el dinero será suyo.

—¿Dos mil francos? —preguntó Jean-Jacques sin podérselo ni creer.

—Así es.

—¿Sólo por tirarse un cerdo?

—Exactamente.

La mirada de Jean-Jacques iba del animal, que pegaba unos gritos agudos,

grotesco con su enorme lazo rojo, a los billetes nuevos extendidos sobre la mesa.

—Dos mil francos…, es una bonita suma —dijo nuestro anfitrión con una voz embaucadora—, y son suyos si se lo tira delante de nosotros.

Jean-Jacques permanecía callado. Miró de nuevo al cerdo perfumado y luego el dinero. Al parecer, estudiaba la proposición con mucha seriedad. Finalmente, inclinó la cabeza.

—No, guárdese el dinero.

—Pero ¿por qué?, no hay nada de horrible en ello, sólo es un cochinillo.

—Nunca me ha gustado el cerdo —contestó Jean-Jacques decididamente.

Todo el mundo se echó a reír y a nadie le pareció mal. Se llevaron el cerdo y el dinero, y continuó la velada.

A la mañana siguiente, temprano, cuando ya me iba, me encontré con Jean-Jacques en la entrada. Le pregunté por qué había rechazado la oferta que le habían hecho.

—Mire —me dijo—, me lo pensé muy bien. Era mucho dinero, y tirarse a un cerdo tampoco es tan terrible. Pero vi claramente que no sería capaz. —Le miré extrañado—. Sé que le parecerá ridículo, pero en los cuentos y leyendas populares siempre se habla de criaturas que son mitad hombre mitad animal. Quizá no sea cierto, pero quién sabe. No hubiera soportado la idea de engendrar semejante ser. Creo que un hombre tiene que tener de alguna manera cierto sentido de la responsabilidad. Y, además, no olvide que soy judío y, para nosotros, el cerdo es el animal más impuro de todos.

Nunca hubiera imaginado que iba a encontrar tantos escrúpulos y aún menos en un joven depravado como Jean-Jacques.

Capítulo X

La inmensa mayoría de los libros que poseo proceden de subastas o de clientes particulares. Sin embargo, no puedo aguantar sin ir de vez en cuando a dar una vuelta por el campo, convencido de que un día u otro descubriré, en el lugar más recóndito de esas tiendas de pueblo, uno de esos ejemplares únicos con el que sueña cualquier coleccionista.

En una escapada visité un pueblo que todos los libreros conocen, ya que allí hay una tienda muy buena regentada por un tal Monsieur Fosse. Fosse, aunque es un gruñón bastante pedante, es un compañero de confianza.

Así pues, fui a visitarle. Intercambiamos algunas opiniones sobre las actuales tendencias de nuestra profesión y, tras echar una ojeada al almacén de libros, le pregunté:

—¿Tiene alguna obra erótica?

—Lo siento —me contestó—, no tengo ese tipo de literatura y, además, cuando me cae en las manos una de esas obras, se la reservo a un ferviente coleccionista que vive en el pueblo. Su mujer viene a verme asiduamente; siento mucho no poder satisfacerla y siempre tengo que excusarme y explicarle que no vendo ese tipo de artículos.

Aquel día, Monsieur Fosse estaba más hablador que de costumbre y sin duda esta amabilidad se debió a que yo acababa de comprarle un lote completo de libros sobre ocultismo que rodaban por la tienda desde hacía años y le había pagado por ellos bastante más de lo que se esperaba. Me arriesgué a hacerle la siguiente pregunta:

—¿Estaría dispuesto a decirme el nombre de su cliente, y ve algún inconveniente en que me ponga en contacto con él?

—En absoluto —me contestó espontáneamente—. Pero acuérdese de mí si descubre algún grabado antiguo o pintura del pueblo. El marido es el director del hospital psiquiátrico de la región.

—¿Qué tipo de hombre es? —le pregunté.

—No lo sé muy bien —dijo—. Normalmente suelo tratar con la mujer. Creo que él debe de ser un sádico. Como podrá imaginar, su mujer habla siempre de forma vaga cuando hace alusión a los gustos de su marido. ¿Quiere que les llame por teléfono?

Acepté rápidamente aquel ofrecimiento tan excepcional por parte de Fosse. Este

llamó a su cliente. Monsieur Berger por desgracia no estaba en casa, pero su mujer me invitó de inmediato a que fuera a visitarla. Me despedí del viejo Fosse y, tras seguir las indicaciones detalladas que me había dado, me hallé ante una magnífica casa. Tuve que llamar primero a la caseta del guardián para que se me autorizara a emprender el camino que llevaba a la casa.

Era una gran mansión, llena de esquinas y recovecos. Unos enormes sauces de color verde oscuro la rodeaban. Di dos timbrazos. La puerta se abrió lentamente. Entonces entré en un recibidor con el suelo de mármol, gigante, que realzaba una escalera majestuosa. En un descansillo, en mitad de las escaleras, había una mujer alta y corpulenta, con un traje de cuero negro. Me estaba esperando y, después de hacer las presentaciones, Madame Berger me dijo:

—Estoy muy contenta de que haya podido venir. ¿Quiere que pasemos al cuarto de estar? Charlaremos más tranquilos.

Entró delante de mí en una habitación sencillamente amueblada. Cruzando un pasillo, una de cuyas paredes estaba llena de libros, se llegaba al centro de la habitación, y allí me vi completamente perdido en medio de un gran espacio vacío. Aquella indigencia casi total sólo la rompía la reconfortante presencia de algunas plantas verdes de hojas anchas. El ambiente de aquel lugar producía un extraño malestar. Instintivamente, me di la vuelta hacia el fondo de la habitación y me encontré frente a un retrato de mi anfitriona. El parecido era tan sorprendente que por un momento me pareció que estaba delante de una mujer de carne y hueso. Más tarde me di cuenta de que el poder singularmente evocador del cuadro se acentuaba debido al vasto espacio vacío que lo precedía, ya que, por todo mobiliario, sólo había unas mesitas y unas sillas bajas, colocadas al lado de la ventana. De entrada, el retrato era ya poco común. Representaba a Madame Berger con unas medias negras, calzada con unas botas rojas y una fusta en la mano derecha. Daba una clara idea de los gustos del dueño de la casa.

—¿Le gusta? —me preguntó Madame Berger sacándome de mis reflexiones.

—Es un cuadro muy bonito —le dije—; sin embargo, hay algo en él que me intriga…

—Sé lo que va a decir —dijo riendo—: ¿Cómo puedo recibir aquí, con este retrato?

—Eso es precisamente lo que estaba pensando —le contesté.

—¡Oh!, mi marido lo explica muy bien. Como usted habrá podido constatar, este retrato me lo hicieron cuando era mucho más joven. Hace exactamente treinta y cinco años. En aquella época trabajaba de enfermera en el hospital psiquiátrico. Mi marido era el psiquiatra del centro. Allí fue donde nos conocimos y nos enamoramos. Mi marido dice siempre a los invitados que el retrato me representa tal cual me deseaba antes de ser psicoanalizado y curado, y que lo conserva como recuerdo. No sé si

muchas personas se creen esta historia, pero nadie se ha atrevido a sugerirle que se haga psicoanalizar de nuevo.

A medida que iba conociéndola mejor, me daba cuenta de que Madame Berger era un auténtico demonio. Lo que siempre me gustó de ella, y de hecho me sigue gustando, es la naturalidad con la que habla de la extraña situación en que vive.

Me ofreció un té y empezó a hablar de su marido.

—Mi marido ejerce dos profesiones a la vez. Es psiquiatra y ginecólogo. El problema es que ha visto a tantas mujeres desnudas a lo largo de su carrera que ya ninguna le excita. Y, además, se pasa todo el día rodeado de tarados; así que, ahora, ¡lo que es normal ya no le interesa!

Sus explicaciones no me parecían muy coherentes. Aquel razonamiento no podía ser válido, ya que, lógicamente, si a su marido no le interesaban ya las mujeres debido a que todos los días podía observar sus encantos, tampoco tendrían que atraerle los tarados con los que se tenía que codear todos los días. Además, la idea de que un médico se deje de interesar por las mujeres porque ve demasiadas y, además, desnudas, es un cuento.

Pensé que aquel hombre nunca había estado equilibrado y que su profesión le ofreció una ocasión única para saciar sus tan particulares deseos.

No hice comentario alguno a las explicaciones de Madame Berger. Estaba claro que deseaba que me las tomara al pie de la letra.

—En una palabra —prosiguió—, no le atrae en absoluto lo normal. Se ha convertido en un auténtico masoquista, con una inclinación muy clara hacia el travestismo. Naturalmente, somos del todo conscientes de que se trata de una aberración, pero ya es demasiado viejo para cambiar de costumbres y, de todas formas, tampoco creo que lo desee realmente. Pero no por ello deja de ser un excelente psiquiatra.

Como haría un coleccionista apasionado, dejé que siguiera hablando, tratando de desviar la conversación hacia el tema que me había llevado allí.

—¡Ah!, eso sí —dijo Madame Berger—, mi marido colecciona en particular libros sobre niños cuya educación ha sido confiada a profesores, tutores, tías o gobernantas que enderezan a los niños a base de castigos corporales y les humillan obligándoles a vestirse con ropa de niña. —Se detuvo un momento, perdida en medio de aquellas reflexiones—. Los profesores son, a todas luces, unos reprimidos sexuales, y de manera progresiva obtienen el goce sexual a través del castigo. El acto sexual y el castigo se convierten en sinónimos en la mente de los chicos y al final son incapaces de disociarlos. Siempre tienen que pasar por ese ritual de travestismo masoquista, que sirve, por decirlo de alguna manera, de preludio al acto sexual. Para poder hacer el amor, mi marido tiene que disfrazarse de niña y someterse a toda una serie de curiosas tareas domésticas. Así que ya sabe ahora el tipo de libros que nos

interesan. En resumen, queremos obras que traten a la vez del masoquismo y del travestismo masculino y, se lo ruego, no trate de vendernos otra cosa. No tendría para nosotros ningún interés. ¿Está claro?

—Clarísimo —le contesté—. Le agradezco que se haya expresado de forma tan precisa, Madame Berger. Si todos mis clientes fueran tan explícitos, se evitarían muchos malentendidos. Es posible que dentro de poco tenga algo que les interesase. Uno de mis antiguos clientes tiene intención de vender la biblioteca y sé que tiene varios volúmenes que seguramente les gustarán.

—Sería maravilloso —dijo sonriendo—. Hemos recorrido toda Europa buscando libros que puedan interesarnos. El año pasado, mi marido sólo encontró tres o cuatro que respondían realmente a sus exigencias. Parece ser que es un tema que no se ha tratado mucho. ¿Tiene prisa o puede quedarse un rato más con nosotros? Mi marido no tardará en llegar y seguro que le gustará conocerle. Resulta tan sencillo hablar de estos temas con usted…

Le agradecí el elogio. Sonrió y luego me miró fijamente unos minutos:

—Por cierto, no me extrañaría que usted fuera también masoquista.

Me quedé francamente sorprendido.

—Le felicito por su perspicacia, Madame Berger —le dije—, las almas gemelas parecen reconocerse siempre.

—¡Oh! Desde luego, Monsieur Coppens, desde luego. Y, ¿cuáles son sus gustos dentro de este campo?

—Soy un flagelante activo —confesé.

—Y, dígame, ¿ocurre solamente en el momento de la perversión, o ello determina toda su vida sexual? —me preguntó tan despreocupadamente como si estuviera hablando del tiempo.

—Soy totalmente capaz de hacer el amor sin someterme antes a semejantes preparativos —le aseguré—. En realidad, se trata de algo que me gusta practicar de vez en cuando.

—¡Qué suerte tiene! —suspiró—. Vigile que siempre sea así. ¿Le apetece una copa de jerez?

Mientras bebíamos el jerez, hablamos de las imprevisibles complicaciones que surgen en cualquier vida sexual y del carácter irreconciliable de algunos temperamentos en la relación de pareja.

Entretanto, llegó Monsieur Berger y se reunió con nosotros en el cuarto de estar. Era un hombre de complexión fuerte, un poco más alto que su mujer. Madame Berger me lo presentó y él pareció alegrarse mucho. Me resultó un tanto obsequioso y no me gustó el tono deliberadamente meloso de su voz.

—Monsieur Coppens —me dijo con zalamería—, realmente es un gran honor tenerle aquí entre nosotros, espero tener el placer de seguir viéndonos a menudo, muy

a menudo. Bueno, ¿entonces me llamará en cuanto tenga algo interesante? ¿Y si vamos a visitarle algún día?

Tras agradecerles su invitación, nos despedimos y regresé a casa.

A la mañana siguiente, me dirigí a la casa de un tal Cramming, que había venido a verme a la tienda una o dos semanas antes para decirme que deseaba vender su biblioteca. Entre otras muchas aberraciones, compartía algunos de los gustos de Monsieur Berger. Cramming era un poco mayor que Berger; tendría unos sesenta años. Le producía un placer especial vestirse de niña y jugar con su mujer, quien tenía que darle órdenes, pegarle muy fuerte y obligarle a que le hiciese el *cunnilingus*. Sólo después de semejante ritual era capaz de realizar el acto sexual ¡con un oso de peluche!

Cuando fui a visitarle, asistí sin proponérmelo a la sesión completa. Sólo llevaba allí cinco minutos, hablando de negocios con Cramming, cuando su mujer irrumpió en la habitación. Adoptando una voz masculina, dijo a gritos:

—¿Con quién tengo el honor?

Su marido se apresuró a hacer las presentaciones, pero ella se quedó mirándome con insistencia.

—Dígame —dijo a gritos—, ¿sólo es librero? ¿No será por casualidad también masoquista?

Tantos años dedicado a este oficio, y ser descubierto en dos ocasiones en tan corto espacio de tiempo…, no podía creerlo. De repente me sentí muy poco seguro de mí mismo. Lo cual me hizo contestarle más bien resignado:

—Tengo tendencias masoquistas, en efecto.

—¡Oh!, querido, —dijo suspirando de forma muy estudiada—, ya me lo temía. ¿También practica el travestismo?

—No, gracias a Dios —le contesté.

—No sea tan categórico —dijo ella a modo de advertencia—. Creo que podría hacer que le gustara. Estoy segura.

—Querida señora —le contesté—, no dudo del poder que pueda usted ejercer sobre las personas, pero al menos reconozco el derecho a decir lo que uno piensa… y sé mis limitaciones.

—¿Le han dado alguna vez latigazos? —me preguntó.

—Sí —confesé—, una vez. Y espero que sea la última, pues no me gustó nada.

—¡Hum!, estoy segura de que podría hacer que le gustara —dijo en tono casi amenazador.

Luego dio media vuelta y salió de la habitación.

Nos pusimos a hablar de nuevo sobre los libros, pero tenía la cabeza en otra parte. No podía dejar de pensar en la sorprendente conversación que acababa de tener con

aquella mujer. Mientras, el marido seguía contándome en un tono monótono las razones que le animaban a vender la colección, y además dejando claro que pensaba sacar una buena suma. Incluso me llegó a contar con todo detalle lo que pensaba hacer con aquel dinero.

De repente, se abrió la puerta y Madame Cramming apareció muy seria. Llevaba botas altas. El resto del cuerpo lo tenía enfundado en una malla de cuero negro que dejaba al descubierto las nalgas y los senos. En cuanto la vi me sentí invadido por una excitación fuera de lo normal.

Un tanto violento, me volví hacia el marido, ya que me parecía que él debía decirme algo, pero me costó verle ya que, justo cuando su mujer apareció, se había puesto a cuatro patas y se dirigía hacia ella implorándole con voz lastimera:

—Señorita, por favor, no me pegue otra vez. Ya me golpeó muy fuerte ayer.

El rostro de Madame Cramming era terrorífico. Le cogió por el pescuezo, le arrancó los pantalones y le propinó dos golpes sonoros con la vara gritando:

—Te has atrevido a dirigirme la palabra sin que nadie te haya autorizado, de modo que te voy a pegar muy fuerte. Y este joven se va a arrastrar hasta mí, Y ENSEGUIDA —vociferó, lanzándome una mirada llena de odio.

Tengo que confesar mi debilidad. Me resultó imposible negarme a una orden tan ridícula. Incluso antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, me encontraba arrastrándome hacia ella a cuatro patas.

—En pie —gritó—. Desnúdese. Por completo.

Unos minutos después, estábamos de pie delante de ella y completamente desnudos. Dio inmediatamente la orden a su marido de que se pusiera a cuatro patas y que fuera a buscar el oso.

—Sí, señorita —murmuró con sumisión, y se fue arrastrando hacia un armario que había en una esquina.

Cuando estaba abriendo la puerta, Madame Cramming gritó:

—Detente, vuelve aquí de inmediato. —Lentamente, Cramming se acercó a su mujer—. Abre la boca —le ordenó. Hizo lo que le mandaba y le escupió en la boca —. Ahora ve a ponerte las bragas de encaje y las medias, y no te olvides de los zapatos de tacón alto. Cuando acabes, podrás ir a buscar el oso.

De nuevo, Cramming emprendió su camino, obedeciendo al pie de la letra las órdenes de su mujer. Al poco volvió disfrazado de chica, una chica gorda y fea. Luego fue a sacar del armario un enorme oso de peluche, que tendría el tamaño de un niño de cuatro años, y volvió arrastrándose hacia su mujer. Mientras, yo me había quedado de pie completamente desnudo delante de ella, sin poder disimular la emoción que aquello me producía. De repente me ordenó que me tumbara boca arriba. Sin ni siquiera darme tiempo a hacer lo que me pedía, antes de que pudiera entender lo que estaba pasando, me dio dos fuertes varazos en el sexo. Normalmente,

ningún hombre lo podría soportar, pero, cosa rara, en aquel momento, ni siquiera los sentí.

—Ya le había dicho que podría hacer con usted lo que quisiera —se rio de forma entrecortada con los ojos brillantes de placer—. Ahora, póngase de pie y pase las manos por esas dos anillas que ve en el techo.

Poco después estaba colgado y podía verme, al igual que Madame Cramming, en el enorme espejo que había en la pared de enfrente. Podía seguir desde allí todos los movimientos de las botas de cuero, del traje, de los senos, de las nalgas, y aquello me excitaba mucho. En esta posición recibí la paliza más fuerte que me han propinado en mi vida y que espero no volver a recibir. Mis muslos, mis nalgas, mi sexo…, ninguna parte de mi cuerpo se libró de los despiadados golpes de la vara.

De pronto, Madame Cramming pareció acordarse de la existencia de su marido, que acariciaba al oso mientras esperaba, siempre sumiso, a que le diera nuevas órdenes.

—Cramming, ven aquí —le ordenó—. Bájame la cremallera. De inmediato.

El brillante vestido de piel, así como las botas, desaparecieron y luego le ordenó que le excitara con la lengua. Pude apreciar a través de espejo que, a pesar de sus cuarenta y cinco años, seguía siendo una mujer espléndida.

Estaba claro que no parecía agradarle la técnica de su marido.

—Ni siquiera eres capaz de ejecutar una orden, por muy sencilla que sea —gruñó —. No me das ningún placer, imbécil.

Además de reñirle le dio una fuerte paliza, tras lo cual me soltó y me ordenó sin vacilar «que tratara de arreglármelas mejor que el idiota de su marido».

A los cinco minutos, me anunció que ya me daba permiso para hacerle el amor. Ya era hora, pues al haberme maltratado, me había disminuido el deseo y corría el riesgo de perder por completo las ganas.

—Y tú, pedazo de animal —gritó a su marido—, ya sé lo que quieres ahora.

—Sí, señorita, ¿puedo ir ahora a jugar con el oso?

Tuve que hacer un gran esfuerzo para no soltar una carcajada.

—Sí, ya puedes. Pero antes dime cuántos varazos te costará eso —le preguntó.

—Veinticinco, señorita.

—¿Veinticinco? ¿Veinticinco? —le gritó—. No te contentas con nada. Yo no te excito. Este chico no te excita. ¿No lo quieres hacer con él, eh? ¿No? Veinticinco golpes por irte a jugar con el oso, cerdo. ¿Cuántos años tienes?

—Sesenta —contestó humildemente.

Al oír esto, Madame Cramming le dijo furiosa que recibiría treinta golpes.

Dicho y hecho. Madame Cramming le dio a continuación treinta varazos. Cuando terminó, daba pena ver el trasero de su marido, rojo como un tomate. Lo que me repugnaba era que después de toda esta comedia el hombre no mostraba ni el más

mínimo signo de erección. Sin embargo, volvió al orden cuando Madame Cramming, con gesto de desagrado, concluyó golpeándole en el sexo, que se irguió instantáneamente como el sol en una radiante mañana de primavera.

Luego le ordenó que se arrastrara hacia la puerta y que hiciera lo que quería hacer; le daba permiso para ello. Se fue a cuatro patas hacia la puerta, salió, pero yo estaba seguro de que se quedaría pegado detrás de la puerta.

—Ahora, hágame el amor —me dijo Madame Cramming—, mientras que ese viejo idiota chochea detrás de la puerta.

Me vi en la obligación de ejecutar aquella orden, observado a través del agujero de la cerradura por el marido, que, a la vez, introducía su pene en el ano artificial, especialmente concebido para ello, del oso de peluche. Mientras retozábamos, pudimos oírle lloriquear y lamentarse a su juguete como si se tratara de un coro griego.

—¡Oh! Teddy, Teddy, mira. ¿No es horrible? Ese extraño haciendo el amor con mi mujer. ¡Oh!, estoy tan solo, Teddy, por favor, consuélame.

Aquella monserga me ponía a cien. Cuando alcanzamos el orgasmo, Madame Cramming me dijo con un tono francamente desprovisto de romanticismo:

—Ya es suficiente por hoy. ¿Qué tal si tomamos una copa?

Acepté con gusto. Realmente lo necesitaba.

Mientras bebía a sorbitos la copa de jerez, di a entender a los Cramming que me había gustado mucho aquella diversión tan inesperada, pero que, hablando en plata, aquella no era la finalidad de mi visita.

—¿Y su colección de libros sobre masoquismo? —les dije.

Madame Cramming dijo que quería deshacerse de ella y, con un tono más bien de amenaza, precisó que su marido no tenía vela en este entierro.

—A no ser —añadió— que te apetezcan ahora mismo unos golpes. Y me imagino que no te apetecerán, ¿no, cariño?

—No, no, no, —dijo el marido lloriqueando.

Al fin me enseñaron los libros. Me alegró particularmente ver que en la colección figuraban los cuarenta volúmenes de la conocida serie de Don Brennus d’Aléra, editados en París por la igualmente conocida Select Bibliothéque. No es fácil encontrar esta completa. Los volúmenes por separado son también muy difíciles de conseguir y la colección completa es, con toda seguridad, única en el mundo. Monsieur Cramming la tenía casi completa. Cogí al azar uno de los pequeños volúmenes en octavo y leí el título en voz alta:

—*Frédérique, histoire véridique d’un adolescent changé en fille*. ¿Tiene también el *Fred et Frida*, Monsieur Cramming?

—Naturalmente, incluso tengo los grabados fuera de texto que inicialmente debían haberse adjuntado, como complemento de la ilustración, cuando se publicó la

trilogía por primera vez.

Se puso a rebuscar en un cajón de la biblioteca y me trajo una carpeta que contenía dichos grabados. Aunque la producción literaria de Aléra fue enorme, ya que prácticamente escribió sobre casi todas las perversiones conocidas, sus obras más famosas tratan sobre el fetichismo de los zapatos y de los guantes, o sobre el travestismo, y a veces sobre los dos.

—¿Sabe que es la primera vez que los veo? —le dije.

—Le creo —asintió Cramming—. Yo empecé la colección cuando tenía menos de veinte años. En aquella época, estaba de moda todo tipo de fetichismos y estos libros podían comprarse por muy poco dinero.

Le pregunté si me podía explicar las razones de aquella moda.

—Mire, hay que tener en cuenta que entonces las mujeres no eran tan accesibles como ahora, si exceptuamos a las prostitutas, que además no eran caras. Conocía a una que cobraba sólo cien francos por sesión. Ese era el precio normal. Tiene que comprender que se morían de hambre, y ¿qué otra cosa podían hacer? Y, es más, esa que le digo sigue trabajando.

—No puedo creérmelo —le dije con incredulidad.

—Se lo aseguro. Debe de tener más o menos mi edad. Trabaja en una callejuela —dijo riéndose—. De hecho, no creo que cobre ahora más de cien francos, teniendo en cuenta su edad.

—Pero ¿quién puede desear a una vieja bruja como esa? —le pregunté.

—¿Me está hablando en serio? —Cramming me miró sorprendido—. ¿De verdad que no lo sabe? En fin, ¿cómo se lo podría explicar…? Veamos. Por aquel entonces, esta clase de mujeres no se podían arreglar la dentadura como lo hacen las mujeres ahora. Ahora llevan dentadura postiza y pueden quitársela con facilidad cuando un cliente les pide que se la mamen. Una boca sin dientes es divinamente suave.

Traté de contener un escalofrío de desagrado.

—En aquella época, ¿resultaba difícil encontrar este tipo de libros, Monsieur Cramming? —le pregunté para cambiar de tema.

—No, en absoluto. Había unas cinco tiendas especializadas en este tema. La policía no les molestaban nunca, porque los libros no describían casi nunca lo que es propiamente el acto sexual. Los temas se limitaban estrictamente a las diferentes clases de fetichismo y de perversiones. Pero, conforme fueron pasando los años, se pusieron cada vez más caros, sobre todo las ediciones originales. Nunca se reeditaron, ya sabe, salían demasiadas novedades.

—Pero tiene usted una colección completa, ¿no? —le pregunté.

—Por desgracia, no. Me faltan dos libros —reconoció tristemente Monsieur Cramming— *L'Amant des chaussures* y *L'Esclave gante*. Y lo más triste es que los tuve, pero me excitaban tanto que aquello terminó por obsesionarme. Cada vez que

los leía me convertía en un loco furioso. Salía disparado a la calle y metía mano a todas las mujeres que pasaban. Un buen día tuve que resignarme a quemarlos. —El tono de su voz se hizo triste conforme iba recordando aquel episodio de su vida—. A buen seguro usted nunca llegará a comprender semejante comportamiento. Una persona joven como usted… Tendría que haber vivido en mis tiempos para captar la fascinación que ejercen sobre mí obras como estas. No se puede hacer a la idea de cómo nos poníamos sólo con ver una muñeca o un tobillo. Mis hermanos están completamente de acuerdo conmigo.

—Tu familia es una pandilla de degenerados —dijo burlonamente Madame Cramming.

—Mi madre es una mujer muy dulce —protestó sorprendido.

—¿Y tu padre? —Monsieur Cramming permaneció callado—. Contesta.

—Se fue de casa, ¿qué quieres que te diga? Le conocí muy poco.

—Pero ¿por qué se fue? ¡Eso es lo que nos gustaría saber!

Entonces me enteré de que la dulce madre de Cramming rivalizaba en excentricidad con su hijo.

—A mi madre le encantaban los animales —me explicó—. Cuando era niño, teníamos un perro y dos gatos. Pero cuando mis hermanos y yo fuimos creciendo, empezó a sentirse sola y empezó a adoptar más y más animales. Había polluelos por todas partes; mi madre arrancó la madera del suelo para fabricar un cajón para todos los gatos de la casa. Tenía una cabra y un conejo en las habitaciones del piso superior. Al cabo del tiempo, la casa empezó a oler muy mal, y los vecinos presentaron una denuncia. Vino la policía a casa, pero mostraron mucha paciencia para con mi madre. De todas formas, luego tuvieron que encerrarla, cuando se puso a incubar huevos.

—¿Cuando se puso a qué? —exclamé.

—A incubar huevos —repitió inocentemente—. Mi madre tenía un pecho enorme y se ponía a incubar el huevo entre los senos. Lo tenía así, al calor, durante semanas; no se lo sacaba nunca, ni para ir a misa, y cuando el polluelo salía del cascarón, lloraba. «Es un momento inolvidable», decía siempre. Una vez trató de incubar varios huevos a la vez. Pero, claro, cuando no se acordaba, hizo un gesto demasiado brusco y se rompieron. ¡Oh, menudo desastre! No se lo puede ni imaginar. Tenía yema de huevo por todas partes; eso acabó con sus nervios, y era normal; le parecía que había matado a un bebé indefenso. Me consuelo pensando que resultó acertado que la policía la encerrara. Ahora es muy feliz.

—¿Vive todavía? —le pregunté.

—Sí. Ahora tiene noventa y cuatro años. No la veo mucho, sólo cuando mis deseos sexuales se hacen muy difícilmente controlables y me siento francamente mal. Me llevan al hospital para recuperarme y aprovecho entonces para verla.

Debía de estar visiblemente asombrado, porque Madame Cramming se apresuró a

aclararme:

—Su madre está en el hospital, e intenta periódicamente que mi marido se recupere.

No sabía en verdad qué decir y para disimular mi apuro me volví hacia la biblioteca. Exceptuando los dos libros que había mencionado, la colección estaba completa. Me sentía loco de alegría. Personalmente, no estaba muy acostumbrado a esas amantes «severas» con cara de muñeca, y menos aún a sus víctimas idiotas y sumisas; además, la atmósfera de desconsolada puerilidad que desprendían aquellos libros me repugnaba. Pero era realmente una suerte haberlos descubierto. No sólo eran raros, sino que también ya tenía los compradores localizados: los Berger.

—¿Cuánto me pide? —le pregunté.

—Pagué trescientos francos por cada uno antes de la guerra, así que le pido doce mil francos por todos.

—Muy bien —dijo Madame Cramming—, pero, cada vez que compras una de esas nuevas ediciones alemanas en la tienda de Coppens, pagas más de diez mil francos. Aunque nuestros libros son más pequeños, no por ello dejan de ser menos raros, así que calculo que su valor real está en unos cinco mil francos por ejemplar.

—Pero eso haría que costara la edición completa doscientos mil francos —dijo Monsieur Cramming con sorpresa.

—Creo que es lo que valen, ¿no es cierto Monsieur Coppens? —dijo ella con toda tranquilidad.

Comenté que me parecía un poco caro, pero también reconocía que la rareza de las obras les concedía un cierto valor. Madame Cramming rebajó el precio y me los ofreció por ciento treinta mil francos. No lo acepté.

—En ese caso, nos los quedamos —contestó—, y pagaré este desplante con una paliza suplementaria. ¿Cómo se atreve? Si le digo que tiene que pagar ciento treinta mil francos, no le queda más remedio que obedecer. Así que, ¿acepta o no?

—Mi querida señora… —empecé.

—Amante —me corrigió duramente.

—Lo siento —dije riéndome—. Déjese de bromas y no insista.

—¡Qué pena! —dijo suspirando—. Dejémoslo en cien mil francos por la colección completa. Además voy a ofrecerle algo muy especial que le costará treinta mil francos y que lo comprará sin necesidad de verlo. ¿Cerramos el trato?

En realidad, hubiera aceptado lo que fuera; estaba altamente satisfecho por haber conseguido la colección al precio de cien mil francos. Así que le di una respuesta afirmativa sin dejar de sonreír.

Madame Cramming me mostró dos libros que me hicieron palidecer. No sólo el precio era de risa en comparación con su valor, sino que uno de ellos era tan raro que nunca se le hubiera ocurrido a nadie buscarlos, y menos aún dentro de una pequeña

colección. Aquel libro, tan conocido, que ahora tenía en las manos era el *Gynecocracy; A Narrative of the Adventures and Psychological Experiences of Julián Robinson (afterwards Viscount Ladywood) under Petticoat Rule, Written by Himself*. Esta obra apareció en París y Rotterdam (editada en Londres), en 1893.

Estoy completamente convencido de que se trata de la novela mejor estructurada y más sutil que nunca se haya escrito sobre el travestismo. Así que me gustaría citar un pasaje de la tercera parte. Este fragmento que muestra el talento indiscutible del autor, pone igualmente en evidencia el carácter devastador de su perversión:

«Me tumbé en el diván y abrí al azar el *Mademoiselle de Maupin* de Théophile Gautier. Meneé las faldas como una mujer cualquiera y me instalé cómodamente de modo que se dejara entrever la finura de mis tobillos, y ello sólo para mi propia satisfacción, pues no había nadie más en la habitación.

»Excitada ante las sugerentes ilustraciones, me apresuré a conocer al personaje en profundidad. Sin embargo, ello no me impidió dedicar un pensamiento fugaz a Lord Alfred Ridlington.

»Mi problema se había convertido en una pesadilla que me torturaba, provocándome una auténtica neurosis. Me dolía la cabeza; así pues, decidí olvidarme del tema por el momento, dejarlo descansar y abandonarme al destino. Busqué refugio en el libro que había empezado y me puse a leer…

»Oí que se abría la portezuela acolchada y que una mano empuñaba el pomo. De una ojeada rápida, me aseguré de que mi pose era elegante y tenía las faldas colocadas adecuadamente.

»Se trataba sin duda de la dama de compañía, pero quizá pudiera ser —no levanté la vista, es más, no me atrevía siquiera— Lord Alfred Ridlington. ¿Y si me viera aquí completamente sola, abandonada a estos excitantes pensamientos? ¿Y si se introdujera en este pequeño santuario, ahora que estaba enfrascada en mis devociones a Venus?

»La puerta se abrió y volvió a cerrarse. Unos pasos silenciosos sobre la alfombra se acercaron hacia mí. Un rubor que no podía disimular se apoderó de mi rostro y entonces levanté la vista. Era él, Lord Alfred Ridlington, y venía solo.

»“Julia”, dijo mirándome a los ojos.

»Yo estaba feliz. Mi encanto natural y la estudiada pose que había adoptado habían producido el efecto, deseado. Sus ojos tenían un brillo particular cuando, sin darme cuenta, la ofrecí asiento a mi lado. Me di cuenta de que su mirada, tras detenerse con insistencia en los tobillos, iba subiendo a lo largo de las piernas. Instintivamente supe que deseaba ardientemente ver más de lo que le mostraba.

»Se sentó a mi lado tratando con mucho tiento, me di cuenta con secreto regocijo, de no violentar mi evidente timidez.

»Si me hubiera dejado llevar por mis propios impulsos, me hubiera lanzado sobre él. Pero por aquel entonces sólo había un hombre que me importara. Estoy convencida de que muchas chicas un día u otro terminan por confesarlo. Pero algo —mi timidez virginal, mi modestia de jovencita (tu modestia de jovencita, ¡oh mi pequeña Julia!)— me retuvo. No era ajena a la pasión que le invadía. ¿Qué podía hacer para hacérselo entender?

»Me tomó la mano y se acercó. Su agitada respiración me acariciaba la mejilla.

»No me di la vuelta ni me aparté… Se inclinó hacia mí y posó sus labios ardientes en lo míos.

»"¡Oh!", suspiró Lord Alfred, "eso no está bien".

»Entonces, un suave calor me invadió todo el cuerpo y me ruboricé.

»"Me gusta abrir las rosas", dijo.

»Y me abrazó de nuevo.

»¡Qué calientes estaban sus labios, qué suaves y atractivos! Me conmovieron profundamente, sentí una sensación extraña ahí, debajo de las faldas. ¡Dios mío, que no se fije en esa parte!

»"Julia", dijo suplicante, "deme un beso".

»Le eché una mirada tímida aunque maliciosa.

»"¿Ni siquiera me quiere un poco?", añadió, "¡yo la quiero tanto!".

»"¿De verdad?", dije inocentemente. "Entonces, si no queda más remedio…".

»Me abandoné en sus brazos. Estaba contenta, no había cometido ninguna torpeza.

»Metí mi graciosa lengüecilla en su boca en busca de…

»"¡Oh!, ¡oh!, ¡oh!", exclamó extasiado.

»"¿Le gusta?", pregunté con coquetería. Mi reserva virginal se había fundido como la nieve al sol.

»Su mano se deslizó hasta mis pies.

»De repente me vino a la cabeza una terrible preocupación. ¿Y si mi dama de compañía se hubiera confundido, si no fuera hermafrodita sino sólo hombre?… La copa que había probado se me retiraría bruscamente de los labios, el sabor que ofrecía, rechazado.

»Y, sin embargo, ¡tener un hijo! ¿Podría tener un hijo?

»Cuando creía que era solamente hombre, me preguntaba qué haría con Lord Alfred si, como parecía probable, me cortejaba precipitadamente.

»Tendría que casarme con Beatrice. ¡Cómo podría ser entonces la mujer

de otro hombre, si yo misma me tenía que convertir en marido!

»Deslizó la mano por debajo de las faldas y me empezó a acariciar las piernas. Luego siguió por el monte de Venus, volvió al… Me cogió de la cintura, deslizó las manos por debajo de las faldas y empezó a acariciar lo que, según me dijo, era un clítoris anormalmente desarrollado.

»Sacó una de las manos para introducirme por detrás algo que, a la vez que me ardía, me procuró un delicioso placer. Luego eso empezó a moverse con ardor y me invadió una tibia humedad. También mi clítoris reaccionó…

»Se apartó, me dio la vuelta y me abrazó.

»Yo también le abracé.

»"Alfred, ¿cree que me habré quedado embarazada?".

»Sonrió de un modo curioso y me preguntó si me gustaría.

»"Más que nada en el mundo", le contesté sin dudar.

»Sonrió. "¡Oh Julia, qué confesión!".

»"¿Sabe, Alfred?", proseguí, "por un momento pensé, sólo un instante, que usted era Lady Alfred Ridlington y que se había puesto la ropa de su marido. ¿Qué idea más absurda, no?"».

Pero lo que realmente me excitaba era que Monsieur Berger, cuando fui a visitarle, me había hablado precisamente de aquel libro sobre el travestismo, y lo consideraba como un auténtico tesoro. Parece ser que un día habían estado a punto de comprar un ejemplar. Madame Berger me explicó que un librero había localizado el volumen en el catálogo de una subasta en Alemania y había ofrecido en nombre de ellos cien mil francos, precio que había resultado demasiado bajo, ya que la obra fue adjudicada a otro coleccionista. Al acordarme de aquella anécdota, el descubrimiento me pareció aún más valioso. Tenía la edición original en tres volúmenes encuadernados en piel.

La segunda sorpresa de Madame Cramming consistía en otra obra sobre el travestismo: *Mrs. Goodwhip et son esclave*. Es una de las obras más raras que publicó «Les Orties Blanches», editorial especializada en obras que tratan sobre temas relacionados con la flagelación. La tirada de aquel volumen había sido muy limitada, debido probablemente a que, en opinión del editor, el problema tratado sólo interesaba a unos pocos lectores.

El tono y vocabulario de aquella novela son mucho más sutiles que en *Julián Robinson*. El argumento no tiene verosimilitud alguna: un muchacho de Chicago es conducido a una oscura ciudad gobernada por chinos. Allí, en un modernísimo hospital, sufre una operación que lo transforma en mujer. Es también un volumen muy codiciado, y su valor en el mercado está entre los veinte mil y treinta mil francos.

Di las gracias a los Cramming por su encantadora acogida, pagué la suma estipulada y volví a casa. El destino quiso que conservara las huellas de los varazos algunas semanas y que, en cambio, vendiera los libros justo a la mañana siguiente.

Ese día llamé a Monsieur Berger y le dije que había encontrado algunas obras que tal vez respondieran a sus exigencias. Como quería que le diera más datos, cité los cuarenta volúmenes de Don Brennus d'Aléra.

—¿*Frédérique*? —murmuró jadeando.

—Sí. —No me atreví a hablarle del *Julián Robinson* y mencioné en su lugar otras dos novelas. Me escuchaba con gran atención y luego me pidió que me callara.

—Me vuelvo loco sólo de pensarlo. Aunque lo cierto es que hoy tengo mucho trabajo.

Nos citamos aquel mismo día a las ocho de la tarde y colgué. Le dije a mi mujer que sacara la ginebra y el jerez y que preparara algunos canapés para nuestros futuros clientes.

Los Berger fueron muy puntuales. Madame Berger llevaba el vestido de cuero que llevaba el primer día que les fui a visitar. Me saludó con una amable sonrisa y me dijo que estaba muy agradecida por haberme ocupado de ellos tan rápidamente.

—Soy complaciente por naturaleza, Madame —le contesté mientras saludaba con gesto atento a su marido, que se mantenía humildemente detrás de ella. Me saludó de la misma manera y no me pude aguantar las ganas de inclinar de nuevo la cabeza; en esto, se apresuró a hacer un nuevo signo con la cabeza; la comedia hubiera podido durar hasta el infinito. No podía aguantarme las ganas de soltar una carcajada.

—¿Cuándo vas a parar de mover estúpidamente la cabeza? —dijo su mujer ya cansada.

—Cuando se pare también Monsieur Coppens.

Madame Berger se mordió los labios de rabia y yo traté de arreglar las cosas invitándoles a pasar a mi despacho. Las escaleras que había que subir para ir allí eran empinadas y llegaron arriba con cierta dificultad; conseguimos al fin llegar al despacho y les ofrecí una copa. A continuación les enseñé algunos volúmenes de la colección de D'Aléra.

—¡Ah! —suspiró Monsieur Berger—. Hace treinta años que llevo buscando estos libros.

Cuando saqué más, se quedó lívido. Madame Berger estaba tranquilamente sentada fumando un puro y su mirada iba alternativamente de los libros a su marido.

—Estamos tan contentos de haberle conocido, Monsieur Coppens —dijo al fin—. Es el primer librero que ha comprendido realmente lo que buscamos. Con sólo echar una ojeada a las ilustraciones ya he visto que es exactamente lo que necesitamos. —Se volvió luego hacia su marido y, con un tono muy distinto, le dijo—: Pero todavía no sé si te los daré.

El mensaje no podía estar más claro. Él se arrodilló de inmediato y le suplicó que le dejaba fumarse un puro para relajarse un poco.

—Por favor, señorita, ¿me deja?

Ella sacó un puro del bolso, lo encendió y se lo enchufó en la boca.

—Ahora siéntate y estate tranquilo —le ordenó.

No hubiera hecho falta decírselo. No se le oía; en realidad, era demasiado sumiso, demasiado educado, demasiado humilde. Obedeció en el acto: fue a sentarse como un niño aplicado y se puso a hojear, de uno en uno, los libros de la colección.

—Esto nos va a costar una fortuna, Monsieur Coppens —me dijo ella tras observar durante un momento el efecto que los volúmenes producían en su marido.

—Mi cliente es muy exigente —le dije.

—¿Son suyos? —me preguntó ella.

—Por desgracia, no. He conseguido convencer a mi cliente para quedarme con una comisión de la venta. De hecho, no disponía de la suma que me pedía. No me gusta demasiado este tipo de transacción, aunque, evidentemente, no es la primera vez que lo hago. Pero no quería dejar pasar la ocasión…

—… de ser agradecido —interrumpió con frialdad.

—Exactamente. Estoy tan contento de haberla conocido, Madame Berger. Es la primera clienta que me comprende…

Me había lanzado a este torneo oratorio para ganar tiempo: quería que vieran los libros para poder observar sus reacciones. No tenía ni la menor idea del precio que iba a pedirles. Dependería del entusiasmo que manifestaran. Esperaba a que me dijeran cuánto estaban dispuestos a pagar.

Madame Berger dejó caer, como quien no quiere la cosa, que si compraban los libros se los llevarían esa misma noche y que llevaban encima una gran cantidad de dinero.

—Un detalle por su parte —le contesté.

—Hace dos años compramos un tomo suelto. Creo recordar vagamente que pagamos unos quince mil francos. Eso significaría que la colección de cuarenta volúmenes saldría por unos seiscientos mil francos. Pero, si su cliente pide todavía más, me temo que no podremos doblegamos ante sus exigencias. Y, ahí, nos gustaría tanto tener estos libros…

En ese momento me invadieron los escrúpulos que me paralizan siempre durante unos segundos cuando pido un precio demasiado alto. Supongo que serán los vestigios de mi educación cristiana.

Para quedarme con la conciencia tranquila, saqué el *Julián Robinson* y *Mrs. Goodwhip et son esclave*.

A Monsieur Berger parecían salírsele los ojos de las órbitas cuando vio el *Robinson*; lo miraba fijamente, sin dar crédito a sus ojos. Le temblaba tanto la mano

que le cayó ceniza del puro en una de las primeras páginas. Cogí inmediatamente el valioso volumen, pero me lo pidió de nuevo con avidez.

—¿Dónde, dónde lo ha encontrado?

—En la misma colección particular.

—Pero ¿cómo pueden querer deshacerse de semejante libro?

—Me imagino que les hará falta el dinero —dije encogiendo los hombros.

Madame Berger se acercó y, para mayor seguridad, guardó inmediatamente el libro en el bolso.

—Pero si ni siquiera he tenido tiempo de verlo… —protestó él.

—Todavía no les he dicho lo que cuestan —dije—. Mi cliente pide ciento cincuenta mil francos por los dos.

—De acuerdo —dijo ella sin dudar.

—Y por toda la colección de Aléra, pide un millón —les dije—. Si les parece, puedo llamarle por teléfono para tratar de que baje a ochocientos mil, ya que están dispuestos a comprar la colección completa.

No dejé de observar el rostro de Madame Berger. No pestañeó cuando le dije la cantidad, así que decidí en mi fuero interno que no pagarían menos de un millón. De todas maneras, descolgué el teléfono y marqué el número de la información meteorológica. Una voz impersonal me anunció un viento fuerte del noroeste con violentas ráfagas.

—Buenas noches, Monsieur Cramming —dije—. Soy Coppens. He encontrado a alguien interesado en comprar su colección y quisiera saber si estaría de acuerdo en ochocientos mil. Es lo que está dispuesto a pagar. Sí…, sí…, claro. No, es una pena. Su última palabra, bien, de acuerdo, ya le llamaré más tarde. Buenas noches.

Corté esa apasionante predicción meteorológica y dije a los Berger que por desgracia mi cliente mantenía su precio.

Dudaban un poco, pero me dio la impresión de que acabarían comprándolos.

—¿Y su comisión, Monsieur Coppens? —me preguntó Madame Berger.

Le expliqué que llegaría a un acuerdo con el vendedor. Dada la importancia de la cantidad en juego, no sería capaz de aceptarla del comprador y más aún siendo la primera vez que trataba con ellos. Aquel gesto de generosidad no me costaba mucho, teniendo en cuenta que había pagado ciento treinta mil francos por la colección completa.

Pero Madame Berger insistió. Apreciaba mucho mi opinión, y le había llegado al alma, pero no podía aceptarla. Propuso darme cien mil francos por haberles hecho de intermediario. Me sentí un auténtico imbécil, pero terminé aceptándolo. Eran muy generosos. Aunque, en realidad, no había razón para ello. Pero Madame Berger insistió mucho.

—Sería una tontería, querido Coppens, que no aceptara. Estamos muy contentos

de haberle encontrado; se lo aseguro, creemos que es usted el librero más simpático que hemos conocido. Nos ha emocionado su honestidad. Ha estado con nosotros de lo más correcto. Sólo hace unos meses nos pidieron treinta mil francos por un solo volumen de Aléra. No pude decidirlo en ese momento, ya que mi marido no estaba en casa. A la mañana siguiente ya estaba vendido. Pues bien, piense que los cuarenta volúmenes nos hubieran salido mucho más caros. Estamos francamente satisfechos. Nos han salido mucho más baratos y, además, hemos comprado el *Julián Robinson*.

Honestamente, tengo que decir que los dos quedamos muy satisfechos.

A la mañana siguiente fui a ver a Madame Cramming y le ofrecí treinta mil francos, explicándole que los volúmenes parecían tener más valor del que creía, según me había dicho un colega. No me atreví a proponerle más por miedo a que sospechara algo y se sintiera estafada. De hecho, le había engañado de lo lindo, pero involuntariamente. Aprovechando la visita le pedí que me enseñara el resto de la biblioteca.

—No, gracias. No queremos vender estos libros, —me dijo Madame Cramming secamente—. El viejo borracho los necesita para excitarse.

Pero, pensándolo bien, se acordó de dos álbumes de esbozos que su marido había hecho y que pensaba que quizá podrían interesarme. Me quedé un tanto sorprendido.

—¿No sabía que era delineante industrial? —me preguntó—. En sus ratos libres suele dibujar. Su monomanía ha llegado a tales extremos que todos los dibujos tienen como tema sus obsesiones preferidas. Ahora tenemos dos álbumes y, si le interesan, le confesaré que estaría encantada de deshacerme de ellos. ¡Me da náuseas ver esos elefantes disfrazados de niña y con unos penes tan largos como mangueras de incendios!

Madame Cramming me enseñó los álbumes. No podía dar crédito a lo que veía. Había docenas de acuarelas y de dibujos en los que se veían, en actitud de sumisión, elefantes y osos de peluche disfrazados de niña. Cada ilustración había sido cuidadosamente enmarcada en un cartón fino, y todas estaban cosidas formando dos maravillosos libros con tapas de cuero, llamados *Mis deberes nocturnos*.

Madame Cramming, haciendo las veces de profesor, había puesto una nota a cada dibujo. De repente me di cuenta de la infinita paciencia de aquella mujer. La mayor parte de la obra de su marido era atrozmente primitiva, aunque sugestiva, y había que ser realmente generoso para poner un «nueve», que equivalía a «casi perfecto».

De repente me di cuenta de que Monsieur Cramming había entrado en la habitación y me observaba mientras yo hojeaba los álbumes. Me costó un gran esfuerzo no soltar una carcajada en sus narices y conseguí preguntarle muy seriamente que me explicara su obra.

—Me parece que está bastante claro, ¿no? —me dijo frunciendo el ceño—. Pero si se empeña… Cuando era niño, siempre quise ser un elefante, un oso de peluche o

una niña. Al hacerme mayor comprendí que sólo podía excitarme si me imaginaba que era un elefante o un oso de peluche, disfrazado de niña, naturalmente. Sin ello, me resulta imposible encontrar algún interés a la sexualidad. Necesito además que me humillen, que me den órdenes y me peguen con fuerza para, a la postre, conseguir un orgasmo hablando con el oso de peluche.

—Pero, cuando es usted un elefante —le pregunté—, ¿también se consuela luego con el oso?

—Por supuesto que sí.

—¿No se le presentan ciertas dificultades a la hora de comunicarse?

Me miró con aire dubitativo y prosiguió muy orgulloso de sí mismo.

—En absoluto. La conversación no tiene nada que ver con el travestismo. Son dos cosas completamente diferentes. El travestismo está en relación con la primera frustración que tuve —aquí dudó un momento—, la incapacidad a la hora de rivalizar con mis hermanos y el consecuente sentimiento de soledad. En cambio, las conversaciones simbolizan la tranquilidad que hallé en mis primeras relaciones reales con el mundo exterior. Y mi primer amigo de verdad fue un oso de peluche. ¿Por qué los animales no pueden ser capaces de hablar entre sí? Y no olvide que, en realidad, siempre soy yo el que habla.

Me quedé pasmado. Su explicación no era sino la realidad en la que vivía. Era bastante complicado pero, al fin y al cabo, cada cual tiene derecho a buscar su propio placer.

—¿Se da cuenta, Monsieur Coppens, de lo que tengo que soportar? —dijo entonces Madame Cramming—. A mí no me hace ni pizca de gracia. Cuando un hombre normal quiere hacer el amor con su mujer, lo hace y se quedan los dos satisfechos. Eso son relaciones sanas y cariñosas. ¡Pero mi marido primero tiene que leer un libro sobre un elefante o un oso de peluche!, y cada vez descubre nuevos alicientes en esos animales que, para colmo, luego tiene que perpetuar en sus dibujos. Después, va dando saltitos por la habitación como un idiota, lo siento, en cierto modo como saltarían esas horribles bestias si se encontraran vestidas de hombre. Cuando decide convertirse en un elefante, le tengo que hacer una trompa de cartón para que se la ponga en la nariz. Acto seguido deambula por la casa bramando. Y, por si fuera poco, el elefante tiene que ir vestido de niña. Cuando se pone las braguitas de encaje, las medias negras y los tacones altos, se cree en la obligación de emitir unos bramidos de elefante que tengo que interpretar como «La quiero mucho, Madame Cramming», y se cree que yo también me voy a excitar con esta pantomima. Ni que decir tiene que un método mucho más sencillo daría mejores resultados. Pero el asunto no se acaba ahí. Sería demasiado bonito. Nuestro elefante, milagrosamente transformado en niña, tiene que recibir órdenes relacionadas con trabajos domésticos, tiene que ser horriblemente humillado y duramente golpeado. Entonces se pone a

lloriquear como un elefante: «Basta, basta, ya no puedo más». Luego tiene que hacerme el *cunnilingus*, y a continuación se va andando pesadamente, abandona la habitación y abraza a su oso de peluche. Y, cuando se siente seguro al otro lado de la puerta, mientras me observa a través del agujero de la cerradura, por fin consigue tener un orgasmo con el oso. Para más inri, resulta que, cuando lloriquea, se lamenta de la crueldad de su profesor. Ya me entiende a qué profesor se refiere. ¡Un hombre! Ni siquiera tengo derecho a ser una mujer. —Madame Cramming se detuvo para recobrar el aliento; cuando lo recuperó se sintió más tranquila—. Comprenderá ahora cuánta fortaleza de carácter necesito, pues, a pesar de sufrir este infierno, no estoy completamente loca. Aunque muchas veces he llegado a rozar la locura. No existe el riesgo de que me convierta alguna vez en elefante u oso de peluche; como mucho, sería un pavo de ojos vidriosos. En fin, si me ayuda a deshacerme de estos asquerosos álbumes, hará un gran favor a una mujer, o lo que queda de ella.

Sentí mucha lástima por Madame Cramming, pero no le dije nada.

—Los compraré con mucho gusto —dije—, aunque no me será fácil venderlos. El travestismo es relativamente corriente, pero los animales son otro asunto.

—A buen seguro, tendrá usted clientes a quienes les gusten los animales, Monsieur Coppens. Sé que se las arreglará. A fin de cuentas, usted es joven y tiene muchos recursos.

Prometí intentarlo y me marché con los dos álbumes que había aceptado vender a comisión. Madame Cramming me dijo claramente que quería sesenta mil francos por los dos, cantidad insignificante para ella en comparación con lo que había sufrido. Cada álbum contenía unas cien ilustraciones. No veía cómo sacar más de trescientos francos por cada una. Precio este muy inferior a su valor real, sobre todo teniendo en cuenta de que se trata de un tema francamente delirante. Lo que las convertía en piezas únicas dentro de su género era lo absurdo de las representaciones. Me devané los sesos tratando de acordarme de algún cliente que hubiera expresado algún interés por el travestismo en los animales. Pero enseguida llegué a la conclusión de que me iría mejor si buscaba entre los clientes amantes de obras sobre el travestismo puro y simple.

Llamé a Monsieur Berger y, por suerte, le encontré en casa. Cuando le dije que tenía doscientas ilustraciones y acuarelas sobre travestismo, me contestó muy agitado:

—¿Estará esta noche en su casa? ¿Podemos vemos a la misma hora que la última vez?

—Claro que sí —le contesté—. Será un placer.

—De acuerdo, hasta esta noche, Monsieur Coppens. Muchas gracias por haberme llamado. Le agradezco que haya pensado en nosotros.

—Oh, no es nada, Monsieur Berger. Hasta luego.

—Hasta la noche, Monsieur Coppens.

—Adiós, Monsieur Berger.

Colgué rápidamente: una vez más, aquel intercambio de frases huecas hubiera podido durar infinitamente. De repente se me ocurrió que Monsieur Berger dirigiría las sesiones de psicoanálisis de la misma manera, intercambiando con el paciente frases sin interés durante largo tiempo. Como le pagaban por horas, tenía que ganar mucho dinero.

A las ocho en punto los Berger llamaron a la puerta. Nada más cruzar el umbral, Madame Berger ordenó a su marido ponerse a cuatro patas, orden que cumplió inmediatamente.

—Sube inmediatamente —le dijo de forma brutal.

Como un perro, a cuatro patas, el hombre subió las escaleras que llevaban a mi despacho. Madame Berger siguió hablando tranquilamente conmigo, sin prestarle ni la más mínima atención.

—No resulta tan fácil venir a su casa. Realmente creo que tendrían que construir una autopista entre nuestro pueblo y la ciudad. Mi marido no tiene muy buenos reflejos cuando hay mucha circulación. Ya sabe, la edad.

Cuando entramos en el despacho, Monsieur Berger, que se nos había adelantado, empezó a olfatearnos y a ladrar como un perro. Casi me desmayo. Pensé: «¡No, no es posible! ¡Otro animal! ¡No más chalados, por favor!». Pero la fatalidad no conoce la piedad. Era, en efecto, otro animal. Por suerte, Madame Berger tomó inmediatamente las riendas del asunto: acarició la cabeza de su marido mientras le decía: «Basta ya, Red, basta ya. Sí, eres un buen perro, anda, échate. Sé bueno y cállate… Así, muy bien».

Se tumbó en el suelo con poca soltura, posando lentamente la cabeza sobre las patas. Dada la situación, no me pareció indicado ofrecerles una copa, y saqué inmediatamente los álbumes. Madame Berger le pasó uno a su marido y retuvo el otro, que empezó a hojear. De pronto soltó una risita traviesa de niña mala y me dijo mirándome:

—¡Oh! ¡Alabado sea Dios! Al fin un animal todavía más loco que el mío.

—Este no es un animal —rectifiqué—, sino un auténtico zoológico.

—Y yo que me creía una persona con mala suerte… —suspiró—. ¿Está casado?

—Sí.

—Pobre esposa —dijo identificándose totalmente con ellos.

—¿Le gustan las acuarelas? —le pregunté.

—Me gustan mucho. Me parecen estupendas. Pero ¿qué se puede hacer con estos elefantes y estos osos?

—¡Guau, guau! —ladró Monsieur Berger—. ¿Puedo hablar, por favor?

—Si dejas inmediatamente de hacer el perro, sí —le respondió con sequedad—.

Siéntate y fúmate un buen puro.

Monsieur Berger recuperó su aspecto humano y fue a sentarse junto a su mujer.

—Y bien —dijo ella—, ¿qué te parecen?

—Me gustan mucho los osos —dijo sin vacilar—. Cuando era niño le tenía mucho cariño a un oso de peluche. —Luego, adoptando la actitud suelta del psiquiatra enterado que era, añadió—: Estoy además prácticamente convencido de que voy a poder integrar este animal en su síndrome infantil. En cuanto a los elefantes… —empezó a mover la cabeza como pensando—, hum… no sé, no lo veo claro. Nunca los había estudiado bajo este ángulo, la verdad. Podría resultar interesante…

En su rostro se reflejaba la lucha que, dentro de sí, mantenían el psiquiatra y el maníaco.

Su mujer, temiéndose lo peor, le interrumpió angustiada.

—¡Anda, déjate de elefantes! —le sugirió a la desesperada—. Ya tienes bastante con los osos, ¿no crees?

Monsieur Berger no contestó. Con el ceño fruncido, se abandonaba a sus pensamientos.

—Lo siento, pero no creo que eso sea posible. Los álbumes no pueden venderse por separado —murmuré dirigiéndome a Madame Berger.

A decir verdad, tenía tan pocas ganas como ella de quedarme los elefantes. ¿Dónde encontraría un cliente que quisiera esos animales tan extraños y llenos de protuberancias? Sin embargo, siempre dispuesto a la amabilidad, sugerí llamar a mi cliente para consultárselo.

—¡Oh, sí! ¿No le importa hacerlo? —dijo ella llena de gratitud.

Marqué de nuevo un número ficticio, la información horaria —fue lo primero que se me ocurrió—, y por desgracia me dijeron que tenía que vender juntos los osos y los elefantes.

—Veintiuna horas, dieciséis minutos.

Con aflicción, transmití la decisión de mi cliente a Madame Berger. Encogió los hombros en actitud fatalista.

—En fin, ya veremos. Sólo nos queda saber qué tipo de aberración va a desencadenar esto. ¿Cuánto pide su cliente por estos álbumes?

—Alrededor del millón trescientos mil francos. La colección está compuesta de doscientos dibujos y acuarelas, y sé que un pintor que aceptase hacer este tipo de ilustraciones pediría de quince a veinte mil francos por cada una. Lo cual elevaría el precio de la colección completa a trescientos o cuatrocientos millones. Mas, en este caso concreto, sería ridículo, ya que los dos álbumes se tienen que vender juntos, y luego está el problema de los elefantes…

Ella se volvió hacia su marido.

—¿Puedo interrumpir un segundo tu profunda meditación, cariño? —le preguntó sosegadamente—. Dime, brillante psiquiatra, ¿has hallado ya la fórmula para integrar estos elefantes en tu sistema?

Monsieur Berger se irguió bruscamente y, apuntando a su mujer con un dedo de rabia acusador, contestó:

—Eso no tiene ninguna gracia. Estos asuntos hay que tomárselos en serio. No lo permitiré, es demasiado grave. He pensado muy seriamente en todos los medios posibles, pero tengo que confesar que estos elefantes no me excitan ni lo más mínimo. Lo siento.

—Cuando iba al zoo, de niño, Monsieur Berger —dije para ayudarle—, ¿no le decían nada los elefantes?

—Nunca fui a un zoo, Monsieur Coppens —me contestó con seriedad—. A mis padres no les gustaba ver a los animales enjaulados.

—Muy bien —dijo su mujer animadamente—, entonces los elefantes no nos interesan. ¿Qué podemos hacer? Habrá que estudiar el precio porque supongo que querrás los álbumes.

—¡Oh, sí, cariño! Los quiero.

—¿Cuánto pagarías por quedártelos?

—Mi adorada —contestó, volviéndose hacia su esposa de forma tan exageradamente humilde que le delataba—, ¿cuánto puedo pagar?

—¿Quiere eso decir que yo tengo que tomar la decisión? —Inclinó la cabeza—. Comprendo. De acuerdo, Monsieur Coppens, diga un precio razonable.

Me quedé pensando un momento.

—Creo que seis mil francos por dibujo seria el precio justo, pero doscientos multiplicados por seis mil son un millón doscientos mil francos. Es mucho dinero y, además, hay que añadir mi comisión.

—No, lo siento. Es demasiado caro para nosotros en este momento. Tenemos que comprar un coche nuevo. El que tenemos nos puede dejar tirados en cualquier momento.

—¿Por qué no se lo piensan un día o dos? —les propuse.

—Sí, sería lo más sensato, claro —dijo ella—, pero, puesto que a mi marido le gustan tanto, preferimos llevárnoslos esta misma noche. Se sentó un momento y, pensativa, dio una calada al cigarrillo. Un millón, no podemos pagar más.

—Veré si puedo hacer algo —dije dirigiéndome al teléfono.

Estaba de lo más excitado al pensar en el beneficio que iba a obtener y marqué un número cualquiera. Tras una animada discusión con un señor, que por supuesto pensó que yo estaba completamente loco, me dirigí a Madame Berger.

—Trato hecho.

—Magnífico —exclamó ella, mostrando su agradecimiento—. Y a usted le

daremos cien mil francos por la amable atención que nos ha prestado, ¿acepta?

Lo acepté. Madame Berger se dirigió a su marido.

—¿Llevas encima el dinero? —le preguntó.

Lentamente, movió de forma negativa la cabeza.

—¡Cómo! ¿No lo llevas? ¿Cuánto tienes? —dijo furiosa.

—Setecientos mil, señorita —murmuró.

Madame Berger se levantó de golpe.

—Quítate los pantalones. Rápido —le gritó. Luego, se dirigió a mí tranquilamente—: El otro día me dijo que le gustaba flagelar, ¿no tendrá por casualidad un látigo a mano?

Le contesté que sí.

—¿Le importaría traerlo? —Luego se encaró con su marido—: Te faltan trescientos mil francos, imbécil, idiota, miserable criatura. Esto te va a costar treinta golpes. Trescientos serían demasiados para tu edad. Pero que conste que te los mereces.

Y en el acto le propinó a su marido treinta ruidosos golpetazos en las nalgas desnudas. El hombre no hizo el mínimo gesto de apartarse ni tampoco rechistó. Al finalizar el castigo, exhibía con fiereza el pene erecto. Madame Berger me miró con placidez y me preguntó si, dada la situación, le permitía que se la chupara un poco a su marido. Le dije que abandonaría la habitación.

—Oh, no, no merece la pena. Si quiere, llame a su cliente y pregúntele si tiene intención de vender el resto de sus obras.

Esta vez marqué el número de los Cramming. No estaban en casa. De todas formas, fingí una conversación muy animada, observando por el rabillo del ojo el espectáculo que tenía lugar en mi despacho. Madame Berger se había quitado el vestido y el sujetador. Trabajando esforzadamente en la fuente de placer, sus cabellos pelirrojos cubrían los riñones de su marido. Cuando él se corrió, lo deglutió y con gusto. Decidí que era hora de acabar aquella conversación ficticia y me permití una última ojeada discreta a los senos de Madame Berger. Su juventud había ya pasado, pero seguía siendo muy seductora y no pude evitar admirar sus encantos.

Aquella sesión me había excitado mucho; pero se evaporó al percatarme de que había actuado como un auténtico *voyeur*.

Monsieur Berger, una vez colmados sus deseos, se sentó en una silla con el rostro congestionado.

—Le daremos ahora setecientos mil francos —dijo ronroneando de satisfacción —; por otro lado, nos gustaría llevarnos los álbumes esta noche. Existe el riesgo de que tengamos un accidente en el camino de vuelta, y entonces perdería usted trescientos mil francos, pero no creo que esto ocurra; y si está de acuerdo, mañana por la mañana le mandaremos un giro postal con la cantidad que debemos.

Mostré mi conformidad y les di sus nuevos tesoros.

—Ha sido usted muy amable, Monsieur Coppens, —dijo Madame Berger sonriendo—. Me gustaría agradecerle lo paciente y comprensivo que ha sido con nosotros, y sería un placer tomar juntos una copa de jerez antes de irnos. —Cambiando bruscamente de voz y de actitud, se volvió hacia su marido—: Y tú, perro, ya puedes bajar los álbumes.

El aludido se puso al instante a cuatro patas y su mujer le colocó un álbum entre los dientes. Salía ya de la habitación corriendo, y ella le dijo:

—Cuando hayas dejado ese en el vestíbulo ven a buscar el otro. Y como te caigas por las escaleras, te daré una paliza que recordarás toda tu vida.

Saboreamos la copa de jerez. Oímos al hombre bajar las escaleras lentamente y a tropezones. Al poco regresó bufando y resoplando como una locomotora; sólo le quedaba energía para indicarnos su presencia con algunos ladridos y aullidos. Cogió después el segundo álbum con la boca y empezó el descenso de nuevo.

—Es horrible vivir con un desequilibrado sexual —suspiró de repente Madame Berger—. Naturalmente, le quiero. Si no, ¿cómo podría soportar semejante pesadilla? Pero el resultado es que me he convertido en una mujer bastante extraña. La actitud altruista para con mi marido ha desencadenado en mí, quizá como compensación, una inclinación egocéntrica. Mi marido se ausenta dos tardes por semana. Me gustaría hacer el amor algún día con usted. Hace tanto tiempo que no lo he hecho con un hombre joven, y más o menos normal…

Me sorprendió aquella invitación; por diplomacia, disimulé.

—Estaré siempre encantado de tener noticias suyas, Madame Berger, y espero que no olvide su ofrecimiento.

—No lo olvidaré —aseguró.

A la mañana siguiente recibí un giro postal por valor de trescientos mil francos. Llamé inmediatamente a los Cramming. Me atendió al teléfono Monsieur Cramming, con una voz plañidera y unos lloriqueos que me exasperaron.

—Imagino que querrá hablarme de los álbumes, claro. A sus clientes no les gustan mis elefantes ni mis osos de peluche —refunfuñó.

Le contesté con frialdad que, en efecto, mi cliente se interesaba por los osos, pero de elefantes no quería saber nada; sin embargo, como el cliente era psiquiatra, yo confiaba en que daría con la solución.

—Ah, bueno…, pero estoy seguro de que no querrán pagar —siguió lloriqueando.

—Exacto. Los elefantes le intrigan, pero necesitará mucho tiempo y paciencia para acostumbrarse a ellos. Así que una de dos, o se queda con los álbumes, o baja el precio. —Me ponía tan nervioso que le hablaba de cualquier manera.

—Primero tengo que consultar con mi mujer, Monsieur Coppens.

Por suerte, Madame Cramming le arrebató el auricular en aquel momento y me

preguntó qué pasaba.

—Lo siento —me excusé—, pero, no sé por qué, su marido me saca de quicio. Escúcheme bien, Madame. Le daré cincuenta mil francos por estos álbumes, pero luego, en secreto, le entregaré a usted setenta mil francos. En cualquier caso, quisiera su permiso para venderlos a cincuenta mil.

Oí cómo, enfadada, mandaba a su marido salir de la habitación y, poco después, estaba sola al otro lado del teléfono.

—Entonces los ha vendido —dijo conteniendo la risa.

—Sí.

—Venga pues lo antes posible y traiga el dinero. Muchas gracias.

Así que fui a su casa y di a Monsieur Cramming sus cincuenta mil francos.

—Ahora déjanos solos —dijo Madame Cramming a su marido—. Tengo que decirle una cosa a Monsieur Coppens.

Sin duda el hombre creyó que empezaba una nueva escenita y, lacrimeando, se puso a cuatro patas.

—¿Me puedo llevar el oso, señorita?

En esta ocasión, la ira de Madame Cramming no fue fingida.

—Hoy no hay oso que valga, imbécil. Pocas veces se me presenta la ocasión de estar con alguien más o menos normal, así que déjame tranquila con tus ridículos juegos. Vamos, ¡largo de aquí!

—Por favor, ¿puedo llevarme el oso? Por favor, me siento tan solo.

—Por el amor de Dios, coge tu asqueroso oso y lárgate.

Cogió en brazos al oso, se dirigió a gatas hacia la puerta y se instaló, como de costumbre, tras el agujero de la cerradura en espera de la escena de costumbre. Su mujer saltó disparada hacia la puerta y la abrió bruscamente.

—No sólo vas a salir de la habitación, sino también de la casa. Vamos, fuera, y llévate tu maldito oso. Vamos, fuera, y no vuelvas hasta mañana.

Indignada, le dio con la puerta en las narices y regresó a mi lado. Le di los setenta mil francos y me despedí de ella en cuanto pude. Tenía ganas de volver a un ambiente más sano.

Capítulo XI

Al poco tiempo de mi encuentro con los Cramming y los Berger, un día, al volver a la tienda después de un viaje de negocios, mi secretaria me dijo precipitadamente:

—Ha tenido dos llamadas de teléfono, Monsieur Coppens. Monsieur Serge Vazov le comunica que está en la ciudad…

—¿Cómo? —exclamé.

—¿Qué pasa?

—¡Cómo! ¿Nunca le he hablado de Vazov? —le pregunté sorprendido.

—No, nunca.

—Entonces, querida, debo describírselo. Serge es un ruso muy perezoso y un «librero» que normalmente trabaja en París. He coincidido con él numerosas veces en casi todas las capitales de Europa. Es muy atractivo, debe de tener unos treinta y cinco años, y es con toda seguridad uno de los personajes más extraordinarios que he conocido en mi vida. Aún hablan de él en Amsterdam. En París le conocen todos los árabes que suelen ir a los cafés de mala fama de Montmartre. Pasa los veranos en la costa y la gente se pega por invitarle a sus fiestas. Está siempre al corriente de los cotilleos de ese círculo restringido y aburrido que llena las páginas de la crónica mundana internacional. Se casó en América con la hija de un millonario y, cuando llegó a Hollywood, ocupó enseguida una primera plana.

»Para mayor gloria, Serge tiene un gran sentido del humor. Siempre cuenta unas divertidísimas historias que me matan de risa. Lo que más me gusta de él es que da la impresión de que nunca ha trabajado. Estos últimos años se ha mantenido, al parecer, gracias a su elocuencia; de entrada, cae muy bien a la gente, y eso es una ventaja.

»Pero creo que ahora no le va demasiado bien. La última vez que le vi, en Bruselas, me confesó que se veía obligado a hacer de vez en cuando un trabajillo honrado. Tengo que reconocer que el tipo de trabajillos que hacía no eran desde mi punto de vista particularmente deshonrosos, pero seguramente chocaban con los principios de Serge. Ya verá lo que le ocurrió en Cannes, nada más llegar a esta ciudad. Se lo relataré tal como me lo contó él.

Y a continuación le relaté la aventura tal como Serge me la contó.

«Salí de la estación sin un duro en el bolsillo y me di cuenta de que alguien me seguía. Era un hombre de edad avanzada y que no tenía pinta alguna de homosexual. Un tanto perplejo, aminoré el paso y, cuando llegó a mi altura, le pregunté si quería

algo. “Sí,” me dijo con toda naturalidad. “Si me acompaña al hotel en el que me hospedo, estaré encantado de explicarle mi problema”.

»Al oír aquellas palabras, pensé que realmente me había confundido y que sin duda se trataba de un marica. Pero, nada más llegar al hotel, me di cuenta de mi error. Me llevó a una lujosa suite donde una mujer mucho más joven que él parecía estar esperándole. Me la presentó. Se llamaba Ariane. Y, sin preámbulos, me dijo que hiciera el amor con ella.

»“¿Aquí?”, le pregunté.

»“Sí, y ahora mismo. Quiero que se desnude del todo. Si acepta la proposición, le daré cien mil”.

»Claro que me hablaba de cien mil francos antiguos, pero al fin y al cabo tampoco estaba mal.

»“De acuerdo”, dije, “pero primero quiero el dinero”.

»Y en verdad necesitaba el dinero, entiéndame. El hombre me lo dio sin chistar y vi que la mujer sonreía mientras yo lo contaba. No estaba mal, ella. Tendría unos treinta años, una hermosa cabellera negra y unos bonitos ojos castaños. Me preguntaba cuánto le pagarían y si la habría recogido de la calle a ella también.

»Al fin nos desnudamos los dos. Quitó la colcha de la cama y nos tumbamos directamente sobre las sábanas. Iba a pasar a la acción cuando el hombre me dijo que esperara. De una caja sacó tres o cuatro focos de los que emplean los fotógrafos profesionales y los colocó alrededor de la cama. Ahora entendía la finalidad de la sesión. Me volví hacia Ariane para ver su reacción: tenía los ojos cerrados y parecía aburrirse un montón. Es la típica actitud de las prostitutas cuando no trabajaban a gusto.

»“Por favor, espere un momento más” me dijo el hombre. “Hay que aclarar un poco la escena, ¿o no?”.

»“Creo que hubiera podido arreglármelas bien en la oscuridad”, le contesté. Pero él se limitó a sonreír y siguió con su trabajo. Una vez que hubo instalado todos los proyectores, pulsó un botón. La luz que cayó sobre nosotros de repente era tan deslumbrante que prácticamente no podía ver. Me pareció estar nuevamente en un escenario. Incapaz de ver nada, me puse a buscar a Ariane a tientas y pregunté si podíamos empezar ya.

»“Sólo un momentito”, refunfuñó el hombre. Fue de nuevo a la caja y sacó una pequeña cámara y un trípode. Yo sabía muy bien lo que pensaba hacer. ¡Cómo si no estuviera enterado de que ese tipo de películas causaban furor en ese momento! Montones de tipos como él, de mediana edad, disfrutan montando para sus amigos filmaciones como esta, realizadas por ellos mismos. En París resulta de lo más corriente encontrarse con ricos hombres de negocios que llevan al hotel a una prostituta y le piden que haga las cosas más delirantes que uno pueda imaginarse por

el solo placer de filmarlas.

»Ciertamente le sacó jugo al dinero. No paraba de poner carretes nuevos en la cámara. Tengo que confesar que yo tampoco me aburría. Ariane era muy ducha en su oficio, toda una experta en la materia. Una vez terminada la sesión, me sentía reventado literalmente. El hombre quedó encantado con mis servicios. Me quedé muy sorprendido cuando, al acabar de vestirme, recibí otro fajo de cien mil francos. Ariane no volvió a vestirse y seguía dando vueltas completamente desnuda por la habitación. Deduje que la pondría de nuevo a trabajar en cuanto me fuera y me levanté, dispuesto a despedirme, cuando me propuso beber una copa. No dudé en aceptarla. Un cuarto de hora después, me dispuse de nuevo a partir. Me acompañó hasta la puerta y me dijo: “Muchas gracias, ha cooperado en todo momento. Mi mujer y yo estamos muy satisfechos; a buen seguro Ariane arde de impaciencia por ver la película”».

Al finalizar la historia, mi secretaria concluyó entre risas:

—¡Oh! Entonces tiene que llamar sin falta a Serge, Monsieur Coppens. Por cierto, la segunda llamada era de Barra.

Barra era un joven colega al que conocía de varias fiestas, pero hasta entonces no habíamos hecho ningún negocio.

—¿Qué quería? —le pregunté.

—Tiene dos o tres libros que cree que podrían interesarle.

—¿Le ha dado los títulos?

—Sí —dijo con un aire vago y desinteresado que decididamente parece ser habitual entre las secretarias de los libreros—. Me ha soltado una perorata sobre cripto no sé qué y diccionarios. Creo que se trata de libros viejos sobre ocultismo.

Sin ánimo de mostrarme demasiado puntilloso, hay que reconocer que su descripción era un poco vaga para alguien que trabajaba desde hacía más de seis años en una casa especializada. Confesaré no obstante que con el tiempo uno termina acostumbrándose a la estudiada indiferencia de estas señoritas respecto a los libros que vende su jefe.

Recuerdo un día en que fui a husmear a la librería Hachette del Boulevard Saint-Germain. En una estantería cuyo rótulo rezaba «Libros alemanes», descubrí un ejemplar de la edición original del libro *Das Kapital*, de Karl Marx. Era un ejemplar rarísimo. Se hallaba entre unos libros antiguos de arte y costaba trescientos francos. Al no ver a ningún dependiente por allí, pasé a la habitación de al lado y pregunté a una secretaria, que trabajaba allí, si podía abonarle el libro. Cuando me preguntó de qué obra se trataba, le contesté con dejadez que era un libro antiguo en alemán que había encontrado en la tienda.

—¿Qué precio tiene marcado? —dijo.

—Trescientos francos, señorita.

—De acuerdo, me fío de usted —dijo de mala gana, prestando tan poca atención al libro como a mí.

El socialismo no era algo que me interesara en particular y mi situación financiera no era muy brillante; además, sólo tenía una idea en la cabeza, revender el libro lo antes posible. El cliente más indicado para aquella obra era sin duda la propia editorial Hachette. Así que comí de forma bastante frugal en ese mismo barrio, pensando en el extraordinario beneficio que sacaría, y volví a la librería Hachette al principio de la tarde. En esta ocasión topé con un vendedor que, cuando le dije lo que deseaba vender, me indicó que me dirigiera al encargado de la sección «Obras políticas». Este último miró atentamente el libro y lo examinó por todos los costados; al fin me preguntó cuánto quería por él.

—Doscientos mil francos —dije sin vacilación.

—Es más o menos el precio por el que pienso venderlo, Monsieur. Tendremos que bajar un poco el precio.

—Lo siento. No puedo vendérselo por menos. Realmente no entiendo por qué no puede venderlo por cuatrocientos mil si pide ya setecientos por la edición original de *De Humani Corporis Fabrica* de Vesalius.

—La antigüedad, Monsieur, es lo que marca la diferencia entre estas dos obras —contestó secamente—. Y son más de trescientos años de distancia.

—Así pues, una diferencia de trescientos mil francos ¿eh? —insistí.

El hombre sonrió. Después de hacerse rogar, me dio ciento sesenta mil francos, lo cual, como descubrí más tarde, era relativamente poco para aquella obra. Hace unos años asistí a una exposición de libros antiguos, y un ejemplar bastante estropeado de aquella misma obra se vendió por cuatrocientos cincuenta mil francos.

Todo esto para decirles que uno termina por acostumbrarse a la indiferencia de las secretarias…

—¿Le ha dejado Barra algún otro recado? —le pregunté amablemente.

—Me ha hablado de ese libro con un título muy difícil de pronunciar, ya sabe, de ese que escribió… Oh, ¿cómo se llama? —Se quedó pensando—. Lo siento, Monsieur Coppens. No consigo acordarme, pero es el tío abuelo, o algo así, de ese genio desconocido que vive en Rocamadour. Ya sabe a quién me refiero. Ese que siempre nos pide poemas ridículos y guarros. Por cierto, todavía no ha contestado usted a su última carta. Quiere más poemas de esos.

—¿Sí? —le dije.

Mi secretaria asintió con la cabeza.

—¡Qué tonta es! —exploté de repente—. Se trata del *Anthropophyteia*.

—Eso es —dijo tranquilamente—. Siempre confundo ese título con «antropofagia». Por eso nunca me acuerdo.

Sentí un escalofrío.

—Tal vez —dije tratando de parecer tranquilo— haya mencionado también el *Kryptodia*.

De nuevo hizo un gesto afirmativo con la cabeza mirando detenidamente la agenda, tarea por la que le pagaba de hecho a quinientos francos la hora.

—¿Mila?

—¿Sí, Monsieur Coppens?

—El *Kryptodia* trata en su mayor parte de temas sexuales. Espero que haya explotado usted personalmente las mil y una maneras de expresar su erotismo. Es más, espero que prefiera el placer sexual propiamente dicho a los libros que hablan sobre el mismo, ya sean galeses o eslavos, pero —dije levantando repentinamente la voz y pegando un golpe sobre la mesa—, hay algo que debería saber, y es que ese hombre que se interesa por los poemitas guarros está dispuesto a pagar cien mil francos en cuanto le echemos la mano encima al *Kryptodia*.

—¿Y por qué se supone que debería saberlo? —dijo Mila inocentemente.

—Y ¿por qué no? —le contesté.

—Es su dinero.

—¿Acaso no es también el suyo?

—Sí, tiene razón. Hará bien en llamar a Barra enseguida, si es que está en su casa.

Faltaba saber si lo encontraría allí. Con Barra nunca se sabía. Era un hombre bastante excéntrico que, si se terciaba, llegaba a ser malo. Hace unos años abrió una especie de galería de arte como anejo a su tienda de libros antiguos, que muy a menudo solía estar cerrada. Empezó el negocio con una colección bastante limitada, pero muy bella, de libros sobre danza, teatro y ballet. Se le empezó a conocer en el medio por su predilección hacia los autores nazis. Con escepticismo, los demás libreros se habían limitado a observar su negocio, dispuestos a lanzarse sobre su *stock* al menor signo de desinterés por el negocio. Como no buscábamos el mismo tipo de literatura, nunca habría acudido a visitarle. Sin embargo, seguí el consejo de Mila y le llamé. Me dijo que fuera a verle ese mismo día.

La tienda de Barra estaba situada en el centro antiguo de la ciudad, en una callejuela que encontré sin demasiada dificultad. El escaparate era bastante presuntuoso, sin duda destinado a gustar a los *snobs*. Ese desagradable aspecto se veía acentuado por los comentarios personal y particularmente irritantes con los que Barra acompañaba los artículos que presentaba. Yo no entendía cómo la policía no le había obligado todavía a retirar los maravillosos a la par que eróticos grabados y dibujos de Labisse y de Léonor Fini que adornaban el escaparate. Entre los conocidos de Barra habían personas influyentes y, por otro lado, tenía fama de utilizar sus talentos artísticos con fines algo oscuros. Yo me preguntaba si, precisamente, no sería esa la razón por la que la policía no se atrevía a meterse con él.

En un rincón del escaparate había una excelente reproducción de *La copulación*

de Rembrandt. El efecto que producía era tal que a mí mismo me chocó. ¿Cómo diablos podía exponer en la calle una obra tan atrevida? Me fijé también en otro grabado, en este caso de Léonor Fini. Comparada con la extraordinaria sutileza que emanaba aquel dibujo, la reproducción de Rembrandt resultaba decididamente pasada de moda. ¿Por qué no me lanzaba yo también a aquel tipo de comercio?, me dije de súbito. Al fin y la postre, los cuadros que tratan sobre esos temas deberían estar reservados a los vendedores de obras eróticas.

Caí en la cuenta de que había sido un estúpido. Como es evidente, los clientes que buscan las preciosas ediciones ilustradas de Sade o de Apollinaire estarían igualmente interesados por otras obras de los artistas que ilustran estas primeras. Vi las afinidades que podía haber entre artistas como por ejemplo Fini y Labisse, y muchos de mis clientes. Afinidades que, hábilmente explotadas, podían a su vez elevar la categoría de mi negocio y atraer a nuevos clientes.

Félix Labisse es un sádico fetichista y su obra refleja claramente sus perversiones; sin duda atraería a los clientes que compartan estas inclinaciones. Las mujeres que aparecen en sus obras están, en general, totalmente despersonalizadas, con el rostro completamente oculto por la cabellera o bajo un manto. Sólo son objetos. El carácter anónimo de esos personajes se ve acentuado por la forma, típica de Labisse, de centrar la atención en los senos, lo cual no sólo revela su tendencia fetichista, sino también su miedo a las mujeres, su infantilismo patológico, pues considera los senos como órganos sexuales secundarios. Además, las partes genitales de la mujer nunca aparecen en los cuadros. Hay que señalar, por otro lado, que su obra se hace muchísimo más agresiva cuando descubre el rostro de las mujeres. Así, tenemos la sensación de que quiere dañarlas e incluso destruirlas. Pero no por ello los senos dejan de ser el tema central; es más, concentra en ellos toda su violencia destructiva. En *Sweetness of Love*, una mujer lleva una ceñida combinación rasgada de arriba abajo y atada con unos lazos de espinos que se hunden en el pecho y vientre desnudos. En *Full Breast*, una mujer tiene hincada una flecha en el seno derecho y la sangre cae goteando. La tendencia sádica de Labisse se aprecia con mayor claridad en *Poetical Forenoon*, donde pueden reconocerse a sádicos muy famosos, como Sade, William Blake —que muestra una extraña mezcla de sadismo y misticismo—, Guillaume Apollinaire, el autor de *Once mil vergas o Los amores de un hospodar*, y muchos más. Aquí el rostro de las mujeres es también anónimo, pero sus pechos reclaman toda la atención. Uno de los rostros se refleja en un espejo, la mujer está herida, y una flecha le atraviesa la garganta. Al margen de la crueldad indiscutible que se desprende de estos cuadros, la obra de Labisse se caracteriza por un refinamiento y una belleza sólo superados por la artista surrealista Léonor Fini.

Desde el punto de vista estético, la obra de Léonor Fini es una clara prueba de que el gusto personal de un pintor por la lujuria y las tendencias agresivas no conlleva

necesariamente la deformación de los sujetos que pinta. En la obra de Léonor Fini, el simbolismo hiperindividualista de su homólogo masculino se expresa a través de una selección de temas más clásicos. Su manera de pintar es sin duda el resultado del conservadurismo innato del sexo femenino que tiene sus raíces profundas en los eternos problemas del ser humano. Esta concepción artística hace que la obra de Léonor Fini sea válida y accesible, mientras el simbolismo cargado y egocéntrico de los pintores masculinos del movimiento surrealista les sume generalmente en una esterilidad artística y les impide comunicarse con el público. Por ello, cuando Léonor Fini trata de adoptar una actitud mental masculina, pierde mucho en sutileza y ligereza, y cae en un estilo bastante zafio. Las frías y mediocres ilustraciones que hizo, por ejemplo, para *Justine*, de Sade, y para *Historia de O*, no pueden ni compararse con el trazo delicado de su *Unconditionned Love*. Ese cuadro, que representa la mano esquelética de la muerte posada sobre los senos de una jovencita, ilustra, con fuerza, tanto la vulnerabilidad de la existencia humana como su carácter efímero. La obsesión evidente de la lujuria y de la agresividad no es en esta artista el fruto de un espíritu atormentado y egocéntrico, sino la prueba de un amor a la vida en todos sus aspectos y de forma total. Esta impresión de crueldad que se desprende a menudo de los cuadros de Léonor Fini es el resultado de un espíritu penetrante que ha tomado conciencia de la impotencia del ser humano y de la dureza de la vida.

Tuve la íntima convicción, a fin de cuentas, de que las obras de un artista de esta clase interesarían más a mis clientes que lo que les había ofrecido hasta entonces. Me dedicaría también a la venta de cuadros.

Así, mientras seguía pensando en los problemas que conllevaría la decisión que acababa de tomar, entré en la tienda de Barra. Me quedé clavado ante el espectáculo que se ofreció a mi vista. La habitación era la réplica exacta de una capilla ardiente. En el centro, sobre una tarima, un ataúd ricamente adornado subrayaba aún más el efecto mórbido que producía aquel lugar. Barra se hallaba sentado, con las piernas cruzadas, sobre el ataúd. Había mandado grabar su nombre y fecha de nacimiento en letras doradas, que destacaban sobre el rojo oscuro de la madera de caoba. Sólo faltaba la fecha de su muerte. Unos viejos uniformes de las SS manchados de sangre y colgados por las estanterías de libros daban un aspecto más siniestro todavía a la habitación.

—Buenos días, Barra. Pero ¿qué es todo esto? —dije por fin señalando despreocupadamente el impresionante decorado.

—Buenos días, Coppens, ¿qué tal?

—Bien, gracias, —le contesté—. Pero, por amor de Dios, ¿qué le pasa?

—Nada —me contestó alegremente.

—¿Cómo puede decir eso? —le dije mirando a mi alrededor.

—¡Oh! No tiene importancia. Sencillamente, pienso que hay que acostumbrarse a

la idea de la muerte cuando aún se es joven. ¿Le gusta mi nuevo ataúd?

—¿Su nuevo ataúd?

—Sí, mi nuevo ataúd. El anterior era de madera de haya, pero no estaba muy logrado. En lugar de hacer de la muerte un acto de regocijo, la hacía tan triste que le quitaba todo interés.

Aquella verborrea llena de afectación me irritó pronto. Me preguntaba cómo un hombre de casi treinta años podía vivir de forma tan teatral y adoptar una actitud tan pretenciosa.

Unos días después tropecé con un amigo íntimo de Barra que me habló largamente sobre él. Al parecer, a menudo se lo encontraban dormido sobre el ataúd. El año pasado, en su cumpleaños, había recibido a sus invitados tumbado en el ataúd y vestido de gala. Incluso se decía que invitaba a meterse dentro a atractivas chicas con el fin, decía, de conocerlas mejor. La gente que le conocía estaba convencida de que Barra esperaba la muerte con alegría y que disfrutaba preparando su entierro, previsto hasta los más mínimos detalles. Pero su amigo me dio una explicación de esta actitud mucho más creíble.

Barra era el hermano menor de cinco chicos y procedía de una familia pequeñoburguesa. Durante la guerra, sus padres y hermanos mayores habían sido unos nazis convencidos. Todos se habían metido en las SS y todos habían muerto en el frente ruso. Al acabar la guerra, Barra no había cumplido aún los veinte años. Nunca había asistido a un centro de enseñanza oficial y le habían llevado a un instituto que recogía a los huérfanos nazis, donde se habían limitado a enseñarle toda una serie de estúpidas teorías sobre la raza aria y otras ridiculeces por el estilo. El amigo de Barra me explicó que este último no era un huérfano auténtico, ya que su madre seguía viva. Pero parece ser que estaba tan ocupada llorando por su marido y sus hijos, e iniciando a jóvenes soldados en los misterios de la vida, que se había olvidado de que Barra existía.

Hacia el año 1950, Barra, que en el fondo era bastante inteligente y dotado, empezó a frecuentar los ambientes artísticos. Como muchos seudointelectuales de su generación, enseguida empezó a interesarse por ciertas ideas superficiales del existencialismo y sobre todo la que, por ejemplo, reduce la vida al «instante», al «presente». Para Barra, la consecuencia inevitable de este «presente» era la muerte. El intervalo de tiempo que separaba «el momento presente» de la muerte era insignificante y no presentaba ningún interés, dado que su única y exclusiva razón de ser era atrasar lo inevitable: la muerte. Así pues, Barra decidió dedicar su vida a imaginar ese momento supremo. La capilla ardiente y el ataúd se convertían de este modo en un decorado ideal e incluso bastante racional, una vez que se conocía la razón del mismo. Sólo los uniformes nazis, que día a día le recordaban el trágico destino de su familia, daban a la habitación una nota sentimental; de hecho eran una

prueba, sólo con su presencia, de la fe que tenía en la filosofía que profesaba.

Todo esto parecía muy plausible y bastante lógico, pero las formas amaneradas de Barra me impedían tomármelo en serio. En mi opinión, su vida era sólo una horrible mezcla de esnobismo y de gestos estudiados. Empecé a tener esta impresión tras el incidente que tuvo lugar la primera vez que fui a verle a su casa. Nuestra primera transacción resultó trabajosa. Barra había puesto un precio muy alto a las obras que me proponía y, como es lógico, traté de llevarle hacia una postura más razonable. De repente nos interrumpió la alarma de un despertador.

—¡La hora del té! —exclamó alegremente saliendo del ataúd donde había pasado no sé cuanto tiempo demostrándome con énfasis lo raros y valiosos que eran los libros que me quería vender.

Cortando de golpe la conversación, fue precipitadamente a un rincón oscuro de la habitación para hacer el té. Volvió poco después con una bandeja, y sobre ella dos tazas y una cajita. Le seguían dos majestuosos pavos reales que había ido a buscar al jardín. Me ofreció una taza, se metió nuevamente en el ataúd y sacó de la caja unos granos que extendió por el suelo. Los vistosos pájaros empezaron a picotear descuidadamente al tiempo que Barra volvió a su perorata con nuevas fuerzas.

—Cualquier objeto bello es una alegría eterna. El pavo real es sin duda alguna un objeto bello y representa eternamente el «momento presente»; por lo tanto, es esencial para el hombre.

La caja por suerte no era muy grande y su contenido se acabó enseguida; los pavos reales se fueron por donde habían venido y yo pude retomar el tema de la conversación. La afectación de Barra había dejado de impresionarme; le interrumpí diciéndole con sequedad que ahora tenía que aceptar o rechazar mi oferta definitiva. Muy amablemente aceptó la suma que yo le había ofrecido al inicio. Se guardó el dinero y me invitó cortésmente a una fiesta que daba un amigo suyo, un pintor llamado Francis. De hecho, este último iba a exponer por primera vez en breve.

—Mire, ese tipo de reuniones no me entusiasman demasiado. Una vez que se ha visto una, ya se han visto todas —le dije.

—No esta, ya lo verá. Le puedo asegurar que sale de lo común —me afirmó Barra —. Le gustará mucho, estoy seguro. Y además, irá Elisa.

—¿Elisa? ¿Se refiere a esa joven lesbiana que se pasa el día silbando a las chicas que pasan por debajo de su ventana? —le pregunté.

—Claro. Figúrese, una chica salió con ella y hasta al cabo de seis meses no se enteró de que Elisa no era un hombre —me comentó riéndose como una alcahueta.

—Sí, ya he oído esa historia. Y la chica lo supo al abrir por equivocación un paquete que contenía un vestido para Elisa. Siempre he pensado que, si realmente hubiera querido casarse con la chica, Elisa hubiera podido dar con una explicación válida. En fin, ¿qué otros invitados hay? Porque la verdad es que Elisa no me llama lo

bastante la atención como para decidirme a ir.

—Creo que Simón.

—Tampoco me apasiona demasiado —le contesté. Simón era un tipo más bien apagado. Corrió la voz de que se había quitado el ombligo por qué las líneas tortuosas de esta pequeña cavidad le fascinaban hasta tal punto que ello le impedía concentrarse para meditar. Al menos eso es lo que quería hacernos creer.

—También estará Paula —añadió Barra con una sonrisa un tanto crispada.

Al oír ese nombre, creció mi interés. Paula era nuestra ninfómana. En sus buenos tiempos había sido bailarina. Ahora debía de tener unos cincuenta años, pero, cuando bebía, lo que ocurría muy a menudo, se ponía a bailar «El cisne negro» de *El lago de los cisnes*. Hacia los veinte años, había tenido una cantidad impresionante de amantes entre los hombres famosos, los ricos *play-boys* y los hijos de papá. Ahora, perdidos muchos de sus encantos y casi toda su fortuna, sus aventuras sentimentales se limitaban a jóvenes excéntricos como Barra y a un puñado de viejos admiradores. Vivía, por lo que se sabe, de unos escasos derechos de autor que recibía de algunos libros insignificantes que había escrito sobre coreografía.

—¿Siguen viéndose ustedes dos? —le pregunté a Barra.

—Sí, y cada vez nos llevamos mejor, aunque le aseguro que me ha costado mucho tiempo entender lo que Paula desea. Yo sabía que no se contentaría con realizar el acto sexual sin más. Necesitaba algo especial. Por muy extraño que pueda parecer, tardó en confesarme de qué se trataba. Quería hacer el amor con un hombre que, después de tener el orgasmo, le robara a escondidas alguna cosa y se fuera silenciosamente sin que ella se diera cuenta. Creía que el descubrimiento del robo le haría alcanzar un orgasmo que duraría eternamente.

—Si va usted con cuidado, este caprichito podría transportarla perfectamente a la eternidad. De hecho, no creo que esté muy lejos de ella —dije.

A Barra parece que aquello le hizo gracia.

—¡Oh!, está celoso, Coppens… En cualquier caso, la siguiente vez, cuando terminamos de hacer el amor, salí de la cama y me vestí. No dejé de mirar a Paula, que hacía como que dormía. Quizás haya sido una maravillosa bailarina, pero como comediante es horrible. Pestañeaba sin cesar y eso era algo que me ponía a cien. En cualquier caso eché una ojeada a mi alrededor, cogí el primer objeto que vi y salí pitando. Al cabo de dos horas, me llamó y me dijo, loca de alegría, que no recordaba haber tenido un orgasmo tan maravilloso desde su juventud.

—¿Qué le robó? —le pregunté.

—¡Un cubre-teteras! Se lo devolví a la mañana siguiente, por supuesto. ¿Para qué quería semejante objeto?

Pasado un tiempo, Paula se las arregló para convencer a Barra de que su placer sería aún mayor si, en lugar de contentarse con pequeños hurtos insignificantes, le

robaba dinero, ya que era algo que ella adoraba especialmente. Barra vio que la idea tenía una cierta lógica y creyó que Paula se excitaría mucho con sólo pensar que ya no volvería a ver su dinero. Paula dejó pues «distraídamente» el monedero abierto encima de la mesa y, cuando Barra se fue, «descubrió» que le había robado dinero. Aquello le produjo un placer ilimitado. Siguiendo el expreso deseo de ella, Barra dejó de visitarla durante un tiempo, e igualmente se negó a contestar el teléfono, y así Paula iba convenciéndose poco a poco de que nunca le devolverían el dinero. Sólo el pensar que «la había robado su propio amante», confesó poco después a Barra, le desencadenó una serie de orgasmos que la obligaron a permanecer en la cama un día entero.

Ante la perspectiva de que Paula estaría allí, me entraron de pronto muchas ganas de ir a la fiesta. Tal como Barra me había dicho, estábamos invitados a la casa de Francis B***, un pintor que hasta entonces no había querido exponer sus obras. Barra le había conocido hacía escasos años y se habían hecho muy buenos amigos. Supongo que el origen de aquel sentimiento estaba en la tendencia sádica de la que aquel tipo hacía continuamente alarde. Para Francis, la sexualidad constituía el motor de toda vida humana. Igualmente creía que la sexualidad se había atenuado debido a los tabúes e inhibiciones creados por nuestra sociedad y que el hombre se había convertido en un ser asexuado. Esa nueva actitud sexual, que no era en absoluto natural, provocaba en el hombre normal y corriente reacciones violentas contra la lujuria y la agresividad, observables en ciertas pinturas; por lo general, las personas calificaban de obscenos y sádicos este tipo de cuadros, en vez de, dado que estos instintos formaban parte integrante de su libido, ver en ellos una especie de salvación. A pesar de la crueldad que emanaba toda su obra, Francis no se consideraba un sádico. Animaba, sí, a practicar el sadismo, pero no hasta el crimen. Para él, se trataba de un juego durante el cual la víctima tenía que experimentar tanto placer como el agresor. Dicho de otra manera, Francis sólo podía ser sádico frente a un masoquista.

Creía, además, que una cierta dosis de agresividad ayudaría a salir al hombre de su letargo. La Iglesia cristiana, en su opinión, había visto en este instinto una fuerza revitalizadora e independiente. Lo había utilizado para domar la independencia instintiva del hombre, que constituía una amenaza para su poder y su preponderancia. Las cruzadas, los métodos brutales empleados para convertir a los paganos y los tratos despiadados reservados a los heréticos eran, decía, otros tantos ejemplos que apoyaban sus teorías.

Una de las tesis defendidas por él con más entusiasmo era que el hombre se había convertido en un animal al privársele de la facultad que caracteriza al ser humano: la posibilidad de comunicación. Pensaba que el hombre se había hecho egoísta, e incapaz de mantener relaciones con sus semejantes, y la única solución posible se

hallaba en el crimen y el homicidio colectivos. Según Francis, el arte abstracto era sólo una manifestación evidente de este egoísmo, ya que su lenguaje era demasiado arbitrario y egocéntrico.

El simbolismo de su obra, en cambio, estaba perfectamente claro. Un día le pidieron que explicara el significado del violín que aparecía en *Tabula rasa*. Efectivamente, en el cuadro se ve a una mujer, de pecho generoso, sentada sobre una enorme tortuga en una estación en ruinas y con este instrumento musical bajo el brazo. «Como es evidente, el violín es el símbolo de la mujer en espera del arco, símbolo de concupiscencia y de agresividad», contestó el artista.

—Muy pocas personas le caen en gracia —me dijo Barra, interrumpiendo mis reflexiones—, así que me ha autorizado para que invite a quien me apetezca. Habrá, creo, unas cincuenta personas.

—¿No le parecen muchas? —le dije.

—Bueno, ya sabe, uno invita a cincuenta y acaban viniendo cuarenta escasas. En cualquier caso, está invitado. ¡Ah!, se me olvidaba: Francis me ha insistido en que todos los invitados tienen que llevar patines de hielo. En fin, llamaré un taxi para que se pueda llevar todos los libros. Aquí me molestan y, si los deja, igual me da por venderlos otra vez.

—Le creo capaz.

Mi visita, de sólo dos horas de duración, me había dejado francamente agotado. Mi encuentro con Barra y la impresión que me había producido su extraña galería me habían dado mucho que pensar. Al ver el montón de libros en el asiento del taxi, me dio un ataque de risa. *L'Anthropophyteia* constaba de veintitrés volúmenes. A pesar de que Krauss, el autor de esta obra, había vivido en una época más tranquila que la nuestra, parece ser que no dejó de cavilar ni un solo momento de su vida.

Comenté mis reflexiones a la secretaria mientras me ayudaba a colocar los libros en la librería.

Cogí un volumen de *L'Anthropophyteia* y le pregunté:

—¿Lo conoce?

—No, en absoluto.

—La obra fue confiscada y tachada de inmoral por las mismas autoridades que mandaron retirar la tirada completa de las reproducciones de la *Venus* de Tiziano, que estaba en venta en el Museo de Berlín. Estas postales, según declaraciones oficiales, eran un ultraje público al pudor, mientras que cuatrocientos años antes ningún poder eclesiástico o laico había visto el menor signo de obscenidad en ellas. Por cierto, Mila, ¿le he dicho que Barra me ha invitado a una fiesta? Ese pintor llamado Francis, creo que usted ya le conoce, da una recepción con motivo de su primer exposición. ¿Cree que debo ir?

—Claro que sí. Puede que él sea un agarrado, pero no creo que tenga usted

muchas ocasiones para conocerle, y dicen que es fascinante. Vive como un monje.

—¿Así que realmente merece la pena el desplazamiento?

—Vamos, vamos, déjese de tonterías; tal vez él piense lo mismo de usted.

La noche de la fiesta, Barra y yo fuimos en coche a casa de Francis, que vivía en una estrecha calle. Nevaba mucho y el pavimento estaba resbaladizo. Por el camino, Barra me dijo, sin darle importancia, que quizá Francis no acudiera y entonces haría de anfitrión otro pintor que vivía en el mismo edificio. Eso me decepcionó bastante, pero la verdad es que me era fácil entender a Francis; aquella fiesta era seguramente demasiado para él. El hecho de verse de súbito rodeado de cincuenta personas después de pasar veinte años en soledad es algo que podría agobiarle y agotarle hasta el punto de desear anular la exposición incluso antes de inaugurarla.

—Tal vez venga disfrazado sólo para ver lo que pasa —le dije.

Barra se limitó a encogerse de hombros.

—Haría mejor en mirar al frente. Estamos ya muy cerca y no me gustaría acabar en el canal, Coppens.

—Sí, sí —le contesté—. No se preocupe: está helado.

—Ya lo sé —contestó Barra.

Nos recibió el maestro de ceremonias. Era un gigante de pelo rojo y una voz muy fuerte. Le seguimos por unas escaleras que conducían a una habitación iluminada por el fuego de la chimenea. La mayoría de los invitados estaban sentados por el suelo en pequeños grupos. Nos pusimos a charlar y a beber. Había de fondo una música de jazz y, por lo demás, la velada no parecía muy distinta a las que yo conocía, con la única diferencia de que todo el mundo llevaba colgados al cuello un par de patines de hielo y nadie parecía saber muy bien para qué.

—Bailaremos en el desván —informó Francis, ofreciéndome un vaso por encima de la barra de bar que había montado en un rincón de la estancia. Empecé a creer que la velada iba a resultar agradable, pero no podía dejar de pensar en el tema de los patines.

—No tengo ni idea de lo que haremos con ellos —me dijo Barra—. Igual los hemos traído para nada. A Francis le gusta gastar bromas cuando sale de su torre de marfil, lo cual no ocurre muy a menudo. Con él, nunca se sabe.

En aquel momento distinguí a Paula entre los invitados. Todavía no había bebido lo suficiente como para lanzarse a hacer el numerito de *El lago de los cisnes*. También vi a Betty y a Belle, pero su presencia no tenía nada de excitante, ya que me las podía encontrar en cualquier baile de la ciudad. Eran madre e hija. Belle decía ser actriz, pero nadie la había visto en escena. En cuanto a Betty, la madre, era una borrachina. Vivían juntas desde hacía años y ahora ocupaban una oscura habitación en la parte trasera de la tienda de anticuario que en otro tiempo regentaron. La tienda

sólo tenía un artículo: un magnífico cuadro de un maestro del siglo XVII, que representaba una extraordinaria batalla naval. Esta era la sola y única pieza, que de hecho llevaba expuesta en la vitrina muchos años. El resto estaba completamente vacío. La gente entraba a menudo a preguntar el precio del cuadro, pero Betty les contestaba siempre que no estaba en venta.

Lo había heredado y era el primer artículo que había tenido en la tienda. Lo había tasado muy alto y no había conseguido venderlo. Terminó por encariñarse mucho con él. Ahora era el único recuerdo que le quedaba de su gloria pasada. Desde hacía unos años, Betty y Belle vivían de la prostitución. Belle se había especializado en negros, mientras que Betty se inclinaba por los «rostros pálidos». Ambas dormían en la misma cama, un mueble gigantesco que ocupaba casi toda la habitación. Allí llevaban a los hombres que pescaban y a menudo, durante la noche, cambiaban de pareja. Por la mañana conducían a los invitados ante la caja registradora del abandonado anticuario, donde se les invitaba a mostrar con su generosidad hasta qué punto habían apreciado su hospitalidad.

Una noche, Belle llevó a un negro y encontró a Betty ya en la cama con un chino que había cazado en el puerto. En el curso de la noche, se intercambiaron las parejas como de costumbre. Sin embargo, por una oscura razón, Belle discutió con el chino, y este acabo largándose. Belle se sintió repentinamente muy sola y decidió volver a salir. Conquistó a otro negro en un bar y, entusiasmada, lo llevó a casa. A la mañana siguiente, cuando Betty se despertó, descubrió con sorpresa a dos negros en la cama. Más tarde confesó a su hija:

—¿Sabes, cariño?, tengo que ir con cuidado; dejaré el alcohol por completo. Juraría que ayer por la noche traje a un chino.

Betty y Belle parecían divertirse mucho. Sin duda, ello se debía a que no tenían problemas para encontrar clientes. Sin embargo, los hombres que iban allí no debían de ser muy interesantes desde el punto de vista económico. Sólo un hombre les hubiera podido convenir, un fotógrafo de mediana edad que debía de ser bastante rico. Pero en realidad nadie estaba muy seguro de ello; el año pasado, le fueron a robar y forzaron la caja fuerte: para gran sorpresa de los ladrones, sólo encontraron una cesta de nueces y un teléfono.

Belle se acercó a mí y empezó a contarme sobre una de las últimas fiestas en casa de un amigo de Barra.

—¡Fue maravillosa! ¿Sabe cuándo se acabó? ¡Esta mañana! Ha sido la fiesta más divertida y larga de todos a las que he asistido. ¡Tres días seguidos! ¿Sabe lo que es eso?

—Sin duda, ha debido de ser *la* fiesta del año —le dije.

—¡Oh, desde luego! —asintió—. Pero no había nada planeado. El amigo de Barra había invitado a mucha gente. Llamaban continuamente a la puerta y no paraba de

llegar gente, de modo que al final decidieron dejar la puerta abierta para que cualquiera pudiera entrar. El jaleo impresionaba y, naturalmente, ello llamaba la atención. La casa estaba hasta los topes, de verdad. Habían entrado unos músicos ambulantes y ese curioso hombrecillo con sus perros amaestrados. Ya sabe a quién me refiero: ese que canta por los cafés. También estaba el malabarista, con sus bolas de mil colores, que suele deambular por las calles. Los perros del hombrecillo no dejaban de ladrar, pero la gente ni los oía. Del malabarista, sólo se veían las bolas que rodaban por encima de las cabezas, y cada músico tocaba una melodía diferente. ¡Era increíble!

—Me da la sensación de que me he perdido una buena fiesta —dije.

—Ya lo puede decir. También estaba ese hombre que lleva un impermeable gris. Yo lo había visto antes alguna vez…

—¿Cómo se llama?

—No tengo la menor idea. Nadie le conoce. Debió de entrar con un grupo de personas. Ni el hombrecillo de los perros le conocía, y ya sabe usted lo buen fisonomista que es. En cualquier caso, ese extranjero no se lo había pasado mejor en toda su vida. Se le veía en un rincón, bebiendo sin parar y comiéndose con los ojos a todas las chicas. No paró de reírse en toda la noche. —El rostro de Belle se iluminó como si de repente se acordara de algo—. ¿A que no se imagina qué le ocurrió a la pobre Betty? —exclamó—. Estaba bebiendo unas copas con un señor bastante mayor, y ya sabe cómo es ella, siempre buscando dinero fácil, y de repente le dijo: «Si me da cien francos, me desnudo del todo ahora mismo». Es terrible. ¿Sabe lo que le contestó?: «Aquí tiene doscientos francos, pero, por favor, quédese vestida». Aceptó con gusto el dinero, pero se quedó terriblemente decepcionada. Qué divertido, ¿no? Pero ¿dónde nos habíamos quedado?

—Me hablaba de ese extranjero vestido con un impermeable gris.

—¡Ah, sí! Ya recuerdo, avanzaba la noche y, a eso de la una o las dos de la mañana, el hombre se dirigió al amigo de Barra: «Lo siento, pero debo irme ya. ¿Me da la cuenta, por favor?». ¿Se imagina? ¡La cuenta! ¡Pidió la cuenta! Es tan cierto como que me llamo Belle. Y lo dijo en francés. Debe de ser francés o un diplomático extranjero que habla francés. Luego le pidió al amigo de Barra que le llamara un taxi porque debía coger un avión. Debió de creer que había aterrizado en una discoteca o algo parecido.

—Y, luego, ¿qué pasó? —pregunté.

—El amigo de Barra no dudó un segundo. Garabateó unos números en un trozo de papel y dijo: «Son doscientos cincuenta florines, Monsieur». Llegó el taxi, el hombre pagó la cuenta y se marcho asegurando que se lo había pasado de maravilla. Al poco rato, se empezó a vaciar la casa y, en cuanto abrieron las tiendas, nos lanzamos a comprar algo de comida y bebida con el dinero que nos había dejado el

extranjero. Y así fue cómo la fiesta pudo continuar durante dos días más.

La historia de Belle me entristeció por haberme perdido semejante ocasión, pero estaba seguro de que la fiesta en la que nos hallábamos iba a resultar aún más excitante.

Dejamos los patines de hielo en la basura y subimos a la buhardilla. Paula acababa de esbozar los últimos pasos de su solo de *El lago de los cisnes* y, ante nuestra insistencia para que siguiera, inició un paso muy lento de *La bella durmiente del bosque*. Por desgracia, la juventud es despiadada y enseguida se vio eclipsada por una jovencita que se había lanzado a hacer un *strip-tease* desenfrenado.

Hacía un calor sofocante en el cuartito y, como la mayoría de las chicas habían bebido mucho, empezaron a quitarse la ropa. No resultaba nada sorprendente teniendo en cuenta que, por lo general, las mujeres aprovechan la mínima ocasión para desvestirse, bailar y pasearse completamente desnudas. Hay que señalar que los hombres siguen muy rara vez su ejemplo, y los que lo hacen suelen ser exhibicionistas declarados. Elise, la lesbiana, se había desnudado por completo. Estaba francamente maravillosa, con esa cara de chiquillo, ese rubio pelo corto, ese cuerpo delgado y estirado, y esos pechos en forma de pera. Vestida de Eva, se abrió paso entre los que bailaban en busca de su amante que, en ese momento, bailaba con Barra.

—¿Me permites, Barra? —le dijo arrancándole a la chica sin esperar siquiera a que le diera su consentimiento. Vi enseguida que Barra se sintió vejado. Le echó una mirada de odio y abandonó el cuartito sin decir una palabra. Unos minutos después volvía con nuestro anfitrión, quien inmediatamente hizo cesar la música.

—Una cosa es ser lesbiana, Elisa —dijo Barra—, y otra actuar de forma desleal. Otras mujeres podrían hacer lo mismo que tú, así que sufrirás un castigo por tu actitud injustificada.

—Vosotros dos tramáis algo —dijo Elise, a todas luces inquieta.

—Has dado en el clavo —dijo Barra cogiéndola del brazo y empujándola hacia Francis, quien la puso boca abajo, con el culo al aire, sobre sus rodillas.

Luego extrajo del bolsillo un plumero de mango bastante corto, mojó este último en cerveza y se lo metió en el ano con fiereza. Ella luchaba con todas sus fuerzas y trataba desesperadamente de soltarse, pero no había nada que hacer. Todos la observábamos a carcajada limpia, y nuestro anfitrión dio el toque final a su obra. Y enseguida pudimos apreciar sólo las plumas multicolores sobresaliendo graciosamente de las nalgas de Elise.

—¡Oh! Elise, esto es delicioso. Te pareces a uno de los pavos de Barra. ¡Qué venganza más fina, Barra! —susurró Paula.

—¡Qué pena que no puedas verte, querida! —dijo Belle. Luego, volviéndose hacia su madre—: ¿Y si nos metiéramos también algo en el culo? ¿Unas flores o un

abanico? O unos puerros. ¿Qué te parecen unos puerros? Un cepillo de dientes… ¿O sería demasiado pequeño?

La anciana Betty no compartía sin embargo su entusiasmo.

Entretanto Elisa seguía sufriendo su castigo. Le obligaron a quedarse de pie en un rincón, de cara a la pared, a fin de que se arrepintiera de su mala conducta. Esta escena parece que le impresionó bastante y de repente pareció recuperar el buen humor. No dejaba de mirar por encima del hombro diciendo:

—Muy gracioso, pero que muy gracioso…

—Me da la impresión —comentó Belle— de que esta noche va a haber desenfreno. Betty, ¿te acuerdas de la fiesta, el otoño pasado, en Tánger?

—¿Aquella en que los norteamericanos utilizaban botellas de Coca-Cola para…?

—No, no es esa, no —le interrumpió Belle.

—Fue la fiesta más horrible de todas a las que he asistido en mi vida —continuó Betty con nostalgia—. Figúrate, esas chicas utilizando botellas vacías para…

—No, me refiero a la que hubo en casa del escritor norteamericano. Ya sabes quién, aquel que proyectaba las dispositivas pornográficas en la fachada de la casa de enfrente. ¡Dios mío, se veía todo tan grande! Había puesto el proyector en medio de la ventana. En un abrir y cerrar de ojos la calle se llenó. Aquello gustó a la gente, no dejaba de dar alaridos. Cada vez que salía una nueva imagen con posiciones y parejas diferentes, era una locura. Al final llegó la policía pero no intervino hasta que el norteamericano no empezó a acompañar la proyección con comentarios obscenos.

—Me parece que era la noche en que las chicas cogían las botellas de Coca-Cola para… —murmuró Betty con insistencia.

—Que no, cariño, lo mezclas todo. La fiesta de la que tú hablas fue en París.

—Ah, sí, ya caigo. Aquella en la que conociste a aquel negro tuerto. Te fuiste con él arriba y entretanto los norteamericanos cogieron las botellas vacías y…

Francis interrumpió aquellos recuerdos nostálgicos y nos invitó cordialmente a que fuéramos a buscar nuestros patines y le siguiéramos.

—Tenemos preparada una gran sorpresa para todos —anunció—. Os acordaréis de mí toda vuestra vida.

—¡Viva Francis! —gritaron los invitados.

Nos abalanzamos hacia las escaleras dando trompicones y empujones. Elise fue la última en salir de la buhardilla. Seguía con el plumero hundido en su culito redondo y lo llevaba con cierta dignidad.

Fuimos a parar al sótano. Allí había dos habitaciones espaciosas que habían permanecido cerradas durante toda la noche. Los tres o cuatro primeros que cruzaron el umbral de la puerta cayeron de bruces. El suelo estaba cubierto de una capa de hielo. Las habitaciones, vacías, se habían transformado en una auténtica pista de patinaje sobre hielo. En medio de gritos y risas, el artista explicó que el sótano había

estado inundado varios días y que entonces se le había ocurrido dejar las ventanas abiertas para que el agua se helara. Fue así como ideó construir aquella pista de patinaje tan original.

—Esto es maravilloso —exclamó Belle—. Reconozco que es la fiesta más maravillosa de mi vida.

Todo el mundo patinaba y bailaba sobre el hielo. Vi a Elise deslizándose, en compañía de otra chica desnuda, con el plumerillo metido en el culo.

Como las ventanas estaban cerradas, enseguida empezamos a sudar. La temperatura sube deprisa en una habitación de techo bajo y, en menos de media hora, el hielo se había derretido y chapoteábamos en un agua helada que nos llegaba a los tobillos.

Entonces los invitados buscaron habitaciones más íntimas, pues era evidente que la noche llegaba a su fin. Algunos fumadores de marihuana estaban tranquilamente sentados en un rincón, perdidos en sus paraísos artificiales.

Decidí que era hora de volver a casa y busqué a Barra, pero no di con él. Sin embargo, encontré a Francis y le di las gracias por aquella fiesta tan lograda. Después, emprendí el camino de regreso.

Capítulo XII

Salía de la casa de Francis cuando oí un canto lúgubre procedente de las profundidades del hueco de la escalera. A oscuras inicié el descenso y de súbito tropecé con una masa informe extendida cuan larga era en un descansillo. Me agaché para tratar de identificar al intérprete de aquellos extraños cantos y reconocí a un viejo amigo. Era el novelista V*** E***, el mayor borracho de la tierra.

Me ofrecí para acompañarle a casa.

—Me las arreglaría perfectamente solo, de no ser por esta porquería de nieve y de hielo en el suelo —me contestó—. ¡Ojalá no venda ni un solo cuadro ese bestia de Francis! ¡Menudo imbécil!

Dicho esto, se recostó y reanudó su canto.

Hablándole con delicadeza, lo puse dé pie y traté de arrastrarlo hasta mi coche. No resultó una tarea fácil: se había empeñado en ponerse los patines y volver a casa deslizándose por los canales helados. Tuve que explicarle con mucha paciencia que miles de mujeres quedarían eternamente desconsoladas por su desaparición prematura en las aguas tenebrosas de un canal helado. Aquel argumento le convenció de que debía utilizar un medio de transporte más normal.

Al llegar a su casa, pasamos varios minutos buscando las llaves sin éxito, cosa que, reconozco, no me sorprendió en absoluto. Así que le ofrecí cobijo en mi casa aquella noche. Soltó algún juramento y finalmente decidió seguirme.

Media hora después ya estaba cómodamente instalado en la cama. Me dije que por mi buena acción merecía una condecoración de la Liga Nacional de Amas de Casa. Efectivamente, aunque era un novelista de talento, Elser se ganaba la vida escribiendo artículos y novelas por entregas para revistas femeninas, que firmaba con una cantidad impresionante de seudónimos del sexo débil. Un día me enseñó algunas muestras de las cartas que le enviaban, y que revelaban la inmensa influencia que ejercía entre sus numerosas admiradoras. Me quedé francamente impresionado de la cantidad de mujeres que trataban de emular a las protagonistas, y ello con desenvoltura y de una forma completamente arbitraria. Pero aún era más peligrosa la importancia que algunas lectoras daban a su opinión sobre los problemas personales que le consultaban. Sus respuestas eran tan inconsistentes y superficiales como las novelas por entregas que escribía. Creo que Elser adivinaba mi pensamiento, porque un día me soltó:

—Las putas y los periodistas están cortados por el mismo patrón. Se limitan a ofrecer lo que les pide la clientela.

Como aquella cínica opinión podía también aplicarse a mi profesión, consideré preferible callarme.

Tanto a Elser como a mí nos gustaba mucho París. Se sentía como en su casa, era *su* ciudad. Y le afectaba tanto la desaparición de un antiguo edificio como los cambios en la moda femenina. Un día, cuando íbamos a toda velocidad por la carretera camino de París, para evitar los embotellamientos del domingo por la noche, me contó una divertida anécdota que demostró, una vez más, que la realidad supera muy a menudo la ficción.

—Tengo que contarle una historia que ocurrió el año pasado, Coppens —me dijo —. Se trataba en principio de una broma inocente que, como verá, hubiera podido degenerar en un drama. Ya sabe cuánto me gusta París; siempre aprovecho cualquier ocasión para ir allí. En aquella época estaba sobrecargado de trabajo y hasta dudaba si conseguiría terminar todas las insípidas novelas por entregas que tenía empezadas. El único modo de lograrlo era ir a París a encerrarme en un hotelito tranquilo. Buscaba un poco de tranquilidad y de soledad y estaba convencido de que sería el lugar ideal. Me había fijado un programa: ocho horas de sueño, ocho horas de trabajo, dos horas para las comidas y seis de descanso. Y así lo conseguiría.

»Un amigo me dio la dirección de un pequeño hotel, antiguo y nada caro, cerca de la Rué Montmartre. En realidad, no se trataba de un hotel sino de un burdel. Sólo alquilaban una habitación, que supongo servía de justificación ante la ley, y tuve la suerte de poderla alquilar por tres semanas.

»Me acuerdo perfectamente de que la habitación vecina estaba decorada con espejos en el techo y las paredes, y unas campanillas en la cabecera de la cama.

»Mientras yo trabajaba en la habitación (y por cierto adelanté mucho), oía sonar las campanillas del otro lado del tabique y, mire, aquello me daba una gran serenidad. Día y noche había gente riéndose, haciendo el amor, abriendo y cerrando los grifos; pero toda esa agitación familiar era reconfortante. Me apaciguaba. Me sentía tranquilo y trabajaba como un loco. Creo que el ambiente que me rodeaba fue lo que me inspiró. La habitación era modesta, pero muy romántica. Un saloncito, con la típica mecedora y un rosal raquítico, dominaba el bullicio callejero. A manera de visillos, habían colgado de la ventana tapices gobelinos, completamente raídos. Todo parecía dispuesto para dar una imagen del París que describen nuestros padres cuando recuerdan su viaje de novios.

»A mi vuelta, me encargaron un folletín sobre la aventura de una chica que va a buscar su gran amor a París. Para dar a esta historia visos de realidad, hice que la chica descubriera un hotelito acogedor y anticuado, fiel réplica de mi burdel, y, por supuesto, alquilara la habitación en la que yo había vivido. Hice de esta última una

descripción tan sugestiva que yo mismo me emocioné.

»En resumen, el folletín tuvo un éxito rotundo y un día en que fui a la editorial (le diré que todas las revistas para las que trabajo las edita la misma casa), el editor me preguntó si el hotel existía en la realidad, y, si era así, si tenía inconveniente en darle la dirección e informarle del precio aproximado de la habitación.

»"Desde luego que existe ese hotel", le contesté. "Es muy romántico y nada caro". El único detalle que escondí fue que era también, y sobre todo, un burdel. Pasaron meses y una noche nos citamos para tomar una copa; acabamos hablando de París. Entonces me vinieron a la mente los recuerdos del burdel donde había vivido momentos tan agradables, y le conté que me había inspirado en él para describir el hotel en que mi heroína había conocido el amor. De pronto me di cuenta de que el editor palidecía y quedaba como paralizado.

»"No puede ser verdad. No es posible. Dígame que no es verdad", murmuró con voz temblorosa.

»"Pues claro que sí, es la pura verdad", le contesté alegremente. "Viví allí durante tres semanas y, créame, podría contarle tantas historias sobre ese lugar… Mire, recuerdo una noche en que hice de intérprete a un canadiense que estaba borracho perdido. El hombre no había conseguido hacerle el amor a la chica que había elegido y despertó a todos con sus gritos y lamentos por los malos tratos que la chica le había dado. Y la Madame que, arrullándole para calmarlo, decía: 'Le daremos a Annette, le daremos a Annette. Precisamente ella sabe tratar a los caballeros que han bebido un poco…'".

»"¡Cállese, Elser!", me gritó entonces el editor.

»"Pero ¿por qué?", le dije sorprendido.

»"¿De verdad no sabe por qué razón le pedí la dirección de aquel hotel? ¡Oh, Dios mío! ¡Qué estúpido he sido al no explicarle las razones de mi curiosidad!".

»"Yo creía que era para usted. ¿Quiere decir que era para otra persona?".

»"Pues claro que sí, Elser, claro que sí. Era para las lectoras, Elser. Para las lectoras. He recibido más de ochenta cartas pidiéndome la dirección de este hotel. Más de ochenta lectoras que querían pasar allí las vacaciones".

»"Y… ¿les contestó? ¿Les dio la dirección…, Rué Montmartre?".

»"Completa. La dirección exacta, el precio de las habitaciones, todos los datos. ¡Oh! ¡Dios mío! He mandado a todas esas mujeres a un burdel".

»"De todos modos, no es un burdel como los demás", protesté con gran indignación. "Hay una habitación cuyas paredes están completamente cubiertas de espejos y accesorios inimaginables…".

»"No tiene ni pizca de gracia, Elser. Es horrible. Un desastre, una catástrofe. Es la revista más *snob* que publicamos. Todos nuestros suscriptores pertenecen a la alta sociedad. Sus maridos son diputados, industriales, médicos. Y pensar que las he

mandado a un burdel…”.

»Soltó un último suspiro y se quedó callado, completamente hundido.

»“¿Cuándo ha ocurrido todo esto?”, le pregunté.

»“Hará unos cuatro meses, justo antes de Navidad. Querían tener de París una imagen menos convencional. Por una vez en la vida, no ir a parar al George V, sino conocer un hotelito típico, anticuado y pintoresco. Y las mandé allí…”.

»“Sí, lo sé, a un burdel. Escuche, lo siento de verdad. Pero ¿se ha quejado alguna de sus clientas?”.

»“La verdad es que no. Ahora que lo pienso, no he recibido ninguna queja. Ni una. Cree que…”.

»“Exacto”, le corté. “Eso es lo que pienso. Les ha gustado. Al fin y al cabo, era una visión de París muy original. Me gustaría saber si alguna de ella ha estado en mi habitación”.

El estupor del editor era completamente comprensible, pero no se podía ni comparar con la reacción de Elser, cuando, una vez hubo terminado de contar la historia, le dije.

—En efecto, es realmente un lugar muy agradable.

Fue la primera y probablemente la última vez que vi a Elser completamente desconcertado y mudo. Pero no era mentira. Conocía muy bien aquel burdel. Estaba a unos cien metros de una pequeña librería a donde iba frecuentemente a comprar obras eróticas o de ciencias ocultas. Al acabar, el propietario, Monsieur Dubois, y yo salíamos a tomar una copa a aquel hotel-burdel. Un día, Monsieur Dubois me dijo:

—Dada nuestra amistad, Monsieur Coppens, me permito recomendarle esta casa. Está limpia, organizada, y las chicas… ¡qué le voy a contar!

Como no quería herirle, amablemente le expliqué que siempre, tras un día entero de negocios con sus compatriotas, quedaba agotado y sin fuerzas.

Hacer negocios con franceses no es una empresa fácil. Si uno no está dispuesto a conversar un poco, no le consideran, desde su punto de vista, un compañero de verdad; por ellos, a uno ya podría partirle un rayo. Pero si uno se presta a su juego, pasa el tiempo sin poder concluir un solo negocio… y el resultado es el mismo.

«Monsieur, ¿qué valor tiene el dinero? Varía de un día para otro. En cambio los libros, Monsieur, los libros aumentan de valor de un año para otro». Este es el argumento clásico de estos libreros.

Por suerte, Monsieur Dubois era una excepción a la regla. No sólo estaba deseoso de vender, sino que comprendía que también sus clientes tenían derecho a sacar beneficios con la reventa. Además, sabía perfectamente qué libros tenía, lo cual no era ciertamente una hazaña: ¡su local no medía más de tres metros por uno! A pesar de las reducidas dimensiones, la tienda tenía un gran escaparate. Que yo sepa, Monsieur Dubois no lo cambió nunca y se veían siempre las mismas ilustraciones

militares, amarillentas por el paso de los años, de una revista alemana del siglo pasado.

Había que tener un sentido agudo de la estrategia para moverse en aquella exigua habitación sin darse en la cabeza con el incensario ni chocar continuamente con Monsieur Dubois. Y para complicarlo más, las estanterías sobrecargadas estaban en gran parte tapadas por un montón de iconos. Monsieur Dubois era, con toda probabilidad, de religión ortodoxa.

—Adoro a mi mujer, Monsieur Coppens, pero ¿qué puedo hacer si ella se ocupa de la tienda cuando estoy enfermo? —se excusaba cuando me veía luchar con aquellos iconos para conseguir alcanzar algún libro.

En cualquier caso la situación se hacía dramática cuando un segundo cliente entraba en la tienda. Monsieur Dubois se sentaba entonces en la única silla y, resignado, se contentaba con observar la destreza de sus clientes para no chocar.

Confieso que, de no haber sido por su hija, nunca hubiera llegado a conocer a Monsieur Dubois. La conocí de la siguiente manera: había ido a París en pleno mes de agosto, lo cual era una auténtica tontería, ya que la mayoría de los comerciantes están de vacaciones. Iba paseando por el Faubourg Montmartre con la esperanza de dar con una de esas pequeñas tiendas anticuadas, escondidas en los soportales y siempre abiertas durante el período de vacaciones. Por lo general, toda la familia se ocupa de la tienda y, cuando alguno se va de vacaciones, siempre se queda alguien en la librería. En estas tiendas siempre se encuentran libros de arte, historia y literatura, y, si se tiene la suerte de descubrir un título raro de un género tan especializado como el mío, se pueden hacer excelentes negocios. Estos comerciantes no prestan normalmente ningún interés a obras que no son de su especialidad y se quedan felices al poder deshacerse de ellas y dejar así un poco de espacio. Efectivamente, el espacio siempre es un problema en nuestra profesión.

Paseando por uno de esos soportales, enseguida me fijé en la tiendecita de Monsieur Dubois, en cuya puerta estaba el rótulo de «Abierto». Entré y vi a una chica sentada en la única silla que había, sumergida en la lectura de uno de los tratados de Aurobindo sobre yoga.

Levantó la vista del libro y me preguntó:

—¿Qué desea?

Le mostré una tarjeta de visita, precisándole los temas en los que estaba especializado.

—¡Vaya! —dijo señalando con el dedo el libro que estaba leyendo—, esta es la única obra sobre ocultismo que tenemos ahora. Puede que mi padre tenga otras, pero no sé dónde están guardadas. ¿Cuánto tiempo va a estar en París?

—Cuatro o cinco días.

—Por desgracia, no habrá llegado todavía. Lo único que puede hacer es comprar

este libro para no hacer así el viaje en vano.

Lo cogí exclusivamente por educación, ya que Aurobindo es invendible y luego le pregunté qué tenía de literatura erótica. No me contestó, pero miró de nuevo la tarjeta durante un largo rato, lo que me permitió observarla con detalle: debía de tener unos treinta años; era una chica bonita con una larga cabellera de un negro azulado.

—¿Así que es del gremio? —me preguntó.

Le señalé con el dedo las iniciales de la Liga Internacional de Libreros que había en mi tarjeta profesional.

—¡Ah, sí!, efectivamente. Perdone mi desconfianza, Monsieur —se excusó con una pequeña sonrisa— pero tenemos que tomar muchas precauciones. La policía no nos perdona ni media. Precisamente tengo una o dos obras que le pueden interesar, pero no las tengo ahora en la tienda. ¿Le molestaría mucho tomarse una copa conmigo?

—Será un placer —le contesté.

Puso en la puerta el rótulo de «Vuelvo enseguida», y me llevó a un barecillo, en la esquina, donde, por expreso deseo suyo, pedimos dos copas de anís. Sentía curiosidad por saber cuándo y en qué lugar me enseñaría los dos libros prometidos. De repente, mientras saboreábamos el anís, bebida que personalmente me parece asquerosa, empezó a desabrocharse el corsé y sacó dos libritos en doceavo, que casi ni miré debido a mi fascinación por el espectáculo de dos senos desbordándose de un escotado sujetador.

—Tiene suerte, Monsieur —dijo sonriendo—. No emplearía semejantes medios si no hiciera falta tener cuidado con la policía.

Sintiéndolo mucho, despegué la mirada de sus atractivas curvas para examinar los libros que había dejado sobre la mesa. Se trataba de la tercera edición de *Justine, o los infortunios de la virtud*, de Sade.

—Unos temas muy interesantes —le comenté, lanzando a mi pesar una ojeada de admiración a su resplandeciente pecho.

—¿Puedo confiar en usted?

Contesté afirmativamente con la cabeza, percatándome una vez más de hasta qué punto la esquizofrenia acosaba a los de nuestra profesión, luego añadí:

—Sin duda alguna. ¿Cuánto quiere?

Lentamente empezó a abrocharse el corsé.

—Le costarán cincuenta mil francos —me contestó con gran seguridad—. Eso es lo que pide mi cliente. ¿Se ha dado cuenta de que contienen algunos grabados de la edición original?

—Lo siento, Madame, pero no puedo aceptarlos a ese precio. Esos pocos grabados no añaden ningún valor a las obras y además la encuadernación no es de época. Siento mucho haberle hecho perder el tiempo. Me gustaría invitarle a otra

copa de anís antes de volver a recoger el Aurobindo.

Aceptó mi invitación, y aquella nueva copa de anís me dio derecho a una nueva sesión de desabrochamiento. Sade desapareció en el mejor escondite del mundo. Francamente tenía un pecho precioso. Está claro que el precio que pedía por los libros era demasiado elevado pero, con aquel amago de *strip-tease* ofrecido como suplemento, al final no resultaba tan caro. Así que cambié de opinión cuando nos disponíamos a ir.

—Bueno creo que se los compraré. ¿Saldamos la deuda ahora mismo?

Así pude asistir por segunda vez al agradable espectáculo. Una vez que hubo sacado los libros de su escondite, se los pagué. Contó el dinero con detenimiento, y pude una vez más admirar con toda tranquilidad su espléndido pecho. Estoy seguro de que Sade no hubiera desaprobado mi conducta. Cuando terminó de contar el dinero, se levantó y me soltó con desprecio:

—Resulta curioso. Independientemente de donde procedan, los hombres tienen siempre las mismas reacciones.

A partir de entonces me convertí en un cliente asiduo de Monsieur Dubois. Descubrí que mi primera compra no había sido un golpe de suerte ya que Dubois tenía toda una red de viejos clientes a quienes compraba a veces primeras ediciones. Un día, en el curso de una conversación, le conté mi encuentro con su hija. Levantando los brazos al cielo, con gesto de desesperación, exclamó:

—¿Qué quiere que le diga, Monsieur Coppens? Es actriz, le gusta hacer teatro.

Entre las muchas adquisiciones que hice en su tienda, compré un auténtico tesoro que, por desgracia, fue el mayor error de mi carrera. Era un manuscrito anónimo, escrito en inglés, fechado alrededor de 1880 e ilustrado con seis fotografías eróticas un tanto envejecidas. Monsieur Dubois lo había apartado para mí y me había dejado que yo mismo pusiera el precio. En realidad, era incapaz de calcular el valor del libro porque el texto estaba en inglés. Tenía un estilo sencillo y claro, y la intriga estaba muy conseguida. Estaba claro que no se trataba de un libro pornográfico normal y corriente, sino de una obra erótica agradable, que describía con una cierta complacencia el masoquismo masculino. Las fotografías, en perfecto estado, eran las adecuadas para el texto por su encanto y sencillez. El conjunto daba una idea clara y curiosa del ambiente sexual que reinaba entre la alta sociedad inglesa a finales del siglo pasado.

Monsieur Dubois estaba encantado al verme enamorado del manuscrito y aceptó sin dudar los veinte mil francos que le ofrecí.

—Si el texto fuera francés, hubiera pedido el triple —me comentó—. Pero siendo inglés no pensaba sacar gran cosa. En realidad, yo lo he comprado por tres mil francos.

Nada más llegar a casa, le enseñé el manuscrito a uno de mis clientes más

competentes dentro de este campo, pero por desgracia fue incapaz de darme el nombre del autor. Tampoco quiso comprarlo, alegando que cuarenta mil francos le parecía un precio excesivo para una simple novela erótica. Días después lo vendí a un norteamericano.

A los tres meses recibí una llamada del primer cliente, preguntándome si tenía todavía el libro. Le contesté que no.

—Dios mío, qué estúpidos hemos sido, Coppens. Le parecerá imposible. Acabo de volver de Inglaterra, donde consulté a un experto sobre su manuscrito. Él me enseñó algunas cartas para que comparara, de memoria, la escritura con la de su manuscrito, y no hay ninguna duda: las cartas y el manuscrito están escritos por la misma persona.

—Pero ¿quién es el autor? —le pregunté con impaciencia.

—Ashbee, Coppens. Henry Spencer Ashbee.

—No puede ser.

—Pues sí. A no ser que las cartas sean falsas, lo cual dudo mucho, ya que todas están firmadas. Lo siento Coppens, estoy convencido de que es la primera vez que he tenido un error tan grave con respecto al valor de un libro. —Luego colgó.

Me quedé un buen rato sin reaccionar, hundido en una silla, con el auricular en la mano. ¡Ashbee! ¿Cómo no lo había relacionado con él? Y soñé con todos los clientes a los que hubiera podido vendérselo diciendo: «Se supone escrito por Pisanus Fraxi, el seudónimo de Henry Spencer Ashbee, el mejor escritor inglés de obras eróticas».

Cuando volví a ver a Monsieur Dubois, le dije que había vendido el manuscrito y le rogué que me dijera dónde lo había comprado él.

—Se lo vendí a un cliente norteamericano —le expliqué—, un bibliófilo empedernido que no se quedará satisfecho hasta que no lo sepa todo sobre el libro. Le agradecería infinitamente si me ayuda a acabar con su curiosidad…

—Pues claro que sí, Monsieur Coppens, claro que sí. Le entiendo perfectamente. Cuanto más contento le tenga a este hombre, más libros le comprará. Y así, más le venderé yo —me dijo amablemente.

Pero no me dio en aquel momento la información que deseaba. Tuve que esperar y aproveché para examinar la pila de libros que me había preparado. El tiempo fue pasando y, cuando acabé de elegir algunas obras, dijo que debía ausentarse una media hora.

—Como somos ya viejos amigos, estoy seguro de que cuidará de mi tienda como si fuera suya. Hasta ahora, Monsieur Coppens.

Estaba un tanto intrigado con su actitud. Lo único que podía hacer era esperar soñando despierto. Acabé pensando en Monsieur Dubois y en la vida tan sencilla y tranquila que llevaba, al margen de la búsqueda incesante de nuevos libros, las transacciones interminables con los vendedores, y las oscuras maquinaciones de las

subastas. Se contentaba con sentarse tranquilamente en la tienda todas las tardes —nunca abría antes de la hora de comer—, y esperar a los pocos y buenos clientes que tenía y con los cuales mantenía relaciones de amistad. La tranquila atmósfera de la tienda me dejó medio adormilado. La llegada de Monsieur Dubois me despertó.

—Traigo noticias que creo le interesarán, Monsieur Coppens, —me dijo a la vez que ponía en la puerta el rótulo de «Vuelvo enseguida».

Luego abrió una botella de Armagnac, sirvió dos copas y me contó de qué manera aquel manuscrito había llegado hasta él.

—Lo compré en el burdel que le recomendé. Por cierto, tienen una chica nueva, una maravillosa jovencita tunecina. Debería ir a verla, parece una pequeña marioneta. Está siempre en la luna, pero es francamente adorable. Volviendo al tema del manuscrito, le diré que me lo dio Madame, ya que cada vez van menos ingleses al establecimiento. En realidad, se lo cambié por dos de esas horribles novelas pornográficas modernas.

Me dio un escalofrío sólo de pensar que un manuscrito auténtico de Ashbee había sido cambiado por dos novelas sin interés que no valían ni siquiera dos mil francos.

—Aquello, en los viejos tiempos de Madame, era muy distinto —prosiguió Monsieur Dubois—. En aquellos tiempos iban muchos ingleses al burdel, y tenían siempre algún libro picante en inglés, para excitar un poco a los clientes.

—Hábleme de manuscrito —le interrumpí con impaciencia.

—Un poco de paciencia, Monsieur Coppens, ya llegamos. Un asiduo de la casa, un viejo inglés, muy rico y agarrado, en lugar de pagar con dinero, ofrecía siempre una buena botella de vodka, un dibujo obsceno o un manuscrito.

—¿Quiere decir que así es como llegó el manuscrito al burdel?

—Exacto.

—Y la patrona, ¿no se acuerda ella del nombre de aquel cliente?

—Monsieur Coppens, ya sabe que los nombres en los burdeles… —dijo con pena.

—Y ¿por qué no, Monsieur Dubois? Era una época en la que no se andaban con muchos misterios en lo que se refiere a las relaciones sexuales.

—Ya lo sé —asintió—. Pero tiene que comprender que para Madame un nombre es sagrado.

Nos quedamos un momento pensativos y luego le pregunté:

—¿Y por qué no pusieron sencillamente a ese viejo tacaño de patitas en la calle?

—Eso es precisamente lo que yo he preguntado, y esta misma pregunta también se la había hecho Madame a su madre. Parece ser que el hombre daba lástima. Necesitaba muletas para andar, y hubiera sido inhumano echarle.

Mientras Monsieur Dubois degustaba el coñac soñando con los viejos tiempos de los años 1880, saqué mis propias conclusiones sobre este asunto.

En lo que a mí se refería, el enigma estaba resuelto; además, había hecho ya la operación y se me habían escapado más de un millón de francos. Un inglés que vivía en París, que iba con muletas, de finales del siglo XIX y que frecuentaba los burdeles… Un hombre avaro que, para ahorrar dinero, daba objetos a cambio de placer… Todo encajaba a la perfección. Sólo podía tratarse de Frederick Hankey. Era un famoso coleccionista de libros eróticos y uno de los mejores amigos de Ashbee, al cual de hecho había dejado en herencia su maravillosa biblioteca de dos mil volúmenes, clasificados no por orden alfabético, sino según el grado de pornografía.

Numerosos especialistas, como Gay en su *Bibliografía de las obras relativas al amor*, citan a Hankey como bibliófilo a la vez que como autor. Incluso se dice que debió de escribir, en colaboración con Baroche, hijo del ministro de Justicia bajo el Imperio, con Duponchel, director de la Opera de París, y otros, *École des biches, ou Moeurs des petites dames de ce temps*.

No hay que olvidar que Ashbee debe mucho a Hankey, y de hecho no deja de resultar sorprendente que él mismo no hable de este hombre en ningún momento.

En un libro del «Infierno» de la Biblioteca Nacional de París, el autor no sólo se ensaña con él, sino que, también por razones desconocidas, reduce a doscientos volúmenes su colección de dos mil. No entiendo cómo tantos especialistas pueden llegar a ignorar prácticamente todo sobre Hankey quien, bajo el seudónimo anagramático de Kerhany, fue uno de los bibliófilos más empedernidos y originales de París.

Me imagino fácilmente con qué alegría maquiavélica Hankey cambiaría el manuscrito de Ashbee por un corto momento de placer. Sin duda le habría sentado como cuerno quemado que en los dos primeros volúmenes de su bibliografía Ashbee no hiciera ninguna alusión a su colaboración. Debió de parecerle terriblemente divertido abandonar en un burdel un manuscrito ilustrado con fotos eróticas en que muy posiblemente aparecería el propio Ashbee. Y si las fotografías eran tan auténticas como el texto, más de un inglés debió desternillarse de risa en aquella época en la calle Montmartre.

—¿Ha venido en coche? —me preguntó Monsieur Dubois.

—No —le contesté todavía pensando en la historia que acababa de reconstruir—. No, he venido andando.

—Vayamos entonces a tomar una copa en nuestra tasca —sugirió—. Tengo que volver pronto a casa, esta noche vamos a la Opera.

Una hora después, me despedí de él y salí del bar.

—El carnet de identidad, por favor.

Un policía fornido me cortaba el paso.

—¡Pero si soy extranjero! —protesté.

—El pasaporte, Monsieur, por favor.

—Pero ¿por qué? ¿Acaso tengo pinta de árabe? —le contesté, creyendo que se trataba de una de esas redadas, tan frecuentes en la época de la guerra de Argelia, que en efecto hacían para verificar los permisos de residencia de los argelinos.

—Su pasaporte, Monsieur, por favor —repitió impasible.

—Me niego. Soy un ciudadano libre que sale de un bar respetable y en el cual he pagado lo que he bebido. No sé por qué tendría que enseñarle el pasaporte. Váyase al diablo.

—¿Lleva el pasaporte consigo, Monsieur?

—Sí, lo llevo. Pero no tengo la mínima intención de dárselo. Su petición es un insulto. ¡Parece que hemos vuelto a la época de la ocupación!

—Entonces me veo en la obligación de conducirle a la comisaría.

—Inténtelo usted —le dije indignado, teniendo como testigos los curiosos que empezaban a formar un círculo a nuestro alrededor.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó un hombre que se acercaba a nosotros abriéndose camino entre la muchedumbre de curiosos.

Se trataba, claro está, de un policía vestido de paisano. Su colega, el que me había interpelado, se dirigió a él en un tono deferente.

—Este caballero es extranjero, señor inspector, y se niega a enseñarme el pasaporte.

—¿Qué motivos tiene para ello? —me preguntó el inspector.

—Que no encuentro ninguna razón válida para mostrárselo —le contesté furioso —. Salgo de un lugar respetable que se encuentra en una calle respetable, después de haber pagado la cuenta y…

—Le pido mis disculpas, Monsieur, pero ¿en qué café estaba?

—En aquel —le contesté señalándolo con el dedo.

—¡Ah! Ya entiendo. Más bien digamos que su respetable café es de hecho la antesala de una casa de citas muy conocida.

—Quizá sea cierto. Pero mi vida sexual sólo me concierne a mí, siempre y cuando no altere el orden público.

—Monsieur…

Entonces, el propietario del bar llamó la atención del inspector dándole una palmadita en el hombro.

—Señor inspector, este caballero es amigo del librero. Nunca viene aquí por el tema de las chicas.

Enfadado, el inspector se volvió hacia el policía de uniforme.

—Pero ¿por qué diablos no se lo ha preguntado al caballero?

—Señor inspector, si yo no sé nada de un librero…

El pobre hombre recibió la orden de proseguir con la ronda y de no volver a actuar en el futuro como un imbécil. Los curiosos se dispersaron satisfechos,

dejándonos al inspector y a mí solos.

—Pero ¿qué quiere decir todo esto? —le pregunté al inspector.

—Nuevas órdenes, Monsieur —me contestó con un gesto fatalista, y explicó—: Después de la guerra, al cerrar los burdeles las calles se vieron invadidas de busconas. Fue algo que no gustó a las autoridades y empezaron a organizar redadas. Pero el hombre no puede cambiar de un día para otro, y las chicas empezaron a trabajar en los bares. ¿De qué forma podían impedirlo? Es muy difícil probar que un hombre que sale de un café con una chica va a hacer el amor con ella. Sin embargo, las últimas órdenes que hemos recibido nos obligan a anotar el nombre de todos los hombres sorprendidos saliendo de bares dudosos o de casas de mala reputación, vayan solos o acompañados de una chica fichada por nuestros servicios.

—Pero ¿qué puede hacer el gobierno con todos esos hombres? —le pregunté intrigado.

—No tengo ni la menor idea. Probablemente nada. Sólo sé que nosotros hemos recibido la orden de advertirles que escribiremos a sus jefes o llamaremos a sus mujeres a declarar en la comisaría.

—¡Pero eso es un chantaje!

—Los periódicos han hecho el mismo comentario que usted.

—Y, usted, ¿qué opina?

—Nada, Monsieur. Sencillamente me gustaría que existieran todavía burdeles. Desde el punto de vista de la higiene, esta solución es preferible, mientras que con nuestros efectivos insuficientes… pues claro… —Hizo un gesto de desagrado.

—Y los hombres no cambian —añadí.

—No, Monsieur, y nunca cambiarán.

Todavía contrariado por aquel incidente, volví a mi hotel y, justo al entrar, me di cuenta de que había un anciano, con un cuadernillo en la mano, casi agachado junto mi coche y un tanto sorprendido. Me acerqué y tosí para llamar su atención, pero estaba demasiado concentrado para oírme. Entonces di una patadita al parachoques. Empezó a levantarse, lo cual le costó bastante esfuerzo.

—¿Es su coche?

—Sí.

—Está aparcado en «zona azul» sin disco de estacionamiento; o me paga ahora los mil francos de multa o…

—Ni hablar, ni ahora ni nunca. Soy extranjero y tengo derecho a aparcar el coche delante de mi hotel.

El anciano volvió a examinar la matrícula del coche y su rostro se iluminó; pareció relajarse.

—Ahora lo entiendo. Llevaba ya un buen rato estudiando su número de matrícula y no lograba saber su procedencia. Pero en ese caso, no hay problema. Tiene derecho

a dejar el coche aquí. Pero, dígame, ¿de dónde es?

Se lo dije y miró por última vez la matrícula refunfuñando:

—A ver si lo recuerdo de una vez por todas.

—Supongo que todas estas matrículas distintas le darán mucho trabajo —le comenté.

—¡Oh, sí, Monsieur! Y más teniendo en cuenta que soy ya mayor.

—¿Qué edad tiene?

—Setenta y cuatro, Monsieur.

Le miré detenidamente. Llevaba un viejo traje, impecable.

—Pero ¿por qué no va de uniforme?

—Está reservado exclusivamente para los jóvenes eventuales, pero nosotros, los viejos… Ya sabe, la mayoría de mis compatriotas no aceptan que se les multe por aparcar en lugar prohibido. Les parece que tienen derecho a aparcar el coche en cualquier sitio. «Si no, ¿qué sentido tendría pagar impuestos para mejorar la circulación?», dicen. Y luego, también hay que tener en cuenta que la gasolina es más cara en Francia que en cualquier otro lugar. Naturalmente se enfadan y están dispuestos a pelearse cada vez que sorprenden a alguien poniéndoles la multa.

Le ofrecí un cigarro y volví a preguntarle.

—¿Así que no tiene derecho a llevar uniforme?

—No, Monsieur. Nos limitamos a deambular por las calles, vigilando de forma discreta los coches que están aparcados. Si vemos algo anormal, anotamos el número de la matrícula y ponemos la multa en el parabrisas. Evidentemente, es mejor que no le vean a uno en ese momento. Pero no hay muchas posibilidades de que nos pillen, ya que ¿quién va a sospechar de un anciano que va por las calles?

—Francamente, hace usted un trabajo curioso —le dije con simpatía.

—Ya lo puede decir, señor. Y resulta imposible vivir con una triste pensión de funcionario.

Seguí escuchando sus problemas, le ofrecí otro cigarro y volví al hotel para echar una pequeña siesta.

No podía dejar de pensar, con desesperación, en el porvenir que esperaba a una nación que, para mantener su autoridad, acudía al chantaje y a los ancianos; aunque seguramente se trataba de un apresurado juicio. Enseguida recordé un caso parecido, en que la policía había utilizado también el chantaje.

Hace unos ocho años, recibí un catálogo de un editor alemán donde se anunciaba una próxima reedición de *Das Wirtshaus an der Lahn*, una recopilación de poemas y canciones donde se daba una mezcla de temas obscenos y escatológicos. Es un opúsculo excepcional, pues mejora a cada nueva edición. Los poemas y canciones reunidos en este volumen son lo mejor del repertorio de las veladas de estudiantes y de las *Herrenabende* (las reuniones de hombres) en Alemania. Durante esas veladas,

los textos se comentan sin cesar, se desarrollan y el enriquecimiento que ello supone se retoma en la edición siguiente. El volumen de mi posesión tenía ya trescientos sesenta y siete fragmentos y la mayoría de mis clientes que conocían esta obra me habían pedido que les consiguiera un ejemplar cuando apareciera. Así que decidí hacer un pedido de cincuenta ejemplares, contra reembolso, sabiendo que así obtendría una reducción del cincuenta por ciento. Este encargo sólo era una formalidad y, una vez hecho, me había olvidado por completo del tema.

Una mañana, cuando me estaba afeitando, llamaron a la puerta. Al poco tiempo, mi mujer vino a decirme que un inspector de policía me estaba esperando en el despacho. Cuando terminé el lavado, empecé a pensar en cuál podía ser la razón de su visita y por qué había venido solo. Efectivamente, sabía que normalmente los policías de esta brigada van siempre de dos en dos. Al llegar al despacho, me encontré con un hombre alto y delgado que examinaba mi colección de libros. Por desgracia para él, había ido a parar a una fila de libros sobre alquimia y masonería. Se presentó y, tras señalar los libros, dijo:

—No tienen pinta de ser muy excitantes.

—Y ¿por qué tendrían que serlo? —le contesté.

Sin responderme, sonrió y se sacó del bolsillo un paquetito. Era un ejemplar de la nueva edición de *Das Wirtshaus an der Lahn*. Lo hojeé rápidamente y me quedé sorprendido al descubrir que iba ilustrado con catorce dibujos obscenos de Schäfer. Sin embargo, el prospecto que me había mandado el editor no los mencionaba.

—¿Cómo es que ese libro ha ido a parar a sus manos? —le pregunté intrigado.

—Dado que ya conocemos la reputación de esta editorial, hemos avisado a nuestros compañeros de la aduana para que nos avisen cada vez que un paquete mandado por esta editorial pasara por sus servicios. Ayer llamaron para decirme que había llegado un paquete y fui a hacer una inspección en el acto. Una mercancía explosiva, ¿no?

—Sin duda alguna. ¿Quiere sentarse un rato? Para charlar estaremos más cómodos en un sillón. —Le ofrecí un cigarro y añadí—: Es curioso, el editor se olvidó de hablarme de estas ilustraciones. Supongo que habría autorizado el paso de los paquetes de no ser por esos malditos grabados.

Se encogió de hombros como diciendo que lo ignoraba.

—¿Tiene alguna prueba de lo que me dice, Monsieur Coppens?

Busqué la orden del pedido y se la enseñé, así como el catálogo del editor que mi secretaria había grapado cuidadosamente a la hoja de pedido. Lo observó con detenimiento y luego, mirándome fijamente, declaró:

—Este editor es un hombre inteligente. Conserve cuidadosamente este catálogo, Monsieur Coppens. Ello le evitará no pocos problemas.

—¿Va a confiscarlos? —le pregunté.

—Me veo obligado a enviar un informe al procurador. Esas ilustraciones son una auténtica obscenidad.

—No más que el texto —añadí citando algunos fragmentos que conocía de memoria.

Hizo un gesto de desagrado:

—No le aconsejo que repita esto delante del tribunal. Al margen de la acusación de tráfico de publicaciones obscenas, podrían demandarle por declaraciones licenciosas.

—Sin embargo, así es como se expresaban los jueces cuando eran estudiantes —le dije justificándome—, y la verdad es que no se pueden utilizar otras palabras para escribir un libro como este.

Entonces le conté el origen de *Das Wirtshaus an der Lahn*. Escuchó educadamente y luego me preguntó:

—Pero ¿por qué ha pedido cincuenta ejemplares? En cierta manera, ¿no se trata de especulación, previendo una posible prohibición que haría aumentar su valor?

—En absoluto —le dije—. Tengo asegurada la venta de cuarenta y seis que me han encargado, y sabrá tan bien como yo la importante reducción que hacen al solicitar un pedido de este orden.

Lo reconoció.

—¿Y a quién va a vendérselos, Monsieur Coppens?

—A bibliotecas universitarias principalmente, y también a psiquiatras y sexólogos. No todos mis clientes son universitarios, claro está, pero sí son coleccionistas serios. Así que, dada la clientela que tengo, no veo sinceramente por qué habrían de considerar mi actuación reprensible.

—¿Le importaría enseñarme esos pedidos, Monsieur Coppens?

—Sí, en cierta manera me molesta. Atenta contra mi libertad.

—No se lo tome así, Monsieur Coppens. Si se niega, no le quedará mucha libertad que defender.

Tuve que admitir la legitimidad de su comentario. Y, con toda tranquilidad, el inspector examinó metódicamente los ficheros. Tras un breve lapso, se detuvo, encendió un cigarro y extrajo un papel de su bolsillo. Era una copia de la factura de envío.

—Por el simple hecho de enviar esos sobres a sus clientes, usted obtendrá unos beneficios de cien libras. Y estoy seguro de que tardará en hacerlo menos de dos días. —Y añadió suspirando—: Es exactamente lo que yo gano en seis semanas de trabajo.

—Cuidado, se trata de algo excepcional —le aclaré—. Pocos editores tienes las ganas y la valentía de imprimir una obra de estas características. ¿Y los riesgos que se corren?

Mis protestas le hicieron gracia al parecer, pero en lugar de contestarme, cambio

de tema:

—No creía yo que Basil H*** tuviera preocupaciones tan intelectuales. De hecho, estoy francamente sorprendido de que lea ese libro.

Se refería a uno de mis clientes cuyo nombre figuraba en el fichero.

—Es un coleccionista muy bueno, inspector, y él…

El policía me cortó bruscamente la palabra:

—Diga más bien que se trata de un repugnante personaje que se las da de bibliófilo. Sólo es un asqueroso traficante que alquila libros pornográficos a un grupo de viciosos y por una libra a la semana. Si no fuera porque lo consideramos un pobre desgraciado, le habríamos metido entre rejas hace un siglo.

Apagó el cigarrillo y se metió el libro en el bolsillo.

—No pienso darle largas a este asunto, Monsieur Coppens. Estoy convencido de su buena fe y de la importancia del interés científico que este libro merece a sus clientes. Como tiene sólo cuarenta y seis pedidos, estoy seguro de que no le importará que me lleve uno para mi biblioteca. Esta pérdida no le arruinará y, para serle franco, considero que en su trabajo se gana usted la vida más que bien.

Me dio la copia de la factura, sonrió y, ya cuando se iba, me dijo:

—Por cierto, Monsieur Coppens, dele recuerdos de mi parte a Basil H***; seguro que se pegará un susto merecido. Y usted, tenga cuidado con la ley; si no lo hace se verá envuelto en muchos líos.

La verdad es que no estaba muy contento conmigo mismo. Durante años, había pensado que un día u otro la policía acabaría interesándose por mí. Estaba completamente convencido de que sabían de mis actividades. Y desde hacía mucho tiempo algunos abogados que había entre mis clientes me tachaban de loco. Loco, porque esperaba librar un combate leal que me permitiera demostrar la enorme diferencia existente entre erotismo y pornografía, y que cualquier persona, siempre que no alterara el orden público, tenía derecho a dar libre curso a sus inclinaciones. En repetidas ocasiones me habían avisado de que mi victoria en una batalla jurídica sólo dependería de dos factores: la habilidad de mi abogado y la posición social de mis clientes. Ninguna otra cosa podría salvarme. No tendría lugar un debate serio sobre la moral y la libertad. Cientos de veces, me imaginaba que ganaba un proceso tras largos debates y monólogos interminables en los cuales exponía todas mis teorías filosóficas. Pero la época de los pleitos imaginarios había pasado. Y finalmente, al verme ante la ley, en lugar de ponerme a la altura de las circunstancias, había empezado a hablar del negocio, de la legislación y de mi reducida clientela.

De repente, aquello me puso furioso. ¿Cómo podía haber llegado a semejante punto de atrevimiento para permitir que un policía examinara mis archivos? ¿Por qué no protesté cuando se llevó el libro? Llegada la hora de la verdad, me había comportado como un idiota. A pesar de todas mis maravillosas teorías, había

utilizado en mi defensa los mismos argumentos inconsistentes y prosaicos que hubiera utilizado en mi lugar cualquier vendedor de libros corriente.

Me invadió después un sentimiento de vergüenza mezclado con rabia contra Basil H***. Los comentarios del inspector sobre el vil «tráfico» de Basil me resonaba aún en los oídos. Basil y yo éramos amigos desde hacía quince años y, sin embargo, nunca me había llegado a hablar de aquel tema. Estaba tan furioso que no se me ocurrió pensar que, si no me había hablado de ello, era porque ya sabía la clara preferencia que yo sentía por los clientes respetables y la hostilidad que sentía hacia aquellos que podían amenazar mi reputación de honestidad. Al contrario, creí que me había engañado. En realidad, yo no era sincero. Había estado ciego durante años, lo conocía lo suficiente para saber perfectamente que si se presentaba la ocasión Basil podía mostrarse abyecto.

Pero de momento no tenía ganas de plantearme nada. Necesitaba desahogarme con alguien para olvidar mi ruin comportamiento. Basil era el blanco idóneo. No podía dejar de pensar en otra cosa: «¿Cómo ha podido abusar de mi confianza?», y «¿Cómo ha podido llegar a pensar ese imbécil que no me enteraría nunca?». Le llamé a su casa y lo primero que hice fue darle recuerdos del inspector. Este último había acertado. Basil estaba aterrorizado.

—¿Usted…? ¿Usted no… le… habrá… dicho? —tartamudeaba.

—Decirle ¿qué? —le pregunté inocentemente—. Sencillamente, vio su nombre en mis archivos y me dijo que le diera recuerdos de su parte. No me pareció que le tuviera una gran simpatía pero, no se preocupe, recibirá el *Das Wirtshaus an der Lahn*.

—La policía sabe que… —Su voz entrecortada se hizo incomprensible.

—Sabe que usted es uno de los cuarenta y seis clientes que me han encargado ese libro. Debido a su interés cultural y a pesar del carácter obsceno de las ilustraciones, no ha sido prohibido. Pero no tenga ningún miedo, Basil. Yo soy quien corre los riesgos, no usted. No está prohibido comprar literatura erótica. Siempre que no haga negocio con ello, es decir que no las venda ni alquile, nadie le puede decir nada. Se lo repito, soy yo quien corre todos los riesgos.

—Sí, sí… Pero ¿por qué le ha dicho que yo…?

—No le he dicho nada, Basil. Leyó su nombre y…

—¿Usted cree que me conoce, Coppens?

—Me dio la impresión de que sabía sobre usted mucho más que yo. Le confesaré, Basil, que para mí ha sido un golpe terrible enterarme de que usted no era en absoluto un coleccionista. No le censuro por ese infame negocio de alquiler; al fin y a la postre, ese es su problema. En cambio, considero inadmisible que nunca me haya contado ni media palabra sobre él durante todos estos años de amistad.

El largo silencio que siguió me alegró infinito.

Las revelaciones del inspector habían hecho su efecto.

—Pero, Coppens, nunca hubiera podido comprar todos esos libros tan caros si no hubiera alquilado algunos ¡Dios mío! ¿Pero qué estoy diciendo? ¡Y además por teléfono! Coppens, prométame que no lo dirá por ahí. Aunque…

—¿Por qué? —le pregunté—. No es un secreto para nadie, Basil. La policía está al corriente de sus actividades. Si no se ofende, le diré que las pequeñas transacciones que hace no son tan importantes para ellos. Por cierto, ¿cuántos clientes tiene?

—Unos nueve. Pero no les veo regularmente. Depende de lo que les pueda proponer. Han leído prácticamente toda mi colección. De hecho les pido unas cantidades de risa. Pagan…

—No le pagan nunca, Basil —le corté de golpe al sentir lástima por aquel anciano —. No le pagan nunca.

—Pero…

—Le regalan de vez en cuando una botella de vino, o le invitan a cenar con su mujer. A veces le prestan uno de sus libros. ¿Está seguro de que alquila libros, Basil? Los presta o los cambia por otros, como hacen la mayor parte de los coleccionistas. En fin, eso le incumbe sólo a usted. Pero si quiere que le dé un consejo, no se deje intimidar por la policía. No pueden hacerle nada. Poco importa lo que puedan saber.

—Nunca recibo regalos. Robert y yo sólo…

—Escuche, ya hablaremos otro día. Pero quiero que sepa que no me ha hecho ninguna gracia que una tercera persona me haya revelado cosas sobre usted. Yo pensaba que éramos amigos, Basil.

—Y los somos. Tal vez sea usted el mejor amigo que he tenido en mi vida. ¿No entiende que precisamente por eso se lo he escondido? ¿Usted cree que lo he hecho con gusto? Se lo ruego, Coppens, no se lo diga a nadie. Si mi familia se entera, dejarían de dirigirme la palabra.

—No se preocupe, Basil. Soy una tumba. Y además, en todas las familias hay una oveja negra. Yo, en su lugar, no me preocuparía por tan poca cosa. Incluso los reyes tienen sus vicios.

—Eso no me consuela, Coppens. En mi familia no hay ovejas negras y la monarquía había ya desaparecido cuando mis antepasados se instalaron en este país.

Colgamos el teléfono. Me pareció paradójico, incluso divertido, que Basil manifestara semejante desprecio hacia la realeza y semejante miedo a la policía.

Me olvidé por completo de aquel episodio hasta que, unos meses después, Menno D***, uno de mis clientes asiduos, me contó una anécdota que le había sorprendido mucho. Basil y Menno eran viejos amigos. Tenían desde hacía años la misma manía pueril. Les encantaba masturbarse a la vez ante un enorme espejo en el despacho de Basil. La finalidad de aquel ejercicio manual era conseguir un orgasmo simultáneo. Se avisaban el uno al otro de la llegada del «momento sublime» soltando gritos de

placer y berreando las palabras más groseras que habían aprendido en el curso de sus existencias, que por cierto habían sido muy agitadas. Los dos tenían en aquella época sesenta y seis años. Se habían convertido en unos expertos en el arte del gozar al mismo tiempo. Tras alcanzar su objetivo, se derrumbaban, agotados, en una butaca. Descansaban un poco y luego cantaban canciones atrevidas de su juventud, tomando una copa, completamente eufóricos.

Sea como fuese, habían decidido acabar con aquella costumbre y Menno se había ido a Estados Unidos para volver a empezar con su mujer una nueva vida. Basil y Menno no habían llegado a superar aquella separación; se llamaban por teléfono todas las semanas y seguían, a lo largo de sus comunicaciones, sus ejercicios a una mano. Era un sistema muy bueno; en cualquier caso, tal como decía Basil: «Ya no teníamos intimidad. Teníamos la impresión de que miles de personas nos escuchaban».

Menno me contó que Basil había perdido completamente la cabeza.

—Usted sabe —me explicó— el cariño que le tenía a su biblioteca.

—De eso, nada —contesté—. Y lo digo con conocimiento de causa. Le he vendido la mayor parte de los libros.

—¡Pero claro! ¡Qué tonto soy! ¿Le ha dejado alguno recientemente?

—¿Deshacerse Basil de su colección? Se ha vuelto loco.

—En absoluto. Le aseguro que la ha vendido. Y eso no es lo más grave. Ahora tiene estanterías llenas de libros infantiles de muchos colores, como por ejemplo *Contes de ma mère l'Oye,* o *Winnie, the Pooh*, y cosas por el estilo. El ambiente de su despacho se ha rejuvenecido considerablemente. O, más bien, se hubiera rejuvenecido si Basil no estuviera tan envejecido y despistado. No me extrañaría nada que balbuceara y llorara.

No quería escuchar nada más y me deshice de Menno en cuanto pude. Estaba loco de rabia. Así que Basil me había jugado otra mala pasada. Me dice que yo soy su mejor amigo, y luego va y le vende la biblioteca a otro. Le hubiera matado.

Tenía que verle de inmediato para aclarar este asunto.

Salió a abrirme, pero sólo entornó un poco la puerta, sin quitar la cadena de seguridad. Al verme por la rendija, se quedó tranquilo al ver que era yo.

—Pase, pase —me dijo. Estaba más pálido que un cadáver.

—¿Qué le pasa Basil? ¿Está enfermo? —le pregunté.

—No, ¿por qué?

—Tiene muy mala cara. —Luego, al acordarme del objeto de mi visita, exploté —: ¿Por qué ha vendido su biblioteca, asqueroso?

—No monte ese escándalo en la escalera, joven. Entre —contestó con una leve sonrisa.

Menno no me había engañado. Los colores chillones de los libros hacían daño a la

vista y llegaban incluso a cegar.

—¿A qué se debe esta estupidez, Basil? ¿Se ha vuelto de repente chocho?

—En absoluto —me contestó con toda tranquilidad—. Siempre me han gustado los libros para niños. Y, en particular, este.

Se acercó a coger uno a una estantería y me lo enseñó: se trataba de *Alicia en el país de las maravillas*. Por deformación profesional, lo abrí al acto y empecé a hojearlo distraídamente. Tuve la mayor sorpresa de mi vida. Aunque efectivamente las tapas eran las de *Alicia en el país de las maravillas*, el contenido era otro. Eran los *Dialogues of Aloisia Sigaea*, uno de los libros pornográficos mejor escritos del mundo. Le miré por el rabillo del ojo y los dos nos echamos a reír.

—¿Por qué ha hecho esto, Basil? —exclamé—. ¿Se ha vuelto loco?

—Claro que no, Armand —contestó poniéndose de repente serio—. ¿Se acuerda de cuando me llamó hace dos meses, después de que la policía fuera a su casa? Nunca he pasado tanto miedo. No podía dormir, mi vida se había convertido en un infierno. Entonces tuve esta idea. Empecé a comprar libros de niños y le encargué a mi encuadernador que cambiara las tapas. He hecho esto con casi todos los libros y estoy mucho más tranquilo. Si viene la policía —concluyó con aire de seguridad—, no encontrará ni un solo libro prohibido.

No me atreví a decirle que podría ocurrírseles echar una ojeada al contenido de los libros. Corría el riesgo, si se llegaba a descubrir su engaño, de que le metieran en un manicomio con los ancianos dementes.

En el camino de vuelta pensé lo horrible que era que una persona se vuelva loca de la noche a la mañana; pensándolo bien, era preferible conservar el control sobre el destino de sí mismo como había hecho Antoine de B***.

Aquel encuentro con Antoine de B***, que había sido uno de los más maravillosos de mi vida, empezó con una llamada telefónica. Me llamaban de Aix-les-Bains para proponerme la venta de la biblioteca del «viejo Castillo de Briseau», una casa de campo destartalada cuyo propietario era un joven llamado Antoine de B*** que vivía allí solo. Me explicó por teléfono que estaba dispuesto a deshacerse de la biblioteca, ya que tenía intenciones de suicidarse. Los títulos de las obras que me citó y las referencias eran interesantes, pero la razón por la que se separaba de estas era, de por sí, extraordinaria. Me intrigó tanto que prometí ir a verle a la mañana siguiente.

En cuanto llegué a Aix-les-Bains, lo primero que hice fue buscar un teléfono para anunciarle mi llegada. Me citó para aquella misma noche y me tranquilicé.

Alquilé una habitación en el hotel que Antoine de B*** me había recomendado, y, para pasar el tiempo, me fui a pasear por la orilla del lago. Aquel rincón estaba atestado de veraneantes disfrutando del espléndido tiempo. Sentado en la terraza de un café, mientras tomaba una copa, empecé a pensar en la diferencia que había entre

aquel marco tranquilo y agradable, y el proyecto de suicidio de Antoine de B***. Me prepuse quitarle la idea de la cabeza aquella misma noche.

Después de cenar, un empleado me anunció que acababa de llegar un coche del castillo y que estaba a mi disposición. Tras un largo trayecto, el chófer me dejó en la entrada principal. El propio Antoine de B*** me abrió la puerta y me condujo directamente a la biblioteca mientras me daba las gracias por la prontitud con que había respondido a su 11amada. Siguiendo a mi anfitrión a través de una inmensa entrada abovedada, y a lo largo de pasillos vacíos y silenciosos, hasta llegar a la biblioteca gigantesca y siniestra, empecé a comprender a Antoine de B***. La casa estaba desierta, lúgubre y desolada. El propio personaje, un guapo muchacho aunque ligeramente afeminado, contrastaba extrañamente con el ambiente en que vivía.

Me sirvió una copa de jerez y luego, ante las estanterías de roble macizo, empezó a contarme la historia de sus libros y cómo su familia los había adquirido. Pero, de las historias que me contó, la más apasionante fue la de su propia juventud.

Antoine tenía una hermana gemela que se llamaba Aliñe. Habían crecido juntos, convirtiéndose él en un chico fuerte y guapo, y ella en una preciosa jovencita. Me enseñó una fotografía que le habían hecho a su hermana tres días antes de que se matara. Al igual que él, tenía el pelo rubio, los mismos ojos verdes, la misma nariz y también la misma boca. Y, aunque eran de distinto sexo, se parecían muchísimo. Al final no se sabía si ella tenía algo de masculino, o él algo de femenino.

Su infancia había transcurrido en un castillo abandonado y, en aquella vieja y oscura mansión, había nacido un idilio imposible. Se habían enamorado y no se trataba de un amor platónico.

—Todas las noches —contó Antoine—, venía a mi habitación y se metía en mi cama. Nos amábamos desesperadamente. Tendríamos unos quince o diecisiete años cuando hicimos el amor por primera vez. Ya sé que muchos chicos de esta edad tienen experiencias sexuales con sus hermanas; en esos casos sólo se trata de un ensayo antes del acto propiamente dicho. Pero no así en el nuestro. Aliñe y yo hacíamos el amor prácticamente todas las noches. No era un juego ni un ensayo. Estábamos locamente enamorados. Yo había leído algo sobre el amor y le había enseñado todo lo que sabía. A ella le encantaba. Le gustaba todo. No se cansaba nunca. Era insaciable.

»A la vez que unión física, teníamos una vida espiritual intensa. Nos gustaban las mismas cosas, nos desagradaban las mismas personas y coincidíamos a menudo en nuestras opiniones. Cuando me miraba, yo sabía en qué pensaba. Yo tampoco le podía esconder nada que pensara o sintiera. Las palabras resultaban algo inútil entre nosotros. Nos conocíamos a la perfección.

»Cuando estábamos separados, ambos suspirábamos por vernos. Recuerdo una vez que fui a pasar las vacaciones a casa de un tío a Orléans. A los tres o cuatro días

de estancia allí, tuve que volver. Aliñe estaba enferma y quería que volviera. Se repuso al instante, en cuanto entré en su habitación. ¡Dios mío, cuánto nos queríamos! Por la noche la abrazaba y hablábamos de nuestro amor. Pero nunca de nuestro futuro. Creo que los dos supimos siempre que un amor como el nuestro no tenía porvenir.

»Teníamos diecinueve años cuando todo se estropeó. Nunca me lo perdoné. La noche anterior a su muerte le dije que ya no podíamos continuar así. No la quería ver infeliz, no quería echar a perder su vida. No podía soportar la idea de que un día la llegaran a considerar anormal o desequilibrada. Ella me sonreía: "Seguiré siendo feliz mientras estemos juntos. Nunca me harás desgraciada, Antoine. Si me dejas, me destrozarás la vida. Me moriré si lo haces".

»Intenté que entrara en razón. Le aseguré que iba a ser muy dichosa. Le dije que esa era la única razón por la cual me iba la semana siguiente a París. Me rogó que me quedara. Volvió a decirme que me amaba y que no podía vivir sin mí. "Si te vas, me mataré", dijo.

»Yo debía de estar ciego. No me enteré, o no me di cuenta, de que hablaba en serio. Sencillamente, le repetí que iba a dejarla, que no me iba a convencer de lo contrario.

»La sola idea me desgarraba. Sin embargo, estaba seguro de que era la mejor solución. Nos estábamos haciendo mayores y sería una catástrofe que nuestro amor saliera a luz un día. La sociedad no acepta que un hermano y una hermana se amen como marido y mujer.

»¿Por qué no lo creí? No me lo decía en broma. Al día siguiente por la tarde se arrojó desde la torre del castillo. Antes de morir me había escrito una carta de despedida. Aún la conservo. Es lo que más aprecio en este mundo.

Después de la desaparición de su hermana, Antoine dejó el castillo. Fue a París a reordenar su vida, decidido a olvidar lo ocurrido.

Al cabo de unas semanas, se dio cuenta de que no encontraría un trabajo interesante. Había contestado a cientos de ofertas de empleo. Se había entrevistado con hombres de negocios y directores de empresas. Había incluso acudido a agencias de colocación. Nadie quería contratarle y la razón que le daban era siempre la misma.

—No tenemos nada contra usted, entiéndalo. Es un chico demasiado guapo. Su apariencia llama mucho la atención, es demasiado original. No, con franqueza, no podemos darle empleo. Se sale demasiado de lo común.

El carácter excepcional de las relaciones con su hermana, su aspecto físico, su castillo, todo se veía confirmado por esta última reacción: estaba al margen del mundo.

Su hermana le había dado el ejemplo, lo único que podía hacer era imitarla. Empezando por los muebles, vendió todo lo que había en el castillo, lo cual le

permitió subsistir cierto tiempo. Ahora sólo le quedaban una silla, una cama, una mesa, la biblioteca, el coche y el chófer.

Al mismo tiempo que entendía los motivos de su suicidio, me daba cuenta de que no podía impedírselo. Aun así, intenté convencerle, pero en vano. Acordamos un precio para la biblioteca y él negocio se cerró sin problemas. Después me acompañó hasta el coche. Me estrechó amistosamente la mano y, en el momento que arrancábamos, se acercó y me dijo:

—El dinero que me ha dado me durará alrededor de dos meses. Una vez transcurrido ese tiempo, le enviaré mi esquela.

Cumplió su palabra. La carta llegó al cabo de nueve semanas. Antoine Guillaume Maximillien de B*** había muerto.

Yo sabía lo ansioso que se sentía por morir y me alegré de haberle ayudado a adelantar la fecha de su salvación al comprarle la biblioteca entera por sólo la mitad de su valor.

Notas

[1] «Apacibilidad, sosiego», en alemán en el original. (*N. de la T*). <<